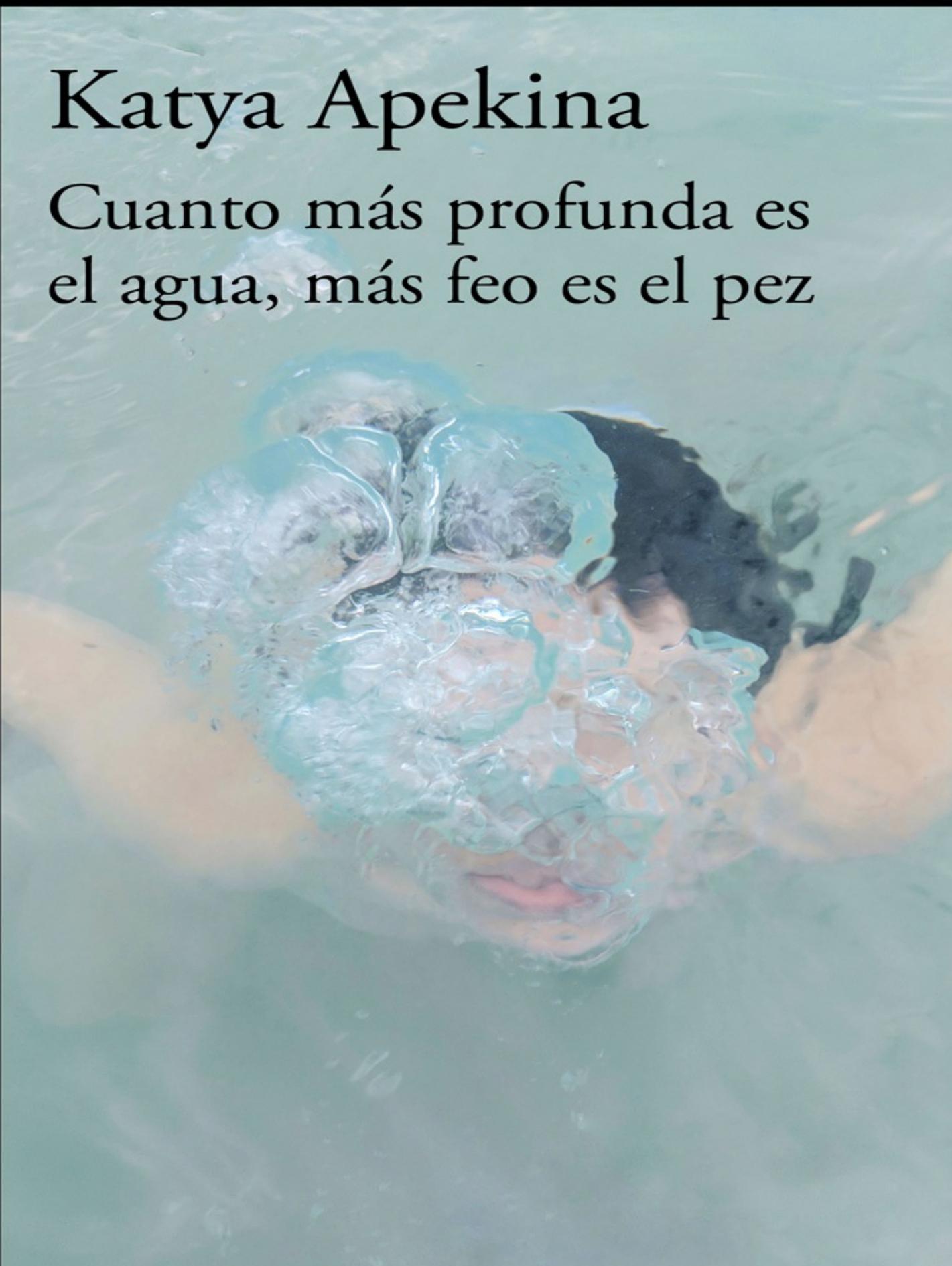


Katya Apekina

Cuanto más profunda es
el agua, más feo es el pez

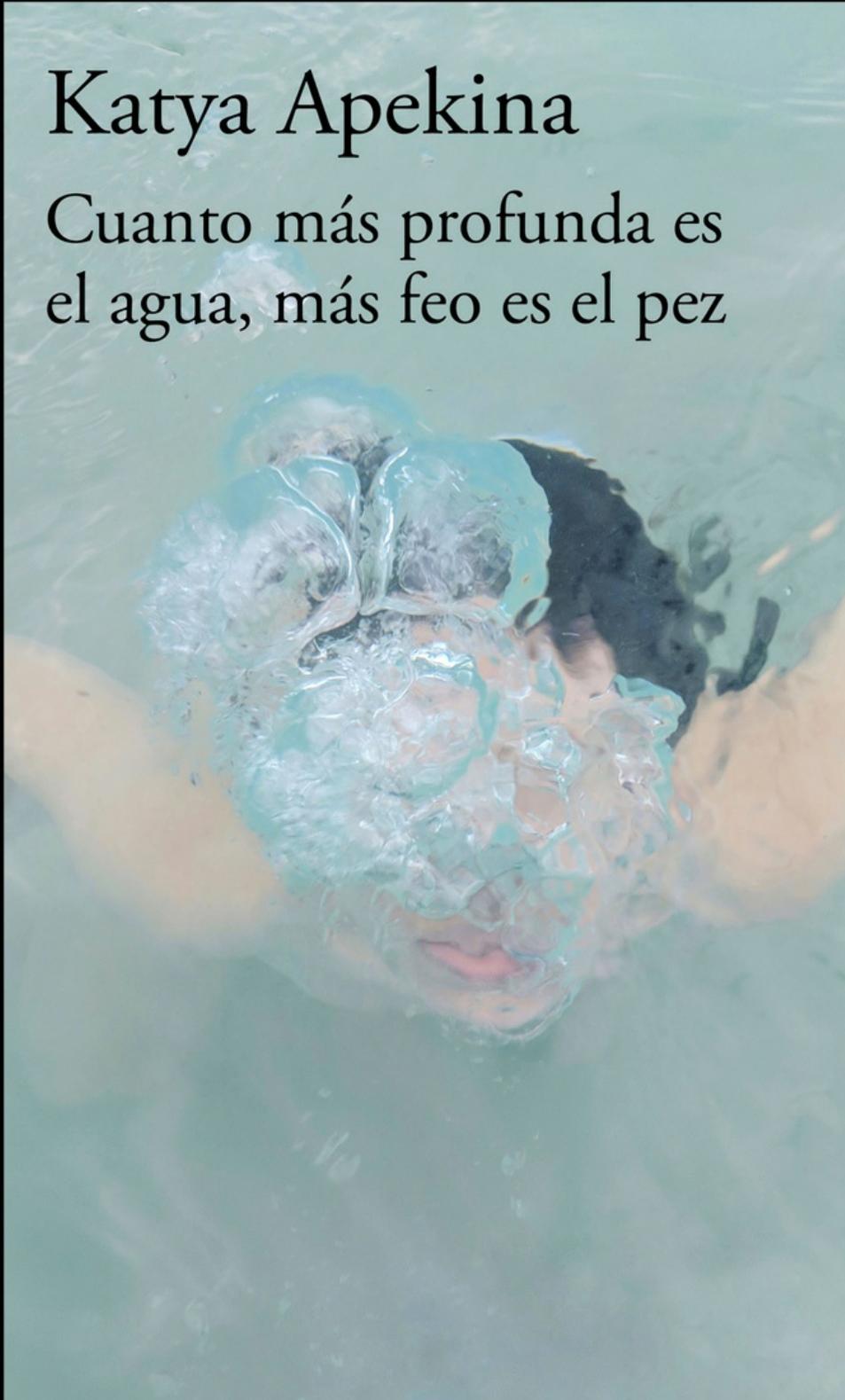


ALFAGUARA

Katya Apekina

Cuanto más profunda es
el agua, más feo es el pez

Narrativa Internacional Traducción de Carlos Jiménez Arribas



Katya Apekina

Cuanto más profunda es
el agua, más feo es el pez

Traducción del inglés de Carlos Jiménez Arribas

ALEAGUARA


SÍGUENOS EN
me**gustaleer**



@megustaleerebooks
@alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para David

... pero la vida es un truco, la vida es un gatito metido en un saco.

ANNE SEXTON, Some Foreign Letters

PRIMERA PARTE

Nueva York

Capítulo 1

Edith (1997)

Llevamos dos días en Nueva York. Estamos con Dennis Lomack. Mamá se ha quedado en el St. Vincent, descansando. Acaba de hacer una verdadera estupidez, y yo fui la que la encontró. Dennis nos ha llevado a dar una vuelta por la ciudad, a ver si así nos lo quita de la cabeza y nos reconciliamos con los últimos diez años.

Esta noche, Dennis había quedado con una pelirroja para ir a una actuación, y nos ha llevado a Mae y a mí a la cita. A veces vamos con mamá a Nueva Orleans a ver *El cascanueces*, pero esto no tiene nada que ver. Estamos en el sótano de una iglesia; no cabe un alma y hay mucha humedad. Una mujer que lleva un vestido veraniego baila sola en el escenario. Parece un gato salvaje. Se le ve la caja torácica por ambos costados, y por delante también. La espesa melena negra le llega hasta la cintura y acompaña cada uno de sus movimientos con un balanceo. El escenario está lleno de sillas plegables, y ella baila con los ojos cerrados. No parece consciente de nada, sacude los brazos y las piernas sin siquiera percatarse. Caen las sillas a su alrededor, y ella sigue bailando. Baja el ritmo, ladea la cabeza como si aguzara el oído, luego mueve las manos con pequeños espasmos. Tiene el pelo sucio; el olor llega hasta donde estoy sentada: con cada giro que da, la melena ondea en el aire.

La veo borrosa y me doy cuenta de que estoy llorando. No sé por qué.

Aunque no es cierto. Sí lo sé. Es porque me recuerda mucho a mamá. Por la forma de bailar que tiene: tan desesperada, pero también como en su propio mundo. No baila para nosotros. Está sumida en lo más hondo de sí misma, y, si los asientos estuvieran vacíos, seguiría bailando igual.

Mae pone cara de terror. Le aprieto la mano, pero ni se da cuenta. No conozco lo suficiente a Dennis para saber lo que siente. Puede que nada. Con las luces del teatro apagadas, es como si tuviera la cara esculpida en piedra. Se le ha dormido encima la chica con la que ha quedado, que apoya la cabeza en su hombro.

Cuando salimos, se despega del cuello la cabeza de la pelirroja, hace una pirueta para desembarazarse de ella y la mete en un taxi. Cada uno de sus movimientos responde a un cálculo perfecto. Salta a la vista que tiene mucha práctica en eso de quitarse a la gente de encima. El taxi se aleja, y la mujer nos mira a través del cristal con cara de perro triste. Mae le dice adiós con la mano. Ya ni me acuerdo de cómo se llamaba. ¿Rachel? ¿Rebecca? No importa. No creo que la vayamos a ver más.

Volvemos andando al apartamento de Dennis, en silencio. Él va en medio, agarrándonos del codo. Queda lejos, a unas treinta o cuarenta manzanas. El aire viene frío. Casi todas las tiendas están cerradas, tienen echado el cierre metálico en los escaparates. Hay hombres tumbados en los bancos que vamos dejando atrás. Algunos están embutidos en sacos de dormir, pero otros se arrojan con periódicos. Los que no han llegado a tiempo de encontrar banco duermen tumbados en los vanos de las puertas, o en el suelo. Vamos sorteándolos, guiadas por Dennis, en completo silencio. Nunca había visto a tanta gente sin hogar. Nos adelanta un grupo de mujeres, van riendo y dando lametones a sus cucuruchos de helado. Ni siquiera miran a las personas que hay en el suelo

cuando pasan por encima de ellas.

—Os pido perdón —dice Dennis; y quedan en el aire esas palabras. Mae y yo nos miramos: ojalá diera más detalles de qué hay que perdonarle.

En el apartamento, sentados a la mesa de la cocina, tomamos una infusión. Cuando me viene a la mente la mujer y su bamboleo en el escenario, rompo a llorar otra vez. Noto en el pelo la caricia de Mae, me frota las sienes con los dedos fríos. Dennis revolotea detrás de ella. La ayuda a quitarse el abrigo, intenta hacer lo propio conmigo, pero yo lo aparto sin contemplaciones.

—¿Qué hemos hecho? —digo—. ¿Cómo hemos podido dejarla sola?

—Cálmate, por favor —dice él, y me alcanza una servilleta de papel.

Me sueno la nariz. No mueve un músculo de la cara, indescifrable, pero le tiembla el pulso al echar el agua en las tazas, y tiene que emplearse a fondo para no derramarla. Aparto la vista y la fijo en la caja de infusiones que Mae tiene en las manos. No me gusta ver cómo le tiembla el pulso a Dennis. No tiene ningún derecho a perder así el control. Respiro hondo y centro toda la atención en la caja. Es de madera labrada, con elefantes, y está llena de bolsas de té y tisanas: las hay de jengibre y limón, de *rooibos*, de bayas de *açaí*, mejunjes que no había oído en mi vida. Mamá solo toma café. Elijo la que menos huele a hierba. Seguro que la caja la dejó aquí una mujer, como el calcetín pequeño hecho una bola que hemos visto en un rincón de nuestro cuarto.

Dennis encaja la silla entre la mesa y la nevera; hunde los dedos en la barba y se nos queda mirando. Yo aparto la vista, pero veo que Mae le devuelve la mirada. A mí me zarandea el hombro hasta que no tengo más remedio que mirarlo también. Es raro, porque tiene los mismos ojos que veo delante del espejo cuando me miro. Me noto hipnotizada por un instante, como si estuviera fuera de mi cuerpo.

—Escuchadme —dice con la voz llorosa—. Comprendo que al principio os pueda parecer un extraño. Pero no soy un extraño. Soy vuestro padre —y entonces cede el rictus de la cara, que parece un poema, nos acerca a su pecho y nos abraza, hasta que el agua se queda fría en las tazas.

Mae

Es el tipo de cosas que le gustaba hacer a mi madre: escogía a una persona y la seguía durante horas; por todo el centro comercial, hasta el garaje, hasta su casa. Una vez fuimos toda la noche detrás de alguien por el bosque, con las luces del coche apagadas, y hasta que no llegó a la cabaña no nos dimos cuenta de que era un coto de caza. A veces, si era por el día, dejaba venir a Edie también; aunque si estaba Edie perdía el aliciente, no era más que un juego. Y solo jugaban ellas, al amor de que compartían una bolsa de regaliz de fresa en los asientos delanteros, mientras conjeturaban sobre la gente que estábamos siguiendo.

Pero cuando íbamos solas mamá y yo, de noche, y veíamos pasar por la ventanilla a toda velocidad los árboles y la laguna en plena oscuridad, no tenía nada de juego. Entonces yo me sumergía en la realidad de mamá. A veces se bajaba del coche y tenía que ir con ella. Un día caminamos mucho rato por un sendero lleno de maleza que llevaba a un puesto para cazar ciervos. El aire era denso y frío; el canto de los grillos y las ranas arbóreas, ensordecedor. Yo tenía diez años, puede que once, y recuerdo que cada pocos pasos tenía la desagradable sensación de que despertaba, una y otra vez, despertaba y despertaba.

El puesto de caza era un cobertizo de contrachapado, alzado sobre cuatro pilares. No sé si dimos con él por casualidad o si mamá fue hasta allí aposta. Me dio miedo quedarme sola y la seguí escalera arriba. Era como una casita en un árbol, solo que olía a moho y a sangre. Mamá gastó toda la caja de cerillas para leer los titulares de los periódicos que cubrían el suelo. Nos perdimos en el camino de vuelta al coche. Yo tenía pánico a que nos dispararan, o a los perros, que podían salir corriendo detrás de nosotras. Se habían dado ambos casos. Estaba amaneciendo cuando llegamos a casa, y entonces tuve que irme al colegio y hacer como que no había pasado nada; ingeniármelas para no quedarme dormida ni llamar la atención lo más mínimo.

No sé si Edie estaba al tanto de todo. Según ella, la favorita de mamá era yo, pero eso no es cierto. Lo que pasaba era que mamá me veía a mí como pura extensión de su persona, mientras que Edie era libre de ser ella misma. Edie salía con sus amigas, montaba en bici, tomaba el sol, se colaba en el cine, y yo seguía atrapada en el cuarto de mamá, con un montón de mantas encima aunque fuera verano e hiciera calor, tapadas las dos con el abrigo de piel de la abuela. Era un abrigo de nutria —rata de laguna—, y mamá me tenía allí con ella horas enteras, sudando, entre picores, hasta que dejaba las mangas sin pelo de tanto chuparlas.

Sí, mamá me llevaba con ella a rastras a los peores sitios que había. Tuve que alejarme de ella cuanto pude, porque me estaba consumiendo en vida. El día que intentó ahorcarse de una viga en la cocina, yo estaba en mi cuarto, tumbada en el suelo. Mi mente era una radio que sintonizaba su cadena, y tanto sufrimiento acababa por paralizarme. Yo tenía por fuerza que saber lo que estaba haciendo ese día, pero no moví un dedo para detenerla. Fue Edie la que le salvó la vida a mamá.

Cuando papá salió de la nada para rescatarnos, fue como si hubiera aparecido por arte de magia. Nos sacó del colegio —yo acababa de empezar el instituto y a Edie le quedaba un año para terminar— y nos llevó con él a Nueva York. Era la primera vez que salíamos de Luisiana. No

sabíamos cuánto tiempo nos íbamos a quedar porque todo estaba en el aire, pero yo me lo tomé como que me daban una oportunidad para empezar de cero, y no pensaba desaprovecharla.

Con papá tenía siempre la sensación de que ya lo había vivido todo antes. Veía un objeto y sentía que tiraba de mí, sin poder explicármelo. Como ese par de zapatos marrones al fondo del armario, por ejemplo, con la piel suave al tacto de lo gastados que estaban, que pedían a gritos unas suelas nuevas. No es que me acordara de ese par concretamente, pero mi cuerpo sí. Cerraba la puerta del armario y los acunaba entre los brazos, a oscuras. No quería que Edie se enterara de que hacía esas cosas, y me costaba ocultárselas en un apartamento tan pequeño.

A mí me encantaba ese pisito: era como un útero apretado y polvoriento. Edie no paraba de estornudar, porque no había manera de quitarles el polvo a todos los libros. Desbordaban las estanterías del salón y llegaban hasta el suelo, montones de libros por todas partes, contra las paredes, encima del piano, debajo de la mesa de la cocina. Papá era escritor, así que se multiplicaban los libros en su apartamento. Le llegaban nuevos por correo todos los días, la mayor parte de autores jóvenes que querían un elogio suyo para ponerlo en la contraportada. Un elogio de papá estampado en las tapas de un libro valía su peso en oro. Era un icono cultural. Una vez hasta salió como respuesta en el concurso de televisión *Jeopardy!*

Mamá también había sido escritora, poeta, aunque ni mucho menos tan conocida como papá. Ella nos leía mucho. Uno de los primeros recuerdos que tengo es estar sentada en el suelo de la cocina con Edie y ver la figura de mamá irguiéndose por encima de nosotras: tenía los ojos cerrados, se balanceaba sin moverse del sitio, zapateaba en el suelo, recitaba poemas, con la encimera llena de cuadernos. Algunas veces mandaba sus escritos a revistas, y Edie y yo teníamos que lamer la goma de los sobres para que le diera suerte. Casi nunca le publicaban nada. Hubo un momento en que dejó de escribir, y luego, al final, dejó de leer. Los libros se convirtieron en objetos decorativos. Se podía pasar días enteros sentada en la mesa de la cocina, con la mirada vidriosa, perdida en algún libro de poemas que tenía abierto en el regazo, mientras la grasa del pelo le manchaba el camisón a la altura de los hombros. Se quedaba así, mirando, sin pasar las páginas. Repiqueteaba los dedos uno contra otro, desconectados del resto del cuerpo, marcando algún ritmo secreto.

Edith (1997)

Cierro los ojos y el tráfico sube de volumen. Seguro que el océano suena así también. Nuestro cuarto es como un camarote en un crucero. Dennis tenía antes el despacho aquí, y casi no cabemos: hay que tener cuidado, porque si «hablas como una italiana», como decía la profesora de francés, estamparás las manos contra la litera, el tocador o la lámpara de papel.

Tengo a Mae tumbada al lado; estamos en la litera de abajo. Nos da miedo separarnos: de noche, mientras una duerme, la otra está despierta.

—Es como ir en barco —le digo bajito al oído, pero no abre los ojos. Dice que no con la cabeza, y el pelo oscuro y espeso le tapa la cara. Parece una caldera en miniatura cuando duerme. Le suda mucho el cuello, y el pelo se le pega ahí. Lo tiene igual que mamá. Cuando me da la espalda y se pone de cara a la pared, la peino con los dedos y hago como que es mamá la que está tumbada a mi lado. «Perdóname, mamá. Perdóname.» Llevamos casi una semana aquí y los médicos no sueltan prenda. A Dennis le cuentan que todavía es pronto para saber nada a ciencia cierta. Cuando llamo yo, me dicen que no están autorizados a hablar de su estado conmigo. Me tratan como a una niña pequeña, como si no fuera yo la que la ha estado cuidando todos estos años.

Dennis sigue sin decirnos cuándo vamos a volver. No me importa tomarme un descanso, pero estoy en el consejo escolar y los comités de puertas abiertas y fiesta de fin de curso, y cuanto más tiempo siga aquí, más opciones habrá de que me levanten el sitio. Aparte de que echo de menos a Markus, y también es cuestión de tiempo que me lo quite una de las Lauren, o alguna todavía peor.

Le he preguntado a Dennis si vamos a volver antes del 3 o el 4, pero lo único que hace es sonreír como un idiota y decirme lo feliz que está de tenerme aquí con él. No sé si voy a aguantar mucho más eso de tenerlo todo el rato pegado a nosotras, sin parar de hacer comentarios sobre gilipolleces. ¡Que si cómo agarramos la cuchara! ¡Que si cómo bebemos agua! ¡Que cuánto nos parecemos a él! ¡Oh, maravillas de la genética! No me extrañaría que ahora mismo estuviera detrás de la puerta, con el oído pegado, tomando nota de lo mucho que se parecen los ruidos que hacemos al dormir a los que hace él. A lo mejor lo puede incluir en su próximo libro. ¡Menudo material literario estamos hechas las dos! Espejitos para que se mire más todavía en ellos.

—¿No te parece raro —le digo a Mae al oído, más alto esta vez— que Dennis no mostrara el más mínimo interés en doce años, y ahora, de repente, no se canse de nosotras? —si está detrás de la puerta, espero que me oiga.

Mae no abre los ojos, pero se nota que está despierta. Además, ya sé lo que piensa. No le parece raro en absoluto. Cuando saqué el tema antes, se puso a defender a Dennis. Solo tenía dos años cuando él se fue, qué va a saber ella. Yo tenía cuatro. Y de hecho me acuerdo. Recuerdo que lo echaba de menos, que lo esperaba, mirando por la ventana que daba a la calle, todos los días, como un perro. No nos llamó nunca, ni por los cumpleaños ni en Navidad. No mandó cartas ni

postales. He aquí un escritor famoso, o lo que sea, y ni siquiera sé qué letra tiene. Y también está lo que nos contó mamá. Aunque éramos pequeñas, nos hablaba con franqueza, porque no tenía a nadie más. Nos contó que se aprovechaba de ella, de lo joven que era, y que se ponía celoso, hecho una furia, y se acostaba con todas las amigas de mamá; no porque le apeteciera o le gustara alguna, ¡sino porque no quería que ella tuviera amigas! Y amigas, lo que se dice amigas, no tenía. Tenía a Doreen y nos tenía a nosotras, y no fuimos bastante.

—Esto no va a durar —le digo al oído. No quiero que Mae se haga ilusiones y luego se las tiren por tierra—. En cuanto volvamos a casa no sabremos de él nunca más.

Qué mal se le da hacerse la dormida. Contiene la respiración, y eso la delata. No digo nada más, y enseguida el sonido del tráfico colma la habitación, hasta que llega un momento en que me parece flotar en ese estruendo. Me dejo llevar. Vuelvo a casa, a mi propio cuarto. Mamá está bien. La oigo en la ducha, cantando. ¿No ves?, está bien. Yo sabía que iba a estar bien. El canto se convierte en chillido; y me despiertan las sirenas.

Mae está mirando por la ventana. El resplandor de la ambulancia, siete pisos más abajo, le da a su cara la apariencia de una máscara, primero azul y luego roja.

—Mae —le digo al oído, pero no reacciona.

Hay veces que le dan como trances, por eso en el colegio la llaman Yuyu.

—Mae —digo otra vez, y le pongo las manos en los hombros. Las dos vemos cómo abajo, en la calle, atan a alguien a una camilla.

Había tormenta y llovía torrencialmente el día que encontré a mamá en la cocina. Los de la ambulancia y los bomberos iban dejando la moqueta encharcada mientras la sacaban. Fue como si Dios hubiera orquestado la pelea que tuve con Markus en su casa del lago, para que volviera pronto y me la encontrara. Mae dice que no cree en Dios, pero ¿cómo explicar si no que yo llegara justo a tiempo? Cinco minutos más tarde y habría muerto. No me la imagino muerta. Es como un eclipse, que si lo miras de frente te quedas ciego.

La verdad es que no quería morir. Eso lo sé a ciencia cierta. ¿Sabéis por qué lo sé? Pues porque había puesto el agua a hervir y había encendido la cafetera eléctrica para hacerse un café. La pared estaba llena de condensación y el hervidor seguía soplando cuando me la encontré. No me explico cómo Mae no oyó nada. Debía de estar en uno de esos trances suyos.

Llevo a Mae de vuelta a la litera de abajo y la arropo. Saca una mano y me acaricia la cara.

—No llores —dice, y cierra los ojos.

No me había dado cuenta de que estaba llorando. Se me saltan las lágrimas todo el tiempo desde que llegamos, como si tuviera incontinencia en la cara.

—No lloro —digo, y me las seco con el pelo—. Ojalá volviera a ser todo como antes, ¿a que sí? —le pregunto. Como antes de que pasara esto, antes de la depresión de mamá. No siempre estaba triste. A veces era la persona más feliz del mundo. Se reía, doblada en dos, sin poder parar, y nosotras también nos reíamos, aunque no supiéramos dónde estaba la gracia. Y había otros momentos en que no estaba ni feliz ni enfadada ni triste: era mamá, simple y llanamente; nos llevaba al parque, o a ver los desfiles, y se quedaba despierta hasta tarde, cosiéndonos disfraces de Mardi Gras muy elaborados.

Mae no responde, se da la vuelta, de cara a la pared. Al final, cuando ya casi estoy dormida, oigo que dice:

—Hay veces que es como si tú y yo nos hubiéramos criado en casas distintas.

Mae

Las dos primeras semanas, papá no nos perdía de vista. Dábamos paseos larguísimos con él, en los que trataba de comprimir, como a presión, los años perdidos. Cubríamos a pie distancias de cientos de manzanas. Dijo que cuando se volvió a vivir a Nueva York nos echaba tanto de menos que era como tener hormigas coloradas en los órganos vitales, y que caminando recuperaba un poco la cordura.

A nosotras no se nos habría pasado por la cabeza caminar en Metairie. No había adónde ir, y al poco de echar a andar volvías al punto de partida o te dabas de bruces con la autopista. Sí que estaban los paseos nocturnos con mamá, el pánico de atravesar bosques y lagunas, pero eso era aparte. En Nueva York caminábamos igual que peregrinos, y cuando gastamos los zapatos, papá nos compró unas zapatillas muy chulas, diseñadas para imitar el contoneo de un guerrero masái. Calzadas con ellas, íbamos de los Claustros a la punta sur de Battery Park; sorteábamos a los yonquis que cabeceaban en las aceras del Lower East Side, probábamos dumplings en Chinatown y pizza en Little Italy, pasábamos el dedo por los rollos de tela en el Fashion District y comprábamos ramos de flores en el Flower District, marchitas ya para cuando queríamos llegar a casa.

Atravesábamos los vecindarios justo a la salida de los colegios. Las chicas inundaban la calle, vestidas con uniformes parecidos al que teníamos en el Santa Úrsula —faldas plisadas a cuadros verdes y grises y camisas blancas—, aunque, como es lógico, ellas les daban un toque más distinguido. Antes las habíamos visto hacer fila a la puerta de las panaderías en Greenwich Village, rebuscando en monederos que se nos antojaban grandes y elegantes.

Papá procuraba apartarnos rápido de allí, porque era ver a esas chicas y Edie ya se ponía de mal humor.

—¡Es prácticamente como si nos hubieras raptado! —le decía a grito pelado, y algunas chicas se daban la vuelta y nos miraban, sin saber muy bien si tomarse aquella acusación en serio.

Una vez hasta se quitó las zapatillas nuevas y las tiró contra él. Papá, aturdido, puso tal cara de asombro que Edie se cabreó más todavía.

—¿Cuándo nos vamos a casa? —gritó, y solo hubo manera de calmarla invocando a los médicos y la salud de mamá. Entonces, a regañadientes, se tranquilizó un poco, y unas calles más adelante volvió a calzarse.

Mis preferidos eran los paseos fantasma con papá por los sitios de su niñez que habían sido borrados del mapa, sitios en los que vivió y fue al cine y tomó cerveza y jugó a las máquinas. Me gustaba ver esa otra capa de la ciudad debajo de la más visible. Metairie era una ciénaga estática. No tenías la sensación de que nada pudiera cambiar allí.

Un día nos llevó a Morningside Park y nos enseñó las cuevas donde había acampado para protestar contra la discriminación racial. La Universidad de Columbia quería construir un gimnasio allí, con entradas separadas para los blancos y la gente de color. Siempre que hablaba del movimiento por los derechos civiles, a Edie se le olvidaba que en teoría estaba enfadada y lo

escuchaba con la boca abierta.

Carta de Dennis Lomack a Marianne Louise McLean

24 de abril de 1968

Querida M.:

Me senté con la intención de escribir una novela, pero no hay cosa que escriba que no se convierta en una carta para ti. Me tienes hechizado, chica. ¿Para qué oponerse?

Estoy con Fred en Morningside Park. La poli patrulla el perímetro del parque pero no interviene. Hasta el alcalde sabe que tenemos razón. Estamos borrachos y no paramos de cantar, celebrando la capitulación de Columbia. Adiós, gimnasio racista.

A Fred se le cayó el cubo de agua en la leña, y ahora no prende (pobre Fred, perdió la percepción de profundidad). He tenido que descender por el talud e ir a buscar más troncos. Hay una vista magnífica desde abajo: las cuevas horadan un lado del barranco, y en cada una de ellas arde una fogata, con lo que el talud queda transformado en un rascacielos primigenio. UN RASCACIELOS DE LAS CAVERNAS (me vino a la cabeza esta combinación de palabras, pronunciada por tu padre). ¡Ay, ojalá pudierais verlo! ¡Esto es mejor que una sentada, es una acampada! ¡Es una CAVERNADA! ¡Esto no es Misisipi! ¡No pasarán!, etcétera.

¿Qué tal está tu padre? Tengo en mente escribirle. Me dijo Ann que las acusaciones contra él no se sostenían, que era todo una farsa, aunque no me dio muchos detalles. Me alegra hablar con mi hermana y pedirle consejo. Ya sabes que mi hermana es abogada. De hecho, acabo de verla esta tarde. Nos ha traído un guiso de cerdo y repollo, y a ese pelma que va siempre con ella, Stewart. Se nos sumaron unas amigas de la cueva contigua, dos hermanas de Puerto Rico. Stewart quiso hablar con ellas de Gandhi, pero no les causó demasiada impresión. Se fueron. Stewart dice que si pudiera matarme y ponerse mi piel encima, lo haría. Tiene una cara que parece un racimo de granos. Por eso no liga, según él. Lo que no alcanzo a comprender es cómo lo aguanta mi hermana. Los mosquitos están acudiendo en masa a la luz de la vela, así que voy a apagarla.

Buenas noches, buenas noches, mi pequeña m.

Edith (1997)

—Yo ya no tengo edad —dice Dennis, y con un gesto de la mano nos anima a avanzar. Él se queda en la hierba, con los de la barbacoa, a ras de suelo.

Mae y yo subimos, nos colamos por debajo de la barandilla y vamos a gatas por un saliente que lleva a las cuevas, talud adelante. No miro hacia abajo. Las cuevas tienen pequeñas aberturas. Entramos a cuatro patas y palpamos tierra y basura con las manos. ¿Los envoltorios son de condones o de caramelos? Dennis nos da instrucciones desde abajo, a grito limpio.

—A la izquierda, a la izquierda —dice. Saco la cabeza fuera y veo que señala la cueva que tenemos al lado. Ahí acampó en los viejos tiempos.

Seguimos gateando hasta esa abertura. Aúpo a Mae, y luego ella tira de mí para subirme. Es una cueva más honda que las otras, y más oscura. Lleva su tiempo acostumbrar la vista, y entonces veo el contorno de una figura. Noto que Mae se pone tensa, pero antes de que pueda hacer nada le tapo la boca con la mano. Hay un hombre ahí, muy cerca. Durmiendo. Desnudo, echado en un saco de dormir. Le veo la polla aunque está oscuro, acomodada encima de la tripa, mirándonos directamente con su ojo. Mae y yo salimos a gatas, de espaldas, y casi nos caemos. Seguro que es la primera que ve en su vida.

—¿Qué ha pasado? —dice Dennis. Estamos sin aliento. Mae tiene restos de tierra en la cara, de cuando le he tapado la boca. El envoltorio de una chokolatina se le ha quedado adherido a la rodilla, y Dennis lo despega con dos dedos.

—Que hemos visto una serpiente —respondo. No sé por qué lo digo, me sale sola esa mentira.

—Ah —dice él—. ¿Era verde y amarilla?

Digo que sí con la cabeza.

—Una culebra rayada. No os preocupéis, son inofensivas —dice.

Hay una mujer a su lado. No es la del teatro, es otra diferente. Cuando nos sonrío se le pone cara de caballo. Le dice a Mae que tiene un pelo muy bonito, y Mae le suelta un gruñido.

Mae

Papá tenía muchas mujeres, mejor no darles alas. Lo peor era cuando se ponían maternales, parecía que una compañía de teatro de mala muerte estuviera haciendo un *casting* para un papel que en realidad no existía. Edie y yo éramos bordes con ellas aposta, aunque ella lo hacía por razones diferentes a las mías. A mí, por fin me habían regalado un padre y no quería compartirlo con nadie; Edie, por su parte, pensaba que aquellas mujeres eran un insulto para mamá.

No creo que papá supiera cómo mantener a raya a tantas mujeres. Toda su vida fue el centro de atención de las féminas. En su familia era el pequeño, y a su madre y su hermana se les caía la baba con él. Y luego, de adulto, tenía carisma, era guapo y tan alto que se tenía que agachar para pasar por las puertas, un hombre con talento y famoso. ¡Cómo no iban a estar locas por él! Pero, al parecer, con ninguna iba muy en serio. Solo tenía ojos para Edie y para mí. Y ser el centro de atención de alguien de aquella manera tenía un efecto embriagador. Cómo nos miraba... Nunca he sentido nada igual.

Una noche, cuando Edie ya dormía, salí a hurtadillas de nuestro cuarto y fui al de papá. Me quedé un rato frente a la puerta, haciendo acopio de valor para llamar. Tenía que decirle que no podía volver a casa, que no podía abandonarlo, pero me daba miedo decir nada delante de mi hermana. Me entraban los nervios, porque no sabía si la estaba traicionando, haciendo algo a sus espaldas.

Recuerdo que, al llamar, la puerta se abrió sola y lo hallé sentado al escritorio, mirando una foto. Lo había asustado, y metió rápidamente la foto en un cajón.

—¿Qué haces levantada? —preguntó.

Me vine abajo. No sabía qué decir. Además, ¿y si Edie tenía razón? ¿Y si el amor que nos tenía no era más que un espejismo y con lo que yo iba a decirle se rompía la magia y lo acababa espantando? Así que no abrí la boca.

Pero no hizo falta.

—Ven —me dijo, y me sentó en su regazo—. ¿Tienes miedo?

Asentí con la cabeza, y me dio un beso en la frente.

—Como para no tenerlo —dijo.

Edith (1997)

—Mis dos preciosas hijas, mis niñas guapas, guapísimas —dice Dennis en el desayuno. Noto el calor de su mano en el hombro. Nos mira alhelado, como si fuésemos sus pollitos.

Veo la mirada que le dirige Mae, e intuyo cosas, cosas importantes que cambian de sitio en su interior, despacio, como placas tectónicas.

No voy a mentir. Yo también me sentí colmada por un instante cuando me tocó, como si me hubieran cortado los cables de la alarma contra las memeces. Menos mal que veo la mentira que hay detrás de todo. Mamá lleva dos semanas desaparecida en el hospital y ya la estamos traicionando.

—He pensado que hoy podría llevaros al Met —dice.

Suena el teléfono, pero él sigue sonriéndonos. Me escabullo para ir a cogerlo y así quitarme esa mano de encima. Puede que sea Markus, que me devuelve la llamada, porque ya le he dejado tres mensajes. O es él, o alguna de las damiselas de Dennis. Tantas mujeres. No paran de llamar y venir a verlo. Una se presentó el otro día en gabardina, sin nada debajo. Llevaba un tiempo fuera del país y vino derecha del aeropuerto para darle una sorpresa. ¡Menuda sorpresa! Ni siquiera podía sentarse: con una mano se sujetaba la gabardina, subida hasta el cuello, y nos daba la otra en las presentaciones. Casi me dio pena.

—¿Diga? —contesto al teléfono.

Es una voz de hombre.

—¿El señor Lomack, por favor?

Es el médico, pienso.

Le paso el auricular a Dennis. Me lo quedo mirando mientras él atiende la llamada.

—Sí —dice—. ¿Qué tal está? —se mira las manos—. Sí —dice—, sí —nos da la espalda, con el cable del teléfono enrollado en los riñones—. ¿Y la medicación? —dice—. Ya veo —dice—. Sí —la voz que pone no delata nada.

Tengo el corazón en un puño.

—Cuánto lo lamento —dice, pero no parece que lo lamente mucho, por cómo suena. No le veo la cara. ¿Qué lamenta?

Mae se remueve en el asiento, y la silla cruje. Debo de estar mirándola con mala cara, porque le tiemblan los labios. Es muy sensible. Eso dice mamá siempre: «Ten cuidado con tu hermana, que es muy sensible». Le sonrío, lo intento más bien, y respiro hondo.

—Sí —vuelve a decir Dennis como unas tres mil veces.

A mamá la tienen allí en contra de su voluntad. Seguro que está atada a la cama, gritando. Se ha quedado sin voz; por eso no me dejan hablar con ella. No tiene voz. Imagino la cara que pone cuando grita y no le sale la voz. Me da tanto miedo la imagen que agarro la mano de Mae.

—Ay —dice, y se frota donde la he tocado. A veces es una cría insoportable.

Dennis cuelga. Le brillan los ojos, y no dice nada hasta que se sienta otra vez a la mesa con nosotras.

—Los médicos creen que sería mejor —dice, y entierra los dedos en la barba— que os quedarais a vivir conmigo. Vuestra madre no está bien. Necesita más tiempo.

—No —digo yo.

Dennis asiente con la cabeza.

—Ya sé que no es lo que esperabais —dice.

—¿Qué pasa con el colegio? No podemos dejarlo a mitad de trimestre y ya está. Podemos volver y vivir solas. Tengo dieciséis años. ¿Quién crees que se ha ocupado de todo hasta ahora?

—Desde el punto de vista legal, eso no es posible —dice.

—Podemos quedarnos con Doreen —Doreen es como la hermana de mamá. No son familia, pero se criaron juntas. Nos lo debe.

—No ha salido de ella ofrecerse.

Hago lo posible por calmarme porque sé que es la única manera de convencer a alguien de tus argumentos, pero oigo una voz dentro de mí que chilla.

—Yo no estoy de acuerdo.

Tercia Mae, que me mira con cara de pocos amigos y dice:

—Pues yo creo que eres una egoísta —y es como si se hubiera levantado de la mesa para darme un bofetón.

Diario de Dennis Lomack

[1970]

Anoche empecé... algo. Algo grande, vivo. No quiero hablar antes de tiempo, pero puede que al final sea un libro (!). Yo escribía a máquina y Marianne me miraba desde el suelo, tumbada en el colchón. Siento que somos uña y carne los dos. Es su energía la que opera dentro de mí, no me cabe ninguna duda. Estuve toda la noche escribiendo. Fuera llovía. Marianne estaba tumbada de espaldas, levantó el brazo en alto, entrecerró los ojos para ver el anillo, se quedó dormida. Ayer, mi hermana vino a la ciudad a hacernos una visita, y cuando pasamos por el ayuntamiento sentí una fuerza interior que me empujaba a casarme. Compramos claveles, teñidos de azul chillón, en la tienda de enfrente. «Mira», dijo Marianne, y pasó el pulgar por los tallos, llenos de venas como si fueran brazos. Paramos a un turista que pasaba por la calle, le pedimos que nos hiciera una foto con su cámara. Prometió mandarla por correo. Y desde que nos casamos, me devora la necesidad de escribir. Debajo de todo lo que escribo, como el traqueteo subterráneo del metro, «mi mujer, mi vida, mi mujer». Ya estaba amaneciendo cuando lo dejé y fui gateando hasta el colchón. Me hacía falta otra dosis de ella para seguir.

—No han dejado de picarme en toda la noche —me dijo medio dormida, enseñándome el brazo. Tenía una hilera de ronchitas rojas. Las chinches anidan entre las tablas del suelo y en el hueco de los enchufes.

—Yo sí que te voy a picar —dije. Y eso hice.

Más tarde, en el espejo del baño, mientras me lavaba la cara, vi que tenía dos marcas desiguales en el lóbulo de la oreja, de sus dientes delanteros, un poco montados. Y sentí otra vez el azote del deseo.

Volví corriendo al colchón: había empezado a abrocharse la blusa por los botones de arriba, y yo se la iba desabrochando por los de abajo. Le dan un pudor absurdo algunas cosas. Le quité las manos de los pechos y le besé las muñecas. Luego la sujeté a la cama.

En un susurro me llegó entonces la cantinela: ¿Me puedes salvar?

Y ante eso, solo cabe una respuesta: Sí, claro que sí.

Edith (1997)

Suena el cacharreo de Dennis y Mae en la cocina: él le está enseñando a hacer dumplings partiendo de cero. Es la receta de su abuela, que era polaca; supongo que por tanto era bisabuela nuestra. En casa, la que cocinaba era casi siempre yo. Le acabé quitando las pilas a la alarma antiincendios de la cocina por culpa de mamá y Mae. Todas las ollas tenían marcas de arroz quemado de cuando se ponían a hacer judías pintas con arroz. Ayer pensaba en eso durante la visita guiada al Museo Metropolitano de Arte a cargo de una mujer a la que Dennis se habrá tirado, se estará tirando o se irá a tirar. Nos estaba explicando un cielo nocturno, lleno de remolinos, de Vincent van Gogh. Era igualito que el fondo de las ollas que teníamos en Metairie. Eso me entristece: pensar en esas ollas que nadie utiliza, apiladas en los armarios de la casa vacía. No sé si voy a aguantar mucho más tiempo lejos de allí.

Una vez oí a alguien decir que si visualizas lo que quieres, recreándolo hasta el más mínimo detalle, se hace realidad. Así que lo intento. Cierro los ojos y me concentro. Ya no estoy en este piso de mierda en el que no cabe un alma. Qué va: estoy en casa, de pie en el salón. A mi izquierda está el estante con las vasijas de calabaza labradas que guardan las cenizas del abuelo. Enfrente tengo la ventana, con sus visillos de encaje. Es mediodía y la luz entra a raudales, crea formas caprichosas en el sofá de terciopelo verde y la mesita de café.

Hago por imaginarme el olor de los árboles del vecino. Me llega, aunque las ventanas están cerradas y zumba el aire acondicionado. Esos árboles estaban empezando a echar brotes cuando nos fuimos, o sea que ahora ya habrán florecido: flores blancas, pequeñas, que huelen a palitos de pescado. El año pasado la gente se quejó, y pasaron firmas para que los talaran, pero a mí me gustaban. Siempre me han gustado esos olores: a pescado, a mofeta, a gasolina, a sobacos, a mugre.

Mamá y Mae están en la habitación de al lado. Extiendo los brazos y voy con ellas. Pero entonces, a medida que me acerco, cuando estoy casi en el vano de la puerta de la cocina, el suelo cruje y se carga todo el efecto. En casa hay una moqueta muy gruesa. Jamás cruje el suelo. Me quedo en el sitio, con la esperanza de, si me concentro, poder volver al punto en que lo dejé, pero no funciona. No soy capaz de teletransportarme del todo, apenas si aguanto unos segundos en Metairie. Abro los ojos y allí está Mae, la de verdad, parada en el umbral, mirándome. Tiene harina en la cara y en la camisa; y en la mano, el teléfono inalámbrico.

—Es Markus —dice—. ¿Quieres hablar con él?

Me da un poco de vergüenza, pero entonces pienso: ¿vergüenza por qué, si no sabe lo que estaba haciendo? Me ha visto con los ojos cerrados, nada más. Mae actúa siempre como si estuviera enterada de todo, pero ¿ella qué sabe, en realidad?

—Ya era hora —digo al teléfono, y cierro la puerta en las mismas narices de Mae—. ¿Qué pasa?, ¿tu madre no te ha dado los mensajes?

—Te estoy llamando, ¿no? —se lo nota molesto. Rompimos el día antes de que pasara lo de mamá, pero volvimos al día siguiente; y al otro nos vinimos aquí—. A ver —dice—, ¿qué pasa?

—Necesito tu ayuda —digo.

—Vale...

—Tengo que irme a vivir contigo.

Se queda un rato callado, así que me doy prisa en romper ese silencio.

—No tengo otro sitio adonde ir. Dennis quiere que me quede a vivir en Nueva York, y mamá todavía no está bien.

—Les preguntaré a mis padres —dice.

—Por favor —insisto, porque no creo que vaya a hacerlo.

—Se lo pediré.

—Podría quedarme en esa habitación de invitados que tenéis —digo.

—Vale —dice. Suenan voces de fondo, risas. Noto una punzada de dolor.

—¿Dónde estás? —pregunto.

—En la casa del lago —dice.

—¿Con quién?

—Lauren B, Lauren S y el Moco Mike.

—¿Tú qué haces con las Lauren?

—No... —dice, pero alguien le quita el teléfono.

—¡Edie! —dice Mike con la lengua floja—. ¿Por qué no has venido?

Oigo que Markus forcejea con él para recuperar el teléfono.

—¿Es que no lo sabe? —le pregunto a Markus.

—Seguro que se le ha olvidado —dice Markus.

—Entonces, ¿se lo preguntarás a tus padres? —digo.

—Por Dios —dice él—, ya te he dicho que sí.

Parece muy irritado conmigo. Nos quedamos los dos callados. Sorbo el aire por la nariz, para que me oiga al otro lado del teléfono. Sé que lo oye y que eso hace que se sienta mal, porque baja la voz, y ahora sí que estoy hablando con el Markus de siempre, no esa otra persona en la que se ha convertido estos últimos meses.

—Venga, Edie, no llores. Perdóname. No llores.

—Quiero volver —digo.

Al otro lado de la línea, alguien coge el teléfono y marca un número.

—¿Diga? ¿Diga? —es el padre de Markus.

—Hola, doctor Theriot —digo yo.

—¿Oiga? ¿Oiga? Markus, ¿eres tú? Deja libre la línea, tengo que llamar al hospital, me han mandado un aviso —dice, porque al parecer no me ha oído.

—Luego te llamo —dice Markus, y cuelga. Me quedo un momento con el auricular en la mano, escuchando el tono de comunicando. Llega del salón la risa de Mae. Me suena raro oírla, es una risa fea.

Entro en el salón y veo que Dennis está en el suelo y tiene a Mae subida a la espalda.

—¡Flexiona las rodillas! ¡Abre los brazos! ¡La mirada en el horizonte! —le grita órdenes y se arrastra por el suelo, combado por el peso de ella. Están los dos cubiertos de harina. Mae intenta mantener el equilibrio, pero se dobla en dos con esa risa asquerosa.

—No puedo..., no puedo... —dice entre jadeos.

—Le estoy enseñando a Mae a hacer surf —dice Dennis cuando me ve. Y por la estúpida imagen que componen los dos, constato que es cierto.

—Deja de sacar el culo así. Parece que vas a cagar —le digo.

Ella sigue sonriendo, pero no me mira.

Dennis grita:

—¡Que viene una ola! —y se arquea debajo de ella. Mae chilla, sale disparada y aterriza en el sofá.

—¿Quieres probar tú? —me pregunta Dennis. Lo dirá en broma, el muy capullo. Son gilipolleces que tenía que haber hecho con nosotras hace doce años, cuando nos abandonó, no ahora que tengo dieciséis.

—Sabes de sobra que no hemos visto nunca el mar —le digo. Pero ¿cómo iba a saberlo? Si es un desconocido.

Tiro al suelo una pila de libros que hay encima de la mesa de café, para recalcar mis palabras, y forman una nube de polvo. Dennis se levanta: tiene vetas de mugre en la tripa y harina en el pelo.

—No sabes nada de nosotras —empiezo a decir, pero no paro de estornudar.

Mae

Yo creo que Edie tenía tanto miedo de que papá nos dejara otra vez que quiso anticiparse. Si lo alejaba de nosotras, eso sería lo más parecido a tomar cartas en el asunto y ser nosotras las que lo dejáramos a él.

Bueno, pues dicho y hecho, recuerdo que pensé cuando montó el primer pollo. Con cada una de sus mezquindades, por pequeñas que fueran, yo pensaba: ya está, se acabó, porque en Nueva York todo parecía pendiente de un hilo. No estábamos escolarizadas. No teníamos rutina. No conocíamos a nadie. Estábamos allí como flotando, y poco más.

Aunque me enfadaba mucho con ella, la abrazaba hasta notar cómo cedía la ira que le bullía por dentro y, por fin, lo que fuera que se apoderaba de ella dejaba de rugir y se aplacaba.

La gente que no conocía bien a Edie siempre se sorprendía cuando salía a relucir el mal genio que se gastaba. Debía de ser por la voz que tenía, y también por ese aspecto de cachorro, de ternera zancuda, de pollito recién salido del cascarón: todo huesos y marañas apelmazadas de pelo amarillo. Uno de los primeros recuerdos que tengo, sin embargo, es el de las palizas que me daba. Ella dice que no se acuerda, pero cuando se sentía culpable me acariciaba la cicatriz diminuta que me había hecho en la ceja. Ya no la tengo, pero ahí estaba, encima del ojo derecho. Me la hizo de una patada que me dio en la cara con un patín de hielo.

Una vez que empezamos a discutir y yo le dije que dejara ya de meter cizaña con papá, me agarró un mechón de pelo y me lo metió a presión en la boca, hasta que casi me ahoga, diciéndome: «Nos va a dejar otra vez. Cuanto más a huevo se lo pongamos, más pronto nos dejará». En ese momento la creí, por mucho que papá se esforzara en convencernos de todo lo contrario. Como cuando Edie se empeñó en que quería ir a la playa, y en cuestión de minutos papá ya estaba en bañador, había agarrado unas toallas y nos llevaba de la mano a la línea de Brighton Beach. Era un viaje largo en metro y, como fuimos en mitad del día, recuerdo que el vagón iba vacío. Parecía un convoy privado para nosotros solos, y aunque Edie se resistía con todas sus fuerzas a disfrutarlo, yo sé que le gustó. Era la primera vez que yo iba a ver el mar, y solo fui consciente de las ganas que tenía de verlo cuando ya íbamos en camino. La gente se sorprende siempre que les cuento esto, porque vivíamos en el Golfo, pero es que la costa de Luisiana es muy lacustre. Íbamos, por ejemplo, al lago Pontchartrain, y no veíamos la playa: para eso había que ir hasta Alabama o Florida, y nosotras no habíamos salido nunca del estado. Mamá sí que viajaba, pero nunca nos llevaba con ella. Desaparecía semanas enteras, dejándonos con Doreen; y cuando Doreen ya no nos aguantaba, pues con los Wasserstein, una pareja mayor que no hacía más que ver series policiacas en la tele y darnos de comer perritos calientes. A Edie y a mí nos encantaba odiar a los Wasserstein.

Hace poco, en una exposición, he intentado recrear esa sensación del primer viaje a la playa, pero costaba captar la alegría que sentí en toda su intensidad y sencillez. Hacía mucho viento, había demasiadas gaviotas y era Brighton Beach, o sea que seguro que la arena estaba llena de basura y papelotes, pero yo no vi nada de eso. ¡Me deslumbró la línea del horizonte! ¡Tantísima

agua! Agua, a todo lo largo y ancho que abarcaba la mirada, ¡y esas olas! ¡Cómo se acumulaba de golpe el agua y de repente se alzaba para embestir! La fuerza con la que arrastraba la arena debajo de mis pies. Estaba fría, pero claro que nos metimos. Edie parecía el dibujo animado de un palo de escoba en bikini; un efecto resaltado por lo fría que estaba el agua y los saltitos que daba con uno y otro pie. El agua fría nos sacudió por dentro. Fue una euforia momentánea: casi se nos caen los dientes de tanto chocarlos, pero de verdad que fue muy bonito. El océano Atlántico en marzo.

Después de la playa fuimos a un restaurante ruso de dumplings y conocimos a la tía Rose, la hermana de papá. Ni siquiera sabíamos que teníamos una tía. Mamá nunca nos había hablado de ella. Se parecía a Edie, si Edie hubiera acabado siendo una amargada. Qué rara se debía de sentir mi hermana, rodeada de repente de tantos amagos de sí misma.

Edith (1997)

Estoy harta de desconocidos que actúan como si hubieran dejado de hablar conmigo hace nada, ya sabéis, como si se hubieran ausentado un minuto para ir al cuarto de al lado, cuando es una década entera lo que han estado ausentes, sin querer saber nada de Mae ni de mí. En el caso de Dennis, cualquiera diría que ha tropezado y se ha caído en un túnel del tiempo. «Huy. Me olvidé por completo de mis hijas e hice que mi mujer se volviera loca. *Mea culpa.*»

Su hermana es igual que él. Le miro la cara y me entran ganas de morirme joven.

—Creía que ya no volvería a veros —dice Rose, y le tiembla la voz. Y añade—: Seguro que no os acordáis de mí —pero lo dice como si pensara que sí nos acordamos.

Cuando la camarera le trae a Dennis más dumplings y dice que «invita la casa», Rose pone los ojos en blanco, pero se nota que, de algún modo extraño, está orgullosa de que su hermano tenga «ese efecto en las mujeres». No para de quitarle restos de comida de la barba. Seguro que si hubiera pedido un filete se habría ofrecido a cortárselo en trocitos.

—Pobrecitas —nos dice cuando acabamos los aperitivos. Va a cogerme de la mano, pero la bajo al regazo a toda prisa—. Vuestra madre, ¡lo que os habrá hecho pasar esa mujer!

Mae se chupa la sal que le ha dejado el mar en el pelo, no dice nada.

—No fue ella la que nos abandonó —digo, y miro a Dennis con cara de pocos amigos. Él me devuelve la mirada.

—Vuestro padre no os abandonó.

Para ser abogada de oficio, la tía Rose no miente nada bien. Se pone roja igual que yo, le salen manchitas y le queda la cara que parece un Cristo. Cuando me doy cuenta, noto que me arden las orejas.

Le digo:

—Mae no se acuerda, así que no te cortes, cuéntale ese rollo. Pero yo estaba allí, Rose, vaya si estaba. No llamó ni escribió nunca. Estuve meses esperándolo.

—Perdóname —dice él—. Tienes razón, y te pido que me perdones. Enfádate las veces que haga falta.

Ni que tuviera que darme permiso.

Rose le agarra de la manga.

—No está bien que piensen eso —luego se dirige a nosotras—. Marianne fue la que lo echó. Ella lo quiso así. Vuestra madre...

—¡Ya basta! —Dennis da un puñetazo en la mesa y los platos tiemblan.

Nos quedamos todos callados. Rose le da un sorbito al vaso de agua helada, con los ojos llenos de lágrimas.

Entonces Dennis dice:

—Hice algo horrible. Solo espero que algún día podáis perdonarme —las palabras le salen solas, como si llevara doce años diciéndoselas cada mañana delante del espejo.

Me mira fijamente, espera a que reaccione y como no digo nada se levanta de golpe. Rose hace

lo propio, pero él la empuja para que vuelva a sentarse. Sale afuera a fumar un cigarrillo. Lo miramos, calladas, por el ventanal: la espalda se le hincha, el humo le sale por encima del hombro, como un bocadillo en una viñeta.

Rose se enjuga los ojos con una servilleta. De pura rabia, me como los dumplings que quedan en el plato de Dennis; los trago a lo bruto y tengo que hacer un esfuerzo para que no me den arcadas. La camarera nos mira. Mae se levanta despacio y sale afuera: a través del cristal, veo cómo consuela a Dennis, toda seria, con mucha ternura.

—Ojalá hubieras visto lo mal que se lo hizo pasar tu madre —murmura Rose, dirigiéndose a mí, pero no muerdo el anzuelo. Le hace señas a la camarera para que traiga la cuenta—. Mi pobre Denny.

Rose

Lo primero que me chocó al ver a mis sobrinas después de tantos años fue lo mucho que Mae se parecía a su madre. Daba casi repelús: la piel pálida, ese pelo largo, espeso y negro. A las chicas las quemaban en la hoguera en tiempos solo por tener ese aspecto. Qué tino tengo con las palabras..., me refiero a que Marianne se comportó de verdad como una bruja. Como una bruja y como una puta. Y al final no se aguantaba ni a sí misma y no quería seguir viviendo.

Recuerdo que Denny me escribió para decirme que había conocido a la chica con la que se iba a casar, pero que tenía que esperar un tiempo. Se enamoró de ella en el acto, cuando aún era una niña. No lo decía en plan depravado, solo que estaba seguro. Esperó hasta que se hizo adulta y entonces se casó con ella.

Qué triste no haber podido ayudar a esas niñas cuando eran pequeñas y vivían con Marianne. Pero Denny me dijo que no me metiera, que era su vida. ¿Y qué iba a hacer yo? Sobre todo cuando se volvieron a Nueva Orleans.

Stewart y yo no podíamos tener hijos, y cuando nacieron las niñas pensé en ellas como si fueran mías. Sé que eso sacaba de quicio a Marianne, en especial porque la primera no se parecía nada a ella. Decía que yo era como uno de esos pájaros parásitos que ponen huevos a escondidas en el nido de otras aves. Lo decía como un chiste, más o menos. Pero es que el sentido del humor que tenía era así. No era de las que se echan a reír y ya está. Ella tenía siempre su retranca.

Solía decir que Denny se aprovechaba de ella. Tenía diecisiete años y se le acababa de morir el padre; se había quedado sola. Una huerfanita descalza. Vamos, no me jodas, si Denny la salvó casándose con ella. La quería desde que era pequeña. Fue todo muy romántico.

Parece una diferencia de edad muy grande, treinta y dos años frente a diecisiete, pero son solo quince. Y de inocente ella no tenía nada. Él la quería más que a nada en el mundo. Y ella lo partió en dos: le minó la paciencia y le arruinó la vida. Lo echó de la casa, y eso que era de los dos. Cuando lo vi bajar del avión se me cayó el alma a los pies. Hay que ver en lo que lo había convertido. No quedaba del pobre Denny más que un ser hecho añicos. El cuello apenas le sostenía la cabeza de lo delgado que estaba. Tenía la piel del color de un cadáver. Stewart y yo lo cuidamos y le devolvimos la salud: le dimos de comer, buscamos un apartamento para él. Pero no podía escribir, y cuando quisimos presentarle a alguien para quitarle de la cabeza a Marianne y a las niñas, de nada sirvió. No me refiero a que no hubiera otras mujeres. Claro que las había. Las mujeres lo adoraban. ¿Cómo no? Brillante, guapo y, encima, destrozado.

Capítulo 2

Carta de Amanda Singer a la editorial Detstvo

Dmitry Appasov
Editorial Detstvo
San Petersburgo, Rusia

2 de febrero de 1997

Querido señor Appasov:

Soy estudiante de doctorado en la Universidad de Wisconsin, y me surge una duda que quizá usted podría ayudarme a despejar, o eso espero. El tema de mi tesis es la obra del escritor estadounidense Dennis Lomack. Uno de sus libros es una traducción de cuentos populares rusos. Hay un cuento en concreto que me tiene fascinada, pero cuando se lo enseñé a mis colegas del Departamento de Estudios Eslavos no les sonaba esa variante. Uno de ellos me animó a que me pusiera en contacto con usted, dado que es una autoridad en la materia.

Es una historia sobre una belleza de pelo azabache que vive en una choza encaramada en lo alto de un montón de patas de pollo. Se pasa la vida haciendo tapices de flores. Hasta que un buen día llaman a su puerta un niño y una niña que se han perdido en el bosque. Entre los dos la hechizan, y la bella mujer acaba convertida en una bruja calva, una Baba Yagá. No le queda más remedio que meter a los niños en una jaula y hacer un caldo con ellos. A diferencia de la Baba Yagá de otros relatos, esta vuelve a su verdadero estado de belleza cuando se come a los niños.

Le estaría tremendamente agradecida si pudiera usted dirigir mis pesquisas al cuento original en el que está basada la traducción. Le adjunto el texto y un cartón de cigarrillos Marlboro.

Atentamente,
Amanda Singer

Mae

Papá nos llevaba con él a todas partes, aunque solo bajara al portal a ver si había cartas en el buzón o fuera a comprar sellos a la oficina de correos, un poco más arriba en la misma calle. Al principio no nos dejaba nunca solas. Había veces que me despertaba y veía su silueta recortada contra el vano de la puerta. Yo creo que por la noche venía a ver si estábamos bien, no una, sino varias veces. Tenerlo cerca ejercía cierto efecto sobre mí, y con que él estuviera presente ya no pensaba en mamá ni en la sombra que la habitaba a ella y también a mí, que siempre estaba al acecho. El único momento en que no podía dejar de pensar en ella era justo antes de quedarme dormida. Entonces tenía la sensación de que caía dentro de su cuerpo, y me llegaban los ruidos del hospital: los gemidos de los otros pacientes, las voces secas de las enfermeras, las risas enlatadas en la televisión. Pero eso duraba apenas un segundo, puede que dos, y enseguida el sueño lo borraba todo. Nunca he dormido tan bien en mi vida. Después de tantos años teniendo que aguantar que mamá me despertara en mitad de la noche y me obligara a ir con ella Dios sabía dónde, era un alivio abrir los ojos en la misma habitación que mi hermana, oír el chasquido de los labios y la respiración fuerte que salían de la litera de abajo. Nunca antes habíamos compartido habitación, a no ser que nos quedáramos con Doreen o con los Wasserstein, y a mí me encantaba.

Como no íbamos al instituto, papá se encargaba de tenernos ocupadas todo el día con un surtido de actividades muy edificantes. Una vez nos pasamos la tarde entera montando en el ferri de Staten Island, en una y otra dirección. Papá nos enseñó un poema de Edna St. Vincent Millay: «Qué felices estábamos, y qué cansancio, toda la noche en el ferri, río arriba y río abajo». El ferri no operaba toda la noche. Y no sé yo si estábamos muy contentas, pero algo de alegría se coló en nuestros corazones, hasta en el de Edie. Papá nos había comprado una bolsa de malla de naranjas, y mientras pasábamos flotando por delante de la Estatua de la Libertad íbamos pelándolas y chupando los gajos, viendo cómo le cambiaba la cara verde con la luz. Así debieron de sentirse los inmigrantes cuando llegaron a Ellis Island. Tanta agua alrededor era como un bautismo para nosotras. Sí, como volver a nacer, ese empezar de cero que tanto habíamos ansiado.

Y entonces, de camino a casa desde la estación del ferri en Battery Park, vimos una caja de cartón que anunciaba «Gatitos gratis». Solo que cuando abrimos la caja no había ningún gatito, sino un gato grande. Imaginamos que sería la madre, abandonada allí, después de que todo el mundo se llevara sus crías. Tenía las patas blancas, la nariz blanca, la cola blanca. ¡Se te partía el corazón!

Nos sentimos ligados a ella de inmediato. Yo ya la estaba viendo en el apartamento de papá, con su andar felino, o tendida a lo largo en nuestros regazos, que así de grande era. Sería lo primero que tendríamos que fuera de los tres.

Quedamos en el parque con una de las mujeres con las que salía papá. Era Rivka, una galerista de Praga que se había teñido el pelo de un rosa tan llamativo que había logrado que la cara tan fea que tenía se trascendiera a sí misma. Era extrañísimo mirarla: pasado un tiempo ya no sabías si no podías dejar de hacerlo porque era fea o porque era guapa. Hasta ese extremo llegaba, era como

si se diera la vuelta, rebasara los límites de la gama de la fealdad y se convirtiera en justo lo contrario.

Rivka no hacía más que decirle a papá que no nos dejara tocar el gato hasta que no le pusieran las debidas inyecciones, así que fuimos con la caja a un centro veterinario en la Séptima Avenida. Al animal no es que le hiciera mucha gracia aquel traslado, y nos costó ir con la caja auestas casi un kilómetro, con un gato dentro que no paraba de sacar las garras y retorcerse. A Edie y a mí casi se nos cae al suelo en más de un cruce. Le contamos al veterinario cómo lo habíamos encontrado, con pelos y señales, y él le levantó la cola al gato y dijo que ni de broma podía ser la madre de los gatitos. Que era macho. ¿Sería que se los habían llevado y aquel gato callejero había hallado refugio en su caja? Aunque estaba bastante gordo para ser un gato callejero. ¿Se habría comido él a los gatitos? Lo llamamos Crono, por el dios griego que se comió a sus hijos. Nunca nos habían dejado tener un animal en casa. A mamá le daban alergia, o eso dijo siempre.

Charlie

La primera vez que vi a Edie fue el día que trajeron el gato a casa. Yo llevaba un tiempo viviendo en el piso de renta antigua de mi abuela, justo debajo de Dennis Lomack, pero me daba mucho corte hablar con él. Cuando era adolescente, devoraba sus libros. A los dieciséis, todo lo que sabía de sexo lo había aprendido ahí: me los comía con los ojos, hasta que llegó un momento en que las páginas se quedaban pegadas. Y es curioso, porque hace poco volví a hojear *Las hogueras de antaño* y no me pareció que fuera tan subido de tono. Lo que me impacta ahora de ese libro es la sensación de libertad que transmite, en el más amplio sentido de la palabra. Quizá fuera eso lo que me animó a hacerme aventurero, un explorador urbano.

Normalmente subo andando las escaleras, pero ese día no lo hice porque vi a Dennis Lomack y a sus hijas en la entrada, esperando el ascensor. Las chicas se aferraban a una caja de cartón como si les fuera la vida en ello. ¿Qué había en la caja? Soy muy curioso para esas cosas. Y entonces Edie levantó la cabeza y le vi esa mirada en los ojos y fue lo que me dio el coraje para presentarme después de tanto tiempo.

—Me llamo Charlie, vivo justo debajo de ustedes —susurré al tiempo que entraba con ellos en el ascensor. Y como me miraban raro, añadí—: Es que me he quedado sin voz.

Era mentira. En realidad no me había quedado sin voz. Soy tartamudo, y una de las formas que tengo de ocultarlo es hablando en susurros. Susurro en las entrevistas de trabajo; parece raro, pero funciona. Así me salió el trabajo de profesor interino.

Cuando ya me iba a bajar, Edie levantó la tapa de la caja y me enseñó el gato, toda orgullosa. Era precioso, puede que cruce de Maine Coon, a juzgar por su tamaño, y Edie también era preciosa, claro. Esa noche salí a filmar exteriores con un estudiante de cine de la Universidad de Nueva York, alguien que conocí por internet. Lo llevé a explorar las estaciones de metro que habían quedado abandonadas, pero yo estaba distraído y hacía que nos perdiéramos una y otra vez. No me podía quitar de la cabeza la imagen de Edie con el gato en brazos.

Rivka

Pobre Dennis. Lo intentó todo con ellas. «Vamos los tres en el mismo lote», me decía, con una hija en cada brazo.

Un lote que no era para mí. Yo no soy de paquetes. Lo intenté, pero no funcionó.

No pasa nada. Fue muy bonito por un tiempo. Yo tenía una galería. Viajaba. Estaba siempre haciendo algo. No me daba miedo estar sola, aunque a veces la soledad me podía. Dennis era un amor, y muy constante. Emocionalmente, no me exigía nada. Es una cualidad que cuesta encontrar en un hombre. Le dejaba una llave del piso en el tiesto y él venía varias veces a la semana a hacer el amor. Pero cuando llegaron sus hijas todo se complicó, y solo hicimos el amor una vez. Las chicas estaban en su cuarto, y yo le supliqué que me hiciera suya en la cocina. Tuve que tirar de él para arrastrarlo al suelo. Estaba distraído, y supe que sería nuestra última vez.

Edith (1997)

Dennis está apoyado en el alféizar de la ventana, fumando un cigarrillo. Esa mujer checa tan fea da vueltas por el salón, tira cosas, hace notar su presencia, pero él es como si no la oyera. Nos está contando que de pequeño padeció tuberculosis y casi se muere. Cuando ya había pasado lo peor, tuvo que seguir en cama mucho tiempo. Estuvo varios meses con un poco de fiebre, y descubrió *El conde de Montecristo*. De ahí le viene su amor por los libros.

Dejo vagar la imaginación, pienso en esa sensación tan agradable, los primeros grados de fiebre, cuando se está tan calentito, antes de que suba y llegue la tiritona. Cuando tuve la varicela, con ocho años, mamá no se apartó de mi lado en ningún momento. Me leía y me daba sopa. Recuerdo cómo la miraba, a través de las pestañas legañosas, y que pensaba que era la persona más hermosa que había visto en mi vida. Es la misma mirada que veo ahora en Crono, cuando me busca con los ojos, ronronea y los entorna un poco.

Dennis apaga el cigarrillo y cierra la ventana.

—Cuéntanos más cosas —dice Mae.

—Vale. ¿Qué queréis que os cuente?

Como veo que a Mae le da miedo pedirselo, lo hago yo:

—Cuéntanos cómo conociste a mamá —las pocas veces que mamá nos habló de eso, siempre me pareció que faltaba una parte importante del relato.

Los hechos, según la versión que yo había oído, eran los siguientes: Dennis conocía a mamá desde que era pequeña, se casó con ella cuando tenía diecisiete años y unos años más tarde la dejó. A ella y a nosotras. Pero ¿por qué? ¿Y qué le hizo para que ella acabara siendo así? Quiero oírlo de su boca.

—¿Cómo la conocí, o cómo me enamoré de ella? Porque son dos historias diferentes —dice.

¿Es que habían estado enamorados? Jamás se me había ocurrido. Toma asiento en el borde del colchón, y yo me deslizo hasta que estoy contra la pared y así contrarresto su peso.

Cierra los ojos.

—Os contaré cómo la conocí. Ella tenía nueve años, creo. Nueve o diez. Yo no sabía mucho de niños, pero enseguida me di cuenta de que era especial, de que ya era una persona completamente formada. Y tan lista, tan amable, se daba cuenta de todo. Y encantadora como ella sola. Su padre, Jackson McLean, era amigo mío. Un ser humano extraordinario. Nos acogió, a mis amigos y a mí, en su casa, y cuidó de nosotros hasta que nos repusimos de los ataques que habíamos sufrido, y ahí fue donde conocí a vuestra madre.

—¿Qué tipo de ataques? —no tengo muy claro cómo fue eso.

Nos cuenta que se unió a las Marchas por la Libertad, para abrir las carreteras nacionales del sur del país a la gente de color. Fue en coche con su amigo Fred, que era negro, desde Nueva York hasta Chicago, y allí subieron a un autobús de la línea Greyhound con otros miembros del grupo estudiantil que formaban. El primer conductor se negó a dejarlos montar, dijo que no quería problemas. Al final, fueron con otro conductor, pero a las afueras de Lafayette una multitud de

blancos cortó la carretera. Sacaron a Dennis y al resto de pasajeros, les dieron una paliza y prendieron fuego al autobús. Los restos están ahora en un museo de Misisipi. A Fred le pegaron tan fuerte que perdió un ojo; vamos, que ya no pudo ver por él. A Dennis también le pegaron: le rompieron los dientes de arriba con una cadena de bicicleta.

Mi abuelo había estado destinado en la enfermería durante la guerra. Recogió a Dennis y a Fred y al resto, y los llevó a la casa que tenía en el bosque, donde les curó las heridas lo mejor que supo. Como es lógico, esto lo enemistó con los vecinos. Se metían mucho con mamá en el colegio. Un chico la sujetó mientras las chicas le cortaban el pelo, con el profesor delante y jaleándolos.

Nos cuenta que la vio volver a casa con el pelo cortado como a mordiscos, y que todavía decía que las chicas lo habían hecho porque ella se lo había pedido, porque era parte de un juego al que estaban jugando. Y entonces mi abuelo le igualó los trasquilones y Dennis le dio una magnolia grande para que se la pusiera detrás de la oreja, y le dijo que estaba preciosa, igual que una estrella de una película muda.

Estoy esperando a que Dennis diga algo, a que junte una palabra con otra y eso sirva de hechizo, para que lo que nos pasó tenga sentido. Pero cuanto más habla, menos entiendo nada.

—La gente hacía cosas horribles, era fácil abandonarse y sentir que el mundo no tenía remedio. Pero cuando estaba presente Marianne, hasta a la gente más enfadada, a los que estaban más tristes, se les pasaba un poco —dice.

La fea del cuarto de al lado pone un disco a todo volumen y luego lo baja un poco. Es una cantante que mamá nos pone a veces. Una mujer que canta como si tuviera esquilas en la garganta.

—Pero Dennis... —empiezo a decir, porque quiero que se salte eso y llegue a la parte en la que están enamorados.

—Haz el favor de llamarme papá —me interrumpe—. ¿Crees que podrás?

Me quedo callada un momento. Empapa el ambiente la canción que se cuele desde el otro cuarto:

¿Por qué no me lo quitas todo, no ves que no soy buena sin ti? Quítame los labios, que ya no los quiero; quítame los brazos, que ya no me van a hacer falta...

—Pues no —digo por fin—. Me parece que no voy a poder —noto que Mae da una patada al colchón en la litera de arriba, a modo de aviso, pero me da igual.

—Vale —dice Dennis, y se levanta—. Tú misma. No pienso meterte prisa.

Cruje la litera, liberada de su peso; cesa la música en la otra habitación.

—Buenas noches, papá —dice Mae. Los oigo darse un beso de buenas noches, sonoro y prolongado. Luego se agacha y me mira a los ojos con toda la intención, como si pudiera leerme el pensamiento. Hace que me cohíba y aparte la mirada.

—Buenas noches, cariño —dice, y me aprieta el hombro.

—Por fin —oigo que dice la mujer en el salón, en cuanto Dennis cierra la puerta.

Mae da vueltas en la cama, enfadada, hace un montón de ruido antes de encontrar la postura.

¿Quiere que le llame «papá»? Pues no, me parece que no va a poder ser. Bien que lo siento, Mae, ya puedes dar vueltas hasta que te caigas de la cama, porque no pienso llamarlo así.

Diario de Dennis Lomack [1961]

Esta mañana, Jackson McLean nos ha hecho sémola. Unos cuantos tenemos los dientes rotos, y poco más podemos comer. Sémola y leche.

Todavía tengo la adrenalina a flor de piel, por eso aún no noto todo el dolor. Lo de ayer fue lo más cerca que he estado de la muerte. Max está en el hospital, en coma. Fred no puede abrir el ojo por la hinchazón y tiene un brazo roto; pero los matones del Consejo de Ciudadanos están a las puertas del hospital para negros haciendo guardia y en el de los blancos no le permiten el ingreso. Jackson fue enfermero durante la guerra, así que le ha escayolado el brazo él solo, con yeso de su propio taller. Fred le pidió a la hija de Jackson que dibujase algo encima. Es tímida, pero sacó la caja de pinturas y le está pintando algo parecido a un gato de tres cabezas. Dice que no podemos verlo hasta que no esté acabado. Cuando se concentra, saca la lengua y respira con fuerza. Me gusta verla trabajar porque la absorbe la tarea, se lo toma muy en serio. La miro y se me va de la cabeza lo de anoche. Al menos por un tiempo, no pienso en eso: en las caras entre las llamas, como calabazas iluminadas por dentro la noche de Halloween, y luego estoy de nuevo en la cocina de Jackson, con las cortinas echadas, viendo cómo su hija le pinta el brazo roto a Fred, y convierte algo horrendo en algo hermoso.

A ver si esta tarde puedo ir caminando hasta la gasolinera, para llamar a mi hermana. Jackson no tiene teléfono, y los vecinos no... simpatizan con nuestra causa. Así lo expresó Jackson. Tiene mucho cuidado de no levantar infundios contra sus vecinos. Son iguales en todas partes, dice. Ojalá se equivoque.

Aunque la casa es un caos, Jackson se las arregla para escaparse al estudio y pintar todos los días. ¿Qué excusa tengo yo para no escribir? Intento tomar notas, pero parece que no logro hilar con ellas nada inteligible.

Carta de Dennis Lomack al catedrático Fred Jones

17 de abril de 1997

Querido Fred:

¡Qué bueno saber de ti! Ha pasado mucho tiempo. A ver si nos ponemos al día. Diane me dijo que eras el jefe del departamento. ¡Enhorabuena! En cuanto a la conferencia que quieres que dé en primavera, no lo veo muy factible. Ahora mismo todo está en el aire, porque mis hijas se han venido a vivir conmigo. Me parece que cuando conociste a Edie todavía llevaba pañales, y Mae estaba en camino. En fin, el caso es que a pesar de mi ausencia durante estos años (o quizá por eso) han salido dos chicas estupendas, ya casi adultas. Lo verás con tus propios ojos, porque cogerás un avión para asistir a la feria del libro de la marcha a favor de los derechos civiles, ¿no?

Y sobre tu estudiante de posgrado, pues aquí todo está un poco manga por hombro, pero dile que me siento halagado, y que no tenga ningún apuro en ponerse en contacto conmigo. Intentaré ayudarla en lo que pueda. No sé si tengo gran cosa que contarle sobre mi obra que pueda ser de utilidad, pero me esmeraré.

Duro con todo, ¿vale?

Dennis

Edith (1997)

Estoy en el umbral de la puerta de la habitación de Dennis. La puerta está medio abierta, pero es como si una aterciopelada cuerda invisible me atara al pasillo y no pudiera moverme de ahí.

Recibí una llamada (de una mujer), y por lo que decía, y la falsa modestia, era como si ella lo estuviese halagando. Cuando por fin colgó, dijo que salía un momento. Es la primera vez que nos deja solas en casa desde que llegamos, y es verdad que cuando salió por la puerta me entró una oleada de pánico. ¡¿Otra vez se va a ir?! No miré a Mae. No quería que viera que me importaba lo que él hiciese.

Es ridículo, porque ¡por supuesto que no me importa! Me siento más libre cuando no está, cuando no me sigue a todas partes, pendiente del menor de mis movimientos. Abro la puerta de su habitación. Me imagino este mismo espacio recreado en algún museo, expuesto al lado del chasis chamuscado del autobús. «El escritor trabajando.» ¡Mira! La cama sin hacer, ¡aquí duermo y sueña! ¡Un vaso vacío con una rodaja mohosa de limón! ¡Y ese escritorio tan grande con la máquina de escribir! ¡La mismísima máquina de escribir de la que sale su obra!

Pongo el dedo en la letra D, veo cómo se eleva despacio la varilla metálica y vuelve de nuevo a su posición inicial, sin tocar la página en blanco. Tomo asiento en su silla y me acerco al tablero.

«Querido Dennis —empiezo a teclear de mentira—: ¿Alguna vez pensaste en mí?...».

No sé por qué hago esto. Me pongo de pie y pulso varias teclas a la vez. Las varillas metálicas se enganchan en el aire unas con otras. Estupendo, así se quedan.

Hay un cenicero en el alféizar de la ventana. Una colilla apurada hasta el filtro. La toco con el dedo y la ceniza se deshace en un montoncito. Hay otro cigarrillo dentro, fumado a medias. Lo cojo y me miro en el reflejo del cristal sujetándolo entre los dedos. Me llevo el cigarrillo apagado a los labios y doy una calada. Algunas veces me despertaba en mitad de la noche y veía a mamá sentada en el porche, fumando a oscuras. Yo quería salir a sentarme con ella, pero sabía que más valía no molestarla. Cuando tienes una madre como la nuestra, el instinto para estas cosas te sale solo. Porque como la molestes mucho se larga.

—¿Dónde guarda Dennis las cerillas? —pregunto en voz alta, para que me oiga Mae. ¿En el escritorio, a lo mejor?

Uno de los cajones está lleno de bolis gastados y clips. El otro está cerrado con llave. Zarandeo el tirador, pruebo a abrirlo con un boli, pero no funciona. Cojo entonces un clip y lo enderezo. Una vez vi cómo lo hacía una chica en el colegio, aunque no le vi acabar la maniobra. El alambre entra en el ojo de la cerradura.

—Mae, ven a ayudarme —además, ¿dónde se ha metido? Yo pensaba que tendría curiosidad—. Mae —digo otra vez, pero entonces oigo un clic y el cajón se abre.

Nada de cerillas. Papeles. Por un instante, me da por pensar: ¿y si lleva todos estos años escribiéndonos, pero no ha mandado nunca las cartas y están todas apiladas aquí, dobladitas en este cajón? Eso sería de tontos. Claro que no hay cartas. Es un manuscrito. Empiezo a hojearlo,

pero lo devuelvo a su sitio. A quién le importa lo que ponga ahí. Si no he leído ninguna de sus novelas, ¿a santo de qué voy a empezar con esta? Estoy a punto de cerrar el cajón cuando me llama la atención una superficie brillante. Una fotografía. La saco de entre las páginas.

Es una foto de Mae de hace unos años. En blanco y negro, una que no he visto nunca. Mira a la persona que está detrás de la cámara con esa sonrisa que Mae guarda para las grandes ocasiones. Lleva un vestido raro. Plisado, y con el cuello redondo. No sé de dónde lo habrá sacado. ¿De una tienda de ropa de segunda mano? ¿Sería en Halloween? No. No. Me acordaría. Y esa fuente detrás de ella, eso tampoco me suena de nada. ¿Dónde está tomada la foto?

Es una imagen de lo más extraña. Pero extraña de verdad. A Mae le pega mucho tener una vida secreta. Decía siempre que mamá la llevaba por ahí mientras yo dormía, pero jamás la creí. ¿Y cómo es que Dennis tiene la foto? Debió de mandársela ella. ¿O sea que han estado en contacto antes de que viniéramos? ¿Cuánto tiempo?

—Mae —la llamo, y voy al salón con la prueba en la mano.

Pero Mae no está en el salón. Me encuentro la puerta de la calle entreabierta y a Crono, en el pasillo vacío, con la patita levantada. Me mira y mueve la cola.

Amanda

La primera vez que vi a Dennis Lomack fue en un italiano que había en un semisótano, justo enfrente de donde me hospedaba. Yo estaba haciendo la tesis sobre su obra en la Universidad de Wisconsin, en Madison. Me la dirigía un viejo amigo de Dennis, de cuando luchaban juntos por los derechos civiles, y fue él quien me ayudó a concertar la cita. Llegué antes de la hora, y estaba tan nerviosa que me tomé dos copas de vino para ver si así me calmaba. No sé si fue el vino o la sensación que tenía de conocerlo de antes por haber leído sus libros, pero el caso es que noté enseguida que había conexión.

De aspecto, Dennis no era lo que yo me esperaba. Se lo veía mayor que en las fotos de las solapas de sus libros y más corpulento. No es que estuviera gordo, sino que era alto y ancho de hombros. Tenía barba. No era tan guapo, pero me parece que eso lo hacía más atractivo, más primario. Comparado con él, Barry parecía un tirillas vestido de pana de arriba abajo. Barry también estaba haciendo la tesis en la facultad; era mi prometido.

Recuerdo que lo primero que pensé cuando vi a Dennis..., bueno, lo primero después de «¡Hostia puta, es Dennis Lomack!» y «Espero que con estos vinos que me he atizado no se me hayan manchado los dientes», fue: «Barry y yo hemos terminado. Se acabó». Seguro que me habría dado cuenta tarde o temprano de que no teníamos futuro, pero ver a Dennis precipitó las cosas.

Había preparado un montón de preguntas, pero no sabía por dónde empezar. Le dije que llevaba un tiempo siguiéndole la pista al texto original de los cuentos rusos que había traducido, mas sin éxito. Es curioso, porque en el momento en que lo decía se me ocurrió de pronto que no había ningún original. Así, echando la vista atrás, parece bastante obvio, pero hasta entonces no había caído. Cuando le pregunté a Dennis Lomack se encogió de hombros y dijo que a lo mejor se había tomado alguna libertad. Me preguntó cómo había llegado a mis manos ese libro, era sorprendente teniendo en cuenta lo pequeña que era la editorial y lo reducida que había sido la tirada. Le conté que el catedrático Fred Jones había sido muy generoso al compartir conmigo su archivo personal.

Le pregunté si había escrito el cuento cuando su exmujer estaba embarazada de su primera hija. Por la fecha de publicación, podía cuadrar. Le dio un sorbo a la copa y no dijo nada.

—¿Fue un relato profético? —pregunté.

—¿En qué sentido? —dejó la mano encima de la mesa, muy cerca de la mía: notaba el calor que emanaba de su piel, aunque no hubiera contacto—. ¿Quiere saber si mi mujer se convirtió en una bruja? ¿Si se comió a mis hijas? —hablaba bajo, tenía una voz hipnótica; paciente, y a la vez no. Hacía un esfuerzo por no ir al fondo de las cosas.

—¿La cambió el hecho de tener hijos? ¿Se sintió usted menos amado a partir de ese momento? ¿Quería que se deshiciera de ellos para que volviera a ser la misma de antes? ¿Y dijo que el cuento era una traducción para no tener que hacerse responsable de sus sentimientos? ¿Por lo que eso podía implicar?

Yo no había entrevistado nunca a nadie. Era todo completamente absurdo. Me había gastado el dinero de la beca de verano en el vuelo a Nueva York y la estancia de una semana en un motel del

Midtown de Manhattan, solo con la esperanza de que Dennis Lomack se aviniera a quedar conmigo. Quise quitarle hierro al asunto y le dije que había ido a visitar a mi tía, pero de tía nada. Estaba allí únicamente para verlo a él y, después de suplicarle a mi director de tesis que intercediera por mí, me las ingenié para cagarla bien cagada en diez minutos.

Dennis Lomack se quedó callado lo suficiente para que me diera cuenta de que había metido la pata; aunque creo que, en ese punto, mis preguntas habían pasado ya la raya de lo incómodo para entrar directamente en lo impertinente, y la balanza de poder volvía a inclinarse a su favor. Seguro que le di hasta pena.

—Fred no me había dicho que el tema de tu tesis era mi ambivalencia a la hora de tener hijos —dijo, al cabo.

La tesis iba a ser un estudio transversal de la temporalidad anacrónica en las novelas y los ensayos de Lomack, a la luz de las teorías de Foucault. Y recalco que lo iba a ser, porque jamás la acabé.

En esa etapa de mi vida, lo que más me interesaba era justamente eso que le había preguntado: ¿cómo cambiaría a una persona el hecho de tener hijos? O, para ser más exactos, ¿cómo me cambiaría a mí tenerlos? Estaba embarazada de dos meses y no le había dicho nada a Barry.

Recuerdo que, al salir, Dennis Lomack me ayudó a ponerme la chaqueta. Se me quedó el brazo un momento enganchado en la manga, y recuerdo estar dándole la espalda y sentir que me subía algo por dentro al pensar que estaba atrapada y notar en la nuca lo que imaginaba era su aliento, como esa escena de su libro con Casandra. Pero cuando me di la vuelta ni siquiera me estaba mirando. Lo tenía de espaldas, con la vista perdida en la ventana.

Mae

La primera vez que papá nos dejó solas en el apartamento, yo fui detrás de él. Esperé a que me sacara un bloque de ventaja, como me había enseñado mamá. En esos días la tenía siempre presente, no me la podía quitar de la cabeza. Notaba que caía como en trance, y aunque mi cuerpo iba por la calle, siguiendo a papá, tenía la mente colonizada. Ella sabía cómo dirigir mi atención a lo más feo: una aguja hipodérmica, un hombre orinando, una mujer que hablaba sola. Me tenía convencida de que papá había quedado con alguien para hablar de nuestro futuro y mandarnos lejos, aunque yo sabía que no era ese el caso. Sentí tal alivio cuando apareció Edie a mi lado... Con ella allí, notaba menos el férreo lazo de mi madre, y podía fingir que mi hermana y yo íbamos corriendo por Broadway, de picos pardos.

Al final resultó que había motivos de preocupación: papá había quedado con una mujer, Amanda, que acabaría siendo una persona muy conflictiva. Se vieron en un restaurante italiano de malsano aspecto que había en los sótanos de un edificio de oficinas. Patrinely's. Ya no existe. Edie y yo nos metimos en el callejón, agachadas al lado de los ventanales, que estaban al nivel del suelo. Desde allí los veíamos sentados a una mesa con un mantel a cuadros blancos y rojos. Los vimos comer los espaguetis en vivo y en directo. No había manera de saber de qué hablaban, pero a papá no se lo veía muy metido en la conversación. Cuando le pidió la cuenta a la camarera, Edie y yo salimos corriendo de vuelta al apartamento, sin parar de reír en la carrera.

Edith (1997)

Mae y yo nos apoyamos la una contra la otra, intentando recobrar el resuello. Luis, el portero, está dormido en su garita, y suena bajito la transmisión del partido de béisbol en la radio.

«... Qué buena pinta tiene ese bateo, da la bola curva y lame un rincón del campo, eso le da la vuelta al marcador...»

—Le podemos pedir a Luis que nos abra la puerta —digo yo, sin parar de jadear—. Teníamos que haberla dejado abierta —aunque se habla de él, Luis sigue dormido y no se inmuta. Veo que hay un hombre al lado de los buzones, mirando un folleto publicitario.

Mae dice que no con la cabeza y le da varias veces al botón del ascensor.

—Mejor no. Si no, le dirá a papá que hemos salido —dice.

—¿Y qué pasa por eso? Somos libres de ir donde nos plazca. No nos tiene prisioneras —digo yo. El hombre no quita ojo al folleto publicitario; debe de ser el folleto publicitario más interesante del mundo. Lo que está claro es que está poniendo el oído.

—Disculpe —lo interpela Mae. Él levanta la cabeza, como si hubiera esperado esa señal para intervenir en la conversación. Lo he visto antes, tiene algo raro en la cara, le faltan las pestañas; aunque cuando se acerca veo que sí tiene, solo que son del mismo color del pelo, de un blanco amarillento—. Usted vive aquí, ¿verdad? —le pregunta.

El hombre asiente con la cabeza. Ay, Dios, Mae. ¿Qué va a hacer esta chica?

—E-e-en... —se interrumpe para carraspear—. En la habitación debajo de la de ustedes —dice, medio tosiendo—. Nos presentamos el otro día. Me llamo Charlie —saluda con la mano mientras, en el otro codo, esconde una tos.

—¿Podemos salir por su ventana a la escalera de incendios? —pregunta Mae. Se abre la puerta del ascensor, sin darme tiempo a desautorizarla o quitarle importancia a lo que ha dicho. Va a pensar que somos unas friquis, aunque a Yuyu eso le importa poco. En el colegio siempre me tenía en vilo, sacando la cara por ella.

Sale del ascensor una señora mayor, va cojeando y lleva de la correa un perrito lulú de Pomerania lleno de calvas. Interrumpimos la conversación para dejar que pasen. La mujer avanza entre nosotros despacio, como una barcaza en un canal; la mirada, al frente.

—C-c-claro —dice Charlie cuando la mujer ya ha salido a la calle; y nada más decirlo, se mete detrás de nosotras en el ascensor. Qué corte, cómo nos hemos autoinvitado a su casa. Me quedo mirando el suelo. Lo que lleva Charlie en los pies es la cosa más rara que he visto en mi vida: unas zapatillas como de neopreno, con los dedos separados. Igual que si llevara guantes en los pies.

—Es que se nos ha quedado la llave dentro —le explica Mae.

—Anda, claro, eso p-pasa —dice él. Hace una pausa entre cada palabra, como si se tragara el aire.

Su piso tiene la misma distribución que el nuestro, aunque da la sensación de que es más pequeño. Solo hay muebles en un extremo del salón, pero allí lo ocupan todo, apilados del suelo

al techo: mesas de madera con pañitos de ganchillo encima, lámparas de cerámica, un sofá de tela escocesa, la alfombra enrollada. También es menos luminoso, porque varias cajas de cartón tapan una de las ventanas. Huele a tabaco, a olor corporal, a menta y a algo más.

—¿Es que te acabas de mudar? —pregunta Mae al ver las cajas.

Dice que sí con la cabeza.

—Hace unos meses. Mi abuela vi-vi-vivía aquí.

Hay un telescopio montado al lado de la ventana. Cuando miro por él, veo el apartamento que queda justo enfrente, y que tiene las luces apagadas.

—De-de-demasiada contaminación lumínica para ver las estrellas —dice, y le da un toqucito al telescopio, medio jugando, para que apunte a otra parte. No sé si lo tenía enfocado hacia ese apartamento aposta o no—. ¿Queréis t-t-tomar...? —lo deja ahí, traga saliva, lo intenta otra vez—.

¿Agua?

—No, gracias —dice Mae. Se la ve con prisa.

—Yo sí —digo.

Llena una taza de agua del grifo. La puerta de la habitación que queda justo debajo de la de Dennis no está cerrada del todo. Hay serrín en el suelo. Ese es el olor que me faltaba: a savia.

—Ahí tengo el taller de carpintería —dice, me alcanza el agua y abre del todo la puerta. Tablas apiladas y madera contrachapada. Una mesa de corte—. Si alguna v-v-vez quieres ensamblar algo...

¿Qué voy a querer ensamblar yo?

Mae tira de mí y me lleva a la habitación de Charlie, justo debajo de la nuestra. Está vacía, solo hay en el suelo un saco de dormir, una pila de libros, una caja de pañuelos de papel, un cenicero y una latita de pastillas de menta. Qué raro que no se haya montado él su propia cama.

Mae abre la ventana con decisión y sale a gatas a la escalera de incendios.

—Venga —dice entre dientes. Miro los libros. Uno es de Dennis: *El oficio de Casandra*—. Date prisa.

Doy las gracias a Charlie, le paso la taza vacía y salgo por la ventana de su cuarto.

Veo que alza la cara para mirarnos, entre los peldaños de la escalera de incendios. Tiene una cara interesante. Rarito sí que es, pero eso no tiene por qué ser malo.

—Ayúdame —dice Mae. Tira hacia arriba con fuerza para abrir la ventana. Yo meto los dedos en la rendija que queda debajo del marco y empujo.

—Mete un poco la mano y haz como yo, empuja —le digo. La ventana cede y cruje cuando al final la abrimos desde fuera.

Al entrar, me arañó la pierna con el alféizar. Escuece. Voy cojeando hasta el salón, donde Mae ya ha ocupado el sofá y hace como si llevara allí toda la noche. Me siento a su lado, y nos quedamos las dos así, jadeando en silencio, dispuestas a oír en cualquier momento la llave en la cerradura. Pasan unos minutos y no se oye nada. Contengo un instante la respiración. Puede que Dennis no venga derecho a casa. Puede que se vaya a pasar la noche con esa mujer.

—¿Qué opinas del vecino? —pregunto.

Mae encoge los hombros, con la mirada fija en la puerta.

—Parece majo.

Le pongo la pierna magullada encima y examino, a todo lo largo del raspón, las gotitas de sangre, que ya están a punto de coagularse.

—¿Majo o m-m-majo?

—¡Qué asco! —dice Mae sin hacer caso de lo que le he preguntado—. No te lo toques más.

—Pero es que me he accidentado en el t-t-trabajo —digo alargando las palabras, y levanto la espinilla hasta metérsela en la cara—. ¿Cómo encuentro ahora un abogado p-p-para que me den la indemnización que m-merezco? —a eso jugábamos en casa de los Wasserstein, a imitar las llamadas para pedir asesoramiento legal en caso de accidente laboral, de tanto oír esos anuncios en bucle en el canal de televisión que veían ellos.

Mae me quita el fular del cuello y venda con él la pierna, como si fuera un torniquete.

—¡Muy fácil, basta con descolgar el teléfono! —dice, completando la parte que le toca. Luego, silba la musiquilla que lo remataba.

—Haz un lacito —digo, y levanto los dedos de los pies.

—Qué cursi eres —dice, pero ata los extremos del fular, dando forma a un lazo.

—¿Tú qué crees que andarán haciendo ahora los Wasserstein?

—Atragantándose con un perrito caliente —dice Mae.

—¿Solo uno? —y resoplo porque me los imagino engullendo la misma salchicha por ambos lados como la Dama y el Vagabundo.

Crono sale de la habitación de Dennis y se estira.

—¿Estaba abierta antes? —Mae señala la puerta de Dennis detrás del gato.

—Huy, es verdad —digo yo. La foto. Me la saco con dos dedos del bolsillo de atrás y la aliso contra el muslo. Ahora que la miro, con Mae a mi lado, me siento una estúpida por haber pensado que podía ser ella. Porque no lo es, cómo iba a serlo, es mamá. Está claro que es mamá. Lo que pasa es que no había visto ninguna foto de mamá cuando tenía la edad de Mae, y parecen la misma persona.

—¿Eso qué es? —dice Mae.

Le paso la foto.

—¿De dónde la has sacado? —pregunta.

—De su escritorio.

Observa la imagen.

—Me parece que lo vi mirándola el otro día. Será que piensa todavía en ella —dice por fin, y me obliga a dejarla donde estaba antes.

Luego, vuelvo a sentarme a su lado en el sofá y nos ponemos las dos a esperarlo.

**Carta de Marianne Louise McLean
a Dennis Lomack
14 de junio de 1962**

Querido señor Dennis:

Dice papá que, aunque lleve el pelo largo, es de mala educación llamarlo Dennis. O sea que ahora lo llamaré señor Dennis. Ayer fui al lago con Cynthia y su hermano pequeño, ¡y vi los túmulos funerarios! Le conté lo que dijo usted de los huesos indios que hay enterrados dentro, y su hermano pequeño, Gus, que es más malo que un dolor de muelas, me oyó y se puso a cavar con las manos para desenterrarlos. Él cree que sacó una punta de flecha, pero yo creo que es una piedra afilada y nada más. No hacía más que pincharnos con ella en la nuca y después decía que estábamos malditas. Luego lo picó una abeja, y me parece que le estuvo bien empleado.

Entonces vimos a las niñas del colegio y no nos dirigían la palabra, pero la mamá de Cynthia dijo que teníamos que ir con la cabeza bien alta, porque teníamos razón; y que cuando esas niñas fueran mayores, menuda vergüenza les daría lo que sus padres y sus madres les hacían a nuestros papis. La mamá de Cynthia nos dio pan untado con grasa de pollo, y yo me lo comí e hice como que me gustaba. Creo que a Cynthia le dio apuro vérmelo comer. Dice papá que vuelve usted en septiembre para enseñar a la gente cómo inscribirse para poder votar.

¡Lo echo de menos! Echo de menos los paseos que dábamos y las historias que me contaba usted, y tenerlos a todos en el salón. Era como una fiesta en casa todas las noches, y siempre había con quién hablar. Está tan vacía la casa ahora, papá no para de ir de acá para allá. Aquí le mando la foto que me hizo con la cámara de papá.

¡No me olvide!
Marianne Louise

Capítulo 3

Carta de Marianne McLean a Edith y Mae [1997]

queridas hijas mías:

ignorad por favor mi carta anterior. lo mismo de siempre que me escocía por dentro, no son mis palabras.

a lo mejor no podéis ni leer estas líneas. son las medicinas, hacen que me tiemblen las manos. por favor, no os alarméis. temblores y terremotos en las manos y los pies y la cara. que seguirán deformándome sin remedio hasta que ya no quede nada que deformar.

me meten todas las mañanas en un baño helado, hasta el cuello. nunca he tenido tanto frío. la enfermera, una puta sádica, vigila cómo me castañetean los dientes sin moverse de su asiento. tengo una tos de perro, ¿neumonía?, aunque dicen que se ha disipado parte de lo que me nublabla la mente. aquí estoy, de hecho, escribiéndoos una carta. mis dos cositas, mi conejito y mi conijeto.

os perdono y procuro no pensar en vosotras. avergonzada sí que estoy, por supuesto. no quiero ni que os acerquéis a este sitio, ni en mis propios pensamientos. el sufrimiento cubre las paredes, está en el suelo, debajo de las mesas. mezclado con la pintura. huele a mierda y a miedo. se te mete en la nariz y entonces es demasiado tarde, ya lo tienes dentro. mi vecina de habitación no puede parar de llorar (¿no puede o no quiere?). yo, hasta hace poco, no distinguía entre el sueño y la vigilia. he vuelto a escribir. las palabras se repiten en mi cabeza, solo salen en tromba si las escribo. poemas. vuestro padre, de santo no tiene nada, pero de muchas otras cosas sí.

os quiero, es una campana en la niebla, lo único que todavía existe.

sed valientes,
mamá

Edith (1997)

¿Qué le han hecho ahí dentro? O más bien, ¿qué he dejado que le hicieran? Los de la ambulancia y la policía. Tenía que haberles mentido, pero es que estaba aturdida. Les conté lo que pasó, y luego ellos lo retorcieron todo.

El de la pistolera, que me echó refresco de naranja en un vaso de plástico. Era más joven que los detectives que salen en las películas, casi de mi edad, con bigotillo. Me hizo una pregunta detrás de otra, y yo, como una estúpida, se lo conté todo y me pasó la mano por los hombros y me limpió la boca de naranja con una servilleta. ¿Por qué no me quedaría callada?

Yo fui la que la metió ahí. Y ella también lo piensa. ¿A santo de qué, si no, iba a decir que me perdona? Y ahora la están torturando por culpa de lo que dije. Entre los baños helados y las pastillas que le dan, es un milagro que aún pueda escribir. Siempre tuvo esa letra menuda, clara y redonda. Apretaba tanto el boli que parecía un grabado. Si pasabas los dedos por el papel, sentías al tacto las palabras.

En esta carta, sin embargo, su letra parece el estornudo de un fantasma. No hay nada que recuerde a la suya. Podría haberla escrito cualquiera. La llorona que tiene por vecina. Alguna gorda con turbante. Prefiero pensar que era la mano de otra la que temblaba encima del papel, que mamá se limitó a dictar la carta.

Vuelvo a leerla, una tercera, una cuarta vez. Empiezan a retumbarme las palabras, ya ni las veo. «Mis dos cositas, mi conejito y mi conijeto.» Esa sí que es ella. Y oír su voz en mi cabeza me calma —«una campana en la niebla»—, aunque diga cosas que desasosiegan: los temblores, la deformación. Leo otra vez, y me detengo en la primera línea: «Ignorad por favor mi carta anterior».

—¿La otra carta dónde está? —le pregunto a Dennis, porque jamás la vi. Debe de habérnosla escondido.

Dennis no responde. No puede, con tanto mirar por encima de nuestros hombros para ver si alcanza a leer algo. Tiene que entornar los ojos, porque es muy coqueto y no quiere ponerse gafas. ¿Habrá llegado a la parte en la que habla de él?, ¿«de santo no tiene nada»? Si es así, no hay señal de ello. No sé a qué se refiere cuando dice que tiene «de muchas otras cosas». Está diciendo algo malo de él, ¿es eso?

—¿Qué has hecho con la otra carta? —le vuelvo a preguntar.

—¿Qué carta? —dice, y me mira con ojos de cordero degollado.

¿Está mintiendo? ¿Dónde la ha metido?

—Dice que mandó otra carta. Ese tipo de cosas no nos las puedes ocultar —noto que me sube la sangre a la cara—. No está bien.

—¡No os estoy ocultando nada! Estáis conmigo a todas horas. Me veis recoger el correo —eso es verdad, aunque tampoco le prestamos mucha atención. Podría haberla escondido en una revista, como si tal cosa, para leerla luego en su cuarto.

—A lo mejor ni siquiera la escribió —dice Mae con toda la calma—. Seguro que ha pensado

que la ha escrito, o lo ha soñado, y se ha hecho un lío —así es Mae: a las primeras de cambio deja a mamá en ridículo. Me da asco.

—O puede que se la quedaran los médicos —dice Dennis—. Le supervisan la correspondencia.

Me imagino a un médico desdoblado la carta de mi madre, volviéndola a doblar y metiéndola en un sobre de color marrón junto con el resto de su historial: pruebas contra ella, palabras que nos dijo en pleno ataque de ira y que servirán para tenerla encerrada.

—Yo creo que mientes.

La silla cae al suelo cuando me levanto, choca contra las baldosas de la cocina. Mae me coge la mano, pero la aparto de un manotazo. Esa pequeña traidora sabelotodo. No, gracias. Seguro que también sabía lo de la carta; seguro que Dennis se la enseñó y le dijo que me disgustaría mucho si la leyera. Vale, pues ya me encargaré yo de encontrarla.

—Edie, ¿qué haces? Te pido por favor que mi escritorio no lo toques. ¡Edith!

Dennis entra en su habitación detrás de mí. Se agacha, recoge los papeles que tiro al suelo.

—Ya basta —dice cuando estoy a punto de arramblar con una pila de papeles que hay en la mesilla. Abro el libro que está leyendo y lo sacudo. Cae al suelo un marcapáginas, nada más—. Edith, basta —me agarra el faldón de la camisa, pero doy un salto hacia delante, como si me tuviera atada con una correa. Me fijo en el alféizar. Seguro que la leyó ahí, mientras fumaba. Parece que lo estoy viendo: lloraba mientras la leía ahí.

—¿Por qué hay tanta ceniza en el cenicero? —digo.

La quemó, le prendió fuego con una cerilla y se quedó mirando cómo se deshacían las palabras.

—Edie, para ya —dice Mae en voz baja. Se siente incómoda. Le miro la cara. No, incómoda no, lo que tiene es miedo. De mí. Dejo el cenicero otra vez en el alféizar, con cuidado de no derramar nada.

Mae

Yo fui la que tiró a la basura la primera carta de mamá. Oí el silbido, según se acercaba a nosotros el impacto, así que la intercepté. Fue difícil porque casi nunca estaba sola, pero la desesperación aguza el ingenio. Se palpaba la pesadez del sobre, el contenido candente: diez páginas ilegibles en las que cada palabra era una púa de alambre de espino. La leí por encima, con cuidado de que no me rasparan las palabras, y luego la rompí en pedazos y la arrojé al váter. No quería que Edie se pusiera todavía más nerviosa por culpa de mamá. No es que prefiriese a mamá muerta, no soy un monstruo, pero la quería encerrada al vacío en alguna parte, donde no pudiera llegar hasta nosotras. Yo era feliz en Nueva York. Y me mantenía a salvo de ella, eso pensaba.

La segunda carta no pude interceptarla. Narcisista, bien fraguada, legible apenas, venía plagada de esas elipsis oscuras que se te meten bajo la piel y te machacan. Edie se obsesionó con ella y la analizó hasta extremos inauditos: ¿qué significaba la ausencia de mayúsculas?, ¿es que mamá había perdido la autoestima, su manía por el orden, su temperamento artístico? ¿Era una persona creativa que se sentía frustrada al no poder dar salida a su energía creativa? ¿Sería esa la verdadera causa de su infelicidad? ¿La salvaría la poesía? Dejé que hablara de ello todo lo que quisiera. No le llevé la contraria, aun sabiendo que nada de lo que decía era verdad ni relevante. Ella no entendía en absoluto a mamá.

La tercera carta llegó unos días después. Edie ya estaba de los nervios y la examinó como habría hecho un criptógrafo. En realidad no era una carta. No tenía encabezamiento ni firma. Era un poema. Qué cuca mamá: comunicarse con nosotras de esa manera, exigir que adivináramos lo que pretendía decir, como si fuera la Sylvia Plath de los cojones.

—¿Tú qué crees que quiere decir? ¿Tú qué crees que quiere decir? —insistía Edie, y se me echaba encima y observaba mis reacciones mientras yo leía.

El poema era un galimatías, sin puntuación, todo seguido, con las palabras llenas de sílabas opresivas y desagradables que se repetían: *cabrero piel de cabra pieles boca masilla atragantarse moler el agua en la garganta orejas atragantarse*. Al leerlo se me llenaba la boca del fétido sabor del agua del lago. Me hacía pensar en aquellas travesías nocturnas, cuando mamá desaparecía en el lago Pontchartrain y yo me quedaba en la orilla, sin parar quieta hasta que sacaba la cabeza a la superficie. Seca y en tierra, sí, pero me acribillaban los mosquitos y solo sentía las algas despachurradas bajo los pies y el agua negra me ardía en la nariz. Una vez, mamá emergió del agua con un bage enorme pegado al brazo. De vuelta a casa, el pez no paraba de dar coletazos en el asiento de atrás, agonizando, mientras mamá soltaba tales carcajadas que la que tenía que llevar el volante era yo. Se reía, ¿y qué, eso qué quiere decir? No era una risa de júbilo; solo un ruido, como si tuviera algo dentro y quisiera salir.

—¿Qué? —decía Edie—. ¿Qué? —porque notaba que yo había logrado hallarle algún sentido a la carta.

Para mí no cabía duda: el poema era una nota suicida. Como si hubiera escrito un acróstico que

viniera a decir: ¡ADIÓS! ¡HASTA NUNCA!

Qué egoísta, qué grotesco. ¿Por qué nos hacía pasar otra vez por ese trago? Si éramos pequeñas. Y el texto, la letra, de trazo flojo y vacilante, me obligaba a imaginármela en el mismo acto de escribir, lo que también me ofendía. No quería imaginármela de ninguna manera, porque si la dejaba entrar, sentía que la que volvería a perderse sería yo. Mejor aprovechar la rara ocasión que me brindaba y quitármela de encima.

Nunca le dije a Edie lo que significaba el poema. Creo que me inventé una interpretación mitológica y hasta yo misma me la llegué a creer. Pero no me podía quitar de la cabeza a mamá flotando boca abajo: en un lago, en una bañera, en la piscina del vecino. Recuerdo que por la noche me abrazaba a Crono y enterraba la cara en su pelaje, para que el ronroneo se impusiera sobre el ruido de fondo que las palabras de mamá me habían dejado en la cabeza.

Conversación telefónica entre Edith y Doreen

EDITH: Doreen.

DOREEN: Dime, Edie, cariño.

EDITH: Tengo que volver a casa.

DOREEN: ¿A casa? Pero si a tu mamá no le han dado el alta.

EDITH: ¿Y no me puedo quedar contigo?

DOREEN: No, cariño. Estoy saturada ahora mismo. Mi hermano está malo y lo estoy cuidando yo. No podría con otro ser humano a mi cargo.

EDITH: ¡Doreen! Tengo dieciséis años. No tendrías que ocuparte de mí para nada...

DOREEN: ¿Me has llamado para ponerte a llorar, solo por eso?

EDITH: Sí.

DOREEN: ¿Cómo está tu hermana?

EDITH: Le gusta esto. Se adapta estupendamente bien.

DOREEN: Joder, cariño, es adaptarse o morir. ¿Por qué lo dices como si fuera algo malo? Es adaptarse o morir.

EDITH: ...

DOREEN: Como no dejes de sorberte los mocos te cuelgo.

EDITH: ¡No cuelgues!

DOREEN: Que no voy a colgar, Edith. Hostias.

EDITH: ¿Has ido a visitarla?

DOREEN: Ayer estuve.

EDITH: ¿Y cómo la encontraste?

DOREEN: Pues no muy bien, Edie, cariño. No muy bien. Cuesta entender lo que dice.

EDITH: ¿Te preguntó por mí?

DOREEN: Claro, cariño.

EDITH: ¿Qué te preguntó?

DOREEN: Pues ya sabes, que cómo estabais. Le dije que estabais fenomenal.

EDITH: No estamos tan bien. Eso no es cierto.

DOREEN: Edie, cielo, estoy cansada. No he pegado ojo en toda la noche por culpa de mi hermano, que no paraba de quejarse. Tiene muchos dolores. No puedo pasarme la vida hablando con unos y otros.

EDITH: Nos mandó una carta y un poema.

DOREEN: Pues mira qué bien.

EDITH: ¿Te dijo algo más de mí?

DOREEN: Te da las gracias por el albornoz tan suave que le enviaste. Lo llevaba puesto. Y se nota que le gusta.

EDITH: En la carta dice que los médicos la torturan.

DOREEN: Eso son bobadas, y lo sabes.

EDITH: Dice que la atiborran a medicinas y la están deformando.

DOREEN: Tú dale tiempo al tiempo para que se ponga mejor. Para que los médicos hagan su trabajo. Te tengo que dejar, cariño. Dale a Mae un beso de mi parte, ¿vale?

EDITH: Sí, claro. Y tú saluda a Tyrell de la mía.

DOREEN: Está con su padre, pero se lo diré cuando vuelva. Adiós, cariño.

Doreen

Marianne te dejaba sola con sus marrones. Casi todo el mundo salía en estampida, pero de vez en cuando daba con una imbécil, una imbécil como yo, que no podía salir corriendo. La conozco desde que llevaba pañales. Mamá trabajaba para su padre, Jackson McLean. A todo el mundo le caía bien Jackson. Tras la muerte de su mujer, contrató a mi madre para que lo ayudara con la casa.

Cuando yo era niña, mi madre se pasaba tanto tiempo allí cuidando a Marianne que me entraron celos, lo reconozco. Yo tenía cinco hermanos pequeños, y mi madre se desvivía, con todo su amor y su afecto, por una niña blanca en la otra punta de la ciudad. Volvía a casa cansada y se acostaba. La gente tiene lo que tiene, no más, y Marianne se lo chupaba todo a mi madre. Mis amigas del colegio..., sus padres trabajaban para los blancos y ninguno se dejaba la piel con ellos como hacía mi madre. A veces me preguntaba si no estaría enamorada de Jackson, y sé que mi padre también se lo preguntaba. Los oía, a veces, peleándose por eso por las noches.

Como era la mayor, tenía a mi cargo a mis hermanos. Les hacía la comida cuando volvían del colegio. Les cosía la ropa si se la rompían saltando una valla o haciendo el ganso por ahí. A veces mamá traía a Marianne a casa y me hacía jugar con ella y ahí se me añadía otra tarea más a la lista. Mamá nunca decía nada, pero esperaba que tratase a Marianne como a una princesita. Al final, acabamos haciéndonos amigas, pero porque éramos de edad parecida y pasábamos mucho tiempo juntas. Cogíamos zarzamoras en los márgenes de la vía del tren, y mamá nos enseñó a las dos a hacer mermelada con ellas.

Marianne no era nada mañosa, ni práctica, pero se le daba bien inventarse historias. Se convencía hasta a ella misma de que lo que te contaba era verdad, y al final te lo acababas creyendo tú también. Las lagunas se convertían en castillos de hadas y guaridas de brujas, todo ese rollo. Pero cuando empecé a hacerme mayor me tocaba las narices con tanta imaginación. Yo lo de ser distinta no me lo podía permitir, porque tenía a muchas personas a mi cargo. Ser rara es un lujo. Me daba vergüenza que me vieran con ella. Nos seguía a todas partes a mí y a mis amigas, como si fuera flotando, con los ojos como platos, de puntillas. Me sacaba de quicio verla andar así, sin posar jamás los talones en el suelo. La pobre no sabía ni hacerse un bocadillo. Al final tuve una riña muy gorda con mi madre por su culpa.

En el instituto, yo era la que mejores notas sacaba, y di el discurso final en la graduación, o sea que ya sabía lo que quería ser en la vida. Pensaba ir a la universidad y hacerme enfermera, mudarme a vivir a una ciudad grande y llegar a ser alguien. Le dije a mamá que no me hacía ninguna falta ir por ahí con la colgada de Marianne a la espalda, como un lastre, minándome, el último verano que iba a pasar en casa. Huy, mamá se enfadó muchísimo. No solía ponerme la mano encima, jamás, pero esa vez me estampó el peine con el que se estaba acicalando. Estábamos todos allí, luchando por los derechos civiles, ¿y aquella chica era responsabilidad mía? ¿A quién se le ocurre? ¿Qué justicia había en eso? Mi madre sentía que le debíamos algo a Jackson. Pero me parece que si se enfadó tanto fue porque vio que yo tenía razón.

Pasé años sin saber de Marianne. Las dos cambiamos de ciudad, nos casamos, tuvimos hijos. El mundo ensanchaba sus confines por un tiempo, y todo era posible. Hice lo que había querido siempre: me fui a vivir a Atlanta, asistí a la universidad con una beca que me cubría todos los gastos y me hice enfermera. Entonces mi madre se puso enferma y tuve que volver a casa a cuidar de ella. Murió, mi marido me dejó por otra y yo me quedé aquí. Marianne también había vuelto, y todavía me sentía responsable de ella. Su rareza había adquirido un tono más sombrío. No era feliz con su marido. Tenían una pelea detrás de otra, a grito limpio; todo el mundo se acabó enterando. Me lo encontré una vez en el supermercado: estaba comprando platos de papel porque ella había roto toda la vajilla. Al final la dejó, cuando ella cayó en coma tras tomarse unas pastillas. Sus hijas se quedaron conmigo el tiempo que estuvo ingresada, y él se fue de aquí.

Dios, qué mujer tan egoísta.

Solía decir: «Es que tú no lo entiendes, Dor, es un infierno».

Claro, porque esa cabroncilla que no tenía ni idea de nada era la única que sabía lo que era el dolor.

Y le decía: «Marianne, tú sabrás con qué infierno te quedas, si con lo malo conocido o con lo otro, porque lo hay, y puede ser peor todavía». Mi papá decía eso.

Pero ella no lo creía. Decía que el infierno más temido era el que ella estaba viviendo.

La dejó el marido, y las cosas mejoraron y luego volvieron a ir de mal en peor. Me dio a mí poderes por si le pasaba algo, una carta notarial. Como si no tuviera yo bastantes problemas de mi propia cosecha, mierda: el divorcio, un hijo adolescente que no me hablaba, un hermano pequeño que se me estaba muriendo en el salón. Cuando intentó colgarse, hice cuanto estuvo en mi mano. La saqué del hospital público, le busqué una cama en el St. Vincent, me aseguré de que la atendiesen buenos médicos. Es un sitio caro, pero por mediación mía su exmarido paga casi todos los gastos, y alquilé su casa para cubrir el resto.

Edith (1997)

Escuece un poco donde roza el agua, pero casi no me siento la piel. Estoy contigo. Tus ojos son lo único que sale del agua helada. Eres un iceberg. Yo soy un iceberg. Estamos cada una en una costa, con todo el país de por medio, pero los dientes nos castañetean al unísono...

—Eddie, de verdad, que me estoy haciendo pis —Mae da golpes en la puerta.

Cierro el grifo y espero. Cuento hasta cinco, sin parar de tiritar. Tengo los dedos entumecidos. Estoy segura de que a ella no le alcanzan la toalla nada más salir del agua; de que las putas enfermeras la obligan a esperar, esas sádicas. La dejan tiritando así, como yo tiritaba ahora.

—Eddie, venga.

Descuelgo la toalla verde y me cubro con ella, antes de quitarle el cerrojo a la puerta.

Mae entra de golpe, va derecha al retrete y empieza a hacer pis en cuanto se sienta.

—Tienes los labios morados —dice.

Es verdad. Como si me acabara de comer un polo con sabor a mora. Abro la boca, tenso los labios y me miro en el espejo del botiquín.

—Ni que te acabaran de sacar de un glaciar —dice Mae mientras se limpia y tira de la cadena.

Me aparto para que se lave las manos.

—Joder —me toca el brazo.

Me quito su mano de encima. Tampoco tengo por qué darle explicaciones.

—Eddie, ¿qué estás haciendo? Deja de martirizarte.

¿Por qué? Los santos se azotaban hasta que tenían la espalda en carne viva, luego se ponían sayos de espinas para castigarse. Bien poco puede el agua fría. El agua fría es un quiero y no puedo. Pero no digo nada porque a Mae no le agradan los sentimientos ajenos. Para ver si mamá se había disgustado solo tenía que mirar a Mae a la cara, ver cómo se cerraba en banda. Y solo me faltaba eso. Mejor calmarse, ir despacio, y entonces volverá conmigo.

—No digas sandeces, Yuyu. ¿No ves que se ha acabado el agua caliente? —miento, y aprieto fuerte las mandíbulas para que no me castañeteen los dientes.

Mae

Cualquiera que haya leído las novelas de papá habrá notado hasta qué punto estaba obsesionado con mi madre. Una obsesión así nunca desaparece, especialmente si está arraigada en lo más íntimo de uno mismo. Papá nunca dijo nada de las cartas de mamá, pero estoy segura de que oía el silbido con la misma nitidez que lo oíamos Edie y yo, ese sonido penetrante que hacía que Edie moviera el rabo como un perrito y que yo siguiera en mis trece. ¿Cómo era posible que sus cartas tuvieran tal poder sobre nosotros? No lo sé. Cualquier cosa que escribía venía rodeada de un vacío constitutivo en el que moraba la desesperación.

Antes de esa primavera, jamás había leído ningún libro de papá. Nunca se me ocurrió tratar de localizarlos en bibliotecas o librerías, porque hasta que no nos fuimos a vivir con él para mí no existía. Pero en Nueva York empecé a devorar sus obras. Me leí de una sentada *El oficio de Casandra*. Leía sus novelas antes de irme a la cama. Quería tener interiorizados los ritmos de las frases, para poder soñar con ellas. En sueños, sin embargo, todos los personajes que se me aparecían quedaban reducidos a uno solo: mamá. Había veces que mamá se transformaba en un ventarrón que me llevaba a alguna parte; otras se me subía encima y hacía fuerza para tirarme al suelo. Casi nunca le veía bien la cara. A veces —y esos sueños eran los que más miedo me daban— era yo la que me transformaba en mamá, y era yo entonces la que se subía a la espalda de alguien, la que acababa convertida en viento.

Edith (1997)

Mae lee en la cama, y la lámpara arroja sombras alargadas sobre la pared. Me llega el ruido que hace con los dedos al pasar las páginas. Tengo a Crono echado a los pies, así me los calienta.

—¿Tú crees que se va a quedar mucho tiempo? —le pregunto a Mae. La mujer del restaurante italiano duerme en el sofá. Se presentó esta tarde en casa, hecha un auténtico desastre, con una pulsera en la muñeca que le habían puesto en algún hospital. Esa pulsera es lo único que mamá y ella tienen en común, pero parece que a Dennis le vale con eso.

Mae no responde.

—Es como decía mamá: le gustan los pájaros con las alas rotas —digo yo.

Mae no me escucha, de lo absorta que está en lo que lee.

—Pues como a ti —le digo a Crono, y él me devuelve la mirada guiñando los ojos—. A ti también te gustan los pajaritos con las alas rotas, ¿a que sí?

La respiración de Mae es mucho más pausada ahora. Debe de haber llegado a algún pasaje que tendrá su miga.

—Léemelo —le digo. Se ha quedado sin aliento.

Pasa la página y no dice nada. Levanto la mano hasta uno de los muelles del colchón de arriba y aprieto con fuerza.

—Para —dice. Por la sombra en la pared, veo que ha dejado el libro en la cama—. No creo que te guste. Es un poco...

—Solo quiero oír tu voz.

Nada. Le doy otro golpe a la litera.

—Vale —carraspea una, dos veces—: «Al principio era como una gatita ciega en la cama. Un caso perdido, no paraba de buscarme el —le flaquea la voz— pene, se lo llevaba a la boca. Solo le faltaba dormir así. O con él en la mano. Como si nuestros cuerpos formasen un circuito cerrado...» —lo deja ahí.

Me reconcome algo por dentro y se me escapa una risita extraña. Estoy pensando en Markus, en lo dormida que se me quedaba la garganta cuando se corría en mi boca, y luego, los pasos en la capilla de piedra, o los pasos en los escalones enmoquetados que llevaban a la buhardilla. Recuerdo siempre los pasos de otra gente cuando acabábamos.

—¿Me dejas que lo vea? —le pregunto.

Sigue tumbada, en silencio, sin mover un músculo. ¿Por qué? De repente me doy cuenta de lo que me ha leído. Me sube toda la sangre a la cara. Es repugnante. Y el hecho de que no me haya prevenido antes, de que me dejara con la intriga, pensando en Markus, ahí quieta. En vez de decirme que era alguna guarrada que Dennis había escrito sobre mamá.

Mae se asoma por el borde de la cama y me mira. No le veo los ojos, se los tapa el pelo, como una cortina. Boca abajo, rodeada de sombras, su cara podría ser la de cualquiera.

—¿Tú crees que se refiere a mamá? —pregunta, tan pequeña y tan depravada—. Por algunos detalles, parecía...

Tengo la frente blanca de Mae a escasos centímetros de la cara. Noto un chasquido en cuanto suelto el nudillo, y el impacto de la uña contra su cráneo. Chilla y casi se cae de la cama.

Mamá como una gatita de los cojones, rebuscando la polla floja de Dennis entre los repugnantes pliegues de sus pantalones. Me dan arcadas. Mamá en bata blanca como una gatita de los cojones. Mamá, a la edad de Mae, retorciéndose como un pez que ha mordido el anzuelo, un pez blanco y grande, un fantasma, con la boca y la garganta dormidas.

—Podría ser cualquiera —digo por fin.

Mae no responde. Ya no me habla. Cuando intento subir a la litera para estar con ella, saca la pierna y no me deja. Tiene un bulto en la frente, una roncha roja, debe de ser ahí donde le he dado el capirotazo. Extiendo la mano para tocárselo, pero me aparta de una sacudida.

—Perdona —se lo digo de corazón.

Abajo suena una sierra. El vecino, Charlie, debe de andar ensamblando algo.

—Mae, perdóname —digo otra vez, aunque no levanta la vista del libro.

Amanda

Aproveché para abortar, ya que estaba en Nueva York. Llevaba varias semanas mareando la perdiz y se me acababa el tiempo. Me preocupaba, si esperaba a llegar a casa para hacerlo, que fuera demasiado tarde o que Barry me quitara la idea de la cabeza de algún modo. No tenía a nadie en la ciudad para que fuera a recogerme a la clínica, así que busqué la dirección de Dennis en la guía telefónica y fui allí en taxi después de la intervención. Tenía la sensación de que no me iba a dejar en la calle, e incluso de que esa podía ser una buena forma de «meter la cabeza». Y lo fue. Tuvo la generosidad de ofrecerme su sofá para que repusiera fuerzas. La intervención fue desagradable, pero para nada traumática.

Lo recuerdo como algo surrealista: entrar en el apartamento con Dennis Lomack y sus hijas, y luego estar allí de pie, rodeada de sus cosas, con calambres y mareos por la pérdida de sangre, hasta que se fue disipando la anestesia. Tengo la imagen de estar en el cuarto de baño, sin dejar de mirar sus pelos en el cepillo y los bastoncillos sucios en la papelera, y pensar que había llegado hasta el mismísimo relicario.

Los detalles de mi llegada a casa de Dennis los llevo grabados como en tecnicolor y en pantalla gigante en la memoria. Esa primera noche hizo puré de lentejas, y eso me sorprendió al principio, aunque cuando me paré a pensarlo vi que tenía sentido: era comida india, ¡cómo no! Era lo que más le pegaba. Hubo muchos momentos como ese. En la Universidad de Wisconsin, en el cubículo del sótano en el que estudiaba, me pasaba el día soñando despierta con esas cosas. ¿Cómo toma Dennis el café? (con leche, sin azúcar); ¿cómo sujeta la taza? (pues como todo el mundo, imagino, sin dejar tieso el meñique); ¿cómo se sienta? (a veces cruza las piernas); ¿cómo camina? (para lo grande que es, con bastante soltura), etcétera.

Sus hijas eran personajes salidos de alguno de sus libros. Conmigo no eran nada simpáticas, y por mí estaba bien. Así me sentía más auténtica: el hecho de que me vieran como una amenaza era un halago. Esa noche, después de cenar, la pequeña se sentó en el regazo de su padre, y el gato en el regazo de ella; y recuerdo que pensé que parecían un tótem de dicha familiar. Porque ni siquiera la mayor, Edith, discutía en ese momento con nadie, y parecía que se llevaban bastante bien.

Edith era de ideas fijas. Casi te la imaginabas en medio de una tormenta, o empujando una yunta de bueyes por un vado de agua. Le habría dado el papel en una película de pioneros en el lejano Oeste. Ya sabéis, cabezota, con principios, pero delicada a su manera.

El día siguiente me lo pasé entero tumbada en el sofá, recuperándome, haciendo inventario de sus estanterías. O sea que esas eran sus influencias: había libros de todos los rusos. Y de muchos alemanes. Ya no era hablar por hablar ni andarme con chuminadas de crítica literaria, tenía acceso directo.

Esa noche, cuando las chicas se fueron a acostar, me metí detrás de Dennis Lomack en su habitación. Se lo veía sorprendido, pero no me echó. Toqué todos los objetos que había encima de su escritorio mientras se desvestía.

—¿Y bien? —dijo después de meterse en la cama y apagar la luz, mientras yo seguía de pie, a

oscuras, sin saber si aquello era real o no.

«¿Y bien?» Eso había dicho. Así, como el que no quiere la cosa. «¿Y bien?»

A ver cuántos pueden decir que el ídolo que tienen en un póster se hace carne para ellos. Porque era algo así: como ver a Mick Jagger descolgándose de la pared y poniendo un pie en el suelo de mi cuarto de niña.

**Carta de Marianne Louise McLean
a Dennis Lomack
4 de mayo de 1968**

Querido señor Dennis:

He colgado la postal que me mandó al lado de la cama. Me gusta estar tumbada, despierta, pasar el dedo por la línea de los rascacielos e imaginarlo a usted, diminuto, de paseo por esa ciudad. Detrás de esas ventanitas brillantes hay gente viviendo. Cuesta creerlo. ¿A lo mejor un día puedo ir a visitarlo allí?

¿Qué tal va el libro que está escribiendo? ¿Ya lo ha empezado? ¿Salgo yo? Póngale a un personaje el nombre de Casandra. O meta un mensaje secreto. Como poner en la página 32 que un personaje se come una manzana, y entonces sabré que estaba pensando en mí cuando lo escribió.

Llevo tanto tiempo sin verlo. ¡Lo echo de menos! Y papá también. No se encuentra muy bien. ¿Le ha contado Ann lo del juicio? Tiene que estar a punto de empezar, y aunque él dice que son todo tonterías, yo sé lo preocupado que está. La señora Williams me ha ayudado a cuidarlo. Lleva una semana sin salir casi de la cama, pero, claro, se niega a llamar al médico. En el colegio voy bien. No sirve para nada, pero voy bien. Nadie me habla. Mi única amiga, Cynthia (¿recuerda que nos llevó usted a hacer esquí acuático? Estaba loquita por usted, seguro que se dio cuenta), tuvo que volver a Illinois porque a su padre le dio una crisis nerviosa.

Me pasó una cosa muy rara el otro día, cuando volvía de casa de la señora Williams. ¿A lo mejor lo puede sacar en el libro? No dejo de pensar en ello, aunque no sé por qué. Imagino que porque me dio miedo. Fue el jueves pasado por la noche, cuando todo el mundo estaba en el centro, viendo los desfiles. Este año no he ido. Papá no se veía con ganas. En fin, el caso es que iba yo sola en plena noche por el camino de tierra que pasa por detrás de la granja de los Hillhurst, que es el atajo para ir al río desde casa. Pues iba caminando cuando de repente oigo que alguien me echa el aliento, justo por encima del hombro. Lo noté en pleno cuello. Me dio tanto miedo que no fui capaz ni de gritar. Abrí la boca, pero no salió nada. Me di la vuelta para ver quién era, pero no había nadie. Se lo conté a Doreen y me dijo que era tonta, que habría sido algún ruido que rebotó en los árboles y creó el efecto de que alguien estaba respirando. Que podía ser hasta mi propio aliento, o el resoplido de un caballo en el pasto, aunque sonara tan cerca. A lo mejor tiene razón, pero a mí no me pareció que fuera eso. Desde entonces me siento diferente, como si estuviera marcada. Me preocupa mucho papá. ¿No podría usted venir a vernos dentro de poco? Sé que papá quiere verlo, y yo también.

Atentamente,

M

Edith (1997)

Vamos en autobús con Dennis y Amanda, pasamos por algún punto en pleno centro de Queens. Los edificios son bajos y chatos, y los letreros están en chino. Todo tiene un aspecto anodino y grisáceo. Dennis no ha querido decirnos adónde vamos. Dice que es una sorpresa. Como Amanda no paraba de hacerme preguntas, me he cambiado a la parte de atrás del autobús, y ahora voy embutida entre un tío dormido que lleva un plumas y una señora gorda que hace punto.

«¿Qué tipo de libros te leía tu padre cuando eras pequeña?» «¿Qué motes cariñosos te ponía?» Pero ¿esta chica habla en serio? Y él, sin mover un dedo para que dejara de preguntar: mirando por la ventana, como si fuera solo en el autobús, cuando ha sido él quien nos ha traído a rastras hasta quién sabe dónde. Entonces le he dicho a Amanda que se fuera a tomar por el culo, pero eso la ha alentado todavía más. Deseaba que Mae me apoyara, pero las cosas están raras entre nosotras. No hace más que leer los libros de Dennis.

El tío que tengo al lado me da con la cabeza en el hombro con el vaivén del autobús, luego se le queda otra vez colgando encima del pecho. ¿Y si siguiera camino con él en el autobús? ¿Si le suplicara que me llevase a su casa? ¿Me dejaría dormir en su sofá? Y si no, ¿no podría dormir en el del vecino de abajo, Charlie? A lo mejor me prestaba el taller de carpintería para que me hiciera mi propio palacio. Uno que fuera portátil.

Veo a Amanda en la cabecera del autobús, sigue hablando.

¿Que si me leía Dennis cuando era pequeña? Me vienen imágenes de un libro con dibujos de un tigre. Pero ¿qué más dará? Y, sobre todo, ¿a ella qué le importa? El otro día la pillé intentando leer una de las cartas de mamá por encima de mi hombro. Pues lo llevas claro, Amanda, porque ni yo sé lo que pone. La mano de mamá ya es como un sismógrafo. Dentro de poco no podrá ni sujetar el lápiz. Lo único legible era el nombre de Mae. Por supuesto.

Se levantan para bajar en la próxima parada, y Dennis me hace señas para que los siga. Le digo adiós al durmiente sin despegar los labios, a la vida que podríamos haber tenido juntos. Afuera, el cielo está bajo y el aire huele raro y denso, como si estuviera a punto de caer un rayo. A Mae le han salido ojeras, aparte del pequeño moratón en la frente. El que le he hecho yo. Veo cómo le sonrío a Dennis, y me recuerda la foto que encontré. La foto de mamá.

La densidad del aire me acelera el corazón. Amanda sigue hablando, pero yo desconecto de lo que dice. Está a punto de pasar algo. En cualquier momento. Pero no pasa nada. Seguimos andando y ya está. Los edificios cada vez son más viejos y más desvencijados. Ya no hay ladrillo en las fachadas, solo tablillas de plástico. Pasa por la calle un camión de mudanzas, como con pereza. Los muebles están en la acera. Veo que Mae también se da cuenta. Me pregunto si se estará acordando del Dentro/Fuera, aquel capricho con el que mamá nos obsequiaba a veces, cuando, echando mano de una fuerza sobrehumana, sacaba a rastras todos los muebles del salón al césped para que nos sentáramos las tres en el sofá de terciopelo, pusiéramos los pies encima de la mesa de café y miráramos al cielo entre las ramas del roble.

—¿Te acuerdas de...? —empiezo a decir, pero cambio de opinión. Amanda está como loca por

cualquier retal de nuestras vidas, y no me fío de Mae, no vaya a cargarse un bonito recuerdo. Tiene cara precisamente de querer hacer eso. Lo veo en cómo aprieta los labios. Se las apañará para coger la imagen de las tres juntas, acurrucadas, mirando a las estrellas, y convertirla en una prueba más de los fracasos de mamá.

Llegamos a un montículo que sirve de entrada a un parque, con una placa de bronce que ninguno nos paramos a leer. Amanda está como atolondrada: no camina, va dando saltitos pese a que se ha pasado estos días tumbada en el sofá. Hay una zona con árboles, un camino de tierra que serpentea entre ellos, alejándose de la carretera. Bancos verdes astillados, colillas y latas de cerveza. De una patada, le paso a Mae una lata, pero no me la devuelve, ni se da cuenta. El sendero vira bruscamente a la derecha, y entonces Dennis se para, nos bloquea la vista y no sabemos qué hay más allá de la curva. Se lo ve despabilado y atento, con todos los sentidos puestos en lo que dice.

—Cerrad los ojos.

Yo no los cierro. ¿Qué me va a hacer? Amanda viene a taparme los ojos con las manos, pero la aparto de un empujón; así que Dennis nos obliga a darnos la vuelta y caminar de espaldas. Tengo la sensación de ir por la pasarela de un barco, como si me fueran a echar a los tiburones.

Algo me sube por dentro, pero cuando Dennis me da la vuelta de golpe se me hace un nudo en la garganta. Hemos salido a un claro entre los árboles. Y allí mismo, en la ladera, hay miles de flores amarillas que irradian con una virulencia radioactiva contra el cielo nublado y gris. Por alguna parte se filtra la luz, y le da al amarillo del suelo una intensidad que nunca he visto. Se me va la cabeza, me noto mareada. ¿Qué pensaba yo que habría allí? A Dennis se lo ve triunfal. A Mae, feliz. Amanda no para quieta la vista de uno a la otra. Respiro hondo. El olor de la tierra, el raro resplandor de las flores amarillas en la ladera. Las emociones que se han ido amontonando dentro de mí durante el paseo toman una nueva dirección. No quiero llorar, pero cuesta respirar. Sí, este sitio es una pasada. Algo espectacular. ¿Cómo se le ha ocurrido traernos aquí? ¿Por qué siento esto por dentro?

—Venga, ve —dice Dennis—, ve —y me empuja.

Echo a correr por la ladera. Aplasto a mi paso las flores. Las briznas de hierba me azotan los tobillos. Oigo a Mae, que me sigue. Ella corre también, viene a atraparme. Se tira encima de mí y rodamos ladera abajo entre la hierba alta. Igual que cuando éramos pequeñas. Crujen las flores debajo de nosotras, los tallos tiesos y los pétalos. Hacía días que ni me tocaba. Qué contenta estoy de que haya vuelto. De nuevo es mía. Haré lo que ella quiera para no perderla. Me cuesta respirar de lo fuerte que me da la risa. Me levanta del suelo, y vamos las dos corriendo ladera arriba. Agarra también mi otra mano, la cruza, y empezamos a dar vueltas. Nos sujetamos fuerte de las manos y echamos el cuerpo hacia atrás. Las flores lo tiñen todo de amarillo, el cielo es un círculo gris.

Amarillo, amarillo, amarillo.

Caemos al suelo y nos reímos como si las dos tuviéramos el mismo par de pulmones. El cielo está tan bajo que pronto podremos tocarlo: suben a su encuentro nuestras manos al unísono.

Dennis se cierna sobre nosotras. Mae aparta la mano del cielo, la lleva al cuello de su camisa y tira de él para acercarlo. Caen. Rodamos los tres. Noto un pie en el estómago, un codo en la cara. Acabamos despatarrados al pie de la ladera. Luego nos vamos incorporando hasta quedar sentados, con los miembros todavía entrelazados.

Amanda viene gateando hasta nosotros. Una gota de lluvia me da en el brazo. Amanda y Mae alzan la vista y buscan a Dennis con la mirada. No veo por qué me ha de necesitar a mí también, pero parece que sí. Me despega el pétalo de una flor de la mejilla y me acerca a él, muy pegada a

su pecho. Lo dejo hacer un rato para que Mae esté contenta, inhalo su olor a tabaco y sudor, luego me separo. Él me mira, y me noto cohibida.

Ya me acuerdo: una manta de lana a cuadros, un lago, un helado que se derrite y me corre por el brazo, y mamá y él recitándose poemas. Fue antes de que llegara Mae, cuando era yo sola. Noto una punzada, muy adentro. No sé si es o no de dicha, pero, sea lo que sea, duele y no lo quiero.

Me enderezo hasta quedar sentada. No. No lo quiero. No quiero lo que él me ofrece.

Hay una piedra grande y plana cerca de nosotros. Amanda no para de hablar. Veo otra piedra plana, y luego otra. ¿Cómo es que no me he dado cuenta antes de que estamos en un cementerio? Hemos estado dando volteretas por encima de personas.

—... Esto es igualito que cuando Gregor lleva a Casandra a... —sigue diciendo Amanda.

¿Habré herido a Dennis en su amor propio al apartarme? Ahora solo tiene ojos para Mae, que reclina la cabeza en su regazo. Se miran. Puede que no sea el mejor momento para sacar el tema, pero me da igual, lo saco porque no soporto ver cómo se miran.

Interrumpo a Amanda y digo:

—Mae y yo tenemos que volver.

—No —dice Mae.

—Sí —digo yo—. Cogeremos un autobús para volver a casa esta semana.

—No pienso volver nunca más —dice ella. Se sienta derecha en el suelo. Tiene un gesto desfigurado, soñador—. Prefiero morir.

No sé qué decir al oír eso. Era a ella a la que quería mamá, no a mí. Cae una lluvia fina ahora. Amanda sale corriendo para buscar refugio debajo de los árboles. Dennis se pone de pie y ayuda a Mae a levantarse.

Llueve cada vez más fuerte. El agua me corre por el pelo, me chorrea por la espalda. Él ofrece una mano, pero se la rechazo.

—Mae —digo, para intentar convencerla—, sabes que tenemos que volver. Ella nos necesita.

Se encoge de hombros.

—Nos necesita, ¿para qué? —se aleja de mí, va a unirse a Amanda debajo del árbol.

—Para ponerse buena —exclamo a su espalda—. Mae y yo nos volvemos a casa —le digo a Dennis, que me sigue tendiendo la mano. Le cae el agua por la frente y se le mete en los ojos—. No tienes ningún derecho a alejarnos de ella.

Entrecierra los ojos.

—No os estoy alejando de ella. Vuestra madre no está bien —dice él.

—No está bien por tu culpa —digo. ¿De quién si no va a ser la culpa? Él la partió en dos. La cambió.

Se pasa una mano por la cara, con gesto de desesperación.

—¿Tú qué crees que hice? ¿Qué te imaginas que le hice?

Lo sigo hasta el árbol que guarece a Mae y Amanda.

—Algo hiciste —sigo insistiendo. Está a punto de perder los papeles, se lo noto, y entonces verá Mae con sus propios ojos por quién ha tomado partido.

—¿Que le hizo algo a quién? —dice Amanda.

—Tú cállate —le digo yo.

Mae tiene la mirada velada, perdida en las gotas de lluvia que dan contra la hierba. Ni siquiera escucha. Sea lo que sea lo que él le hizo a mamá, se lo hará a Mae también.

—Vamos a volver —le digo otra vez, mirándola.

Arruga la cara, presa de la rabia.

—¿Qué pasa, estás sorda? —se aleja de mí y echa a andar bajo la lluvia, atravesando la ladera por donde hemos venido.

Amanda se queda allí, parada como un cabezudo, mirándonos a unos y a otros.

—¿Y tú qué pintas aquí? —le grito, porque me resulta más fácil gritarle a ella que a mi hermana. Ella asiente, asiente y da un paso atrás.

Mae

Esa tarde fue la primera vez que sentí... No sé cómo describirlo exactamente. Yo tenía la cabeza en el regazo de papá, y toda la felicidad que había echado de menos quedaba comprendida en ese instante. Alzaba la vista y lo miraba, y ya no era yo. Era mamá, pero no tal y como yo la conocía. No era la madre que me metía a la fuerza en su mundo tenebroso, como el que te mete la cabeza en un saco. No, era algo distinto. Me había convertido en la mamá de hacía muchos años. Papá también lo sentía, se lo notaba. Puede que ese instante hubiera durado más, de no ser por Edie, que no paraba de hablar y hablar, y de meter más y más presión. Me quería llevar de vuelta con la otra madre. La del hospital psiquiátrico, que me quería a su lado, atada y descuartizada, como en un sacrificio.

Capítulo 4

Extractos de *Marchas por la Libertad: entonces y ahora*

ENTREVISTADOR: Gracias por concederme esta entrevista. Me hizo tanta ilusión cuando deduje que era usted el que salía en la foto de la ficha policial... He sido siempre un gran admirador suyo. ¿Quiere echar un vistazo? Sujétela por los bordes, si hace el favor.

DENNIS: Huy, ¡menuda foto! ¿De dónde la ha sacado?

ENTREVISTADOR: Pues la verdad es que la encontré en una casa que subasta cosas por Internet. Tenían una caja llena de fotos de fichas policiales. ¿Recuerda cuándo se la hicieron?

DENNIS: Estoy haciendo memoria, porque me han arrestado más de una vez.

ENTREVISTADOR: Pertenecen a los arrestos de las Marchas por la Libertad. Está fechada el 15 de mayo de 1961. En Opelousas, Luisiana.

DENNIS: ¿Y se puede acceder a ellas por ordenador?

ENTREVISTADOR: Sí. Se puede acceder a muchos documentos. ¿Reconoce a alguien en las otras fotos?

DENNIS: Esa chica me suena, pero no me acuerdo ni de cómo se llamaba. Me parece que acabó trabajando con nosotros, dando de alta a la gente para que pudiera votar. ¡Anda, y ese es Fred! Fred Jones. Joder, sí que está joven ahí. Imagino que yo también, aunque la imagen que tengo de mí mismo sigue siendo esa. Y esa es Diane, que se casó con Fred.

ENTREVISTADOR: ¿Nos puede contar cómo es que se vio involucrado en las Marchas por la Libertad?

DENNIS: Claro. Fred y yo nos conocíamos de Columbia. Los dos habíamos estudiado Literatura, y nos caímos bien nada más vernos. Yo tenía veinticuatro años, un poco mayor para seguir siendo universitario, y Fred era uno de los escasos estudiantes de color en la facultad; ninguno de los dos acabábamos de encajar allí. No se oía hablar de otra cosa que de los boicots, las sentadas en Greensboro y Nashville y demás. Participamos en eventos parecidos en Nueva York, pero a un nivel muy de andar por casa. Entonces el primo de Fred nos calentó la cabeza con su plan y nos metió el gusanillo en el cuerpo: se trataba de coger un autobús hasta el sur y acabar con la discriminación en las carreteras nacionales.

ENTREVISTADOR: ¿Había estado antes en el sur del país?

DENNIS: No, nunca había bajado de Washington. Pero como yo no era de allí, y además era blanco, gozaba de un nivel de protección que otros no tenían. Podía ir y venir sin llamar la atención y eso me daba un valor que, en caso contrario, quizá no habría tenido. Los valientes eran los que vivían allí, que no podían sustraerse a aquella realidad tan injusta.

ENTREVISTADOR: Vale, ¿y qué pasó en el viaje?

DENNIS: Pues que nada más entrar en Luisiana una multitud detuvo el autobús y nos atacó. A los que logramos escapar nos dio cobijo un hombre que se llamaba Jackson McLean. La policía fue más tarde a su casa para arrestarnos. Lo hicieron con un alarde de fuerza: tiraron la puerta abajo, le pisotearon el jardín y atemorizaron a su hija.

ENTREVISTADOR: ¿Su mujer?

DENNIS: Al final sí, acabó siendo mi mujer.

ENTREVISTADOR: ¿Era la primera vez que lo detenían?

DENNIS: No, no era la primera, pero esta vez fue diferente.

ENTREVISTADOR: ¿En qué sentido?

DENNIS: En Nueva York, si me arrestaban en una manifestación, no se lo tomaban como algo personal. Pero allí se pasaron con nosotros. Nos quitaron la ropa, quisieron humillarnos obligándonos a desfilar por el pasillo, desnudos. Nos metieron en celdas separadas (los negros en una punta, los blancos en la otra), pero no consiguieron que cejáramos en nuestro empeño, al revés. A los guardias los volvíamos locos porque no parábamos de cantar el «Venceremos», nuestras voces salían de los dos extremos del pasillo. Nos dejaron sin colchones y sin cepillos de dientes, y como seguíamos cantando se llevaron las mosquiteras de las ventanas para que nos comieran los mosquitos. Pero no nos dimos por vencidos. Hasta que Jackson McLean pagó nuestra fianza.

ENTREVISTADOR: ¿Pasó usted miedo?

DENNIS: Buena pregunta. Pues no lo sé. Sentía tanta ira por dentro, y tanto convencimiento, que no creo que tuviera miedo de nada. Como si llevara puesto el piloto automático. Hasta más tarde, cuando escribí sobre aquellos días...

ENTREVISTADOR: ¿En *Las hogueras de antaño*?

DENNIS: Sí. Hasta que no escribí sobre aquel tiempo no pude empezar a procesarlo.

ENTREVISTADOR: Mientras hacía esas cosas, ¿pensaba que le ofrecerían buen material para su escritura? ¿Fue eso, en parte, lo que lo movió a participar?

DENNIS: No creo que nadie se atreva a admitir algo así. Era joven, quería aventuras, o sea que sí, en parte era eso. Pero no lo viví como una proeza que me permitiría luego escribir sobre ello y ganar premios. Creía profundamente en lo que hacía.

ENTREVISTADOR: ¿Y lo echa usted de menos?

DENNIS: Fue un periodo horrible de nuestra historia. Pero si lo que me pregunta es si me sentía a gusto en el papel del héroe que hace el bien y tiene la certeza de que efectivamente está haciendo el bien, sin incertidumbre, sin ambigüedad, entonces sí. Eso sí lo echo de menos. Echo de menos ser joven y estar seguro de mí mismo y notar la adrenalina a flor de piel. Echo de menos estar rodeado de amigos valientes que se identifican como yo con una causa. Echo de menos poner mi vida en manos de gente en la que confío.

ENTREVISTADOR: *Las hogueras de antaño* es la única de sus novelas que aborda directamente el tema de la justicia social.

DENNIS: Perdón, ¿eso es una pregunta?

ENTREVISTADOR: ¿Siente que tiene la responsabilidad de promover la justicia social en su obra?

DENNIS: Claro. Pero no escribo propaganda, si es eso lo que me pregunta.

ENTREVISTADOR: ¿Es que la propaganda siempre es mala? ¿No puede ser buena si se la emplea para un buen fin?

DENNIS: Yo creo que la propaganda siempre es mala.

ENTREVISTADOR: ¿Le puedo preguntar si es cierto que *Las hogueras de antaño* era autobiográfico?

DENNIS: Pues es como lo que dijo Flaubert: «*Madame Bovary, c'est moi*».

ENTREVISTADOR: ¿Cómo?

DENNIS: Todos los personajes son yo. En eso consiste el proceso de escritura. Es algo esquizofrénico. Como alguien que habla solo. A lo mejor Robert tenía ciertos rasgos biográficos de Fred, pero no era Fred. Era yo. Todos eran yo. Así que, sí, en ese sentido es profundamente autobiográfica.

ENTREVISTADOR: ¿Y qué me dice de su mujer? ¿Qué papel desempeñaba ella en *Las hogueras de antaño* y los otros libros? ¿Es verdad que lo ayudaba a escribirlos?

DENNIS: Ella era mi musa.

ENTREVISTADOR: Pero eso ¿qué quiere decir? En la práctica, me refiero. ¿Fue coautora de sus libros? ¿Los corrigió?

DENNIS: No, era mi musa. Ella me inspiraba.

ENTREVISTADOR: Eso suena muy romántico. Y ¿qué me dice de sus proyectos actuales? ¿En qué está trabajando ahora?

DENNIS: No hablo de proyectos hasta que no los he acabado.

ENTREVISTADOR: ¿Ni siquiera un pequeño adelanto?

DENNIS: Nanay.

ENTREVISTADOR: Muchas gracias por su tiempo.

DENNIS: Encantado.

Fred

La primera vez que me fijé en Dennis en la universidad fue en un recital de la revista literaria que yo editaba. Era el guion de siempre: una chica de la Universidad de Barnard leyó un relato sobre su gato, un tío del programa militar leyó un soneto sobre su madre, yo leí una *villanelle*, una *villanelle* muy mala; y entonces Dennis ocupó el estrado, carraspeó, y ¡cataplum! Nos dejó a todos alucinados, leyó un poema sobre cómo quiso reducir un árbol a astillas después de la muerte de su padre. Un poema extraño, triste y surrealista, nadie había oído nada parecido antes. Lo leyó con ese vozarrón que tiene y volvió a sentarse. Creo que ni siquiera se dio cuenta del cambio que se había operado en la sala, eso que pasa en una lectura cuando al final sale alguien que de verdad es bueno.

Cuando acabó el acto, tuve que abrirme paso por entre una marabunta de chicas para presentarme. Dios, un tío con tanto talento tenía que quitárselas de encima a todas horas, y él como que lo daba por sentado. Después de eso nos hicimos amigos. Trasnochábamos juntos, íbamos a beber a un garito de comida sureña donde hablábamos y debatíamos hasta que se hacía de día. Por lo general, Dennis era el único blanco en el local, pero no se cortaba un pelo por eso: se pasaba toda la noche pontificando a voz en cuello y sin pestañear, hasta el alba, sobre los asuntos centrales de la clase de filosofía que debíamos cursar: ¿el ser humano era de suyo malo o bueno?, ¿qué lo movía en sus afanes, la razón o el deseo? Dennis siempre quería hablar de Jung, y yo siempre quería hablar de Marx, pero nos encontrábamos a mitad de camino, en Dostoyevski.

Cuando el local cerraba, él solía coger el metro para ir a Brooklyn, donde vivía con su madre, o a veces dormía en el suelo en mi colegio mayor. Los colegios mayores no discriminaban por cuestión de raza, pero la amistad que teníamos despertaba alguna sospecha, sobre todo en la cafetería entre los estudiantes sureños. No solían decir nada delante de nosotros, pero se nos quedaban mirando. Dennis no fue el primer amigo blanco que tuve, pero sí el primer blanco al que vi como a un hermano.

Cuando nos enteramos de lo de las Marchas por la Libertad, nos apuntamos. No podía creer en lo que creía y no participar, pero me daba miedo. Sabía en qué me estaba metiendo. Para mí nunca fue un juego. Sabía que arriesgaba la vida y que para mucha gente mi vida significaba bien poco. Pero ¿qué tipo de vida me iba a tocar vivir si no cambiaban las cosas?

Después de los arrestos, Dennis y yo nos quedamos en el sur y nos pusimos manos a la obra para empadronar a la gente y que pudiera votar. Luego volvimos juntos a Nueva York y nos matriculamos de nuevo en Columbia. Hubo un tiempo en que éramos uña y carne. Hasta que dejamos de serlo.

A día de hoy, siempre que llueve me duele el brazo, y perdí la percepción de profundidad en la vista, pero no me he arrepentido nunca de haber participado en esas marchas. Allí conocí a mi mujer. Nuestros hijos tienen una vida mejor gracias a lo que hicimos entonces.

Diane

Íbamos todos cantando en el autobús de la Greyhound. Yo no tengo oído para la música, pero cantaba de todas formas. Al principio, Fred pensó que cantaba mal aposta, que estaba haciendo el tonto. En fin, pasé mucha vergüenza, pero eso le llamó la atención. Le pidió a Dennis que le cambiara el asiento para sentarse a mi lado. Estuvimos horas y horas hablando. Para cuando quisimos cruzar la frontera de Luisiana, llevábamos ya varios días en ese autobús. Empezaba a hacerse de noche; era un caluroso día de verano en Luisiana, háganse una idea. Yo estaba adormilada, con la cabeza apoyada en el hombro de Fred. Me desperté porque lo noté tenso. El autobús aminoró la marcha y se detuvo en mitad de la carretera de dos carriles. Y entonces sentí como si por dentro se me abriese el hueco de un ascensor y yo cayese dentro. Sabía que no tenía control alguno sobre lo que estaba a punto de pasarnos.

Si Jackson McLean no nos hubiera sacado de allí, dudo mucho que Fred estuviera vivo o que no lo hubieran dejado hecho un vegetal. Cómo le pateaban la cabeza aquellos hombres. Fue horrible. No es que piense mucho en ello, han pasado demasiadas cosas desde entonces, pero al ver las fotos policiales en la presentación del libro me volvió todo a la cabeza. Fue raro: ver nuestras caras, del tamaño de un cartel publicitario, en una modernísima galería de arte en Chelsea. Parecíamos anuncios de Calvin Klein. ¿Aquí qué se vende? No hacía más que preguntarme eso. El libro era lo que se vendía, supongo.

En fin, parezco una carga, y puede que lo sea. En realidad fue una velada fantástica. Me encantó ver a gente con la que había perdido el contacto. Estaba hasta Ann Carter, que llevaba bastón y cruzaba los dedos para que nadie se diera cuenta. Supongo que todos nos hemos hecho mayores. De eso iba el numerito, ¿no? Unas reliquias históricas vivientes.

Ya no sé si estaría dispuesta a morir por nada que no sean mis hijos. Pero en su día sí lo estuve, todos nosotros lo estábamos; y esa noche en Nueva York, reunidos en aquella fiesta, parecía que fuéramos los mismos de hacía décadas. Recuerdo que le pregunté a Fred, en el taxi de vuelta al hotel, cuando ya íbamos los dos ebrios y eufóricos: «Fred, ¿por qué perdimos el contacto con toda esta gente? Éramos tan amigos. ¿Por qué ya no quedamos nunca con Dennis? ¿Qué pasó? Éramos todos inseparables».

Y Fred dijo: «Ya sabes. El tiempo. La gente se distancia». Pero, claro, era algo más aparte del tiempo, era ese maldito libro de Dennis. A Fred y a mí nos hizo mucho daño. A mucha gente le hizo daño. Resultaba difícil no sentir que Dennis nos había utilizado para dar un paso más en su carrera. Pero ¿quién no tiene a sus espaldas la carga de algo que lamenta? Y en general la velada había estado bien.

El único pero fue la estudiante de doctorado de Fred, Amanda. Fred asegura que me había dicho que iba a ir, pero estoy convencida de que me habría acordado. No sé si Fred tenía un lío o no con ella, pero ni por un instante se me pasó por la cabeza que su interés por esa chica fuese meramente académico. Yo creo que se la había presentado a Dennis para fardar, y le salió el tiro por la culata porque ella no se separó de Dennis en toda la noche. Era joven y atractiva, y atenta,

bien lo sabe Dios, pero cualquiera que no fuera por la vida pensando solo con el pene veía a la legua que esa chica no regía bien. Trastornada es lo que estaba. Y a las hijas de Dennis no les convenía vivir con alguien así.

Edith (1997)

Sale Dennis: enorme, sin barba, joven, en blanco y negro. Guapo. Y todo ese rollo de chico malo (no en vano, la foto es de una ficha policial). Tiene pinta de pensar que se las sabe todas, como si tuviera las de ganar hasta con la poli.

Busco a Mae con la mirada, y ella no le quita ojo a la foto. Cada vez que la miro, es como si la foto le succionara los ojos. Y a Amanda también. Da escalofríos.

—Para ya —le digo a Mae.

Le tiro de la manga, pero ni caso. Veo fugazmente la expresión que le cruza la cara, es algo repugnante. No sé describirla, pero me mareo solo de pensarlo. Miro a Amanda, a ver si se ha percatado. A lo mejor son paranoias mías. Puede que no fuera buena idea fumarme una pipa con Charlie antes de venir aquí, pero me invitó y no supe decir que no. Hemos estado toda la tarde lijando cucharas de madera en su apartamento. Dijo que se pasaría por la galería, pero no ha venido. Quizá lo dijera por pura cortesía. Cuanto más miro a Mae, peor me siento. Desvío la vista. Dennis escupe huesos de aceituna en una servilleta de papel. Amanda no le quita ojo, como un perro.

Rodea a Mae un corro de mujeres. Se han dado cuenta de que es hija de Marianne. Le tocan la cara y el pelo, y ella sonríe y les deja hacer. En mí no se fijan. Doy un paso atrás y luego otro: soy invisible. Voy caminando de espaldas hasta que me topo con una mujer de esmoquin que lleva una bandeja de copas de champán; le acepto una. Las burbujas me hacen cosquillas en la garganta; entonces, voy a coger otra, pero ella me aparta.

—Vas a conseguir que me despidan —dice entre dientes, y sale disparada de allí.

Suelto un pequeño eructo. Las voces rebotan en los suelos de cemento y en las vigas del techo. El ventanal que da a la calle se ha llenado de vaho. Pongo la mano encima y miro la huella que deja: parece un pavo.

Me doy la vuelta y encaro la fiesta. Un grupo de mujeres se me queda mirando, con cara de lo que se diría buenas intenciones. Me preguntan por mamá, y yo les digo que Dennis la tiene encerrada en un psiquiátrico. Eso pone un fin abrupto a la conversación, y ahora se abrazan a Dennis y me miran con cara de pena.

Que se jodan todas ellas. Mira que dar una fiesta y llamarse héroes unos a otros por algo que hicieron hace millones de años. ¿Qué cosas heroicas han hecho últimamente? ¿Acaso reciclan? ¿O es que han adoptado una puta ballena?

Escribo en el ventanal empañado: «Hijas de la gran puta». Me doy la vuelta para ver si lo han leído, pero ahora están mirando hacia el otro lado. Busco a Mae, pero la gente me la tapa.

No me hace ni caso desde lo del cementerio. Anoche lo pasé tan mal que le tuve que dar la mano y me eché a llorar. No la apartó, pero me di cuenta de que en realidad no era su mano. Se había separado de ella. Como cuando éramos pequeñas, que nos agarrábamos de las mangas la una a la otra y nos salíamos de la camisa. Su mano era una cosa flácida que yo agarraba, pero ella no estaba *dentro* y aquello no *significaba* nada. Se había cerrado en banda y para ella yo no

existía, ya está. Y ahora sigo sin existir.

Noto cómo el pánico me nace en el pecho. No. Aprieto con las manos. No tenía que haber fumado. Ha sido un error. Se me está yendo la cabeza. No sé si Charlie también se siente así. Me apoyo en el cristal, pero así solo consigo empeorarlo.

Entonces veo a un hombre en el otro extremo de la sala que no deja de mirarme. Un lobo con el colmillo retorcido.

«DEPRAVADO», escribo en el ventanal.

Por la letra O veo a la gente ahí en la acera, que no para de pasar, o parada fumando. Se detiene un taxi. Bajan una mujer gorda y una señora mayor. La señora mayor es muy bajita y tiene un copete de pelo blanco, como un duende de juguete. Se apoya en la señora gorda y viene cojeando hasta la puerta. Le hacen una foto desde la acera, con *flash*. Los que fuman se la quedan mirando, como si fuese alguien importante. Ella no se fija en ellos, sigue con su precario paso hasta la puerta.

Entonces, de repente, se para, levanta la vista y la fija en el ventanal. Cruzamos una mirada y ella sonrío.

Es la primera vez en toda la noche que alguien me ha visto de verdad. Me apresuro a borrar con la manga las palabras que he escrito y retrocedo para esconderme detrás de los cristales empañados.

Mae

Quizá por eso me hice fotógrafa: por ese poder que tiene una imagen bidimensional, que hace que sientas algo en lo más hondo. Yo miraba los ojos de mi padre en blanco y negro y sentía que lo entendía en su fuero interno, como si nunca hubiera visto a nadie con tanta bondad dentro. Y luego lo miraba a él tal como estaba en la fiesta —mayor—, y había algo que no podía quitarme de la cabeza: y era pensar que mi madre se había comido la naranja y me había dado a mí la cáscara. Me di cuenta de que Amanda también miraba la foto. Y no sé si sentiría lo mismo que yo.

Janet

A mí la fiesta aquella me avivó las heridas. Esa noche me la pasé en blanco, insomne por la menopausia, reviviendo viejos desplantes. Dennis y aquel libro horrible. «Claudine», ese muermo de mujer, tristonra y pegajosa. «Torpe y bruta», así me definió. Y cómo me insultó luego cuando le planté cara, diciéndome que eran imaginaciones mías, vamos, que no merecía la pena gastar tinta conmigo.

«Todos los personajes eran amalgamas de rasgos inventados», me dijo, y hasta tuvo el cuajo de ofrecerse a firmarme el ejemplar. Vale. Amalgamas. Entonces, ¿cómo es que mi exmarido me reconoció ahí y me siguió por toda la casa, citando las partes del libro que hablaban de mí?!

Me acosté con Dennis y me gustaba, y yo intenté gustarle a él. ¿Tanta pena doy por eso? No. Lo que da pena, pero pena de verdad, es mi mal gusto con los hombres. Si mi padre no hubiera sido un gilipollas de pies a cabeza, quizá yo habría visto a tiempo que Dennis no era trigo limpio. No creo que fuera capaz de amar. La verdad es que no. ¿A santo de qué, si no, casarse con una niña en vez de con una persona ya hecha? Es enfermizo. Esa niña nos seguía a todas partes en casa de Jackson. Hasta cuando yo lo convencía para que saliéramos al monte y así librarnos de ella, nos seguía con sus eternas preguntas y esa manía que tenía de hacerme trenzas en el pelo.

Oí que él le escribía cartas, como para prepararla. Vale, pero ¿cómo salió la cosa? Pues no muy bien, según tengo entendido.

Conversación telefónica entre Edith y Markus

MARKUS: ¿Dónde estás, que no te oigo?

EDITH: En una fiesta.

MARKUS: ¿Y no quieres llamarme más tarde?

EDITH: No. Si te he llamado ahora es porque quiero llamarte ahora, como es lógico.

MARKUS: Vale...

EDITH: ¿Me echas de menos?

MARKUS: Claro.

EDITH: ¿Qué es lo que echas de menos de mí?

MARKUS: No sé.

EDITH: ¿Te acuerdas de lo que me dijiste cuando follamos en el sofá de la buhardilla? Eso de que...

MARKUS: Edie, mis padres están en casa.

EDITH: ¿Y qué?

MARKUS: Pues que no quiero hablar de eso ahora.

EDITH: Vale. Si tus padres están en casa, aprovecha para preguntarles si Mae y yo nos podemos quedar contigo una temporada.

MARKUS: Acerca de eso...

EDITH: ¿Cómo que «acerca de eso»? ¿Qué pasa, lo has sacado de alguna película?

MARKUS: Aquí no podéis quedaros. No podéis y punto.

EDITH: ¿Porque tú no quieres?

MARKUS: Porque no se puede, no hay más.

EDITH: Si es porque estás saliendo con otra, ni me importa.

MARKUS: ¿No estás en una fiesta? ¿No tienes que volver con la gente?

EDITH: Eres igualito que Mae. No sé qué os pasa. Eres una persona fría. No tienes ni idea de lo que es querer a alguien, preocuparte por otro que no seas tú. Como ya no me tienes delante y no te chupo la polla, pues como si no existiera.

MARKUS: Lo que tú digas, Edie. Me la has chupado en total, ¿cuántas, dos veces?, y ni siquiera me he corrido.

EDITH: Eres un cobarde y un mentiroso y un mal amigo.

MARKUS: ¿Mal amigo? No doy crédito a lo que oigo. Siempre tú, tú, tú. Que si te hace falta esto o lo otro. Déjame que te recuerde que fuiste tú la que me dejó a mí, ¿qué querías que hiciera, que siguiera como si no lo hubieras hecho?... ¿Hola? ¿Hola?...

Tillie Holloway

Me cambió la vida cuando me dieron el papel de Casandra en *Las hogueras de antaño*. Por aquel entonces estaba casada con mi agente. Éramos muy ricos, y yo, tremendamente infeliz. Ya se encargaba mi marido de que me dieran un papel pequeño detrás de otro; pero cuando llegó algo que tenía miga, entonces se cerró en banda. No quería que saltara a la palestra, me quería en casa, con la pata quebrada. Se puso furioso cuando acepté el papel y la productora me llevó en avión con todo el plantel, a pasar el fin de semana en Nueva Orleans. Iban a rodar la película en un plató, pero querían que nos empapáramos todos del color local. Prepararon una comida bastante alcohólica en uno de los restaurantes de más solera y pedigrí del Barrio Francés, con Dennis Lomack y Marianne.

Me pasaba el día rodeada de actores y seductores profesionales, aunque era todo de mentira. Menos Marianne y Dennis, que eran auténticos. Sobre todo Marianne. Tenía... magnetismo. ¿Sería la voz? Tenía una voz fantástica, grave y profunda. Te daban ganas de arrimarte a ella.

Recuerdo que Dennis se comportaba como si nos hubiera recibido en audiencia. Le contaba a todo el mundo la misma historia: cómo hacían la sopa de tortuga en aquel restaurante; en teoría, la guisaban en una cazuela del mismísimo Napoleón, puesta al fuego durante siglos. Yo lo escuchaba, pero tenía los ojos fijos en Marianne, no podía apartar la vista de ella. No sé si lo hacía de forma consciente, pero el caso es que estaba imitándola: la postura, cómo abría la boca, todo. En aquel momento quería a toda costa ser ella. Nuestras miradas se encontraron y solo cuando me pilló me di cuenta de lo que estaba haciendo. Me dio mucha vergüenza, pero Marianne fue muy cariñosa: me cogió la mano y se la llevó a la mejilla.

—A veces cuesta —dijo— saber dónde acaba una y empiezan los otros. Tú eres actriz, así que lo entiendes —y le dije que sí, que lo entendía.

Su marido propuso un brindis y ella se levantó, y entonces fue cuando me percaté de lo avanzado de su estado. En el brindis, Dennis dio las gracias a la productora y al director, dijo que tenían su bendición para coger el libro y hacerlo trizas o confeti, o lo que fuera que tuvieran planeado hacer. Y nos echamos a reír, borrachos como estábamos ya todos.

Sacaron muchos más platos durante todo lo que se prolongó la comida. Yo estaba tan absorta en Marianne que no tenía conciencia de nadie más. Hablaba y te contagiaba lo que decía, te metía en su mundo. Yo solo sabía hablar así si me lo escribían. Me contó cosas de la infancia, de cómo se había criado en Luisiana, paseando sin rumbo fijo por los pantanos y viendo pintar a su padre. Se le había muerto la madre al poco de nacer ella, así que tenía una relación muy estrecha con él. Recuerdo que era enternecedor ver cómo hablaba de su padre, y la forma que tenía de hablarle a su marido. Parecía que se llevaban muy bien. Entre mi marido y yo ya no había sexo, era insoportable, y recuerdo que Dennis no le quitaba las manos de encima a Marianne y yo pensaba que el matrimonio tenía que ser así. En resumidas cuentas, que me tenía fascinada, y me hizo mucha ilusión cuando me dijo que estaría encantada de que pasáramos el fin de semana juntas. Hasta prometió llevarme a la casa en la que se había criado.

Pero a la mañana siguiente, cuando me presenté en su casa como habíamos quedado y llamé al timbre, no salió nadie. Sabía que estaba en casa. La vi a través del cristal esmerilado, una figura abultada por el embarazo que desapareció al subir las escaleras. Qué cosa tan rara. Volví a llamar, me senté en el porche y estuve esperando. Me levantaba cada cierto tiempo y llamaba, por si acaso no me había oído y se debía todo a una confusión.

¡Qué tenacidad la mía! Pero es que no sabía qué otra cosa podía hacer, porque el papel era importante. «Tenía la mesa puesta, y la fama en el plato, y se me estaba enfriando», por citar el libro.

Al final, Dennis Lomack aparcó delante de la casa. Yo quería saber si la había ofendido, porque la noche anterior se la veía con ganas de ayudarme.

—No es una persona de la que te puedas fiar —dijo Dennis. En el mundo en el que yo me muevo, que digan eso de ti te machaca, pero creo que intentaba ser objetivo. Vio el disgusto que tenía, y me dijo que, de todas formas, el papel no tenía nada que ver con su mujer; que ella era muy pequeña cuando había pasado lo que contaba el libro. Lo que habían hecho los guionistas era meter todos los personajes femeninos en el de Casandra—. Tú haz el papel como a ti te parezca —dijo. Y al final, eso me liberó y saqué más de mí para aportarlo al personaje.

En muchos aspectos la película es una tontería, producto de la época, y queda muy lejos de ser un clásico. Pero gracias a ella acabé aprendiendo mucho de aquel movimiento por los derechos civiles. Después de asomarme al mundo que vivieron aquellos hombres y mujeres tan valientes, a su lucha por la justicia social, ¿cómo iba a volver a mi vida de siempre, llena de privilegios y sandeces? Me era imposible. Tomé a Ann Carter y a otras como modelo. La casa que me tocó en el acuerdo de divorcio, que era enorme, la abrí a chicas que no tenían dónde vivir. Algunas habían pasado un infierno en vida. Formamos un ejército en miniatura en las colinas de Hollywood. Y con la ayuda de Edie, años más tarde, convertí el proyecto en fundación, y abrimos casas parecidas por todo el estado.

Edith (1997)

—Me encantaría pintarte.

El Depravado me tiene entre la espada y la pared. No comprendo cómo lo ha hecho, pero estoy arrinconada. Sigo hecha una furia por lo de Markus. Vaya mierda. Una puta mierda. Yo iba en busca de Mae, pero se me escurrió. Y ahora el brazo del Depravado me impide el paso. Noto sus dedos en el pelo.

—A lo mejor podrías posar para mí un día. Pinto cabezas de mujeres en cuerpos de animales.

—Anda, Xander, déjala, que es la hija de Dennis —la mujer que está a su lado ha acudido a rescatarme—. Dennis —exclama para que la oiga la gente—: Xander quiere que tu hija pose para él. Xander ha descubierto a tu hija. ¡El borracho de mi marido es un auténtico Vasco da Gama!

Aparece Dennis a mi lado, y Amanda, pegada a sus talones. Él tiene los labios grasientos, de los entremeses. Besa a la mujer en la mejilla y le deja una mancha reluciente con la boca babosa, un punto en la cara de la mujer que Amanda no para de mirar.

—¿Mi hija? ¿Descubierta? ¿Mi ángel en su pedestal? ¿Mi continente ilimitado? ¿Descubierto?

La mujer echa hacia atrás la cabeza, enseña las muelas cariadas y suelta una especie de rebuzno.

—A tu padre —dice, y para no caerse apoya una mano en el hombro de Dennis— se le han dado siempre muy bien las palabras —y empieza a hablarme de los viejos tiempos en Luisiana. Amanda se acerca más a Dennis.

Y entonces, una mujer rubia entra en la sala con paso decidido. La conozco. ¿No era amiga de mamá? Parece una muñeca, por lo pequeña que es y la precisión de sus rasgos.

Se me quedan todos mirando como si hubiera dicho algo.

—¿Qué pasa? —digo.

Vuelven a soltar una risa fea y demente.

Sorteo al Depravado y voy hasta donde está la mujer que acaba de entrar. ¿De qué la conozco? La sigue un grupo de chicas, y eso le da un aire de monja o maestra de escuela. Pero es demasiado guapa para ser cualquiera de las dos cosas. Las chicas tienen un aspecto asilvestrado. Llevan ropa muy bonita, pero demasiado nueva, como si no fuera suya en realidad. La siguen por toda la sala, en comandita. ¿Quién es? El flautista de Hamelín. ¿No podría seguirla yo también?

—¿Conoce usted a mi madre? —le pregunto.

—¿El qué, cariño? ¿Quién es tu madre?

Me siento como aquella vez, de pequeña, en que mamá se olvidó de mí y me dejó sola en el colmado.

Hay como un destello en los rasgos de la mujer. Le hace señas a alguien que tengo a mis espaldas. El amigo de Dennis da la mano a las chicas: algunas están tan cohibidas que no se atreven ni a mirarlo a los ojos.

Jo, esta mujer va a pensar que soy una verdadera imbécil, porque claro que no la conozco de nada. Lo que pasa es que es la actriz que salió en aquella película de los ochenta basada en un

libro de Dennis.

—Perdóneme —digo—. Es que la he confundido con otra persona.

Oigo las risitas que sueltan algunas chicas, detrás de mí. La actriz sonrío y me aprieta el hombro; luego me mira fijamente, toda orgullosa de lo bien que se le da eso de mirar a la gente a los ojos. Pues que le den por culo a ella también. Noto cada vez más presión, y se me acumula en el cerebro. Pienso en mi madre: en la cara morada, el pelo enmarañado, los pies que se agitan a unos centímetros del suelo. En el charco amarillo en el linóleo.

Dennis tira de mí para apartarme. Me hace daño en las muñecas.

—Me estás haciendo daño.

No oigo lo que digo, pero noto que muevo la boca. Me zumban los oídos. La gente se vuelve para mirarnos. No podría cambiar la situación aunque quisiera: ya lo veo venir, y Mae mira para otro lado; ya no me mirará a los ojos nunca más.

Y entonces, la negrura se apodera de mí.

Mae

Menudo susto pasamos con el ataque que le dio a Edie. Qué vergüenza. Le temblaba todo el cuerpo. Y la voz se le volvió un graznido espantoso. Se le saltaban los ojos, como si algo le hiciera presión por dentro, y parecía que se le iban a salir de la cara. Antes, lo que hacía era ponerle un apósito con guisantes congelados y tratar de calmarla, pero esa vez no di un paso al frente.

Papá hacía lo que podía para sujetarla, porque ella no paraba de dar patadas y manotazos, y la actriz Tillie Holloway y sus chicas la levantaron y la llevaron en volandas al ropero.

Mi hermana llevaba semanas acumulando mala energía, y yo quería que se le pasara de una vez. Quería que volviera a Metairie, que se fuera y nos dejara en paz. Me horroriza reconocer lo fría que fui, pero es que deseaba más que nada en el mundo empezar una nueva vida con papá, sin que se metieran por medio ni Edie ni Amanda.

¡Y mi deseo se cumplió! No hizo falta más que una palabra mía delante de los amigos de papá para que Amanda se largara también. No esperaba que fuera a ser tan fácil. Debía de estar buscando una excusa para deshacerse de ella. Recuerdo que vi por el ventanal de la galería cómo metía a Amanda en un taxi, y recuerdo que pensé: la vida, la de verdad, está a punto de empezar.

Amanda

Pues claro que me chocó, sobre todo teniendo en cuenta que todo iba viento en popa y nos lo estábamos pasando la mar de bien. Mae cometió un error al meterse, eso no benefició a nadie. Me parece que la mujer de mi director de tesis también acabó malmetiendo. A saber lo que le dijo a Dennis; y él estaba tan vulnerable que es normal que la creyera. No me habría parecido tan normal si las cosas hubieran acabado de manera distinta entre nosotros, pero el hecho de que me fuera reforzó la relación que teníamos, porque tuve ocasión de demostrar cuánto me importaba.

Edith (1997)

No cabe un alma en el lugar. Todo son caras y abrigos.

—Toma, un poco de agua fría; te hará bien.

La anciana que vi antes a través de la cristalera lleva el vaso a mis labios con un temblor del pulso. Le sujeto la mano para que no se derrame y me quedo mirando el copete de pelo blanco que tiene. La actriz y las chicas salen en fila del cuarto.

—¿Te da vergüenza? —pregunta la anciana cuando ya se han ido.

¿De qué? Huy: me estoy poniendo de los nervios otra vez. Hago por incorporarme, pero no puedo ponerme derecha.

—Que no te dé vergüenza. Mírame —le miro los pies. Ni siquiera le llegan al suelo. Me sostiene la barbilla entre sus manos suaves.

—La vergüenza no sirve de nada si no es un acicate para hacer mejor las cosas. Y eso no suele ocurrir. Lo que hace es chuparte la energía. Bebe.

Yo bebo.

—Debes de estar deshidratada con tanta lágrima —dice.

Me arden las mejillas al contacto con sus manos frías.

—¿Tú sabes quién soy?

No lo sé.

—Soy Ann. Me fijé en ti antes, vi que escribías guarrerías en el cristal.

Intento decir algo, pero ella no me deja.

—Eras tú, Edith. ¡No me mientas! Nadie te va a regañar. Me recordó una cosa que dijo tu abuelo hace muchos años.

—¿Conoció usted a mi abuelo?

—Pues claro. Era muy amigo mío. Un amigo de verdad. Y me contó lo que tenía pensado hacer con todos los políticos, grupos de presión, periodistas que no le estaban haciendo ni caso, no le devolvían las llamadas ni leían sus cartas. Decidió aparecérselos escribiendo mensajes en el vaho del espejo de sus cuartos de baño. Todos se verían obligados a prestarle atención, o a bañarse con agua fría si no. Hacía mucho tiempo que no pensaba en eso.

Se ríe ella sola de su propia gracia y hay algo en ella que me resulta familiar.

—Yo no llegué a conocerlo.

—Ya lo sé —dijo—. Porque murió muy joven. ¿Te encuentras mejor? Ya tienes algo de color en la cara. Cuesta tener valor, pero ser cobarde cuesta más todavía. Tú confía en mí. Ven: apoya la cabeza en mi regazo, que te voy a contar una historia. Cierra los ojos.

Mientras habla, me acaricia las sienes. Me gusta esa sensación de que alguien me toque. Después de la que he liado en la galería, me siento como vaciada por dentro, y ahora me van colmando sus palabras...

—Cuando era un poco más mayor que tú, no mucho, me fui de casa. Me pasaba como a ti, que tenía éxito con los chicos. Yo no era tan bonita como tú, pero sí lo suficiente. Me presentaron en

sociedad y todo eso. Hubo una fiesta para la ocasión en la sala de baile de un hotel, todo un acontecimiento. Mis padres no se opusieron a que fuera a la universidad, pero esperaban que volviera, me casara y me pasara la vida jugando al *bridge*; como mucho, que me apuntara a algún club de horticultura. Pero yo cogí y me fui a Luisiana. Me decía a mí misma: «Aquí solo estoy de paso», aunque ya había puesto un pie en la redacción del periódico, donde me coloqué de estenógrafa.

»Cuando creces rodeada de tantas injusticias, luego te pasan desapercibidas aunque no quieras. Fue tu abuelo quien hizo que las viera, porque yo nunca habría podido poner nombre a todos los sentimientos evanescentes que tenía dentro.

»Por ejemplo, en el periódico, cuando había que pasar a máquina el parte de incidencias de la policía, tenían por costumbre, si la persona era blanca, colocarle el «señor» o «señora» delante. Y si era negra, solo el nombre, sin tratamiento alguno.

—Eso es una locura —digo yo. ¿Cómo es que yo no sabía esas cosas?

—Pues sí que lo era. Pero al principio no le di demasiada importancia. Parecía una norma gramatical arbitraria como cualquier otra. Fue cuando conocí a tu abuelo cuando empezaron a llover las erratas.

»O, por ejemplo, si estaba comiendo con las otras estenógrafas en la cafetería que daba al edificio de los juzgados, entre risas y bromas, y veía de repente las palabras «Igualdad, libertad, fraternidad» grabadas encima de la puerta, no podía explicar por qué pero se me iban las ganas de comer. No es que pensara ya entonces, de manera consciente, que esas palabras eran una sarta de mentiras. Me crié con la idea implícita de que una vida blanca valía más que una vida negra. Daba por sentado que a un blanco que entrara en ese edificio por matar a un negro le caerían solo dos meses entre rejas; mientras que acabaría en la silla eléctrica, sin ningún género de duda, si la víctima era blanca. O que tampoco a un negro le caería mucho más de un año por matar a otro negro; pero que, como se le ocurriese mirar de manera inapropiada a una mujer blanca, ya se podía ir olvidando. No eran diferencias en las que yo pensara de forma consciente, porque toda la vida me habían estado condicionando el cerebro para hacer la vista gorda, pero ahora veía la injusticia por primera vez.

Me asusta que diga eso. ¿Cómo es posible no darte cuenta de algo que tienes justo delante?

—Abrí los ojos poco a poco. No fue de la noche a la mañana, aunque quizá les diera esa sensación a los demás, porque un día no fui capaz de levantarme de la cama. Me tapé la cabeza con la sábana y estuve así horas, igual que un cadáver. Y la verdad es que, en el fondo, una parte de mí había muerto. Me quedé allí tumbada pensando: ¿y ahora qué?, ¿qué se supone que tengo que hacer en este preciso instante? Tu abuelo vino a ver qué me pasaba, ante la atenta mirada de la casera, que lo observaba todo desde la puerta. A él le había sucedido algo parecido hacía poco. Es como una iniciación para todos los blancos sureños: o abres los ojos y te enfrentas a las consecuencias, que hay que decir que es un proceso que no acaba nunca, o los cierras, y eso es más práctico, pero infinitamente más difícil también.

¿Habrá rito de iniciación para mí? A saber. Pienso en esa vaga sensación de que todo está mal y de vergüenza ajena que late en todo. No, no quiero pensarlo. Prefiero concentrarme en la historia de la anciana.

—Tu abuelo me convenció para que saliera y me llevó a una fiesta. Allí conocí a Lydia van Horn. ¿No te ha hablado de ella tu madre?

Con los ojos cerrados, digo que no con la cabeza.

—De no haber salido de casa de mis padres no habría conocido a una persona como Lydia. Era

blanca, pero pobre. Trabajaba de costurera y vivía con la familia de su hermana en la otra punta de la ciudad. Tenía la cara jovial y regordeta, pero ya peinaba canas, pese a ser todavía joven, y era muy dulce. Muy atenta conmigo. Jamás me sentí juzgada, por mucho que fuese haciendo descubrimientos a trompicones delante de ella. Pero tu abuelo no la soportaba. Una de nuestras primeras discusiones fue por ella. Me hacía tanta ilusión tener una amiga que no me importaba pasar por alto las cosas que no encajaban. Tu abuelo creía que esa forma de llenar a toda prisa el vacío de mi soledad era un error por mi parte.

Abro los ojos y la miro.

—¿Por qué?

—Porque, por muy mal que se pase, es un paso necesario que tiene que dar una persona cuando se abre al mundo.

¿Ah, sí? Parece, más bien, como no dar de comer al hambriento. Se remueve en el asiento, debajo de mi cabeza, y sigue hablando.

—Lydia solía venir al cuarto que yo tenía alquilado, y nos sentábamos en la cama a tomar té o copitas de jerez. Nunca se quitaba los zapatos; yo creo que los tenía llenos de agujeros. Tampoco cosía tan bien. Se había criado en el campo, y a veces le pedía que me hablara de eso. O le hablaba yo de mi familia. Y muchas veces no hablábamos. Nos gustaba estar juntas, jugábamos a las cartas; hasta que salía corriendo porque tenía que coger el tranvía para volver a casa de su hermana.

»¿Has oído hablar de Willie McGee?

Encojo los hombros.

—Me suena.

—Ahora ya sale en los libros de historia. Era un hombre de color de Laurel, Misisipi, contra el que levantaron acusaciones infundadas de violación, y al que condenaron a muerte. Digo lo de «hombre» por decir algo, porque era poco mayor que tú. Fue un linchamiento, no hay otra palabra, solo que para ello recurrieron a la justicia. Se hacían cosas horrendas para proteger la virtud de la mujer blanca sureña. Así que, en cuanto mujer blanca sureña, cuando me enteré de lo de Willie McGee sentí una implicación personal en el caso.

»En el trabajo, los hombres hacían bromas sobre el juicio, como si no tuviera importancia: el periódico ni se dignaba a cubrir la noticia. Cuando quise decir algo, se rieron de mí; pero, lejos de sentir vergüenza, hervía por dentro de ira. Y mientras estaba sentada en mi cuarto viendo cómo Lydia zurcía calcetines, esa ira se transformó en acción.

»—Lydia. Hay que protestar contra la ejecución —dije. Y me ayudó a reunir a unas cuantas mujeres para ir juntas a Laurel, y tu abuelo y otros pocos como él arrimaron el hombro para pagarnos el billete.

»Estuvimos horas enteras montadas en el autobús, pero el tiempo pasaba volando. Me sentía en estrecha relación con aquellas mujeres, como no lo había estado antes. Creíamos que, dado que lo que se buscaba era la protección de las mujeres blancas del sur, cuando llegáramos allí y les dijéramos que no nos hacía falta semejante protección, nos escucharían. Parece raro, lo sé, que con veintitrés años pudiera ser tan ingenua.

Intento imaginármela de joven, pero no puedo. Veo una cara en blanco.

—Fuimos caminando directamente desde la estación de autobuses a la prisión, cantando «No en nuestro nombre», con pancartas que habíamos pintado la noche anterior, porque apenas dormimos. La gente se paraba y se nos quedaba mirando, y nos insultaban a voz en grito. Un periodista hasta nos sacó fotos, como si fuéramos los cerdos de algún granjero que se hubieran soltado y entraran a

gruñido limpio en el edificio de los juzgados.

Sofoco una risa, pero ella sigue contando.

—Lydia estaba con nosotras, pancarta en mano, y se nos unía en los cánticos. No era tan lista como alguna de las otras chicas, y no se hacía oír tanto, pero recuerdo que pensé en lo afortunada que era yo al tenerla de mi parte, por lo fiable que parecía. A las mujeres del sur se nos enseña a ser tímidas en sociedad. Eso de ir haciendo frente a hombres trajeados o en uniforme de la policía y ponernos a gritarles no nos salía solo. Pero era emocionante oír nuestras voces: alzadas al unísono, por muy torpes que fueran nuestros cánticos. Quisimos que se nos unieran las amas de casa que habían salido a hacer la compra, pero, claro, ninguna de ellas dio un paso al frente.

»Al final, el *sheriff* nos arrestó por escándalo público y nos metió a seis en una misma celda. Eso fue duro para nosotras, porque nos habían educado para pensar que un arresto era algo vergonzoso. Las casadas, sobre todo, se arrepentían de haber ido. Pero la cara de Lydia seguía impassible. Las otras no hacían más que discutir y llorar, y ella seguía como si tal cosa, apoyada en la pared, sin abrir la boca. Recuerdo que me acerqué a ella y la abracé, creía que lo estaba pasando mal. Tuve una sensación incómoda, como el que abraza un buzón. Me di cuenta de que no la había abrazado nunca antes.

Abro los ojos y miro a la anciana a la cara. Su piel tiene un aspecto de lo más suave. Ha dejado la mirada perdida en un punto en el vacío, como una invidente. Seguro que a ella también le hicieron una foto para la ficha policial, puede que muchas, tantas que daría para montar otra exposición.

—El *sheriff* nos tuvo encerradas apenas unas horas, para darnos una lección, por lo malas chicas que habíamos sido. Luego nos escoltó de vuelta a la estación. En el autobús que nos traía a casa algunas mujeres nos preguntaban qué habíamos logrado, aparte de padecer aquella humillación. Porque a Willie McGee no lo salvamos de la silla eléctrica. Pero yo sostuve que habíamos sacado a la superficie la verdad del caso, y a saber las reacciones en cadena que podía traer eso.

»Al poco de volver, tu abuelo me presentó a su amigo Carl, con quien me casé. Ya no me hacía tanta falta Lydia. Nos distanciamos y llegó un momento en que dejó de venir por mi cuarto. Carl y yo nos mudamos a Tennessee, por su trabajo, y no volví a ver a Lydia hasta muchos años más tarde, en el juicio a tu abuelo.

El juicio. El juicio del que mamá no nos habla nunca.

—Cuando el fiscal la llamó a declarar, no la reconocí. Se había teñido el pelo de negro, o a lo mejor ese era su verdadero color. Tenía una actitud diferente. No llevaba gafas. Dijo unas cosas horribles, muy feas, y las dijo mirándonos a los ojos, sin pestañear. Ni siquiera se llamaba Lydia van Horn.

»Intenté entender por qué nos había traicionado. Hubo quien dijo que fue por dinero, porque estaba endeudada, y resultó que tenía que cuidar de un hijo enfermo, pero fue tan cruel en el juicio que yo creo que tuvo que ser por pura ideología. Y eso lo estoy suponiendo, porque en realidad no llegué a conocerla nunca. Me había estado devolviendo mi propia imagen y yo estaba tan enfrascada en todo ello que ni me di cuenta.

»Acusaron a tu abuelo de sedición, de provocar disturbios y de comunista, porque había comprado casas a su nombre en barrios blancos y luego había puesto las escrituras a nombre de familias negras. El jurado no habría sabido distinguir comunismo de reumatismo ni queriendo. Menuda manera de meterle a la gente el miedo en el cuerpo, y todo encabezado por mi Lydia, el topo del FBI.

Mamá nunca me contó nada de esto.

—A los tres meses de juicio, el corazón de tu abuelo no pudo soportarlo más. Fue demasiado para él.

—¿Así murió? —pregunto.

—Sí. Era muy sensible, pero también era firme en sus ideas. Podía haber escapado. Ya sabes que tu padre se ofreció a llevarlo a Canadá con tu madre para que se establecieran allí, pero Jackson no quiso ni oír hablar de ello. Dijo que había derramado sangre y sudor en aquel pueblo, y que solo saldría de allí con los pies por delante. Y así fue.

—¿Por culpa de Lydia?

—Yo creo que, en parte, sí.

—¿Qué fue de ella?

—Hace unos años decidí escribirle una carta. No sé si le hacía falta mi perdón, pero a mí sí que me hacía falta dárselo. Me costó lo mío escribirle, así que imagínate cómo me sentí cuando me devolvieron el sobre, sin abrir.

—¿Se lo devolvió ella?

—Murió.

La mujer deja de hablar y me mira a la cara. Yo no la habría perdonado.

—¿Usted cree que mi abuelo tendría que haber escapado? —si hubiera escapado, a lo mejor ahora seguiría vivo, y puede que mamá no estuviera en el hospital.

—No —encoge los hombros—. En la vida, la mayor parte de las veces no existe el «tendría que». Se hace lo que se puede.

Me incorporo, y rozo, al sentarme, el abrigo mojado de alguien.

—Mira —me dice—: tienes muchos motivos para estar enfadada, y todo el derecho, no cabe duda. Pero la ira te chupa energía. Sientes ira porque te sientes indefensa. Pero no estás indefensa. ¿Tú qué es lo que quieres?

—A mi madre —digo—. Quiero irme a casa.

—Pues vete —dice—. Esta misma noche si es lo que tienes que hacer. Pásame el bolso.

Le alcanzo el bolso de cuero con flecos que tiene a los pies.

—Toma —vacía el contenido del monedero sin pararse a contarlo—. Coge dinero para el billete de autobús.

Me sorprende. Mete un montón de billetes entre mis manos y me aprieta los dedos para que los acepte.

—Vete. Dile a tu madre..., dale recuerdos de mi parte. Me dijeron que había vuelto al hospital. Si mi hija estuviera mejor, haría lo posible por ir a visitarla. De hecho, tengo que volver con Franny. Ayúdame a levantarme. Gracias.

Sale cojeando del ropero. La puerta se cierra a sus espaldas.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 5

Observaciones del psiquiatra de Marianne McLean

Fecha: 14 de abril de 1997

DATOS DE LA PACIENTE:

Nombre: Marianne Louise McLean

Raza: Caucásica

Género: Femenino

Edad: 45 años

Altura: 1,67

Peso: 47 kilos

Color de pelo: Negro

Color de ojos: Grises.

Descripción física: Dedos largos y elegantes. Movimientos felinos

Estado civil: Divorciada

Profesión: Poeta (?) / madre / ninguna

DOLENCIA PRINCIPAL:

Se derivó a la paciente del hospital Chalmers, donde ingresó por tentativa de suicidio (por asfixia). La paciente no está estable. Se encuentra internada de manera indefinida a petición de Doreen Williams, representante legal suya.

HISTORIAL:

Se internó a la paciente con anterioridad, hace doce años. Presentaba un cuadro depresivo posparto severo, y presunto brote psicótico. Diagnóstico apunta a trastorno bipolar o trastorno límite de la personalidad, por los picos disociativos, las alteraciones de identidad, no tener claro lo que siente por el exmarido y los estados depresivos e hipomaniacos.

Muerte del padre = trauma formativo. Su padre era un «santo», un «héroe», el «único paladín» que tuvo. En resumidas cuentas, una vaca sagrada que la paciente no analiza de buen grado ni es capaz de relativizar. La más mínima indagación por parte del terapeuta topa con una hostilidad desproporcionada.

El resto de traumas que podrían haber alimentado la voluntad suicida de la paciente son los siguientes: el fracaso de su matrimonio, su fracaso como madre y puede que su fracaso (?) como artista.

~~Delirios de grandeza. Cree que hay una serie de novelas de éxito escritas sobre ella.~~ [Se confirma que esto es cierto, aunque sorprende que no lo considere un honor, más bien al contrario: halla el papel de «musa» muy opresivo.]

Por lo que respecta a su propia obra, le quita importancia. Dice que su marido hizo que

dependiera de él para validar su faceta artística, y que fue «generoso en sus apreciaciones, pero solo porque [ella] no le hacía sombra ni constituía una amenaza para él, no era ni buena ni mala, o no especialmente». Me parece que es importante que una persona con un temperamento artístico como el suyo halle cauce creativo a la expresión de sí misma. Hemos hablado de esto, pero se muestra intratable no colabora y se niega a participar en actividades de arte y manualidades.

TRATAMIENTO:

Sesiones diarias de psicoterapia. Además de dos dosis de 5 mg al día de haloperidol. Cuando empezó el tratamiento, hubo varios episodios extraños, debidos, pensamos, a los efectos secundarios. En una sesión de terapia se le nublaron los ojos dos veces y dejó la mirada perdida, como si estuviera en trance. Cuando se le tomó el pulso, lo tenía muy acelerado, 120 pulsaciones por minuto; sin embargo, no hubo cambios en el plano emocional, se la veía pálida y encerrada en sí misma, y le temblaban las manos. Las dos veces en que esto sucedió, se quedó dormida inmediatamente después, como cabría esperar tras sufrir un ataque. Cuando despertó, no se mostró dispuesta a hablar de lo que había ocurrido, sino más bien confusa, y pensaba que estaba en Nueva York. Es posible que experimentara alguna alucinación visual o auditiva. Es por esto por lo que vamos a ajustarle la dosis, y añadir 25 mg de olanzapina.

Qué ~~mujer~~ caso más interesante.

Diario de Marianne McLean [1985]

aquí me obligan a rellenar estúpidas hojas de ejercicios. me inquieta mi cabeza. la sensación de que la tengo llena de algodón. (Pienso en papá, el trozo de algodón que le salía de la nariz, le salía del oído. ¡jay!, lo propenso que era a las infecciones.)

dicen: ¡no te preocupes! la sensación algodonesca es por el coma. que le dé unos días y desaparecerá. pienso: no, como siempre, no me he expresado bien: lo que quiero es más algodón. quiero que me disequen. pero en los hospitales no te hacen eso.

el terapeuta es un imbécil. le conté lo del tocón de árbol...

cuando llevé a las niñas al bosque, cerca de donde solía estar mi casa (el estudio de papá lo arrasaron, hicieron encima un aparcamiento, por cuatro duros, los muy cerdos..., no hay dignidad, no hay justicia...). íbamos andando, aunque mi intención no era salir del coche. íbamos andando y entonces le di golpes con un palo al tocón podrido de un árbol. sonaba seco cuando le daba, un golpe contundente, y no sé por qué, pero oírlo me excitaba mucho. lo notaba en el pecho. las niñas eran como monitos. cogió cada una su palo y empezaron a cavar con él en el suelo. a mae le entró una tos con flemas. me dio la sensación de que sus entrañas eran el tocón podrido y era a ella a la que había estado dando golpes. es horrible. es horrible tener que estar siempre agarrándose a los bordes de las cosas mientras se van alejando.

claro, el terapeuta no sabía ni por dónde coger la historia. es bueno expresar la ira, dijo. ¡golpear algo! ¡menuda idea! levantar las manos para que le diera puñetazos en las palmas.

lo peor de todo es que dennis es el único que tiene una ligera idea de lo que estoy hablando. me pone hecha una furia tenerlo siempre delante, como una pantalla entre el mundo y yo. ¡mi traductor! ¡mi apolo!

«¿qué se siente al estar casada con un hombre que entiende tan bien a las mujeres?», ha llegado a preguntarme la gente.

es insoportable. insoportable. es un ladrón. me roba todo el rato, aunque no sé exactamente qué. y es un mentiroso. y tampoco sé decir sobre qué miente. pero ya veis, eso no significa que no sea cierto.

y pensar que yo, con dieciséis años, podría haberlo adivinado: no en vano fui yo la que eligió el nombre de casandra. apolo me escupe en la boca y ahora nadie me cree. mientras me estrangula, le resbalan por las mejillas dos gruesas lágrimas de cocodrilo. ¡lo hace por mi bien! mientras me exprime todo el cuerpo, de los pies a la cabeza.

pero ¿literalmente? eso es lo que doreen quiere saber.

literalmente o no, ¿qué diferencia hay? tengo su aliento en la cara incluso cuando no está aquí.

Edith (1997)

El apartamento parece la cáscara de un insecto. Vacío y ajeno. Charlie ha salido para buscar quien le preste un coche. Dennis y Mae siguen en la fiesta. No paraban de cantar, todos con las manos entrelazadas, cuando salí por fin del ropero con aquel fajo gordo de billetes en la cintura de los pantalones. Le sustraje a Dennis las llaves del bolsillo cuando estaba brindando con la copa en alto, hice como que me dolía la cabeza, señalé la puerta. Le susurré a Mae al oído que me iba para siempre y ni se molestó en ocultar su alborozo. Había algo untuoso moviéndose por detrás de esos ojos y les daba un brillo grasiento.

Saqué mi bolsa de deporte del armario y empecé a echar dentro la ropa que guardaba en la cómoda. Vale, Mae. Ya tienes lo que tanto deseabas. Siempre has sido escurridiza y ahora te has librado de mí. Pero ten cuidado. A la gente como tú no le sienta bien la libertad. ¿Quién te va a atar corto cuando yo no esté? ¿No te da miedo salir volando por los aires? Dennis no tiene ni idea de qué hacer contigo. Mamá dijo que a él le gustaban los pájaros con las alas rotas, pero estaba equivocada. Son sus propias alas las que están rotas. Lo veo ahora que la ira me ha limpiado como una lija por dentro. Me atravesó y lo puso todo patas arriba, pero ahora veo las cosas como son. Qué razón tenía la mujer del ropero, mi hada madrina. No estoy indefensa.

He metido toda la ropa menos el jersey. Es suave y verde, de cachemir, un regalo de la tía Rose de una de las primeras veces que vino de visita. No me va a hacer falta, se lo dejo a Mae.

Tiene las sábanas revueltas, la manta hecha una bola. Hay un hueso de melocotón en un vaso, incrustado entre el colchón y la pared. Motas negras, moscas que sobrevuelan el borde de la cama. Huele a algo dulzón que me pone la piel de gallina. El olor del sexo. Pero aspiro otra vez por la nariz y ya no huele. A lo mejor son imaginaciones mías. Dejo el jersey estirado encima de su cama, como si fuera una persona.

Un golpe en la ventana, doy un respingo. Veo la brasa del cigarrillo de Charlie, que ya está listo. Le digo por señas que «un minuto» a mi propia imagen reflejada en el cristal. Echo los zapatos dentro de la bolsa y cierro la cremallera. ¿Me dejo algo? Voy al salón y miro debajo del sofá; luego a la cocina y miro debajo de la mesa. Entro en el cuarto de Dennis, aunque ¿qué me voy a haber dejado olvidado ahí?

Está la máquina de escribir. ¿Debería dejarle una nota? Le quito la funda, meto una hoja en blanco en el carrito.

«Querido Dennis:»

Empiezo, las teclas traquetean como la madre que las parió.

«Esta es la primera carta que te escribo; por lo menos, la primera que vas a poder ver, y te escribo para decirte que me voy a casa.»

Le doy a la palanca de retorno, y se desliza hasta el tope izquierdo, con un chasquido.

«Seguro que no te pilla de sorpresa, dado que llevo diciendo que me voy desde que llegué. Ya lo sé, ya lo sé: “Mamá no está bien”, tu cantinela. Y lo que puedo decirte es: obvio. Claro que no lo está. Por eso me tengo que ir a casa a cuidar de ella.»

Estos años atrás, cuando pensaba en Dennis me lo imaginaba todopoderoso y desalmado, pero ahora veo que no hay magia alguna detrás de ese telón, que puede que no haya ni telón siquiera. Noto el impulso de decir algo cariñoso, y escribo:

«En fin, sé que has hecho lo posible por recuperar el tiempo perdido, y aunque está claro que has fracasado, mejor eso que nada, *papá*. Hala, ya lo he dicho. No vas a sacar nada más de mí.»

«Haz el favor de cuidar de Mae.»

Y luego, en un tono más liviano, unas líneas rápidas de despedida.

«¿Cómo era aquello que tanto os gustaba poner al final de las cartas? ¿Duro con todo? ¿Que Dios te bendiga? ¿*Mahalo*? ¿Adiosito? ¿Paz, paz y grasa de pollo?»

«¿Corto y cambio?»

Tecleo rápidamente mi nombre, antes de que vuelvan y me encuentren ahí.

«Edith.»

Abro la ventana y le paso a Charlie la bolsa de deporte, sujeto a Crono para no darle tiempo a escabullirse con nosotros, le dedico una breve caricia en el hocico.

—Adiós, gato —digo, y cierro la ventana.

Charlie tira el cigarrillo, y las brasas caen sobre el asfalto con un reguero de chispas, siete pisos más abajo. Entre los peldaños de la escalera de incendios veo aparcada la furgoneta con la caja descubierta.

Resuenan los pasos que damos en los escalones metálicos. Dejamos atrás las cortinas echadas y las persianas de los otros vecinos, el del quinto C, el del cuarto C, el del tercero C, el del segundo C. El aire de la noche, el aire de la ciudad por la noche. Gracias, señora Ann Carter. Desde el callejón, a ras de suelo, las ventanas de Dennis se ven muy pequeñas.

Charlie echa la bolsa en la caja de la furgoneta.

—¿L-l-lista para salir? —pregunta. Yo digo que sí con la cabeza.

En la cabina huele a fogata. Echa un brazo por el respaldo del asiento y mete la marcha atrás. Se le cala. Vuelve a arrancar, y salimos a la calzada dando tirones.

Charlie

Se me acabó el trabajo de interino en el colegio y al estudiante de cine se le pasaron las ganas de seguir con el proyecto. Llevaba mucho tiempo solo en el apartamento, así que me alegré de ver a Edie por la ventana. Me dijo que quería trabajar en mi taller de carpintería. Le enseñé un par de cosas: cómo funcionan la mesa de corte y la lijadora. Bajó dos días seguidos. Yo contaba las horas hasta que por fin aparecía. El día de la fiesta, nos fumamos un porro en la escalera de incendios, y me noté feliz por primera vez en una buena temporada.

Llegué temprano a la galería, pero no quería que se me notaran tanto las ganas, así que fui a dar un paseo por el barrio para matar el rato. Cuando por fin hice acopio de valor para entrar, casi llego tarde, porque Edie estaba a punto de salir para la estación de autobuses de Port Authority. Recuerdo que sentí eso que se te mete en el cuerpo justo antes de saltar, y me ofrecí a llevarla en coche de Nueva York a Luisiana. ¿Por qué no? Necesitaba irme de la ciudad. Me encantaba Nueva York, pero ya estaba un poco harto. Le tomé prestada la furgoneta a un amigo. Estaba de mochilero en Europa, así que ni se enteraría de que me la había llevado.

Había algo en Edie que hacía que me sintiera a gusto. Mi problema con el habla puede llegar a cohibirme. La gente mira para otro lado cuando me oye hablar, como si fuera discapacitado, pero Edie no. Me miraba con franqueza a la cara, como hacen los niños. Con esto no la estoy llamando niña. En ningún momento pensé: me estoy abriendo con alguien que no es más que un niño. Por el camino, le conté todo. Le conté cómo me arrastraba por los túneles abandonados del metro, o que me subía a las vigas del puente de Williamsburg y veía la ciudad como una gran cosa latente que era mía y que yo podía amar, aunque la gente que la habitaba dejara mucho que desear. Iba saltando de un tejado a otro en Chinatown y así no pensaba en mi abuela moribunda, ni en mi hermano, tan lejano a mí en lo emocional. Me sentaba en lo alto del andamio de St. John the Divine y miraba las luces de los apartamentos de la gente, cómo se apagaban y encendían a un ritmo del que ni la propia gente era consciente. No eran más que células de un organismo grande y hermoso, y no tenían ni idea. La ciudad me amó, y siempre se portó bien conmigo, aunque no pudiera decir lo mismo de los individuos que la poblaban.

«Yo me portaré bien contigo», dijo Edie entonces. Con las rodillas levantadas, apoyaba en ellas la mejilla y me miraba. Me costó lo mío seguir carretera adelante y no desviarme. Era como en *Las hogueras de antaño*, cuando Casandra y Gregor están en la tienda de campaña, en el jardín de atrás de la casa del padre de ella, y conectan sin necesidad de tocarse. Seguí conduciendo sin parar, haciendo lo posible por tapar los latidos de mi desbocado corazón.

Mae

Seguimos en la fiesta hasta que ya no quedábamos más que papá, la chica encargada de recoger y yo. Ahora que lo pienso, papá estaba bastante borracho, aunque no caí en la cuenta entonces. Yo tenía catorce años y más bien poco mundo. La chica de la galería puso un disco de Sam Cooke y empezó a bailar para papá, pero cuando él vio que yo los observaba, apoyada en la pared, me hizo un gesto para que bailara yo también. Sonaba *Bring It on Home to Me*, y papá y yo bailamos, muy pegaditos, meciéndonos levemente. La canción ya tenía su buena dosis de nostalgia, pero más todavía frente a la mirada inquisitiva de todas aquellas preciosas fotos de las fichas policiales. Como él la estaba cantando, yo también me puse a cantar. Tengo una voz preciosa cuando canto, y eso lo sorprendió, porque nunca me había oído cantar.

La chica de la galería quiso sumarse varias veces, pero papá no le hizo caso, así que se limitó a bailar sola cerca de nosotros, hasta que por fin cogió la indirecta. Entonces encendió todas las luces y se puso a barrer, y cuando acabó esa cara del disco, lo apagó y nos echó fuera con la escoba.

En el taxi de vuelta a casa estábamos los dos solos, ni rastro de Edie ni de Amanda. No hablamos. Papá iba como un oso triste, tarareaba algo y miraba por la ventana. Fuera lo que fuera lo que se había puesto en marcha, empezaba a cobrar verdadera forma. Le acaricié la mano. Yo sabía que Edie no estaría en casa cuando llegáramos, pero no dije nada.

Una vez en el apartamento, al ver que se había ido, papá quedó destrozado. Ya sé que es una tontería, pero yo esperaba que se alegrase tanto como yo. Cogió el teléfono y volvió a colgar varias veces, sin saber a quién llamar. Me preguntó cómo se llamaba el chico con el que Edie hablaba a todas horas. Markus, le dije. ¿Y el apellido? Conti. Llamó a información, los obligó a repetir el número tres veces, mientras cerraba un ojo y miraba lo que había anotado.

—Mierda, mierda, mierda. Estoy borracho —dijo nada más colgar. Se limpió la boca en el hombro, se puso de pie y fue a la cocina para meter la cabeza debajo del grifo. Cuando volvió, le chorreaba el agua por la cara y la barba, y le caía en la pechera de la camisa. Era muy tarde y, claro, cuando llamó a la familia de Markus, los sacó a todos de la cama. A papá se le trababa un poco la lengua, pero al final logró pedirles que lo llamaran si se enteraban de algo.

Estuvo un rato de acá para allá por el salón, luego se detuvo y me miró, con la cara mojada.

—¿Tú sabías algo de esto? —preguntó.

Le dije que no, pero se notaba que estaba mintiendo.

—¿Habrá cogido el autobús? —preguntó.

Asentí con la cabeza, sin mirarlo a los ojos.

—Vete a la cama —dijo, y se fue a buscarla a la estación de Port Authority. Me pasé toda la noche preocupada, pensando que la encontraría y la traería de vuelta; y fue un alivio verlo a él solo a la mañana siguiente, despierto y con la mirada velada, sentado a la mesa de la cocina.

Llamaron a la puerta y se puso de pie de un salto, puede que con la esperanza de que fuera Edie, pero se trataba de la viejecita de la fiesta y su hija de mediana edad, una mujer muy grande, alta y

con aspecto abotargado, como si le pasara algo.

Papá las abrazó a las dos, les ofreció un café, pidió perdón por el estado en que se encontraba y les explicó que Edie había desaparecido.

—Ya lo sé —dijo la anciana, y tomó un sorbito de café—. Yo le di el dinero para el autobús.

Papá se puso hecho una furia. Discutieron. La hija se levantó y fue hasta la puerta arrastrando los pies. Allí esperó.

—Mami, tenemos que irnos —dijo, y zarandó el pomo de la puerta, pero la anciana hizo como que no la había oído.

—Venga, Dennis —dijo la anciana—, seguro que tú te recorrías el país cuando tenías la edad que tiene ella, y no me vengas con el cuento de que entonces era todo más seguro. Porque sabes que no es verdad. Marianne solo tenía un año más que Edith cuando se casó contigo.

—Mami, te lo digo en serio. No aguanto ni un minuto más aquí dentro —dijo la hija, y enseñó los dientes, pequeños y amarillos.

La mujer se levantó.

—Frances, relájate. Respira hondo, que ya nos vamos —dijo, y abrazó a papá por la cintura.

Estaba hecho una furia. Cuando se fueron, puso verde a la ancianita.

—... nada menos que Ann Carter dando lecciones de cómo educar a los hijos, es para mearse de risa... Pobre Franny, llena de pinchazos y con esa pinta de garrapata ahíta de sangre... A saber si no se podía haber evitado...

Aunque estaba muy enfadado, yo ya veía que se le iba quitando de la cabeza la idea de traerse a Edie de vuelta. Iba aceptando que se había ido y que no tenía ningún derecho a preocuparse ahora, cuando llevaba tantos años sin dar señales de vida.

Esa noche no dormí casi nada, la pasé escuchando a papá en el cuarto de al lado, el ruido que hacía con los vasos, cada vez más borracho. Al final me quedé dormida, y cuando desperté un rato más tarde, él estaba en mi habitación, a oscuras, de pie junto a mí. Como dormía en la litera de arriba, tenía su cara casi encima de la mía. Le notaba el aliento. Era cálido y olía a alcohol, a algo cítrico casi. Me acariciaba la cara y el pelo. Yo me hice la dormida porque no quería que dejara de tocarme. Supongo que estaría pensando que al menos me tenía a mí.

Fred

Mi amistad con Dennis se fue deteriorando poco a poco.

Empezó con su relación con Marianne. Hay una tradición histórica, larga y rica en ejemplos, de hombres que se casan con mujeres más jóvenes: nada que objetar. Y era la época del amor libre: menos todavía. Pero, de haber estado vivo Jackson McLean, ¿ni por asomo habrían acabado juntos Marianne y Dennis! Marianne era una cría. Dennis hacía ostentación de lo mucho que cuidaba de ella, pero lo que hizo en realidad fue saquearla en beneficio de su propia obra. Y lo mismo hizo conmigo y la lucha por los derechos civiles, y no creo que su obra sea lo bastante buena para justificar tanta explotación del dolor.

Dennis empezó a escribir a destajo después de que Marianne se trasladara a Nueva York con él. Y cuanto más escribía, más perpleja e insegura se la veía a ella. Era un vampiro de las emociones de la chica. Para que fuera su musa, tenía que llevarla a un cierto extremo.

Yo enseguida abandoné toda idea de hacer carrera literaria. Soy mucho mejor crítico, y ahí radican mis intereses. No fueron los celos los que alzaron una barrera entre nosotros. Fue *Las hogueras de antaño*.

Trajo un día a casa el montón de páginas, recién salidas de la máquina de escribir. Mientras yo leía, sentado a la mesa de la cocina, Marianne y él esperaban en el salón. Cuando iba por la mitad del libro, se hizo de noche, y Diane entró a encender la luz. Creo que fue Diane. Podría haber sido Marianne. No me había dado cuenta de que estaba leyendo a oscuras, con la nariz pegada al papel y un temblor en las manos. Era tal el miedo que sentía al leerlo que mi campo visual se había reducido a la página. No podía dejar de leer.

Allí, en aquel manuscrito, aparecía un retrato mío apenas velado y bien poco halagüeño: yo era Robert. ¡O sea que así es como me ve!, pensé. Un cándido bufón, su vía de acceso al mundo que él quería retratar. Cosas que yo le había contado en confianza, cosas privadas, aparecían ahí, a las claras, mecanografiadas con total nitidez párrafo tras párrafo. Me dolió lo indecible. Describía el lío que había tenido con una amiga de Diane, una delegada sindical de Tennessee, del que Diane no sabía nada. Recordaba las palabras nada lisonjeras que yo había dicho sobre nuestros amigos y compañeros, llegando a cuestionar injustamente el compromiso de algunos para con la causa. Pero también había cosas que casi nadie tomaría por un secreto revelado, y que yo sentí como auténticas violaciones de mi intimidad: como cuando me describe probando por primera vez una ciruela. Nada más empezar la universidad, Dennis me dio la primera ciruela que me comí en la vida, y eso fue para mí motivo de júbilo. El hecho de que incluyera algo tan simple, que lo deformara para que le encajara en su relato —haciendo que la ciruela fuera, como es lógico, un símbolo de mi despertar sexual—, ay, sé que parecerá una tontería, ¡pero todavía me pone furioso! Sí, llegué a la última página del manuscrito en estado de *shock*.

Después de que saliera el libro, la gente creyó que su versión del movimiento era el verbo revelado. Se hizo famoso. Todos pensaban que me sentiría halagado al ver mi nombre en los agradecimientos. ¡Oh, gracias, Dennis, por reservarme un sitio en tu arca de la inmortalidad! A

ver, que nadie se lleve a engaño: seguí su carrera de lejos, lo invité a dar alguna conferencia en la universidad. Lo utilicé igual que hizo él conmigo. El muy hijo de puta tenía talento, pero esos libros eran tan crueles y limitados como él, y si algo de sangre discurría por sus páginas, era la de Marianne.

Amanda

Lo que tengo en la vida lo he conseguido a base de insistir, de trabajar duro y no cejar en el empeño. Y eso incluye mi relación con Dennis. Soy de ese tipo de personas que podría haber llegado a astronauta, de habérmelo propuesto.

Me quedé en un motel cerca de Times Square. Allí se alojaban papás divorciados y prostitutas: el tipo de gente que paga por semanas. Un osteópata de dudosa reputación me extendió un justificante diciendo que padecía las alteraciones y complicaciones propias de un embarazo interrumpido, y eso me permitió cogerme una baja en la universidad sin perder la beca.

No anduve perdiendo el tiempo. No paré, concertando entrevistas y encuentros con amigos de Dennis, con la vista puesta en la tesis. Llegué a entablar relación con su hermana, Rose, que se comportó como si llevara años esperando a que alguien le pidiera opinión sobre la vida y milagros de su hermano.

Quería saberlo todo de él, pero, más que nada en el mundo, quería saber qué buscaba Dennis en una mujer. Porque estaba segura de que yo podía encarnar esas cualidades. Ya sabía que físicamente lo atraía, o sea que ahí no habría problema. Debido a mi intervención médica, no habíamos tenido relaciones, pero sí intimidad.

Los días se me hacían interminables: entrevistaba a muchas personas y visitaba sitios emblemáticos para Dennis de pequeño; volvía agotada, pero me costaba dormir. No estaba acostumbrada al ruido de la gran ciudad —en el caso concreto del motel, la vida nocturna era muy ajetreada, por las prostitutas—, y como tenía puesta toda la atención en lo que hacía de día, por la noche era incapaz de relajarme. Montaba en el metro o recorría los pasillos del motel para ver si así me entraba sueño. A veces las prostitutas tenían hierba, y la compartían conmigo, lo cual me ayudaba a dormir.

La beca de la universidad no iba a durar mucho en Nueva York, y tuve que cargar la cuenta de la habitación en la tarjeta de crédito de Barry. Al final, Barry me dijo que si no lo dejaba venir a visitarme no correría con los gastos del motel. Así que vino a pasar un fin de semana largo y cumplí con él yendo a la ópera y al Met, y «haciendo el amor», como lo llamaba él, para acabar consolándolo cuando se puso a llorar. Fue una visita que me demostró que no había tanta diferencia entre los otros habitantes del motel y yo. Cuando se metió en el taxi, rumbo al aeropuerto, le dije adiós desde la acera, más que feliz de librarme al fin de él. Murió un tío mío una semana después y me dejó una pequeña herencia, y entonces corté del todo con Barry. Me podía haber ido a un motel mejor, o hasta a un apartamento, pero no me pareció que hiciera falta.

Edith (1997)

Los árboles extienden su espesor a ambos lados de la carretera. Aparecen súbitamente, iluminados por las luces del coche, luego los engullen las sombras, los nivelan. Hay tramos largos sin apenas tráfico.

Charlie me habla de una mujer que conoció en un túnel abandonado del metro.

—Tenía todo un piso montado allí abajo. Su s-s-sofá. Su cama. La nevera. Una estantería. Tenía más muebles que yo, y se había conectado a la red eléctrica. Era c-c-casi como tener un apartamento debajo de la Séptima Avenida.

Desvío la vista de la ventanilla y lo miro a él.

—¿Era guapa? —le pregunto. Una sirena subterránea. Con el pelo largo lleno de tierra. Mi madre.

—¿La s-s-sin techo? —me mira.

¿Tan rara ha sido mi pregunta?

—No has dicho que no tuviera techo, sino que se había montado un apartamento en el túnel.

Asiente. Y pasado un rato, dice:

—No, no era g-g-guapa.

—Pregunto solo por hacerme una idea de cómo era —acierto a decir entre dientes, y enciendo la radio para que no se me note la vergüenza. Sintonizo emisoras de un lado para otro del dial, pero no encuentro nada. Dejo el zumbido como ruido de fondo y bajo el volumen hasta que casi no se oye, luego apoyo la espalda en el asiento.

Él sonríe.

—¿Te gusta el zumbido de fondo?

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé... Me recuerda a cuando era pequeña —le miro el perfil—. Mi madre nos ponía a Mae y a mí delante de la tele rota.

—El r-r-ruido eléctrico es relajante. Suena como si estuvieras dentro de un útero.

—No.

—¿N-n-no?

—No. A ver, sí, puede que sea relajante, pero ella no lo hacía por eso.

—¿Por qué lo hacía entonces? —bosteza sin abrir la boca, y se le dilatan los agujeros de la nariz.

—Nos obligaba a ver los puntitos blancos en la pantalla para que le dijéramos qué veíamos.

—¿Como un j-j-juego?

—Sí —lo era. Mae diría que no. Imagino que había veces en que no nos hacía tanta gracia. Todavía no le he contado a Charlie lo del psiquiátrico. He dicho solo que mamá estaba «en el hospital». Si lo supiera, ¿seguiría llamándolo juego?

—¿Y qué cosas veáis?

—Yo no veía nada, solo puntitos blancos. Pero me inventaba cosas, escenas que había visto en otras casas, en la tele de otra gente —me daba cuenta de que mamá quería algo y hacía lo posible por dárselo, aunque no lo conseguía—. Pero mi hermana sí que veía cosas.

—¿Como qué?

—Visiones. Cosas raras.

—¿Y cómo sabes que no s-s-se las inventaba?

—A lo mejor. Pero entraba en una especie de trance. La pellizcabas y ni se daba cuenta. Además, lo que veía tampoco tenía mucho interés. Una serpiente que reptaba por un árbol. Un chico remando en una barca. Me refiero a que, si se las hubiera inventado, ¿no sería algo más emocionante? «¡Un hombre con un cuchillo!» Algo así. ¿Para qué inventarse un chico en una barca?

—¿Se quedaba mirando la tele y v-v-veía eso?

—Sí. ¿Te parece una locura? —no sé muy bien lo que quiero que diga. Porque no me gustaría que dijera que sí. Es verdad que en Nueva York mi hermana se había comportado como una loca, pero no de cara al exterior: no me habría sido fácil explicárselo a otra persona, porque habrían pensado que la loca era yo.

Encoge los hombros.

—Parece algo muy c-c-creativo. Mis padres no se inventaban juegos: si se rompía la tele, la arreglaban. No lo veían como algo con lo que fomentar mi c-c-creatividad. No tenían s-s-sentido del humor. No es que fueran infelices, solo prácticos.

Imagino que eso era lo que hacía mamá, fomentar la creatividad en nosotras. Bostezo. El reloj del salpicadero marca las 3:52 de la mañana. El día ha sido muy largo.

—Es como los libros esos del Ojo M-Mágico —sigue diciendo.

—¿El qué? —con una chaqueta, hago una bola y me la pongo de almohada.

—Sí, esos libros de d-d-dibujos que parecen arte abstracto, pero que si los miras y dejas la vista perdida, o te concentras en un punto del fondo, te sale una imagen en tres dimensiones. Una cabeza de l-l-león, o una casa, o lo que s-s-sea. ¿Nunca has visto un libro del Ojo Mágico?

Cierro los ojos.

—No, nunca he oído hablar de ellos.

—Pues sí, a mí me g-g-gustan —dice al rato, en alto, pero como para sí mismo.

Me estoy quedando dormida. Noto el cuerpo cada vez más pesado, todo lo contrario que el cerebro.

—Eso era algo que le p-p-pegaba hacer a tu madre —oigo que dice, entre la bruma del sueño.

Estoy en medio de la cocina, el agua rebosa por la pila. ¿Cómo sabe Charlie lo que le pegaba o no le pegaba hacer a mi madre? Estoy dormida. Me despierta el pitido de la tetera. Afuera es de noche. Estoy sola. Pasa un tren en paralelo a la furgoneta. Estamos aparcados al borde de un campo vacío. Charlie no está en el asiento del conductor. Me ha abandonado aquí. El tren está muy cerca, a lo mejor se ha subido a un vagón. ¿No pasaba eso en una de las historias que me ha contado? Llegó en tren hasta Ohio cuando murió su madre. Abro la ventanilla y escudriño las sombras que penden sobre el campo. Noto el aire calmo y húmedo. Vuelvo la cabeza para mirar detrás, y ahí está: despatarrado en la caja de la furgoneta, dormido.

Mae

Yo pensaba que, al irse Edie, papá y yo tendríamos más intimidad, pero no fue así. Por lo menos, no al principio. Lo notaba distante, con la mente en otra parte las más de las veces.

Costaba creer que no fuera por culpa mía, pero quizá hubiera otras cosas en juego que poco tenían que ver con Edie o conmigo. Había mucha presión para que sacara su próximo libro. Lo seguí a una reunión con su editor en un restaurante del Upper East Side, y cuando me pilló me dejó ir con él, puede que para que le sirviera de distracción. El editor era un caballero mayor con bigote gris que me preguntó qué me gustaba hacer en mi tiempo libre mientras traían las bebidas y los aperitivos, pero que en cuanto llegaron los platos fuertes se puso en plan negociador y le dijo a papá, sin contemplaciones, que como tuvieran que retrasar la fecha de entrega del manuscrito una vez más, el contrato quedaría anulado, vacío de contenido, y papá tendría que devolver el adelanto.

Papá iba callado de vuelta a casa, a pie desde el restaurante. Hacía un calor que no era normal en aquella época del año, y atajamos por Central Park, lleno de patinadores y gente que había sacado al perro. No soportaba verlo disgustado. Le supliqué que devolviera el adelanto si eso era lo que quería. Le dije que estaría encantada de vivir en Central Park, al abrigo de una roca, con tal de estar con él. Que quién era ese vejestorio para decirnos lo que teníamos que hacer. No nos hacía falta el dinero de esos carcamales. Papá esbozó una sonrisa sin ganas, me revolvió el pelo y le compró unos polos a un vendedor de helados. Lo cierto era que sí nos hacía falta el dinero del viejo, porque, entre otras cosas, con eso se estaba pagando el hospital de mamá. La verdad es que no me di cuenta hasta ese momento de que papá llevaba años mandando dinero a Luisiana para nuestra manutención. Mamá no dijo nada nunca, y yo tampoco me había parado a pensar de dónde salía el dinero.

Poco después de aquella reunión con el editor, papá empezó a escribir. Se pasaba el día entero escribiendo y, muchas veces, también parte de la noche. La máquina de escribir hacía mucho ruido. Cuando me acostaba, lo escuchaba aporrearla, e intentaba descifrar lo que escribía por el ruido de las teclas.

Nunca dejaba la página en el carrito. Por la mañana, cuando todavía dormía, me metía en su cuarto para ver si lograba descubrir alguna. A veces me tumbaba a su lado y le miraba la cara. Si desenfocaba la vista hasta cierto punto y la luz era lo bastante mortecina, lo que veía era el hombre de la foto policial. Esa cara hundida tenía marcas en las comisuras de la boca, en los pómulos. Cuando me cansaba de jugar a eso, le hacía cosquillas en la punta de la nariz con una trenza, hasta que lo despertaba, entonces le preparaba un café y me sentaba con él a la mesa de la cocina, esperando a que me dijera algo bonito, se diera cuenta de mi presencia y me quisiera.

Rivka

Estaba en la trastienda, echando un vistazo a lo que me había mandado un artista nuevo, un sordomudo que pinta unos paisajes con comida magníficos. La exposición se titulaba «El Hambre Insaciable», algo que todos llevamos dentro. Estaba absorta en mis pensamientos, mientras mi ayudante iba desdoblado los cuadros, y me llevé un susto al notar a mi lado la presencia de una desconocida.

—Aquí dentro no se puede pasar —le dije.

—Rivka Procházková —dijo ella—. Me gustaría hablar con usted.

Me quedé de piedra. Aquella voz tan intensa... Todavía me acuerdo de la sensación que me produjo: se me heló el corazón. Pensé: ha llegado el momento que tanto me temía. Mi hija ha dado conmigo. Yo apenas si había rebasado el umbral de la adolescencia cuando la dejé en un orfanato de Praga.

Estuve mucho tiempo pensando que lo que realmente quería era ver aparecer a mi hija para quitarme aquel mal trago de encima. Así no me pondría de los nervios cuando me mirase una mujer de una edad parecida a la suya. Al final me di cuenta de que quería que apareciera, pero por otros motivos, más sentimentales. Y entonces empecé a pensar en ello a todas horas, hasta que decidí investigar cuál era su paradero, y resultó ser una historia muy triste. Pero la mujer de la galería no tenía nada que ver conmigo. Esa mujer no era mi hija. Estaba escribiendo un libro o algo así sobre Dennis. Creo que lo que dijo fue que era estudiante, ¿o sería periodista? Yo todavía estaba intentando recomponerme, mientras ella me lo contaba.

Las preguntas que me hizo sobre Dennis eran personales. No sé por qué le respondí sin rechistar. Posiblemente sentí que le debía algo, como reacción por el malentendido inicial. Me preguntó cómo nos habíamos conocido Dennis y yo, y le conté que nos tocó en la misma mesa en una cena de entrega de premios. Preguntó si había ido detrás de él, y le dije que sí. Me preguntó qué tal era como amante, y le dije que bueno, muy bueno. Yo había tenido muchos amantes, pero con él fue memorable.

—¿Y por qué? —preguntó.

Le conté que casi todo el mundo cree que un buen amante implica una liberación, por pasajera que sea, del Hambre Insaciable, pero que Dennis comprendía que era justo lo contrario, que nosotros teníamos que ser esa Hambre. No le gustó la respuesta. Era demasiado abstracta. Quería saber qué le gustaba en la cama. Le dije que se lo preguntara a él. ¿Me ponía a cuatro patas para él? Eso quería saber. ¿Me meaba en la cara? Tanta insistencia me dejó desconcertada. Le dije que no tenía más que añadir. Mi ayudante la acompañó a la puerta, luego cerró con llave y me llevó al cuarto de atrás, donde me folló en el suelo, entre los lienzos recién llegados. Es un hombre al que le gusta oírme hablar de mis relaciones con otros hombres.

Mae

Me aburría como una ostra con el soniquete de la máquina de escribir de papá, día y noche, y el ruido que hacía al arrugar las hojas que iba descartando. Jugaba con el gato, hacíamos una coreografía para bailar al ritmo de la máquina, abría un libro y empezaba a leerlo por la mitad. No conseguía distraerme con nada porque tenía toda la atención puesta en él: no me concentraba en nada que no fuera eso.

El momento estelar del día para mí eran las comidas, cuando salía de su cuarto. A mediodía me llevaba al restaurante tailandés que había a la vuelta de la esquina o al sitio griego de pitas, justo enfrente. Sin embargo, la mayoría de las veces se lo veía en su mundo, y me sentaba fatal que prefiriera la realidad alternativa que le ofrecía su libro al tiempo que pasaba conmigo. No se había comportado así cuando Edie vivía con nosotros.

Fue en el tailandés, después de que se pasara toda la comida sin dirigirme la palabra, cuando ya no pude más y le solté:

—La quieres más que a mí —él tenía la mirada perdida en algún punto del espacio, y mediaban entre nosotros los platos vacíos.

—¿A quién? —preguntó tras parpadear unas cuantas veces, recién aterrizado allí, delante de mí. Yo me refería a Edie, pero noté que él estaba pensando en otra persona.

Estaba enfadada. Puse morritos y le apliqué un correctivo a base de silencio toda la tarde, pero yo creo que ni se dio cuenta. Pasaba a mi lado por el pasillo, de camino al baño o a la cocina, y me miraba sin fijarse realmente en mí. A lo mejor así se sentía mamá cuando estaba con él. Comprendí que eso podía volver loco a cualquiera. Hacía tonterías para llamar su atención. Me corté a propósito preparando la ensalada. Él me puso una tirita, ¡vaya por Dios! Le tiraba mucho más lo que fuera que le ocupaba la mente que las escenitas que yo le montaba. Como si él estuviera en una gruta submarina y yo chapoteando en la bañera. Si quería estar con él, tendría que bajar también a la cueva esa. Y al final, pues fue lo que hice.

Edith (1997)

Cuando despierto, veo que estamos atravesando las montañas. Son preciosas. Dios, qué bien me siento; como si ayer estuviera en la fase de crisálida y hoy hubiera salido del capullo con mi ser verdadero. Debo de haber dormido mucho, porque la luz que entra por el parabrisas es amarilla: la luz de media tarde. La mejor, según mamá. Mamá, te veré en cuestión de horas.

Miro a Charlie mientras conduce: lleva la boca un poco abierta, le cae el pelo sobre la frente y las pestañas le brillan a la luz del sol como pequeños nimbos. Parece una persona tan normal cuando no tartamudea, ¡tan guapo! Me paro a pensar en cómo le tiemblan los labios y la barbilla al hablar. Mae tiene razón, da un poco de grima verlo, pero a la vez me fascina. Me imagino esa boca que tiembla encima de la mía; esa lengua enlazándose con mi lengua.

—Buenos d-d-días —dice. Se ha dado cuenta de cómo lo miro.

Bostezo y me estiro. Vuelvo a bostezar. Charlie mira la carretera con los ojos entrecerrados, así que me acerco y bajo el parasol del lado del conductor, y me mira como si fuera lo más tierno que nadie ha hecho nunca por él. Le doy un sorbo al café frío que tiene en el vaso de cartón. El reloj del salpicadero marca las 5:47 de la tarde.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—En Virginia Occidental. ¿T-t-tienes hambre?

Los carteles publicitarios de al lado de la carretera nos tapan las montañas. Van anunciando lo que queda para un restaurante que sirve desayunos todo el día. Brillan los huevos y las salchichas, las tortitas dan ganas de tumbarse encima de ellas y echarse la siesta. Hemos decidido parar ahí. Estoy como atolondrada. ¡Aúpa!

Noto el aire caliente en el aparcamiento. Qué bien huele. Me agarro a la manga de la camisa de franela a cuadros de Charlie.

—¿No lo sientes? —le pregunto, y alzo la cara al cielo, para que me dé el viento.

—¿El q-q-qué?

Hemos dejado atrás la primavera y nos hemos adentrado en el verano.

—El aire. Ya estamos en el sur.

Se ríe.

—Te d-d-da en la nariz que estás cerca de casa. Como esos perros que s-s-siempre encuentran el camino de vuelta.

—¿Me estás llamando perra? —le pregunto, y tiro de la manga, sin parar de reír—. ¿Perra de mierda, es eso lo que me estás llamando?

La risa entra con nosotros en el restaurante, invade el zumbido que sueltan los fluorescentes, el sonido metálico de los cubiertos. Pido que nos pongan en la galería panorámica con vistas a la montaña, y no le suelto la manga hasta que no nos sentamos.

—Huele como a piscina —digo.

—Porque acaban de fregar el suelo —Charlie señala con el dedo el cubo y la fregona, abandonados en un rincón de la sala, contra la pared.

La camarera gorda nos trae agua. La delgada discute con uno de los cocineros por la ventanita de las comandas.

—¿Qué vas a tomar? —le pregunto, mientras voy despegando las páginas plastificadas del menú. Todos los platos tienen su foto.

Charlie señala la foto de una macedonia de frutas con gelatina, y me echo a reír por ese chiste tan viejo: a ver quién encuentra lo más asqueroso del menú.

—La especialidad de la c-c-casa —lee en alto.

Paso las páginas de los entrantes y señalo la foto de una gruesa tajada de carne de color grisáceo sobre un lecho de espaguetis. Los colores están desvaídos, y tiene un aspecto de lo más repugnante.

—Pues yo me voy a pedir lo de la foto de la escena del crimen —digo.

Se parte de la risa. Reímos a más no poder, quizá nos estemos pasando, porque no tiene tanta gracia. Vuelvo a mirar la foto y todavía me troncho. Bueno, algo de gracia sí que tiene. Él recupera el resuello, le da un sorbo al agua, mastica un cubito de hielo, sonrío con toda la intención.

Y entonces nos quedamos mirándonos el uno al otro, con la mesa de por medio, sin decir nada, solo sonriendo. Pasan así varios minutos, o puede que mucho más tiempo. Desvío la mirada, porque hay algo en la expresión de su cara, algo tan franco, que me da vergüenza. Me taladra una sensación de arriba abajo: me entra por la garganta y baja hasta que la noto entre las piernas. El agua helada en los vasos octogonales proyecta sombras largas sobre el tablero de la mesa: pequeños océanos en blanco y negro.

—¿En q-q-qué piensas? —es él el que rompe el silencio.

—Pues... en que estoy feliz —digo, y lo miro a la cara, mas no a los ojos.

Asiente con la cabeza.

—La felicidad era como un toro y se agarraban a él con todas sus fuerzas —susurra, de un modo extraño.

—¿Cómo?

—Es una c-c-cita del libro de tu padre —dice—. P-p-perdona, pensaba que la conocías.

—Huy, no —digo—. La verdad es que nunca he leído nada suyo.

¿Sobre la felicidad de quién había escrito Dennis? ¿La suya y de mamá? La felicidad como un toro de rodeo. Pues yo diría que ni él ni mamá se agarraron muy bien. Porque los dos cayeron al suelo y, entonces, ¿qué? ¿Los pateó la felicidad? *C'est la vie!* Qué metáfora más rara. A saber cómo se dirá «toro» en francés. *Vache?* No. Eso es «vaca». La felicidad es como una vaca. La camarera es como una vaca. La tripa que tiene, cortada en dos por el delantal, parece una ubre. Le lame la punta al lápiz y anota la comanda. Y a ninguno nos traerá al final lo que dijimos que íbamos a pedir.

Cuando se va, Charlie enciende un cigarrillo. Le hago señas para que me lo pase.

Duda.

—No s-s-sabía que fumaras.

Le rozo la mano con los dedos cuando cojo el cigarrillo.

—No fumo —digo, y dejo el cigarrillo colgando de la comisura de la boca, sin tragarme el humo.

Intento hacer un aro. Mi madre me enseñó una vez, pero acabo tosiendo.

—¿Estás b-b-bien? —pregunta, me lo quita de la mano y le da un empujoncito al vaso de agua para que beba.

Asiento, pero no paro de toser. Hay una pareja mayor en una mesa de la otra punta del restaurante que no nos quita ojo. La mujer tiene unos tubos en la nariz, enganchados a una botella de oxígeno. Doy manotazos, sin parar de toser. Bebo agua, respiro hondo.

—Qué vergüenza —acierto a decir al final, cuando se me pasa la tos. Debe de pensar que soy tonta del bote.

—De todas formas, quizá sea mejor que no empieces a fumar —dice, con el cigarro en la boca. El pitillo le cambia la cara: le hace sexy, un poquito más duro.

La camarera deja delante de mí una pila descomunal de tortitas.

—¿Algo más? —le pregunta a Charlie.

Lo observo mientras echa salsa picante a los huevos y moja el pan tostado en la yema. Masticamos un rato en silencio, con la vista fija en la montaña, fuera. No es como cuando se ven las cordilleras en la distancia, que parecen azules, o moradas casi: esta montaña está cubierta de hierba de un color verde claro; como un campo de golf muy accidentado y de gran dificultad.

—¿Y tú? —digo cuando he engullido varios trozos de tortita—: ¿En qué piensas tú?

¿En que también estás feliz? ¿En que soy maravillosa, aunque haya quedado como el culo con lo del cigarrillo?

Deja de masticar, traga, luego se lleva con cuidado otra vez el cigarrillo a la boca antes de contestar.

—En la voladura de la cima de la montaña.

¿Cómo?

Habla con el cigarrillo en la boca.

—¿Ves la hierba allá arriba? —señala con el tenedor, pegajoso de yema—. Normalmente no tiene ese aspecto. Supongo que una empresa minera, Massey quizá, voló la cima para llegar al carbón, dejó la superficie de puta pena, como un paisaje lunar, y contaminó el aire y el agua con productos químicos. Ahí hay un lago formado por los vertidos del sedimento, es lo que se llama una balsa de lodos. La gente de la zona, los niños, tienen treinta veces más posibilidades de contraer cáncer, asma y todo tipo de lindezas de esas. Luego la compañía carbonera «embellece» el desastre plantando esa hierba de mentira...

¡O sea que es eso! No ha tartamudeado. Debe de ser porque tiene un cigarrillo en la boca. A lo mejor por eso fuma. O a lo mejor ha sido porque se ha puesto a echar pestes por el daño que le han hecho a la montaña. Como si superara el trauma al hablar de cosas que le importan, algo así.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Me m-m-miras raro —ha vuelto a tartamudear. Apaga el cigarrillo y busca mi mano con la suya por encima de la mesa—. A ver, ¿tú quieres ir?

—¿Adónde?

—A una b-b-balsa de lodos, una aventurita.

—Vale.

Tiene la mano caliente y encallecida. Quiero que me toque la cara y el cuerpo con esas manos grandes y extrañas, y que me bese en la boca. Sabrá a salsa picante, cigarrillos y café. Tiene mucha más enjundia de la que Markus tuvo nunca. Lo de Markus ha sido absurdo: ni me creo que lo haya pasado tan mal por su culpa.

Charlie me suelta la mano y busca la cartera cuando la camarera deja la cuenta en la mesa. Me ofrezco a pagar yo, pero él no me deja.

Y entonces se pone de pie como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Echa a andar sin

percatarse de mis vacilaciones, porque yo no quería que ese momento acabara todavía.

Me quedo parada al lado de una mesa ocupada por señoras de la iglesia. ¿Es que no va a mirar atrás y darse cuenta de que me he quedado rezagada? Date la vuelta y mírame, Charlie. ¿Lo estoy poniendo a prueba? Puede. Sigue caminando. ¿Estoy siendo inmadura? Puede.

Una de las señoras, tocada con un sombrero de paja de color verde botella, da un golpetazo en la mesa con el salero y le dice a otra:

—Nancy Douglas es una puta.

Cuando Charlie llega a la puerta, se da la vuelta y espera a que lo alcance. Atravieso el restaurante a la carrera y casi me tiro en sus brazos. Bueno, si no en sus brazos, por lo menos sí en la furgoneta.

Mae

Pasado un rato, se iba ralentizando el aporreo en la máquina de escribir de papá, hasta que cesaba del todo. Sentado a la mesa de trabajo en su habitación, veía que yo lo miraba desde el sofá y se levantaba a cerrar la puerta. Se oía entonces algún tecleo ocasional, pero nada como el estruendo al que me tenía acostumbrada.

Una vez lo oí dar un cabezazo contra el escritorio, sin exagerar. El ruido me despertó y en el acto supe lo que era. Que no me pregunten cómo lo supe, reconocí el ruido y ya está; y bien en lo cierto que estaba, porque al día siguiente tenía una marca morada en el pómulo, un buen cardenal, y cuando quise tocárselo, me apartó la mano sin miramientos, sin pararse a pensar que era la mano de alguien que en teoría le importaba.

Rose llamaba por las mañanas para hacer planes con nosotros, pero papá se inventaba excusas para no verla. No le había dicho que Edie se había escapado. Seguro que le daba vergüenza.

Recuerdo que me puse a escuchar lo que hablaban por teléfono mientras papá y yo desayunábamos.

—No es bueno para ellas —decía Rose, con voz metálica, a través del auricular—. Tendrían que estar en el colegio, con gente de su edad, es lo que les hace falta. Eres tú el que se tiene que encargar de eso.

Yo odiaba a la gente de mi edad. Habían sido crueles conmigo, solo eso; o, en el mejor de los casos, indiferentes. Pellizqué a papá en el brazo y le dirigí una mirada de súplica, con la boca llena de cereales. Mandarme al colegio habría sido una traición tremenda.

Debí de darle pena, porque bajó la voz, como si no fuera a oírle, y dijo:

—Pues claro, Rose. Pero la situación es delicada, entiéndeme. Empezarán en octubre.

A Rose se le venían abajo todos los argumentos si papá se empleaba a fondo.

—O al menos algún curso nocturno en una universidad —dijo ella.

—Un curso nocturno. ¡Qué buena idea! —dijo papá, y me guiñó un ojo. Yo miré el cuenco de leche y encogí los hombros, quise dar una apariencia neutral, conforme a la propuesta, pero no me apetecía nada que se librara de mí, ni siquiera unas cuantas tardes a la semana.

Tenía la esperanza de que se le olvidara lo del colegio, pero luego, cuando salió de su cuarto todo atormentado para cenar, después de pasarse la tarde en blanco sin que le cundiera la escritura, me preguntó qué me gustaría estudiar.

La respuesta más sincera habría sido «Nada», pero dije: «Fotografía». Lo escogí casi al azar. Una vez, cuando todavía salíamos de paseo, papá nos llevó a Edie y a mí a la librería Strand (¡kilómetros y kilómetros de libros!) y me compró una monografía con las fotografías de zoos de Garry Winogrand.

Al parecer, a papá le encantó mi respuesta. Me hizo señas para que fuera a su cuarto. Llevaba días sin dejarme entrar. Era un desbarajuste total: cintas de la máquina de escribir enmarañadas, ceniceros llenos a rebosar, bolas y trizas de papel por el suelo. Y un olor agrio. Me senté en la cama y lo vi rebuscar en las cajas que tenía en el armario, hasta que la encontró: la vieja cámara

del abuelo Jackson, una Leica 35 mm que todavía uso a día de hoy.

Papá me enseñó a ajustar el fotómetro, pero cuando quise hacerle una foto a él, se enfadó, dijo que lo distraía y me mandó al salón a que fotografiara al gato.

Edith (1997)

Charlie saca un mapa y traza una ruta con el dedo antes de arrancar. Me oigo respirar a mí misma, mientras él se concentra, como si estuviera lleno de electricidad y soltara chispas.

—Hay un s-s-sendero que lleva a una balsa de lodos —dice—; no queda muy lejos. Un c-c-colega me llevó una vez.

Me imagino una laguna fangosa, como las que hay cerca de casa, escondida en algún punto de la cima verde de esa montaña que parece un campo de golf. Me imagino a Charlie y a mí, cogidos de la mano, hundiéndonos despacio en ella, muy despacio. El cieno, tóxico y cálido, nos llega por la rodilla. Así se forman los fósiles.

Subimos por una carretera estrecha, bajo grandes rampas metálicas de aspecto industrial. Parecen atracciones de feria rotas, toboganes de metal, montañas rusas desmembradas. La carretera de asfalto ha pasado a ser de grava y luego de tierra. Cuando aparcamos a un lado, entre dos pinos, el aire que nos rodea se ha ensombrecido y tiene una tonalidad azul. Hay un ruido como de maracas. ¿Son grillos, o ranas arborícolas?

—¿No estará demasiado oscuro para verlo? —pregunto.

Charlie dice que no con la cabeza y me pasa una linterna.

—Es m-m-mejor a oscuras.

La enciendo, pero él tapa la luz con la mano.

—Todavía no —dice.

Saltamos una valla de alambre y vamos caminando por un sendero de tierra, en silencio, a la tenue luz grisácea, él unos pasos por delante. En un momento dado, el sendero traza una curva y queda más espacio entre unos árboles y otros, hasta que tenemos a la vista la carretera, abajo, y los últimos retazos del ocaso reflejándose en los parabrisas de las furgonetas que pasan.

Seguimos caminando. Hay otra valla; esta, rematada de alambre de espino. Si alguien se ha tomado tantas molestias para impedirnos el paso, puede que sea mejor darse la vuelta. Pero Charlie no vacila lo más mínimo, y yo no digo nada. Salta la valla con un par de movimientos rápidos, lanza la cazadora encima del alambre de espino y la sujeta para que no me corte. Cuando ya he saltado, desprende con cuidado la cazadora, que no sufre ni un rasguño. Se mueve con tal rapidez, precisión y control..., ¿por qué no lo aplica también a la boca?

Ya es de noche cuando llegamos a un pequeño claro, ocupado por grúas y tractores. Por el contorno, parecen dinosaurios. Avanzamos entre ellos en zigzag, luego seguimos, camino adelante, bosque adentro. Vemos las luces de un coche en la distancia, está bajando la montaña; Charlie tira de mí y nos escondemos detrás de una peña.

—¿Qué nos van a...? —empiezo a preguntarle, pero dice que no con un movimiento brusco de cabeza y me pone una mano en la boca por si acaso. ¿Qué nos van a hacer? ¿Es que él no tiene miedo?

Noto su aliento en la mejilla, como si fuera a besarme, pero no lo hace. En cuanto pasa el coche, se levanta y seguimos camino. Aunque ya es de noche, no quiere encender la linterna. Casi

nos chocamos contra la tercera valla. Nos llega por la cintura y es de madera; unos tablones viejos cubiertos de musgo, podridos ya; como si la hubieran levantado hace años y hubiera quedado olvidada.

Carta de Jackson McLean a Dennis Lomack

4 de enero de 1969

Querido Dennis:

Espero que estés bien y sigas avanzando con los estudios en Columbia. Aquí la cosa está que arde. Seguro que Ann te ha contado que pesan cargos contra mí. He procurado que esto afecte a Marianne lo menos posible, pero no lo puedo abarcar todo. Y, por si fuera poco, me está fallando la salud.

Por lo que hace al juicio, tampoco es que esperara pisotear los valores «que nos son más sagrados» e irme de rositas. Era inevitable que hubiese alguna reacción. Si empujas en una dirección, el péndulo volverá con igual fuerza en la opuesta, y heme aquí, a punto de recibir el impacto. Ojalá fuera tan optimista como Ann, pero no lo soy. Si no me mata el juicio, me matará la enfermedad.

Me cuesta escribir esta carta porque te admiro mucho como hombre. Te considero un amigo y una buena persona. Sin embargo, supongo que te harás cargo de por qué te pedí que no vinieses. Lo cierto es —y puedes negármelo las veces que quieras, aunque ¿por qué le ibas a mentir a un moribundo?— que llevo viendo cómo crece algo entre mi hija y tú desde hace ya bastante tiempo.

No te escribo para hacerte daño. Te mereces ser feliz, pero no con mi Marianne. Es muy sensible y yo ya te conozco lo suficiente como para saber que vas a hacer que sufra. Me da igual que no sea aposta. Me da igual que sea sin querer. Le vas a hacer daño y no quiero que te acerques a ella. ¿Lo entiendes? No tenía que haber permitido que os escribierais. Es una niña. Te admira y duerme con tus cartas debajo de la almohada, y puede que crea que está enamorada de ti, pero ¿qué sabrá ella? Mudarán sus sentimientos. En dos años serás un lejano recuerdo.

Te lo pido por favor, no le escribas más cartas, esas cartas horribles e insinuantes y a la vez siempre tan recatadas. ¿Por qué lo haces?, ¿para poder después negarlo si te pillo? ¿O es que me tengo que creer que tus intenciones son puras, que lo malinterpreto todo? ¿Por quién me tomas, Dennis?

Considéralo el último ruego de un hombre en su lecho de muerte.

Atentamente,
Jackson McLean

Edith (1997)

Charlie y yo vamos a gatas por la loma cubierta de hierba, hasta que llegamos al mismo borde. Desde allí se ve la densa negrura del lago, su brillo en la noche, debajo de nosotros. Una mancha amarillenta hiende el lustre aceitoso: el reflejo de la luna. Charlie se sube la camisa para taparse la nariz y me indica por señas que haga lo mismo. Huele tan fuerte que me mareo: a rotuladores y animales muertos, las entrañas y las tripas de la tierra. Me sabe la boca a hierro.

Charlie agarra mi mano y la aprieta. Está tan oscuro que casi no le veo la cara, solo el perfil, mientras fija la vista allá abajo. Susurra con la boca tapada:

—Siete mil litros de residuos cancerígenos.

Enumera más datos, pero a mí no me importa. El lago es precioso. Parece sacado de una pesadilla de cuento de hadas: la encarnación de todo lo mezquino, lo malo y lo horripilante, allí contenido, reluciente.

No nos quedamos mucho tiempo porque los vapores son demasiado tóxicos. En el camino de vuelta a la furgoneta, pienso todo el rato en mamá, en la balsa que tiene dentro, en la presa rota y el lodo que la contamina, que se vierte en sus venas. Si Mae estuviera aquí, ¿qué pensaría de todo esto?

Sé lo que diría: diría que no he entendido nada, que la balsa de lodos de mamá era ella.

—¿Estás bien? —la voz de Charlie me llega de muchos metros más adelante—. No podemos pararnos.

Capítulo 6

Edith (1997)

El aire de la noche es húmedo y cálido. Bajo del todo el cristal de la ventanilla y dejo que la brisa agite mi pelo apelmazado. Estoy en casa. Por fin estoy en casa. Con este aire basta para sentir los huesos cartilagosos.

—Salte en la próxima —le digo a Charlie, y le doy unos toquecitos en el hombro. Él pone el intermitente. Ha sido un día largo, sin parar de conducir. De vez en cuando abre mucho los ojos, como si lo estrangularan; técnica que emplea, creo yo, para no quedarse dormido. Ha conducido él todo el camino porque yo no sé cambiar las marchas. Quiso enseñarme en un aparcamiento a oscuras después de echar gasolina, pero la cosa no fue muy bien.

—¿V-v-vamos a tu casa? —es una pregunta que acaba en bostezo.

—Al hospital.

Ya sé que es tarde, y que lo más seguro es que el hospital esté cerrado a las visitas, pero quiero sentir que estoy cerca de ella, solo un momento. Me parecería muy frío venir hasta aquí y no ir derechos a verla.

Observo la cara de Charlie a medida que nos acercamos al edificio, una vez pasado el letrero del St. Vincent. No veo ninguna señal que revele reconocimiento o juicio alguno. No le he dicho que es un hospital psiquiátrico, o sea que a lo mejor no lo sabe. El edificio no tiene nada que lo delate como tal. En el sur de Luisiana hay un montón de lugares viejos que parecen encantados, pero este no. La construcción es bastante nueva, anodina: siete plantas de altura y un jardín vallado alrededor. He pasado en coche millones de veces por la puerta, pensando que era un complejo de oficinas o un instituto de formación profesional.

El aparcamiento está prácticamente vacío, salvo por unos cuantos coches en una zona reservada que debe de ser para médicos y enfermeras.

—Tienen las luces encendidas —digo, esperanzada, cuando Charlie aparca a la entrada.

—Los hospitales siempre t-t-tienen las luces encendidas —dice.

Me bajo y Charlie se queda en el coche. En la entrada, las puertas están cerradas con llave. Hay una sala vacía, puede que la sala de espera, con sillones, mesas y un mostrador en el que una enfermera o alguien suele ocupar su sitio, de cara al público. Al fondo se ve una puerta abierta que da a un pasillo largo y bien iluminado. Hay un vigilante de seguridad sentado como a mitad de trayecto; está leyendo el periódico. Doy unos golpes en la puerta y saludo, pero el cristal es muy grueso y casi no hace ruido. El vigilante no levanta la vista del periódico.

Voy caminando por un lateral del edificio, hasta que llego a un seto que bordea una verja de hierro forjado muy alta. Pienso en las vallas que hemos saltado en Virginia Occidental, pero con esta no me atrevo.

La verja rodea el ala del hospital en la que están los internos. Las ventanas son cuadradas, diez en cada planta. Son como las que hay en los bloques de oficinas, de las que no se abren. Pues claro que no se abren, joder: es un psiquiátrico. No se ve nada en las habitaciones que tienen las persianas levantadas: solo los paneles del techo y los fluorescentes.

¿Cuál de esas habitaciones es la de mamá? A lo mejor ni siquiera está en esta ala del edificio. Hago por concentrarme en cada una de las ventanas. ¿Hay alguna que me dé la sensación de que tiene a mi madre dentro?

Es una estupidez. Algo que Mae haría. Si estuviera aquí, señalaría una ventana y diría: «¡Esa! ¡Lo sé y punto!», como si tuviera en el cerebro un localizador y yo no. A ver, Mae, y esto es algo que nunca le he dicho, si tan en sintonía estás y todo lo sabes, qué cojones hacías en la planta de arriba mientras mamá estaba en la cocina anudándose al cuello la comba con la que saltábamos de pequeñas.

Noto una mano en el hombro. Joder. Es Charlie. No lo he oído salir del coche.

—¿Te encuentras bien? —dice—. N-n-no quería asustarte.

¿Tanto tiempo llevo aquí?

—Me ha dicho un celador que la hora de las visitas empieza a las diez de la mañana. Lo pillé cuando s-s-salía a fumar.

Todavía no quiero irme. Charlie se me queda mirando. Le sonrío. Le sonrío para que deje de mirarme tan de cerca.

Un golpe seco. Como el ruido de un pájaro al chocar contra un cristal. Y luego otro. El sonido viene de la última planta. La cara de una mujer se estampa contra la ventana, una y otra vez. Noto que me tiembla la sonrisa en la boca, y Charlie tira de mí para apartarme del seto. Dos enfermeras se abalanzan sobre la mujer, bajan las persianas.

Pensé, por un segundo, que esa mujer era mamá. Pero no. No era para nada mamá. Era solo una loca. Charlie me lleva de vuelta a la furgoneta, aunque camino de lado porque no puedo apartar la vista de aquella pared llena de ventanas.

En la quinta planta, me parece ver cómo se mueven las persianas, hay una sombra. Me detengo.

Charlie me suelta el codo.

—¿Q-q-qué? —dice; se da la vuelta y mira con los ojos entrecerrados adonde yo estoy mirando.

Es ella. No sé por qué, pero estoy convencida.

—Nada —digo, y me meto en la furgoneta.

—V-v-volveremos por la mañana —dice, y arranca el motor.

Mae

Una vez, papá llegó tarde a recogerme a clase de fotografía. Estuve esperando un rato largo a la puerta del edificio. Cuando por fin apareció, le vi algo en la cara que me dio miedo. Como si se le hubiera oscurecido, literalmente. Tenía un brillo oscuro en la piel que no le había visto nunca, en los ojos, hasta en la barba.

Dijo que se acercaba el plazo de entrega y no tenía nada que entregarle al editor. Que lo que había escrito era una puta mierda. Una fotocopia de una fotocopia de una fotocopia de su primer libro. Los críticos ni siquiera se iban a molestar en descuartizarla. No merecían la pena ni el papel ni la tinta de la reseña. Tiraba la toalla.

Nunca antes me había hablado de su escritura, y me emocionó que me confesara sus temores.

—Que se jodan los críticos —dije, en un ataque de valentía, pero yo diría que ni me oyó.

Jamás me habría pedido que hiciera lo que estaba a punto de hacer, pero sabía que tenía que hacerlo por él.

Me eché la cámara al hombro y dije, con una voz que no era la mía: «No quiero ir todavía a casa, llévame a alguna parte». No se lo estaba pidiendo. Era una orden.

Ya habían encendido las farolas, aunque todavía no era de noche. El sol se iba poniendo en algún punto detrás de los edificios. Papá me miró, extrañado. Yo no pensaba esperar a que vacilara, no quería sus evasivas. Le cogí la mano y eché a andar por delante de él.

¿Lo hice con toda la intención? No lo sé. No creo que fuera consciente de ello. Ni que se me pasara por la cabeza que, vista por detrás, con el pelo suelto cayéndome por la espalda y esa forma nueva de caminar, prestada, como la voz, me había transformado en la viva imagen de mi madre.

Lo llevé de la mano al centro, a los bloques de apartamentos del East Village. ¿Cómo iba yo a saber a qué edificio tenía que ir? ¿Cómo iba a saber en cuál de ellos había vivido con ella? ¿En cuál de aquellas azoteas se habían dado el primer beso? ¿Cómo iba a saber que alguien había metido papel en la cerradura del portal, y que por tanto se abriría y podríamos subir, escaleras arriba, seis tramos, después uno más, hasta que nos vimos con los pies en la tela asfáltica del tejado, debajo de un cielo de color naranja?

Lo sabía y punto.

Un escéptico habría dicho que era él quien me llevaba, aunque fuera yo delante; yo no era más que un carricoche o un carrito de la compra. Los perros no saben contar, y yo respondía inconscientemente a los leves movimientos que me transmitía él, a la presión y el temblor de su mano caliente. Pero me parece que no era ese el caso. Yo creo —estoy convencida— que mi madre, desde la cama del hospital, estaba fundiendo su mente con la mía. Yo estaba allí, pero había alguien más, y sabía exactamente adónde ir y qué hacer.

En la azotea, papá y yo nos pusimos uno frente al otro. Yo le eché el pelo hacia atrás con la muñeca, como habría hecho mamá. Él me miró con los ojos velados, tristísimos. El sol colgaba su esfera sangrienta en el cielo, detrás de nosotros.

Es posible que hasta ese momento hubiera desempeñado un papel, pero, en la azotea, puedo asegurar con toda certeza que lo que pasó no estuvo bajo mi control. Las palabras que salían de mi boca no eran mías.

—Marianne —dijo papá, al tiempo que me aferraba la muñeca. Y al decirlo debió de caer en la cuenta de que aquello era una locura, porque se echó a temblar. Me soltó la mano y se alejó de mí como si fuera un agujero negro y lo estuviera engullendo. Su propia hija. Cuando le eché los brazos al cuello, me apartó de un empujón, con tanta fuerza que caí al suelo y me despellejé la rodilla.

Me dejó tirada en el suelo, y volví en mí. Me daba tanta vergüenza que no podía moverme. Pensé: por fin ha visto lo enferma que estoy, el asco que doy. Así me castigaba mamá por elegirlo a él en vez de a ella.

Ya era de noche cuando por fin bajé y hallé a papá dentro de un taxi, con el taxímetro en marcha. Monté, y fuimos a casa en silencio. Me sentía humillada. No podía mirarlo. Fui derecha a la cama sin decir palabra. Y allí me quedé, toda tiesa, vestida, pensando en cómo había arruinado la única oportunidad que se me brindaba de ser feliz.

Y entonces, oí que empezaba a escribir a máquina. Jamás sonó una máquina de escribir con música más hermosa que la de aquella noche, un aporreo que atravesaba la pared y duró hasta que fue de día.

A la mañana siguiente, papá fue tierno y atento y nos comportamos los dos como si no hubiera pasado nada fuera de lo normal, como si las cosas hubieran vuelto al estado en el que se encontraban antes de la partida de Edie. Hasta me llevó al Film Forum a ver una película de Fellini, y yo apoyé la cabeza en su hombro y todo fue a las mil maravillas.

Amanda

Solía llevarle la comida a Rose a aquel sórdido despacho de abogada que tenía en Queens. La clientela se la asignaba el juzgado: violadores, pandilleros, camellos de poca monta. La sala de espera estaba abarrotada y olía a pis de gato. Rose tenía cara de amargada por defecto; pero le cambiaba la expresión en cuanto me veía. Y al relajársele las facciones, hasta se parecía a su hermano. Le encantaba hablar de Dennis. Decía que de niño era enfermizo y tenía mucha imaginación, un mentiroso empedernido que, pese a ser el más pequeño, a la hora de irse a la cama contaba siempre los cuentos más cautivadores. Me invitó a visitarla en Long Island, donde, según me dijo, guardaba objetos que tenían relación con Dennis. Cogí el tren y fui a su casa victoriana en los terrenos de la Academia Montauk, un internado elitista en el que su marido trabajaba como director. Rose me puso un café y me llevó a un cuarto que había montado como si fuera una pieza de museo.

Allí estaba expuesto el primer libro de Dennis, que había escrito e ilustrado él solo, a la edad de ocho años. Era un relato de aventuras sobre un hombre que se convierte en fantasma y, de esta guisa, ronda a la mujer que ama: el tema estaba en consonancia con lo que luego sería su obra. Y al lado, en la misma balda, olvidado y lleno de polvo, estaba el tomito de los cuentos de hadas que había traducido. Era una rareza aquel texto. Solo había visto la fotocopia que me había dejado el profesor Jones; y tenía un gran valor sentimental para mí, dado que había sido mi vía de acceso a la vida de Dennis. Yo contaba con que nadie elegiría algo así para su tesis, y con que eso le llamaría la atención y me diferenciaría del montón de doctorandos que querían hablar con él de *Las hogueras de antaño*.

Rose vio que me demoraba con el libro, así que se ofreció a prestármelo. Quería toda mi atención mientras se quejaba de la exmujer de Dennis. Ella no había aprobado que se casara con Marianne, y no tuvo remilgos en admitirlo.

Me enseñó una foto de Dennis y Marianne en Nueva York, posando en la escalinata del juzgado. Tardé en darme cuenta de que era la boda, porque se trataba de una foto de lo más informal: sin vestido blanco ni esmoquin. Marianne llevaba una especie de caftán indio muy *hippy*, y él, pantalones vaqueros y chaqueta de *tweed*. Lo único que daba a entender que se trataba de una foto de boda era el ramo de flores, borroso, que Marianne estaba a punto de tirar en dirección a la cámara.

Prefiero con mucho al Dennis adulto, con más empaque, antes que a esa criatura imberbe con la cara tan desangelada y con una severidad tan asquerosa que sentí vergüenza al verlo. Miraba a Marianne de tal manera en la foto que me entró un temblor de manos y se me cayó parte del café en la pechera del vestido.

Me entraron más celos todavía cuando, al volver a casa en el tren, descubrí lo que debían de ser las anotaciones de Marianne en los márgenes del libro. Era una letra femenina, apretada y clara.

*la bruja y yo estamos tumbadas junto al río.
yo la sujetaba del pelo para que no se fuese volando.*

le susurraba:

*«siempre he hecho lo que me has pedido. ¿acaso no he hecho lo que me has pedido? ¿por qué siempre me has,
por qué siempre me has odiado?
no he amado nunca nada ni a nadie más que a ti.
el más ínfimo grano de arena que me has dado
lo he convertido en un castillo con mis propias manos.
la pluma más pequeña,
la he convertido en una bandada de pájaros.
la más mínima mirada,
la he convertido en un niño.
yo te he dado todas esas cosas».*

«pero es que yo no quería nada de todo eso», dice la bruja.

El texto continuaba en la página siguiente.

«¿tú qué quieres? —pregunto—. te daré lo que me pidas».

la bruja se transformó en termita y se me metió en el oído. me abrió túneles con las mandíbulas en el cerebro y la garganta, atravesó las tripas hasta que llegó a la polla. no paró de masticar, vasos sanguíneos y un órgano detrás de otro. lo último que se comió fue mi corazón.

«ahora estamos en paz», dijo, con su vocecilla de termita.

Que afirmara que había vaciado a Dennis por dentro me puso hecha una furia. Habría dado lo que fuera por que a mí me «sujetara» él. Y la idea de escribir esos «poemas» desde el punto de vista de Dennis, eso me irritaba: vi ahí, a la vez, modestia y presunción.

Esa tarde, mientras frotaba la mancha de café del vestido en el lavabo del motel, llegué a pensar en abandonar el proyecto. Siempre he sido muy celosa, así que no me sentaba bien fisgar en la vida de Dennis. Decidí, sin embargo, que era crucial estar lo más informada posible, y preparada, porque sabía que solo tendría una oportunidad de estar con él y no podía perdérmela.

Edith (1997)

Me llevo a Charlie a dar una vuelta por mi ciudad, vacía a esa hora de la noche.

—Nos pillamos todo de camino —le miento, mientras le doy indicaciones para ir a Old Metairie Road. Lo obligo a aminorar la marcha cuando pasamos por delante de mi instituto. Señalo el campo anejo, donde la gente va a darse el lote, pero por toda respuesta me brinda un bostezo. Luego lo obligo a que pase con la furgoneta por delante de mi tienda de discos favorita, que no está abierta, como era de esperar, y tiene el cierre echado en el escaparate. Lo obligo a llevarme a la casa abandonada del lago Pontchartrain, donde te puedes tirar al agua desde el muelle desvencijado.

—¿Te quieres dar un chapuzón? —pregunto. Podemos nadar desnudos en el lago frío, darnos el primer beso a la luz de la luna, con los pies en el agua.

—No, Edie. Estoy c-c-cansado. Vámonos a casa —me toca la mano al meter la marcha. Qué tierno, cómo ha dicho «a casa», y no «a tu casa». Todavía no sabe que esto es lo que hay, no más: que esta es la última noche que pasamos juntos. No habrá sitio para los dos aquí abajo. No va a encajar en mi vida, con lo que tengo que cuidar de mamá, y en cuanto vea cómo me comporto con mis amigos se va a dar cuenta de que solo estaba fingiendo ser interesante y adulta.

Bajamos con la furgoneta por Crescent Boulevard. Cada vez está más cerca el final de esta historia, sea lo que sea. Gira y ya estamos en mi calle. Nada ha cambiado: los Lewis están viendo la tele en su dormitorio, en la primera planta. Lo sé por la luz azul que parpadea. Las otras casas están a oscuras. Esto no es Nueva Orleans. La gente se transforma en calabaza a las doce de la noche.

No le digo cuál es mi casa, dejo que pase por delante con la furgoneta. No puedo volver todavía. No estoy preparada. Dennis tenía tanta prisa por sacarnos de aquí que a saber cómo habrá quedado todo, hecho unos zorros. Un cuenco de fruta podrida en la mesa de la cocina, el cuchillo del pan en el suelo, allí donde lo dejé caer, al lado de un charco de pis. No. Quiero tener una última noche entera para mí. ¿Tan horrible es eso? Ya volveré a casa mañana y me ocuparé de todo. Pero, esta noche, todo eso no va a poder conmigo.

Monto un numerito con la búsqueda de la llave.

—Perdona, creo que me la he olvidado —digo, y le indico el camino para ir a un motel cerca del hospital.

—¿De veras? ¿No t-t-tenéis una copia escondida en alguna parte? —es como si le cortara el rollo tener que ir con la furgoneta a tantos sitios, tanto rodeo, pero no dice nada más. Hago como que no lo he oído, saco la cabeza por la ventanilla y cierro los ojos: dejo que el viento cálido me dé en la cara.

**Carta de Dennis Lomack
a Marianne Louise McLean
[1985]**

Querida M.:

Las llaves están en la encimera. Dice Doreen que mañana te dan el alta. Le prometí que ya me habría ido cuando llegaras a casa. No me quiero ir, pero es que veo que te estoy sacando todo lo bueno que tienes dentro y no sé si vas a volver a tenerlo. Qué pequeñita es Edie, y qué preocupada está. Mae llora sin parar, porque la tristeza te está envenenando la leche. Es tu infelicidad lo que la asfixia, literalmente. (¿Y si te hubieran encontrado las niñas en vez de Doreen? ¿No te paras a pensar en esas cosas? Tú qué vas a pararte a pensar en eso. Tú no piensas en nada.)

Y todo ese dramón ¿a qué se debe, si puede saberse? ¿A esa carta tan tonta?

Lo primero: te amé más que a nada en el mundo, más que a nada. Segundo: lo más seguro es que yo hubiera intentado quedarme al margen, pero, si haces memoria, fuiste tú la que vino a mí. ¡Tú y nadie más que tú la que llamó a mi puerta, no al revés! Te plantaste allí, toda empapada. Hiciste todo el camino a pie desde la estación de Port Authority bajo la lluvia. Todavía me acuerdo de que tenías el pelo pegado al cuello y de esa maletita tan boba. ¿Qué le puede caber a nadie en una maleta tan pequeña? Y en tercer lugar: ¿qué sabía él? Eso es lo que pensaba: ¿tu padre qué sabía? Lo tuviste siempre por un santo profeta, un dios supremo. Pero dime, ¿qué podía saber él de nuestra felicidad?

Yo te amaba, Marianne. Todavía te amo. Me has acusado de que en realidad no te amo a ti, sino a lo que me haces sentir. Menuda distinción más tonta. Y ni siquiera es atinada. ¡Si casi todo el tiempo haces que me sienta fatal! Aunque no creo que pudiera sentir nada sin ti. Ni me imagino estar lejos de ti. Por mucho que ahora vaya a sentirlo en carne y hueso, supongo, puesto que me voy. Tienes razón: no sé cómo estar contigo sin querer quitártelo todo, sin esas ganas de matarte y devorarte y de volver a traerte de nuevo a la vida, y luego escribir sobre ti y empezar otra vez desde el principio. ¿Eso no es amor?

Pero así son las cosas: ya eres libre de mí. Te lo prometo. Libre del todo. No llamaré. No escribiré. No me acercaré a ti. Dices que ese es el precio que hay que pagar para que estés mejor, pues sea. Me voy.

Te amo.

Dennis

Mae

Aquella primavera, no existía en el mundo nada más para mí, solo papá. Buscaba agradarle a toda costa. Quería que me mirara a todas horas. Si su atención estaba puesta en mamá, como al parecer era el caso, pues muy bien, entonces me convertiría en Marianne. Desafiaría la lógica, la física, el continuo espaciotemporal, lo que fuera, con tal de llamar su atención y no perderla.

Después de lo que pasó en la azotea, me dejaba sentarme con él a su mesa de trabajo. A veces me hablaba, absorto como estaba en sus pensamientos, y yo le contestaba como si fuera mamá. Entraba a encenderle el cigarrillo y me sentaba en su regazo, hasta que empezaba a escribir otra vez, y entonces era como si yo desapareciese y existiera solo en el ruido de las teclas. Cuando papá no me miraba ni pensaba en mí, tampoco yo era consciente de mi propia presencia.

Apenas habíamos salido del apartamento, así que, cuando una tarde me llevó al hipódromo de Yonkers, supe que era una ocasión importante. En ningún momento pidió que me convirtiera en Marianne; de hecho, lo que hizo, mientras nos estábamos sentando en las gradas, fue sacarse del bolsillo una funda de terciopelo negro y dárme-la. Dentro había unos prismáticos chapados en oro. Todavía me acuerdo de sentir su peso en las manos, y de la sensación al llevármelos a los ojos: como si yo encogiera y mamá se expandiera dentro de mí.

Papá casi no miraba la pista. Me observaba a mí, que tenía los prismáticos clavados en los caballos. Nunca me gustaron los caballos, pero eso no importaba, porque estaba viendo las carreras con los ojos de mamá, no con los míos, y así me era posible hallar belleza en los caballos y emoción en las carreras. Sentía a mamá dentro de mí, llevándome hacia un caballo pequeño y moteado llamado Eagle's Dream. Hasta el nombre parecía sacado de uno de sus poemas. Aunque las apuestas estaban veinte contra uno, Eagle's Dream pasó el primero por la línea de llegada, y papá y yo nos pusimos a saltar, a abrazarnos, locos de contento. Gané doscientos dólares. Qué emoción estar con papá en público en ese escenario invisible, entre todos aquellos hombres con su cigarro habano y mujeres vendiendo boletos, involuntario reparto de extras para nuestra actuación. Creo que papá vio una señal en el hecho de que ganara, el permiso divino para lo que me estaba pidiendo que hiciera. Empezamos a salir más veces así los dos.

Yo sabía cuándo estaba canalizando a mamá bien porque a él le temblaban la cara o las manos de un modo que solo era perceptible para mí. La echaba de menos horrores, y poder volver con ella, aunque solo fuera en esos instantes pasajeros, significaba mucho para él y para su escritura. Cuando acababan esas escenas, volvíamos a casa y se pasaba toda la tarde tecleando, y parte de la noche; y yo me frotaba la cara, me ponía el pijama y, agotada, volvía a mi papel de Mae.

Se me daba la mar de bien hacer de musa de papá. No me costaba nada convencerme de que, como sustituta de mamá, lo que él sentía por ella lo sentía en realidad por mí.

Edith (1997)

Llevo a Charlie a un motel que se llama Aquarius. Markus y yo vimos un día al profesor de Física bajándose del coche en el aparcamiento con la secretaria del instituto. Dijimos en broma que íbamos a pedir una habitación nosotros también, pero, claro, no lo hicimos. En mi carné ponía que era menor de edad, y Markus es un cobarde.

La habitación que le dan a Charlie está en la segunda planta. Es clavada a las que salen en las películas: una colcha de color verde oscuro, muebles de mimbre y un cenicero de cristal encima del televisor. Me desvisto y me meto en la cama. Charlie hace como que no me mira. Se desata los cordones de las botas despacio, con la vista fija en el cuadro que cuelga encima de la cama.

—¿Q-q-qué tal la cama? —me pregunta cuando ya estoy tapada del todo.

—Bien —me estiro como una estrella de mar—. Es cómoda.

Doy unos botecitos y crujen los muelles.

—¿Estás cansado? —le digo.

—Ajá —Charlie inclina el cuerpo mientras se desviste, hasta quedarse en calzoncillos. Tiene la espalda pálida y musculada. Me apetece decirle que parece una estatua de mármol. Y es verdad: tan blanco y sin pelo, pero me da vergüenza decirlo en alto.

Apaga la luz desde el interruptor que está en la mesilla. La habitación queda a oscuras; pero entonces mis ojos se adaptan a la luz verdosa que entra desde el aparcamiento, rezumada de las farolas y los letreros de neón del motel. Charlie está tumbado de espaldas, todo lo lejos de mí que puede.

Se vuelve para mirarme, con la mano debajo de la mejilla.

—Siento que no hubiera camas separadas —susurra.

Me encojo de hombros, porque yo no lo siento.

—¿Estás bien? —susurra. Cuando susurra no tartamudea.

Encojo los hombros otra vez. Va a tocarme, pero en el último momento aparta la mano.

—Buenas noches —dice.

De «buenas noches» ni hablar. Lo veo buscar la postura para dormir y cerrar los ojos, y se me acelera el corazón. Esto no puede quedar así. Me pongo de pie en la cama y doy un par de pasos en su dirección, de tal manera que mis piernas se yerguen sobre su cabeza. Observo el cuadro que él miraba antes, paso los dedos por la superficie rugosa del lienzo. Aunque estamos a oscuras, se ve que es un barco de vela en el mar. En casa, en la habitación de mamá, tenemos una marina muy grande que pintó mi abuelo. Qué curioso no haber visto nunca el mar hasta que fui a visitar a Dennis.

Bajo la vista y miro a Charlie a la cara. ¿Está dormido? No, pero tiene los ojos cerrados. Le doy en el hombro con el dedo gordo del pie.

—¿Qué? —susurra. Le vuelvo a dar—. ¿Qué? —sonríe, pero sigue con los ojos cerrados; me rodea el pie con una mano.

—Esto... ¿Has hecho vela alguna vez? —le pregunto. No se me ocurre nada más, y no quiero

que se duerma. No me suelta el pie. Me pasa el pulgar por la planta. Aguanto la respiración, ojalá no pare.

—Ajá —dice por fin—. Sí —y entonces, cuando no se me ocurre qué más decir, él dice—: Nos conviene dormir algo.

La desilusión me sube a la garganta. ¿En serio? Sigo de pie, a oscuras. No me pienso mover hasta que no vuelva a tocarme. Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis. Cambia de postura y abre los ojos, y el blanco le brilla en ellos como un cuchillo. Le pongo el pie en el cuello, noto su pulso debajo de la planta. ¿Se le acelera? ¿Me va a tocar? Noto que traga saliva. Nos quedamos los dos muy quietos, con ese sentimiento que ha crecido entre nosotros después de tantas horas de coche... ¿O es que me lo estoy inventando? No. Me rodea el tobillo con una mano y la sube por mi pierna.

Me sale un graznido de dentro, aunque es como si no fuera yo la que lo suelta. Quizá debería avergonzarme, pero no me da nada de vergüenza. Deja la mano quieta en mitad del muslo; yo le piso más fuerte la garganta. Se lame los labios. Quiero decirle que suba más la mano, pero se está muy quieto; entonces, de repente, arquea la espalda y me agarra por las caderas, tirando de mí hacia abajo hasta que estoy encima de su cara. Me besa con las bragas puestas. Con la lengua, con los dientes, succiona la tela. Mete la mano debajo del elástico, y un dedo dentro de mí. Apoyo la frente en el cabecero de mimbre. Me encanta lo que me hace, noto su cálido aliento entre las piernas, un dedo que traza círculos concéntricos, cada vez más amplios. Nunca me lo ha comido nadie, nunca así, de esta manera.

Charlie me tumba en la cama y se pone encima. Le sabe la boca a cenicero mentolado y a algo más. ¿A mí? Hace que me sienta como una caníbal, eso de saber a qué sé.

—¿Estás segura...? —no acaba la pregunta.

—Sí —lo interrumpo, y le meto la lengua en la boca antes de que cambie de parecer. Le busco la polla y se la rodeo con la mano. Me sorprende. A juzgar por el roce contra mi pierna, no creía que la tuviera tan grande. Pesada y tensa. La de Markus estaba siempre un poco flácida y a media asta. Esta es una tranca. Se la estrujo y me fijo en su cara. Cierra los ojos, pero no del todo, le revolotea el blanco debajo de los párpados. Da sensación de poder eso de sujetarlo de esta manera, como si lo llevara de una correa. O sea que con un hombre es así. Me acuerdo de ese fragmento del libro de Dennis, el que me leyó Mae.

Abre del todo los ojos.

—No tan fuerte —dice, sin rastro de tartamudeo.

A oscuras, la cara se le ve distinta. No lo conozco, no sé nada de este extraño que me está quitando las bragas empapadas. Charlie se ha encerrado en el baño y este es su doble, que me busca con la punta de la polla y la mete. Jadea y se transforma de nuevo, se pone otra máscara que desconozco, con los ojos en blanco y la mandíbula apretada. Noto cómo me dilato y su polla se desliza dentro, centímetro a centímetro. Parece que me esté empalando, hasta que topa con algo. ¿Un pulmón? Así quiero morir, muerta por una polla, con la mente completamente en blanco. Me pone las manos en los pechos. Las tiene bastas, como guantes. No me gusta nada, pero cuando se las voy a quitar me pellizca los pezones tan fuerte que no creí que pudiera aguantarlo y que me gustase. El dolor me traspasa, me transforma en otra cosa. ¿Por qué nadie me ha hecho esto antes? Oigo un gemido. La saca un poco.

«No, no la saques», estoy a punto de decir, pero me tiembla la boca y suelto un mudo balbuceo. ¿Es un orgasmo? Noto punzadas en la cara, como si se me hubiera dormido. Tomo aire, pero me mete los dedos en la boca, me busca la garganta por dentro y empuja. Chocan nuestros huesos. Una y otra vez. Me ahogo, me contraigo. Nada existe.

Saca la mano de mi boca, se limpia los hilos de saliva en el pecho, me limpia la tripa con el borde de la sábana. No me puedo mover. Estoy inválida, pero él trabaja bien, como el que recoge la mesa. Me vuelvo a notar la cara, despacio. Se levanta para coger el cenicero y el paquete de cigarrillos del bolsillo del pantalón, se tumba a mi lado y me acerca a su pecho. Tengo la mejilla apoyada en mi propia saliva. Oigo el clic que hace el mechero, la inhalación.

—La felicidad es como un toro —dice al exhalar.

Levanto la cabeza para mirarlo, está echando el humo por un lado de la boca.

—¿Eres feliz? —pregunto.

—Sí —me besa en la coronilla.

Me apetece preguntarle si por eso no tartamudea, pero la verdad es que no quiero sacar el tema. A lo mejor lo he curado. O a lo mejor lo ha estado fingiendo todo este tiempo. El corderito en realidad es un lobo.

—¿Qué?

—¿Qué?

—Estás sonriendo.

Asiento con la cabeza. Me noto leve, como si, de no ser por su brazo, pudiera salir flotando, muy alto, cada vez más alto.

Apaga el cigarrillo y deja el cenicero en la mesilla. Le miro la mano, la misma mano que acaba de meterme en la boca, y me tiemblan los músculos por dentro. La réplica del terremoto.

—Buenas noches —dice. Cierra los ojos y deja caer la cabeza en la almohada.

Le podría contar ahora lo de mi madre, aprovechando que está cansado y no querrá hacer preguntas.

—El St. Vincent es un hospital psiquiátrico —digo en voz baja, por si ya se ha dormido.

No responde. Oigo que le silba un poco la respiración.

Hay ciento veintisiete paneles en el techo. Siete están manchados. Cuento otra vez, ciento veintinueve. Empiezo a contar una tercera vez, pero me aburro. No voy a poder dormir.

Me levanto y me echo por encima su camisa de franela, voy hasta la ventana. La calle está vacía, y el aire es húmedo. La niebla nimba de verde el letrero de neón. Yo creo que si aguzo la vista llego a ver la calle del hospital. ¿Qué pasará si mamá ha cambiado cuando la vea mañana? ¿Si se ha convertido en una extraña? Qué tontería. Nunca será una extraña. Se alegrará mucho de verme. Se sentirá aliviada. Hay quemaduras de cigarrillo en el borde de la cortina. Alguien ha debido de estar aquí antes, igual que yo, mirando por esta ventana.

—Ya lo sabía —le oigo decir a Charlie. Tardo un instante en darme cuenta de que lo dice por lo del St. Vincent. No sé si está despierto o dormido, pero se incorpora en la cama y me reclama con los brazos, así que me tumbo a su lado y apuro un buen rato el hueco caliente que ha dejado debajo de las sábanas. Hasta que al final me duermo, cuando ya está clareando.

Charlie

Me da la sensación, a veces, de que el cuerpo me traiciona, debido a que tartamudeo, pero cuando estaba con Edie notaba en todo momento que lo tenía controlado: ya no sentía que me iba a ahogar con mi propia lengua, sino ese poder de ser capaz de darle lo que me pedía.

Las mujeres de mi edad se preocupan por mí como si fuera yo su caniche, que se les ha puesto enfermo. Ese tipo de cosas me saca de quicio. Todo ese resentimiento lo canalizo para acabar follándomelas, que es lo que ellas quieren en su fuero interno, creo yo: que se las follen así, porque les parece «apasionado». Cuando no lo es, es solo violencia. Pasión es lo que hubo entre Edie y yo.

La mañana después de la primera noche que pasamos juntos, la esperé en una cafetería que había en la calle del hospital mientras iba a visitar a su madre. Pedí un desayuno de tal calibre que la camarera tuvo que hacer varios viajes para traerlo todo a la mesa. Yo estaba de muy buen humor. Había una pareja en el reservado de al lado. Eran enfermeros, o médicos, no lo sé; pero estaba claro que acababan de terminar el turno, porque llevaban todavía las batas puestas, y se los veía cansados, y felices. Se daban el uno al otro tarta con la cuchara, y pensé que así podíamos vernos Edie y yo algún día. ¿Por qué no?

Y sigo preguntándomelo a veces, aunque sé muy bien por qué no. Para mí, Edie será siempre aquella chica de dieciséis años que ponía los pies en el salpicadero de la furgoneta, con el pelo azotado por el viento.

Rose

Denny me tuvo esperándolo a la puerta del Guggenheim casi una hora. Habíamos quedado para ver la exposición de Balthus, y solía ser puntual. Al principio, intenté no preocuparme. A lo mejor había venido en metro y había atasco en los túneles, algo de lo más normal. Pero cuando apareció así, despeinado y hecho un Cristo, seguido solo de una de sus hijas, enseguida supe que pasaba algo.

¿Dónde estaba Edie? ¿Qué había sucedido? Empecé a meterle caña en cuanto lo tuve delante. Me dijo con toda la calma que su hija mayor se había ido.

¿Que se había ido adónde? No me encajaba que se lo tomara con tanta calma. ¿Que se había ido cuándo?

Me dijo que la chica quería volver a Luisiana, y que para allá se fue.

—¿Y tú vas y la dejas ir?

Denny reaccionó a aquella pregunta con cierta irritación. Dijo que habría sido un hipócrita de habérselo impedido. En las Marchas por la Libertad, la mayoría de la gente era poco mayor que Edie, y a su edad él se había escapado a Montreal por un tiempo.

Me chocó su actitud, me pareció muy cruel por su parte. Casi nunca discuto con Denny, pero aquel día me costaba mirarlo a la cara. Fui delante de ellos durante el recorrido por la exposición, y estuve llorando delante de un cuadro de una chica joven con un gato. ¡Era tarea de Denny proteger a sus hijas! Los años que dura la infancia no tienen precio y ya no vuelven. Denny se había perdido la infancia de sus hijas, y yo con él. Era un tiempo que nunca recuperaríamos. Igual que no iba a recuperar yo la posibilidad de tener hijos.

Al final vi a Denny y a Mae subir por la rampa: el Guggenheim está diseñado de tal manera que no hay rincones donde uno pueda esconderse, solo esa rampa circular que recorre todo el edificio. Tenía que recobrar la compostura rápidamente porque de bien poco serviría que me vieran destrozada. Siempre he sido yo la que arrimaba el hombro en los peores momentos: cuidé de mi madre cuando se estaba muriendo; cuidé de Denny cuando se divorció. Tenía que ser alguien con quien Denny y sus hijas pudieran contar.

Una vez que Denny y Mae llegaron a mi altura, hice lo que pude por actuar con normalidad, pero me partía el corazón ver lo mucho que Mae se parecía a las chicas de los cuadros. Incluso en la ropa: calcetines hasta la rodilla y un jersey como de tela escocesa, la clase de cosas que una chica normal no se pondría ni atada.

Cuando le pregunté qué pensaba de los cuadros, dudó un instante, y luego salió con una respuesta que estaba claro que reproducía lo que Denny acababa de contarle. Se agarraba con ambas manos a la de Denny, como una niña pequeña. Era algo de otra época. Estaban en su propio mundo, no hablaban más que entre ellos mientras yo los seguía por lo que quedaba de exposición.

Luego comimos en la cafetería del museo. Evité mencionar a Edie porque no quería discutir, pero no se me ocurría nada más que decir. Le hablé de Amanda, de lo bien que lo había pasado con ella en mi casa; y me fue derecho a la yugular, diciendo que no me metiera en sus asuntos. Le

dije que menudo favor le había hecho Marianne si pensaba que si alguna mujer se interesaba por él es que no tenía que andar muy bien de la cabeza.

Después de eso, pasamos el resto de la comida en silencio. Mae no le soltaba la mano ni siquiera mientras comían. Lo miraba como si no hubiera nadie más en la sala. Al final me pidió perdón por haber sido tan brusco conmigo. Me explicó que había vuelto a escribir y que tenía al editor encima a todas horas. Hacía tanto tiempo que no escribía que ya se me había olvidado lo loco que se pone cuando está en pleno proceso creativo.

Me ofrecí a que Mae se quedara con nosotros en Long Island mientras él escribía, para que nada lo distrajera. En cuanto lo dije, Mae se apartó de mí, como si le fuera a tirar ácido a la cara.

—No, no —le dijo para tranquilizarla—. No podría. La necesito. Me está ayudando.

Algo en cómo se comportaba la niña me pareció inquietante, ya entonces; pero me dije a mí misma que yo no era madre, y que tampoco sabía lo que era reunirse con una hija perdida hacía tiempo. Pensé que todo habría ido mejor si le hubiera pedido a Amanda que viniese. Me había parecido una chica muy capaz y con los pies en la tierra, y tenía la esperanza de que ella impidiera que las cosas se salieran de madre. Debí haber insistido en llevarme a Mae a casa. Claro que me culpo a mí misma por no haberlo hecho.

**Carta de Marianne Louise McLean
a Dennis Lomack
8 de agosto de 1968**

Querido señor Dennis:

Acabo de volver del lago. He estado practicando el estilo a espalda como usted me enseñó. ¿Recuerda cuando me enseñó a flotar? ¿Cómo me sujetó con solo dos dedos... debajo de la cabeza? El agua estaba tan caliente que parecía que el lago era yo. Tenía esperanzas de que usted me besara, para convertirse después también en lago...

¿Sabe que hay un mar que llaman el mar Muerto, donde el agua es más densa porque está llena de sal, y todo el mundo flota? Los líquidos que llevo dentro, a veces los noto más densos, y otras son como el vapor. Por ejemplo, cuando me llegan sus cartas..., ¡vapor!, ¡vapor!, ¡vapor!

Leí el libro que me mandó. Me gustó. El pobre hombre cucaracha. No creo que el mundo sea tan cruel. En fin, tengo que ir a ayudar a mi padre a montar unos lienzos.

Suya, por los siglos de los siglos, hasta que las ranas críen pelo (pensando que eso no va a pasar nunca). m

Edith (1997)

La enfermera ha dicho que mamá está en una sesión; con el psiquiatra, supongo, aunque no ha dado más detalles. Hay un hombre que también está esperando. Imagino que somos los únicos porque entre semana, por las mañanas, hay menos visitas. Tiene una barba gris que le cubre la cara, gorda y roja, y parece muy triste. Está leyendo una revista con la foto de una tarta en la portada. Son revistas de las que no he oído hablar en mi vida: *Cáncer Hoy*, *Boletín de las Comidas sin Grasa*, *Amantes de los Gatos*. Están todas combadas, con algunas páginas pegadas, como si hubieran vertido agua encima. ¿Será un indicio del tipo de lugar que es este: ni siquiera pueden actualizar las revistas? ¿O será que las cosas funcionan tan bien que las visitas no tienen ni que esperar siquiera? ¿Cómo voy a pensar que en un sitio con una birria de revista de gatos en la sala de espera van a curar a mi madre?

Vuelvo al mostrador, donde está la enfermera. Se rasca la frente reluciente con un lápiz. Veo una esquina del crucigrama en el que está enfrascada.

—Unos minutos más solamente —dice. No me quiero sentar otra vez, así que camino por la sala de espera.

Tengo que averiguar qué papeles hay que rellenar para sacarla de aquí. Puede que Doreen lo sepa. Luego iré a casa a comprobar que todo está en su sitio, listo para recibirla. ¿Eso qué quiere decir, si puede saberse? ¿Guardar bajo llave los cuchillos de trinchar? ¿Estar encima de ella a todas horas? ¿Y el instituto qué? Empiezo el curso después del verano. Todo habrá vuelto a la normalidad entonces. A lo mejor Charlie me puede ayudar. No, eso es una locura. Seguro que va a querer volver pronto a casa. Esto no ha sido más que un viaje en coche. ¿De verdad ha sido eso? Porque ha sido mucho más fácil de lo que era siempre con Markus, con quien había que negociarlo todo, lo que se da por lo que se viene, midiéndolo todo con un dosificador. Es como si, al meterme la mano en la boca, hubiera liberado el paso, quitando de en medio una piedra pesada y triste. ¿Cómo es posible que alguien que en realidad no te conoce haga que te sientas así? No es posible. Quiero que lo haga otra vez, que me abra y me arranque del cuerpo...

Se oyen gritos lejanos, apagados pero espeluznantes. La enfermera levanta la vista del crucigrama y, como si los gritos fueran la señal, dice:

—La señorita McLean ya la puede recibir. Quinta planta.

Señala, al fondo del pasillo, el ascensor. Menudo momento para estar pensando en Charlie. Qué me pasa. El ascensor se para en la segunda planta. De ahí salen los gritos: es una anciana que grita y tiene la cara como un agujero. La sujetan dos celadores, que no se andan con chiquitas. Se le ha subido el camisón y quedan a la vista las cicatrices que luce en el vientre. Huele a rayos. Como a mierda, pero peor. Al infierno. Literalmente al infierno. Me mareo, todo me da vueltas. Entra un médico en el ascensor y se cierran las puertas detrás de él.

—¿Te encuentras bien? —dice el médico, y me sujeta por el codo.

—Sí, sí, estoy bien —me pongo derecha. A ver si dejo de comportarme como una estúpida, qué vergüenza. Desvío la mirada, y él me suelta.

Cuando se abren las puertas en la quinta planta, me da miedo darme de bruces con una escena parecida, pero todo está en calma. Huele como huelen los hospitales siempre, a productos de limpieza. Hay una enfermera esperando al pie del ascensor. Es a mí a quien espera.

—¡Tú debes de ser la hija de la señorita McLean!

La sigo por el pasillo de linóleo. Le da botes la coleta a cada paso. No es posible que sea una de esas que mamá describió en sus cartas, las que la torturaban con baños fríos.

Se detiene de golpe, justo antes de enfilar otro pasillo, y me dice:

—Vendré a por ti en diez minutos. El doctor Gordon dice que las visitas no se pueden quedar más tiempo por ahora —voy a protestar, pero me interrumpe—. Y no te asustes, todavía estamos ajustándole la medicación.

¿Cómo que no me asuste? Ya sé que le tiembla el pulso, por la letra de las cartas. ¿Qué más? ¿Qué más le han hecho?

La enfermera me lleva hasta una puerta que está abierta, al final del pasillo.

—Ha llegado su visita, señorita McLean —dice, levantando en exceso la voz, como se les habla a los tontos y a los sordos. Me dan ganas de arrancarle la coleta de la cabeza a la muy puta. Entro en la habitación y la empujo sin miramientos al pasar.

Dentro, sentada en el borde de una cama metálica, está mamá. Lleva el pijama de flores que le mandé y un pañuelo de seda muy raro. Le han cortado mucho el pelo; nada más vérselo me entran ganas de llorar. Ese tipo de corte, a tazón, solo se lo hacen los retrasados.

—Enseguida vuelvo —dice la enfermera.

A mamá le cuesta enfocar la vista y mirarme a los ojos. Está temblando. Me tiende los brazos.

Noto una punzada de temor que da paso, en cuanto soy consciente de ella, a la vergüenza. La abrazo. Fuerte. Más fuerte aún para poder ocultar las pocas ganas que me dan de abrazarla. Le acaban de lavar el pelo y le huele a suavizante de ropa, a manta de bebé. Es un olor dulce que apesta a humillación. Respiro por la boca.

—Qué pañuelo más bonito —tuerzo la boca para forzar la sonrisa y paso un dedo por el tejido de seda. Se le cae un poco, y veo por qué lo lleva puesto: para tapar las quemaduras que le dejó la cuerda en el cuello. Seguro que se le han infectado, porque están rojas, llenas de escaras, y relucen, como si le hubieran aplicado crema encima. Se lleva la mano al pañuelo, acoplejada, y evita mirarme.

Empiezo a hablar, a hablar como si tal cosa, para llenar con palabras el espacio que media entre las dos. Le digo que la he echado de menos, pues claro. Y que me alegro mucho de verla. Que vine en coche, atravesando Virginia Occidental, y vi las montañas. Y le hablo de Nueva York. Pero, ya se sabe, en plan postal. Porque en cuanto dejo entrever la más mínima crítica me doy cuenta de que se me va, deja la mente perdida. Así que nada de quejas. No hablo de Dennis. Solo de museos y parques. Ella asiente con la cabeza, una y otra vez, desde la parálisis en que se encuentra.

Por fin, me interrumpe.

—¿Dónde está Mae? —dice.

Como no podía ser de otra manera, eso es lo primero que me pregunta. Miento, digo que está mala de la garganta. Que no es nada, pero que eso le impide viajar.

—Tenías que estar cuidando de ella —dice mamá.

¿En serio? ¿Eso es lo único que quiere decirme? ¿No que me echa de menos o que piensa en mí, ni que se alegra de que haya cogido un coche para venir a verla? Hay una pila de cartas encima de la mesa. Ni siquiera las ha abierto. Desvió la mirada, porque como la mire a ella se me va a ir la

pinza. Miro por la ventana, al jardín, luego al otro lado de la habitación, donde hay una cama exactamente igual, una mesa...

Joder. Y una mujer también. ¿Lleva ahí todo el rato? Tiene toda la pinta. Una mujer pequeña, sentada como una estatua a la mesa, en la otra punta de la habitación. Lleva puesta una bata verde y tiene la vista fija en la pared, detrás de mí.

—¿Esa quién es? —le susurro a mamá.

No me hace ni caso. Juguetea con un hilo suelto de la manga del pijama.

—¿Podemos ir a dar un paseo por el jardín? —le pregunto en voz baja, no quiero que ese adefesio de mujer oiga nada más de lo que tengo que decirle a mi madre.

Mamá dice que no con la cabeza. El pelo a tazón tan feo que lleva se le mueve por delante de la cara.

—No me dejan.

—¿Por qué no?

No lo dice, sigue concentrada en el hilo.

—Te voy a sacar de aquí —susurro, y la vuelvo a abrazar.

Me aparta la mano de un empujón y dice:

—No dejasteis que me muriera; pues bien, ya se ha cumplido vuestro deseo, aquí estoy. Ahora vuélvete a Nueva York.

Joanne Weber

Yo compartí habitación con Marianne en el St. Vincent. Estuve dos años entrando y saliendo, aunque la mayor parte del tiempo ingresada. Era arquitecta y, al jubilarme, bien porque le faltara una razón de ser a mi vida o por la pérdida de identidad, por lo que fuera, el caso es que caí en barrena en una depresión. Me diagnosticaron un trastorno bipolar. Al principio sentí alivio al ver que lo que me pasaba tenía nombre, pero al final tanta etiqueta me parece una simplificación. En el St. Vincent, cualquiera que tuviera tendencias suicidas, si no era paranoico, era bipolar. Marianne también era bipolar. Y tenía, además, trastorno de la personalidad. De haber estado vigente todavía el diagnóstico de histeria femenina en el St. Vincent, puede que se lo hubiesen aplicado también.

No digo que no hubiera motivos para tenernos encerradas allí. Estaba claro que todas teníamos muchas cosas que resolver, pero las categorías que empleaban los médicos no significaban mucho. Y, si no respondías a su tratamiento, se lo tomaban como una ofensa personal. No hacían más que subirle la dosis a Marianne, aunque estaba claro que los fármacos no le eran de mucha ayuda. Había gente que se mataba de hambre, hasta que desaparecía. Marianne lo hizo hablando cada vez menos, hasta que pasado un tiempo ya no quedó casi nada de ella.

Cuando la pusieron conmigo, al principio hablábamos. Tumbadas en la cama, nos contábamos la vida que habíamos llevado, los matrimonios y la niñez y esas cosas. Me habló de lo que había sido para ella tener hijos. Dijo que en ese momento su marido logró por fin invadirla. La deformó, y no solo corporalmente: fue como si le estirasen algo en lo más íntimo de ella y quedara profanado. Yo no tengo hijos, pero me hacía cargo de cómo se sentía. Aun así, se me cayó el alma a los pies cuando vino a verla su hija y vi cómo trataba Marianne a la pobre chica. Sin nada de ternura. En el hospital, yo estaba medio aletargada, pero la voz de esa chica se me clavó en el alma, de forma inesperada para mí. Recuerdo que me enfadé con Marianne en ese momento, sentí que la había sobrevalorado. Porque mi madre también había sido una mujer muy fría.

Ahora bien, de lo que puede que no se diera cuenta su hija, lo que puede que no llegara a saber nunca, es que, cuando se fue, Marianne lloró y lloró, en silencio para no llamar la atención de la enfermera. Y fue entonces cuando entendí su comportamiento: un instinto muy primario de alejar a su hija de ella y llevarla a buen puerto, aunque eso pasase por romperle el corazón a la chica.

Capítulo 7

Conversación telefónica entre Mae y Edith

MAE: ¿Diga?

EDITH: ¿Mae?

MAE: ¿Edie?

EDIE: Sí. ¿Me oyes?

MAE: Sí, aunque no muy bien.

EDIE: Es que llamo desde una cabina, fuera del hospital.

MAE: Ah.

EDIE: ¿Y bien?

MAE: ¿Y bien qué?

EDIE: ¿Es que no me vas a preguntar qué tal está mamá?

MAE: No, porque ya lo sé.

EDIE: ¿Que lo sabes? Vale, pues es peor que en las cartas, mucho peor. Ya no parece ni ella. Y le han cortado el pelo.

MAE: ¿El pelo?

EDITH: Sí. Le queda horrible. Y le han hecho más cosas... Pero como eres un genio, a lo mejor también lo sabes.

MAE: Tengo que colgar.

EDITH: Me preguntó por ti, cómo no. Fue lo único que preguntó. No te creas que quería saber qué tal me iba.

MAE: Me espera papá abajo. Tengo que colgar.

Mae

Una vez, cuando papá me llevó de pícnic al estanque de los patos de Central Park, decidí que me lo iba a quedar para mí solita y no lo compartiría con mamá. Estábamos sentados en la manta escocesa, comida por las polillas, y papá me daba higos secos y dátiles, y aceitunas rellenas de almendras. Me daba asco esa comida, pero me la comí y puse la sonrisa de mamá, mientras tragaba deprisa, sin masticar, para que aquellas texturas no me rozaran ni la lengua. Cuando ya no quedaba nada más por probar de lo que había en la cesta, papá me miró, tembloroso, como invitándome a hablar. Pero yo no sabía lo que tenía que decir, no estaba segura. Debió de notar que algo no iba bien.

Allí estaba yo, sentada igual que mamá, mirando al estanque del mismo modo, tocándome el pelo como habría hecho ella, tarareando una canción que le había oído cantar, pero nada estaba en su sitio. Lo veía inquieto. Se daba cuenta de que yo era una impostora. Esperaba que hiciera algo, pero algo que partiera de mí, y yo no sabía qué era. Suspiré. Me estiré. Me tumbé en la hierba y me volví a sentar. Nada de eso era lo que él quería de mí.

Arrugó la boca en un gesto de frustración. Si llevaba haciendo lo mismo todo el rato, ¿cómo sabía él que yo no era ella? Tantas ganas de agradecerle lo habían irritado. Por fin, en voz baja, tanto que casi no lo oí, dijo:

—Dime que no me quieres, que soy un pesado, un error, que no tenías que haber venido.

Yo no quería decir nada de eso, ni pensarlo siquiera. Me sentí humillada. Mi amor no debía de significar mucho para él, puesto que estaba dispuesto a mancharlo con la crueldad de mamá. Pero no sabía decirle que no. Haría lo que hiciera falta, así que los tentáculos de mamá me apretaron el cuello y meforcé a mí misma a decir aquellas palabras.

—No te quiero, eres un pesado, un error, no tenía que haber venido.

Él quería que le hiciese daño, y se lo hice. Le dije todo lo que me pidió que dijera y más; y con cada injuria que salía por mi boca me notaba más y más grande, hasta que alcancé el tamaño de una carroza en un desfile y lo tuve acobardado delante de mí. Nunca me había emocionado tanto. Era omnipotente y estaba a la vez completamente fuera de control. Sentía la piel ardiendo. No podía respirar.

Amanda

Iba de camino a visitar el colegio al que había ido Dennis de pequeño cuando, por pura casualidad, tuve la suerte de verlo con Mae, sentados en la manta que acababan de extender al borde del estanque, en Central Park. Alquilé un bote a pedales y fui en dirección al punto en que se encontraban ellos, como si hubiera llegado flotando, pero estaban tan enfrascados el uno en el otro que no me vieron cuando los saludé con la mano. Di varias vueltas por el estanque, pero no levantaron la cabeza las veces que pasé por allí. Podía haberles dado una voz, pero sabía que tenía que andar con pies de plomo. No es fácil ir dándose de bruces por ahí con la gente y que parezca verosímil. Me di la vuelta, y ya me dirigía al embarcadero cuando oí el griterío. En apenas un instante, aquel pícnic tan idílico se había transformado en una riña. Su hija estaba hecha una furia, lo arañaba y le daba patadas, y él intentaba aplacarla. Salté del bote y fui corriendo hasta donde estaban ellos, por el agua, que apenas cubría. Dennis tenía la cara ensangrentada. Estaban los dos como aturdidos y, cuando la aparté de él, la chica echó a correr. Dennis me miró, pero no creo que me viera. Fue detrás de ella, dando tumbos, y dejó allí todas sus cosas. Lo llamé a voces, pero no se dio la vuelta.

Luego, esa misma tarde, volví con Rose para recoger la cesta del pícnic. La casa estaba hecha un asco. Recuerdo que se había salido la arena del gato y el suelo del salón estaba lleno de esas piedrecitas polvorientas. Era bastante temprano, pero Mae ya dormía, roncando. Yo lavé los platos, y Rose y Dennis estuvieron hablando.

—No te estorbaré lo más mínimo, solo quiere ayudarte a escribir el libro —oí que le decía Rose. Y cuando Dennis fue a contestar, no le dejó abrir la boca—. No seas tan egoísta. Ya vale. Le debes un hogar a esa chica. Mira cómo está esto.

Él prometió que contrataría a una señora de la limpieza, pero Rose no dio su brazo a torcer. Mi querida Rose, la dulce Rose. De no ser por ella, no sé qué habría pasado.

New York Times Book Review

[7 de septiembre de 1980]

Habla Casandra

Dennis Lomack

396 pp.

A estas alturas, nuestra cultura está inmunizada contra los rituales de apareamiento de los *hippies*, pero Lomack ha encontrado la manera de hacer que sus lectores se retuerzan. En su última entrega hasta la fecha, *Habla Casandra*, a Gregor, un revolucionario cornudo, lo tortura su joven esposa, Casandra. Es el mismo sur que aparece en *Las hogueras*, solo que dos décadas más tarde. La ingenua se convierte en vampiresa; y Gregor, literalmente, en el fantasma del hombre que una vez fue. La mezcla de lo fantástico y lo prosaico ya se ha ensayado antes (ejem, en Kafka), pero no de esta guisa.

Hay una escena en la que Gregor espía a Casandra mientras ella liga en un bar con un «resentido con la cara destrozada». Gregor los sigue hasta el apartamento del hombre —una casa de mala muerte levantada sobre pilotes en una zona anegada, que es el equivalente a la choza de la Baba Yagá en lo alto de un montón de patas de pollo— y ve por la ventana cómo el feo desconocido le hace el amor a su mujer. El apartamento no está amueblado, solo hay una sombrilla de papel enorme, «como las que adornan en miniatura un cóctel tropical, o las típicas de los burdeles», colgada boca abajo de la lámpara del techo, que vierte un resplandor rosáceo sobre los cuerpos en su cópula. Sin embargo, es aún más turbadora la escena que sigue inmediatamente a esta, en la que Casandra y Gregor vuelven juntos caminando a casa. La ternura que se establece entre los dos tiene su propia violencia. Es esa ternura la que lleva a Gregor a transformarse en fantasma.

Convertido ya en fantasma, Gregor renuncia a los placeres terrenales para sí mismo con el fin de poseer el cuerpo de su mujer y obligarla a mantener relaciones con otros, experimentando así estas infidelidades con ella. La posesión de su mujer por parte de Gregor parece una clara metáfora del proceso de escritura, en el que Lomack habita la mente de todos sus personajes y se ve obligado a ver la vida a su través, a poseerlos. Tal vez el acto de escribir desemboque en empatía, pero hace bien poco por aplacar su honda ira...

Apuntes de psicoterapia de Marianne McLean

4 de mayo de 1997

Es la tercera sesión seguida en la que Marianne se niega a hablar.

Le pregunté: ¿Cómo se siente? ¿Le gustaría hablar de algo en concreto? Silencio.

La nueva medicación tiene efectos secundarios (se hincha la cara, la piel se vuelve cerosa y gris, hay espasmos desagradables). Entre eso y lo que se hizo en el pelo (arrancárselo a dentelladas, según las enfermeras), la estancia aquí no le está sentando nada bien a su aspecto físico.

No obstante, eso no quiere decir que no mejore. Una mejora, extrañamente, muy lineal.

Le leí algunos testimonios tomados en una sesión previa, en la que se mostró más comunicativa.

Mi padre no me habló nunca de mi madre. Se ponía muy triste. Murió tan de repente: de un paro cardíaco. No le pregunté nunca porque no quería herirlo en su orgullo. No fuera a pensar que no había sido padre suficiente, porque sí lo fue. Fue padre más que suficiente. Dennis pensaba que tener hijos llenaría el vacío que había dejado la muerte de mi padre. Pero, claro, lo que hizo fue abrirme dos agujeros más.

Le pregunté si no podía darme más detalles. Dijo que no con la cabeza.

¿No podría escribir un poema sobre ello? Le di papel y boli, pero ni se inmutó.

Estuvimos el resto de la hora en silencio. Cuando se acabó el tiempo, le dije que tenía que empezar a trabajar con más ahínco si deseaba ponerse mejor.

Entonces, por fin, ¡va y habla!

Dijo que no quería ponerse mejor. Y que tenía derecho a estar muerta si eso era lo que ella quería.

Le aclaré ese pequeño detalle: que derecho no tiene; al menos no en el estado de Luisiana.

Mae

Hasta que un buen día volvió Amanda. Que era para cuidar de mí, dijo papá. ¡Habrased visto! Que un demonio necrófago de pelo lacio tuviera que ocuparse de mis necesidades...

Intenté negarme, pero papá no quiso ni oír hablar de ello. Estaba llegando a un punto en la novela que requería toda su atención, y Amanda se había ofrecido, «en un acto de generosidad por su parte», a hacer que todo lo demás «fuera sobre ruedas». «Todo lo demás» era yo. Se hizo indispensable. Le hacía la comida, a partir de las recetas que le daba Rose, y le dejaba la bandeja en la puerta; limpiaba y arreglaba las cosas de la casa, y a mí me llevaba a clase de fotografía. Lo más importante: se perdía de vista cuando papá necesitaba que yo hiciera de «Marianne». Eso debían de haberlo decidido de mutuo acuerdo.

Por lo demás, Amanda estaba siempre en el apartamento, haciendo que me sintiera culpable cuando esperaba, sentada en el suelo, a que papá abriera la puerta. «Mae» era ya un papel, una actuación parecida a la de «Marianne», o así lo sentía yo. Me sentaba allí, viva imagen de la dulzura y la inocencia, posada en el rectángulo de luz que se formaba en la alfombra, y jugaba con el gato. Cuando papá salía para ir al baño, o para dejar la bandeja vacía en la encimera, me daba unos golpecitos en la cabeza o decía alguna palabra amable, pero la verdad era que solo se fijaba en mí cuando hacía de «Marianne».

Aunque en teoría debía mantener a «Mae» y a «Marianne» separadas, después de lo del pícnic hubo cosas de «Marianne» que pasaron como por transfusión sanguínea a mí, sin que yo pudiera hacer nada. No dejaba de acordarme de aquella imagen de papá de rodillas. Me sorprendía a mí misma con la mente perdida en la cara que puso entonces, que ahora sé que responde a una mezcla de euforia y desesperación. Entonces no me habría sido posible expresarlo así, pero pensar en ello me daba un poco de náuseas, y también me excitaba. Se me aceleraba el corazón, y me hallaba a mí misma haciendo cosas que no entendía, para aliviar una presión desconocida que sentía bullir dentro de mí. Apretaba el cuerpo contra el pomo de la puerta, o contra el canto del tocador, y ahí me mecía para adelante y para atrás. No tenía forma de saber qué estaba haciendo. Sexualmente era muy ingenua, jamás había besado a un chico. Y sin embargo, cuando Amanda me pilló frotándome contra el tocador, me dio vergüenza, aunque no supiera por qué. Me puse roja, hice como que estaba bailando.

Por la noche, Amanda volvía al agujero oscuro del que había salido arrastrándose. Papá seguía en su cuarto, aporreando la máquina de escribir, y yo me echaba en la cama y sentía la lascivia de mamá bajar sobre mí como con pavor. Empecé a tener sueños en los que yo era mamá, y papá me hacía lo que le hacía a ella en sus libros. En esos sueños papá salía como un híbrido borroso entre el que yo conocía y el de las viejas fotos que había visto.

Gran parte de mi obra artística tiene que ver con este tema, y aun así me cuesta ser sincera. Porque he dicho que era en sueños, pero no era exactamente así. Estaba despierta. He dicho sueños porque no creo que en ningún caso estuviera bajo mi control. Del mismo modo que si digo que la lascivia era de mamá y lo veo así, como si fuera suya, como una fuerza externa, no habría

sido mía.

Edith (1997)

Qué raro se me hace ver mi viejo barrio desde la ventanilla de la furgoneta. Me quedo como alélada viendo, al pasar, a dos chiquillos que corren y atraviesan un aspersor. Uno resbala y cae, empieza a llorar; el otro sigue jugando como si tal cosa.

¿Cómo puede Mae quedarse tan tranquila mientras mamá se pudre aquí? Literalmente, se pudre. Aunque no se huelga, se siente: esa carta en la que habla de las moléculas del hospital como una parte de ella. Una parte de mí es ya esa mujer que gritaba en la segunda planta. Y la compañera de mamá, sus células muertas de piel, de saliva, están en mí también. ¿Notará Charlie que me he contaminado?

Charlie rompe el silencio.

—Entonces, ¿c-c-cómo estaba? —pregunta por fin.

—Pues nada bien —al decirlo, tengo la sensación de estar traicionándola. ¿Por qué se lo cuento a él? Lo más seguro es que me deje y ya está. ¿Por qué se iba a quedar aquí conmigo?—. Pero muy mal tampoco. Loca no está, eso seguro; por lo menos, no como las otras que tienen ahí. A veces puede ser una egoísta.

Asiente con la cabeza. ¿Por qué lo hace?

—Egoísta no, no me refería a eso —digo.

—Bueno, querer m-m-matarse es un acto egoísta.

¿De qué habla? Aparto la mano de la suya. Se comporta como si nos conociera, cuando no nos conoce. No sabe nada. Y mi madre no quiso matarse; de haberlo querido, estaría muerta.

—Mejor no hables de mi madre —digo.

Pide perdón y me busca otra vez la mano, pero no dejo ni que me la acerque. Qué áspera la tiene. ¿Cómo he podido tocarla hace solo un instante? Ni me creo que esos dedos huesudos llenos de pecas estuvieran anoche dentro de mí. Noto cómo se le retuercen ahora en el regazo. Me dan asco.

—Puedes dejarme aquí —abro la puerta antes de que pare del todo.

Han aparcado un coche en el lateral de la casa. Un Honda viejo de color negro. Qué raro. Debe de ser de los DuPre. El padre es mecánico, cambian mucho de coche y los dejan aparcados en la calle.

—¿Es vuestro? —oigo la voz de Charlie detrás de mí.

—No, de un vecino.

Voy a buscar la llave cuando algo me llama la atención. Una soga. Una soga que cuelga de una rama del roble. Y atado a la cuerda..., un neumático. Un columpio. ¿Qué me pasa, por qué me entra pánico al ver un columpio? Aunque ¿de dónde ha salido? Nuestro no es. ¿Quién lo habrá puesto ahí? ¿Habrán sido los DuPre también? Tienen dos hijos varones, pero ¿por qué no lo han puesto en su propio árbol, hostias?

—¿Q-q-qué haces? —pregunta Charlie. Está con mi bolsa en la mano, al lado de la puerta que hay en el lateral de la casa.

—Nada —suelto el neumático y voy a por la llave, que está escondida debajo de una piedra en el porche de atrás. No me molesto en explicarle por qué le mentí con lo de la llave, y él no me pide explicaciones.

Al principio no acierto a saber qué pasa. El olor de dentro me deja descolocada. Huele a Vicks VapoRub y a pescado. ¿Qué será lo que nos hemos dejado fuera de la nevera? Charlie sube los escalones detrás de mí hasta la cocina.

Está todo ahí, pero lo han cambiado de sitio.

—¿Qué mierda es esto? —los tarros grandes de la encimera, donde tenía las judías y el arroz, están ahora llenos de... de algo que no sé qué es. ¿Setas deshidratadas?

—¿Q-q-qué? —pregunta Charlie—. ¿Q-q-qué pasa?

Abro los armarios y me los encuentro llenos de paquetes de comida. Una comida que no es nuestra. Viene todo escrito en griego, o algo que se le parece.

—Estas cosas no son nuestras —digo.

¿Es que me he equivocado de casa? En esta calle, todas las casas se parecen. ¿O me habré equivocado de calle? ¿Será una paralela? Pues claro que no, qué absurdo.

Entro en el salón.

Han cambiado de sitio el sofá verde, y hay un parquecito de bebé. ¿Qué pasa, que ahora vive aquí un niño? Todavía se ven en la alfombra las marcas de donde estaban las patas del sofá antes. Toda la estancia está descolocada, no es solo el sofá. ¿Qué es lo que falta?

Aparece un niño pequeño al pie de la escalera.

De la sorpresa, suelto un chillido, y eso lo asusta a él, que chilla también.

—¿Tú quién eres? ¿Qué haces en mi casa? —le pregunto.

—N-n-no le grites —dice Charlie, inquieto. Pero yo no estaba gritando.

Baja una mujer por la escalera, con los ojos como platos. De un tirón, aparta a su hijo de nosotros. Le grita a alguien que está arriba, en un lenguaje gutural que no reconozco. Baja un hombre, abotonándose la camisa.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —les pregunto—. Esta es mi casa.

—Mi casa —dice el hombre.

—Esta es mi casa —repito.

—Tenemos un contrato de alquiler —dice él.

La mujer duda un instante, luego se me acerca. Tiene en la mano el teléfono, como quien empuña una pistola. No sé qué está pasando, no tengo ni idea. Intenta hablar conmigo, pero solo entiendo la palabra «hospital». No hace más que decir *Du rin*. Du-rin. Doreen. Pues claro, es todo cosa de Doreen. Que les entrega mi casa a unos desconocidos.

—Deme el teléfono —le quito el inalámbrico de las manos y llamo a casa de Doreen.

Lo coge a la quinta señal de llamada.

—Doreen. ¿Qué cojones?

—Perdone, ¿cómo dice? —tiene voz de haberse despertado ahora mismo.

—Soy Edith. Estoy en mi casa. Pero me parece que la has regalado.

—¿Que estás dónde?

—Estoy. En. Mi. Casa.

—Por Dios, Edith. A quién se le ocurre. ¡Sal de ahí ahora mismo!

—¡Es mi casa! —no creo que haga falta decirlo.

—Pues no, ¡resulta que en este momento no es tu casa! La alquilé. ¿Cómo crees que está pagando tu madre el hospital? ¡Lárgate de ahí!

Le doy la espalda a Charlie y a esa familia de imbéciles.

—Doreen, te juro por lo más sagrado...

—¿¿¿Que me juras por lo más sagrado!?!? ¡Yo soy la que jura por lo más sagrado, yo! Te dije que no vinieras. Nos pueden denunciar. Y solo nos faltaba eso. Ven aquí ahora mismo.

Cuelgo.

Los okupas se miran.

—Salgan de aquí o llamamos a la policía —dice el hombre. Le doy el teléfono y me quedo mirando mi salón.

Las calabazas. Eso es lo que echo en falta. El estante con las calabazas donde reposan las cenizas del abuelo. ¿Qué ha hecho esta gente con ellas?

—¿Dónde están las calabazas? —les pregunto. Señalo el sitio en la pared donde las teníamos y hago la forma de una calabaza con las manos. Como las hayan tirado o estén rotas, por poco que sea, no pienso dejar títere con cabeza en la habitación... La mujer pone cara de no entender. El hombre está al aparato, llamando a la policía, supongo.

Entonces veo una caja de cartón en un rincón: mi abuelo, apilado ahí de cualquier manera. La cojo y me abro camino a codazos, para salir por la puerta principal.

Charlie arranca la furgoneta y yo paso revista a las calabazas, una a una, para cerciorarme de que no han sufrido ningún daño. Cuando era pequeña, mi madre se ponía delante de ellas y le hablaba al abuelo, le cantaba canciones. Agito una para comprobar que las cenizas siguen ahí, y sale una nubecilla gris por el agujero practicado en la parte superior. Se me pegan unas motas en los labios y en la camisa.

—¿Eso q-q-qué es? —pregunta Charlie. Se lo ve entusiasmado, como si esta fuera otra de sus aventuras y no mi vida hecha pedazos.

Doreen

¿Se saben la historia de las calabazas de las narices? Después del divorcio, Marianne se desmelenó, me encasquetó a las niñas y cogió un avión rumbo a Honduras con un individuo cejijunto. Dijo que era el nieto de Trotski o no sé qué cojones. Cualquiera con dos dedos de frente veía a las claras que el sujeto no era trigo limpio: la mirada furtiva, sucio, no tenía ni media hostia, me da igual de quién fuera nieto. Recuerdo que también se desmayaba mucho, detalle que Marianne, cómo no, encontraba fascinante. El caso es que era un profesor invitado por la Universidad Tulane o algo así, eso la había dejado impresionada, y los dos se largaron a Centroamérica, sin pararse a pensar cómo saldríamos parados los demás.

Edith tenía pánico a que la abandonaran. Cuando Marianne las dejó en mi casa, se abrazó a los pies de su madre para que no se fuera. Le rompió un dedo del pie a Marianne, pero ella no se arredró por eso. Qué va. Allá que se fue, cojeando, con el adefesio de novio que se había echado y un billete de ida para Honduras.

Hasta dos semanas después no recibí una llamada suya. El tipo había desaparecido. No sé qué me contó sobre una conspiración a nivel internacional, aunque era bastante obvio que se había cansado de ella y se había largado. Con el dinero de Marianne, claro. Se quedó con una habitación de hotel llena de calabazas, una birria que a saber de dónde había sacado. Se puso a contarme que iba a hacer con ellas un monumento a su padre, o que abriría una tiendecita para venderlas con sus poemas. Ocurrencias. Una cosa de locos. Fui yo la que le pagó el billete de vuelta.

Mi marido me lo estaba haciendo pasar mal y ya tenía bastantes preocupaciones: Edith se hacía pis en la cama, Mae no me quitaba los ojos de encima. Me ponía nerviosa. Solo podía meterlas en el cuarto de mi hijo, y él tenía que dormir en el mío, en un saco de dormir, en pleno suelo. Menudo trastorno. Claro, no era culpa de ellas, supongo que podía haber sido más cariñosa. Si mi madre hubiera vivido, menuda decepción se habría llevado conmigo.

Solo se quedaron unas semanas. Marianne volvió a casa, todavía cojeando: traía las maletas llenas de calabazas, tan contenta, y no paraba de hablar de sus planes y de hacer promesas vanas.

Y años más tarde va y se repite la escena: Edith aparece en mi casa, otra vez con esas calabazas del demonio. Me daban ganas de estamparlas contra la pared, una detrás de otra. Se lo había dicho por teléfono: que se quedara en Nueva York. Pero es muy cabezota esa chica, siempre lo fue. Como se le metiera algo entre ceja y ceja, costaba Dios y ayuda quitárselo de la cabeza. Le importó un pito que tuviera a mi hermano en casa con un cáncer de páncreas terminal y que no parara de hacer horas extra para pagarle el tratamiento. Hombre, cómo se le iba a ocurrir a ella que tuviera yo problemas más gordos que Marianne.

Mae

En vez de estar con papá, perdía el tiempo haciendo recados tontos con Amanda. Antes de salir de casa, ella me cepillaba el pelo con una rudeza innecesaria. Ya era demasiado mayor para que me peinaran; sin embargo, me quedaba sentada y le dejaba hacer. Ay, cuánto la odiaba. Y era un sentimiento mutuo. Porque cuando no nos veían ni Rose ni papá, no se tomaba la molestia de disimularlo.

Recuerdo que una vez en el supermercado me compró unas galletitas para niños. Tenían caras muy llamativas por ambos lados, eran de vainilla por uno y de chocolate por el otro, y estaban rellenas de una crema que salía por los agujeros de los ojos cuando apretabas las dos mitades. Recuerdo que me sentí tremendamente insultada. Ni siquiera me lo tomé como una ofrenda de paz, porque no lo era. Era su forma de decirme que era una niña estúpida e insignificante.

Quise vengarme sacándole fotos. En clase de fotografía, imprimía aquellas en las que salía menos agraciada, por triplicado. Luego, en casa, las extendía por el suelo y las recortaba sin piedad con unas tijeras; en teoría, para un *collage* que luego no acabé nunca. Ella se ponía cerca y me miraba, con aquella cara impasible que tenía.

De las recreaciones no decía nunca nada. Como una ingenua, yo había supuesto que era un secreto, pero ella debía de saberlo. Seguro que se moría de curiosidad cuando iba a los anticuarios a recoger los objetos que utilizábamos papá y yo. Con Amanda había entablado una partida que yo no podía ganar de ninguna de las maneras, eso lo veo ahora. Porque era solo una niña.

Edith (1997)

Doreen calienta los restos de un pollo comprado en algún asador y una lata de guisantes. A Charlie le cuesta decir cómo se llama de corrido. Ella le da la mano, pero me mira a mí por encima de su hombro mientras se la estrecha.

—¿De dónde lo has sacado? —dice.

—Es vecino mío en Nueva York.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunta. ¡Y a ella qué le importa!

—Veinticinco.

—Doreen —le digo, antes de que nos desvíe de la cuestión principal con más bobadas—. ¿Cuánto tiempo se van a quedar los griegos esos en mi casa?

—No son griegos, son ucranianos. Y han firmado un contrato por dos años. Él trabaja en el hospital. Ha sido una suerte encontrarlos.

—¿Y adónde se supone que va a ir mamá cuando se ponga buena?

La mirada de Charlie nos busca alternativamente a Doreen y a mí. ¿Qué hace aquí todavía?

—Eso ya lo resolveremos cuando llegue el momento, Edith —dice Doreen, y se le pone otra vez ese tono cortante en la voz, como siempre que tiene que vérselas con la mierda de mi familia. ¿Qué pasa, que no quieres que te salpique? Pues entonces no te metas, porque favores no me estás haciendo ninguno—. Tuve que mover muchos hilos para que la ingresaran en el St. Vincent —sigue diciendo—. Si lo suyo tiene solución, ahí es donde se la van a dar, pero tampoco pueden hacer milagros. Y..., bueno, has ido a verla, ya has visto cómo está.

Me tiembla el labio de abajo, así que me lo muerdo con fuerza. Doreen es una de esas personas que van de sinceras por la vida, cuando lo que son es crueles.

—Yo creo que nunca la has entendido —digo. Con Doreen no me atrevo a decir mucho más.

Suelta un resoplido y recoge los platos. Mi madre y ella han tenido siempre una relación más de hermanas que de amigas. Cuando yo era pequeña, mamá la invitaba a casa a tomar café, y recuerdo lo mal que lo pasaba yo al verla agarrada de la mano de Doreen, implorando que no se fuera tan pronto; y cómo Doreen apartaba la mano y se la miraba, no fuera a haberle dejado una mancha pegajosa en ella. Cómo se atreve; cuando la avergonzada debería ser ella, por ser tan mala.

—Vale, entonces, ¿dónde me voy a quedar, ya que me has robado la casa? —por fin lo suelto.

No he acabado de decirlo cuando ya me arrepiento. Doreen suelta los cacharros en el fregadero, con un estruendo. Se da la vuelta, y me preparo para recibir un tortazo de esa mano llena de jabón. No sería la primera vez.

Pero no me pega. Lo que hace es llevarme a sus pechos y abrazarme. Tiene las tetas tan grandes que los sujetadores los compra por catálogo, de fabricantes especiales; y no lo puedo evitar: me echo a llorar encima de ellas, como si fueran almohadas.

—Chis —me dice—. Chis..., cariño. Pobrecita mía.

Odio lo bien que se está ahí. Odio a Charlie, porque está viéndolo todo boquiabierto, sin parar

de mirarme. ¿Por qué no se ha ido todavía? Me aparto y me seco las lágrimas con la manga. Le he dejado a Doreen una marca húmeda encima del corazón.

—¿Tu papá sabe que estás aquí? —pregunta.

—Él ni pincha ni corta en esto —le digo.

Doreen encoge los hombros, y la noto más distante, como si el abrazo hubiera agotado la cuota de afecto que tiene estipulada para la semana.

—En fin, os podéis quedar aquí un par de días, pero más no. Y ni sueñes que vas a compartir habitación con tu novio —dice, y echa a andar sin mirar atrás, abriendo camino en dirección a la escalera.

Charlie no es mi novio. Abre la boca, como si fuera a decir algo para «consolarme». Lo único que me faltaba era darle pena.

—Hasta luego —digo, y escurro el bulto a toda prisa. La casa de Markus está a tres cuartos de hora andando. Necesito estar con alguien que de verdad sepa quién soy.

Sin darme la vuelta, sé que Charlie me sigue. ¿Qué le pasa a este? Echo a correr despacio, atravesando los jardines de las casas vecinas. Cuando llego a la avenida Beaux Arts, miro atrás y ya no lo veo. Noto cierta desilusión. No, qué narices. Lo que noto es más bien alivio.

Walter

Me encontré por casualidad con Dennis Lomack y su hija en los baños turcos de la calle Diez Este. Lo reconocí en el acto, aunque él no tenía ni idea de quién era yo. Mi mujer lo había tratado cuando él regresó a Nueva York. Se le dan la mar de bien los casos de bloqueos creativos, pero Lomack se contaba entre sus pocos fracasos.

Mi mujer nunca hablaba de sus pacientes, pero tenía la consulta en la planta baja del edificio modernista de piedra roja en el que vivíamos y por los conductos de ventilación me llegaban voces. Al principio yo sentía curiosidad por ese autor. Esperaba que fuera más interesante, a juzgar por sus libros: un hombre de acción. Pero lo único que hacía era llorar y hablar de su exmujer. Prácticamente solo hablaba de eso. De eso y, a veces, de lo mal que se sentía por haber abandonado a sus hijas. Pero, a ver, ¿qué clase de hombre abandona a sus hijos?, eso para empezar. Sobre todo si, como reconocía él mismo, los dejas con una mujer con tantos altibajos emocionales. En vez de venirle a llorar a mi mujer con lo bloqueado que estaba creativamente, ¿por qué no hizo algo por esas niñas?

Así que, después de tantos años, cuando lo vi en la piscina con su hija, pensé: qué majo, a lo mejor al final sí que ha respondido como un hombre. La niña era ya adolescente, aunque parecía más pequeña. Recuerdo que llevaba un gorro de baño pasado de moda. Estaba boca arriba en el agua, y él la sostenía y la llevaba de un lado para otro por la piscina. Se lo veía todo concentrado en la muchacha.

Al principio me emocionó la pareja que formaban. Él era un tipo brusco, y lo enternecía a uno verlo volcado con esa chica. Pero, cuando me acerqué nadando, casi se me pone mal cuerpo. Ella tenía los ojos bien cerrados y él la llevaba por el agua. Se decían cosas, entre murmullos, y, aunque no llegué a oír las palabras, se notaba que lo vivían intensamente. Recordaba cómo había dejado de repente de venir a las sesiones con mi mujer, y también de las semanas que se había pasado ella llorando en el baño, donde pensaba que yo no me enteraba, y cómo la tomaba conmigo por cualquier nadería. Vi que los libros de él estaban cambiados de sitio en las baldas, o sea que ella los había estado leyendo. Se definía a sí mismo como una presencia tóxica en la vida de la gente, aunque decía que se esforzaba en ser todo lo contrario, y puede que lo de la toxicidad fuera verdad. A mi matrimonio, por lo menos, no le hizo ningún bien.

Salí de la piscina, fui a la sauna, me di uno de esos masajes con ramas de abedul, volví a la piscina para darme el último chapuzón, y allí hallé a Dennis y a su hija: en el mismo sitio y en la misma posición.

No le di demasiada importancia a aquel encuentro, hasta que vi la obra que exhibía su hija en la bienal de artistas jóvenes del Museo Whitney. Se me revolvió todo al ver que posiblemente había presenciado uno de esos rituales suyos.

Mae

No sabía que esa sería la última escena que íbamos a montar papá y yo. Él me miraba desde la ventana, y yo iba por la acera, bajo la lluvia, hasta el portal y de vuelta, con una pequeña maleta toda abollada que Amanda había comprado una semana antes, siguiendo las indicaciones de papá. No sé lo que había dentro, porque estaba cerrada con llave, pero pesaba mucho para lo pequeña que era, y tenía muchas pegatinas de viejos viajes por el mundo. Esa mañana, papá me había dejado la ropa preparada: una blusa amarillo clarito con los botones forrados de tela y una falda azul marino que olía a naftalina.

Iba caminando en círculos, arriba y abajo por la Séptima Avenida, dando vueltas a la manzana y luego hasta el callejón. Andaba desorientada, como si fuera la primera vez que veía la ciudad. Arreció la lluvia, y las ratas salieron corriendo de los contenedores para buscar refugio en puntos más altos. Llovía a cántaros, el agua inundaba los desagües. Se me transparentaba la blusa de lo empapada que estaba, y la falda de lana olía a perro mojado. Cada vez que llegaba al edificio y pasaba por delante de la entrada, el portero salía corriendo a darme un paraguas, pero yo, aplicada, hacía caso omiso, hasta que el hombre se cansó. No tengo la certeza de que Dennis me estuviera viendo. Miré a la ventana varias veces, pero no sabría decirlo con seguridad. Puede que le bastara con saber que yo estaba en la calle; o a lo mejor iba de habitación en habitación, asomándose, siguiendo cada paso que yo daba.

Pasó el tiempo. Al final la lluvia aflojó y se volvió un sirimiri, y entonces entré en el portal. El portero no me miró a los ojos mientras esperaba el ascensor. Pasó la fregona por los charcos que yo había dejado sin levantar la vista.

Cuando llegué al apartamento de papá, apoyé la frente en la puerta y me abracé a la maleta, porque no paraba de temblar. Recuerdo que pensé: está a punto de pasar algo. Lo pensaba como mamá, pero también como yo misma. Pensaba: está a punto de cambiarme la vida.

Charlie

Doreen fue amable conmigo, pero también tenía sus sospechas, y eso es bueno, me parece a mí. ¿Quién no las tendría, siendo una persona normal? Nada más irse Edie, se puso a hablarme como si yo estuviera al tanto de toda la situación, cuando sabía más bien poco. Yo le seguí el rollo. Dijo que, cuando murió su padre, Marianne perdió el oremus y ya nunca volvió a ser la misma.

Le pregunté a qué se refería. ¿Había perdido la cabeza?

Doreen dijo que no, que no del todo. O que sí, pero que había muchas formas de perder la cabeza, lo que no era decir mucho. Ella solo sabía que, a la muerte de Jackson, algo se le partió a Marianne por dentro. Puede que fuera su sentido de la decencia.

Entonces Doreen suspiró y dijo que Marianne ya nunca supo qué era lo correcto, y que puede que lo mejor fuera que, si quería morirse, se muriera. Luego apoyó la cabeza en la mesa, y así estuvimos sentados un rato, en silencio.

Yo todavía no conocía a Marianne, aunque sentía que sí, de haber leído las novelas de Dennis Lomack. En esos libros parecía la mujer más fascinante y encantadora del mundo, pero puede que Doreen tuviera razón, puede que muy «decente» no fuera. Lo de la decencia yo no lo había pensado, porque eso es algo que valoras según te vas haciendo mayor. Pero tenía sentido que Doreen lo viera así, dado que, por su forma de ser, tenía los pies mucho más en la tierra que la mayor parte de la gente.

Cuando levantó la cabeza, la expresión de su cara era de lo más plácida. Pensé que a lo mejor había estado llorando, pero no, no había llorado. Dijo que se tenía que ir al hospital a hacer medio turno, que me pusiera cómodo en el sofá, y me dio el mando de la televisión.

Cuando se fue, estuve allí un rato sentado. No sabía si salir a buscar a Edie: había salido corriendo, o sea que a lo mejor necesitaba su espacio. Había cambiado algo entre nosotros, de eso me había dado cuenta, aunque esperaba que fuera pasajero. Me puse a ver la tele, pero hacía años que no la veía y me costaba seguir las series. Todos los actores ponían la misma cara, tenían los dientes y las voces idénticos, y no acertaba a distinguirlos. Al final la apagué y me quedé sentado en silencio en casa de Doreen.

Pasado un rato, me llamaron la atención ruidos que venían de arriba. Al principio pensé que sería el viento, o algún animal. Pero cuando subí a la segunda planta me di cuenta de que eran los gemidos de una persona, detrás de una puerta que estaba cerrada. Me quedé un instante allí parado, con el oído atento, antes de entrar.

Había un hombre dentro, en una cama de hospital. Parecía viejísimo, pero puede que ni siquiera fuera mayor, que se tratara solo del deterioro de la enfermedad. Tenía los ojos abiertos, pero no creo que pudiera verme. Las pupilas eran del tamaño de una moneda de cuarto de dólar. Movía la boca, y emitía sonidos, pero no eran palabras.

—¿Qué q-q-quiere? —le preguntaba yo una y otra vez. Encendí un cigarrillo y le di de fumar, pero al parecer no era eso lo que quería. Se lo veía inquieto, así que me senté en el borde de la cama y le cogí la mano. Cuando estaba abajo, no había notado el olor porque usaban

ambientadores; pero arriba, al apagar el cigarrillo, tuve que respirar por la boca. No sé si el hombre llegó a darse cuenta de que le agarraba la mano, pero al final se calmó y yo me quedé dormido. Cuando desperté, vi a Doreen en el vano de la puerta. Por cómo me miraba, deduje que no le hacía gracia que estuviera allí, así que me fui.

Lo de ser aventurero empezó después de la muerte de mi madre. Uno deja de perder el tiempo en cuanto no le queda más remedio que reconocer su condición de mortal. La modestia, el autocontrol y el respeto por uno mismo..., todo eso son tonterías, cosas que alimentan el ego, y yo no tengo tiempo para eso. Ni yo ni nadie. Lo saben hasta los niños, que tienen todo el tiempo del mundo. Y yo lo sabía, pero se me había olvidado esos últimos meses. Estar un rato con aquel moribundo me dejó las cosas claras: puede que acabara de conocer a Edie, pero la amaba, y haría lo que estuviese en mi mano con tal de ayudarla.

Me sentía muy vivo. Monté en la furgoneta y fui al hospital psiquiátrico. Había salido tan decidido y con tanta rapidez de movimientos que ni se me pasó por la cabeza ponerme nervioso. Hasta que entré en el ascensor y vi mi imagen distorsionada en las puertas metálicas: la de un perturbado mental como cualquiera de aquellos pacientes.

Mae

Llamé. Papá abrió la puerta. La abrió en el acto, o sea que debía de estar esperando a que llamara. Nos quedamos los dos petrificados, y el extraño campo de fuerzas que se formaba entre nosotros zumbaba como una valla electrificada.

—Marianne —dijo por fin. Tenía que decirlo porque así enmarcaba lo que venía después: me daba permiso para ser ella y no «Mae».

Y entonces acerqué su cara a la mía y lo besé. Sabía a ceniza, como un volcán en erupción. Tenía la lengua suave y cálida. Fue mi primer beso. No sé cuánto duró. Pudieron ser minutos u horas. Perdí la noción del tiempo.

Markus

Cuando Edie se fue, sentí cierto alivio. Yo todavía no había salido del armario, quedaba mucho para eso, y al estar con ella sentía que debía probar mi heterosexualidad delante de todo el mundo, delante de mí también. Me era posible tener relaciones sexuales con ella, incluso disfrutarlas hasta cierto punto, pero después me sentía vacío y triste. Por aquel entonces le echaba la culpa a mi educación católica, pero ahora creo que presentía que había algo en mí que no acababa de encajar, solo que todavía no estaba preparado para enfrentarme a ello.

Recuerdo que se me cayó el alma a los pies cuando Edie apareció a la puerta de casa, sin aliento casi, hecha un desastre. Y también me acuerdo de que me sentí avergonzado de ella. Lo mismo que sentía cuando iba a su casa y su madre no se encontraba bien, todo estaba sucio, su madre también, y su hermana abría los ojos como platos y no decía nada. Recuerdo una vez en que habían sacado todo al jardín y su madre estaba sentada en el suelo de la cocina, y Edie me pidió que la ayudara a subirla escaleras arriba y volver a meter todo dentro. Recuerdo que me extrañó que a Edie no se la viera más apurada. De haberme pasado eso a mí, me habría muerto de vergüenza. Pero eso era lo maravilloso de Edie, que era leal. Mis padres eran de lo más normal, aburridos, pero si mi madre me decía algo en público, me ponía rojo como un tomate. Yo era un acomplejado, pensaba siempre que la gente me miraba y me juzgaba; mientras que a Edie, con la madre en el suelo hecha un guiñapo entre un montón de cereales, ni se le pasaba por la cabeza que yo fuera a ser tan mezquino como para infravalorarla.

A mis padres les daba tanta pena Edie que pensaron invitarla a quedarse con nosotros hasta que acabáramos el instituto. Creían en las buenas obras, y me parece que mi madre intuía lo de mi homosexualidad y tenía la esperanza de que vivir con mi novia sirviera para detener el curso de los acontecimientos. La mera idea de tener a Edie allí lo que quedaba de curso, y otro más hasta el final del instituto..., no podía ni planteármelo. Tuve una discusión muy fuerte con mis padres por culpa de eso, y les sorprendió, porque pensaban que yo querría que se quedara con nosotros. Les mentí, dije que Edie era feliz en Nueva York con su padre, por muchos mensajes de abatimiento que dejara en el contestador automático. Cuando quedó claro que con eso no iba a bastar para quitarles la idea de la cabeza, les dije que Edie era adicta a la heroína, y que no me sentía seguro con los camellos que tenía de amigos. A mis padres, como a la mayoría de la gente de Nueva Orleans, les gustaba la fiesta y muchas veces teníamos la caseta del jardín llena de chavales borrachos, pero siempre les dio mucho miedo que yo tomara drogas, así que eso fue lo que los convenció.

Ahora me siento culpable, pero era cuestión de supervivencia. Hice lo que creí que tenía que hacer.

Edith (1997)

Se me va la cabeza. Me agarro al codo de Markus, pero camina muy deprisa. Va un poco por delante de mí y ni siquiera se vuelve cuando le hablo.

Markus, le digo. Markus, ¿me has echado de menos? Estos dos meses, estos dos últimos meses han sido una mierda.

Voy mirando su oreja mientras hablo, porque sigue sin darse la vuelta para mirarme.

Markus, le digo. Le digo: Markus. Me arañó el brazo con el seto de una casa vecina. Pierdo el equilibrio.

Tengo sangre en la rodilla.

—Ay, Edie, Dios. ¿Por qué has bebido tanto? Espabílate. Nos vas a meter a todos en un lío. Y deja de tirarme del brazo.

Tiene la cara contra mi cara. Me va a besar.

No me va a besar.

Me levanta y vuelvo a caer al suelo. Qué tranquilo está todo. Me acabo de dar cuenta de lo tranquilo que es esto comparado con Nueva York. Lo único que oigo es la sangre que me zumba en los oídos. Nada de coches ni gente.

—Edie, levántate.

Cierro los ojos, pero me da todavía más vueltas la cabeza. Los abro. Tengo mucho miedo. De repente, tengo mucho miedo. Al cerrar los ojos he visto la cara de mi madre. Las pupilas negras como agujeros. Miras dentro de ellos y ves el vacío. Pienso: mi madre. Pienso: mi madre tiene que regresar. Pienso: la hemos perdido. Pienso: no va a volver, la hemos perdido. Hoy lo he visto. No va a volver. Pensé que podría hacer que volviera, pero no he podido. No he salvado esa parte de ella que era la que importaba. Esa parte ya se ha perdido. Ya estaba perdida: de no ser así, no lo habría hecho. No fue un accidente. Hoy he visto que no soy nada. No soy nada porque ya la hemos perdido, porque ya la habíamos perdido.

Digo: Markus. Intento decirlo: Markus, tengo mucho miedo. Pero no me salen las palabras. Se me tensa la garganta y el pecho también. No puedo respirar. No puedo. ¿Qué me está pasando? El cuello de mi madre. Las escaras. Así debió de sentirse, allí colgada, sin aire en la garganta, mareada. Mareada. La cara de Markus da vueltas y se aleja. Me suelta y caigo.

No sé qué ha sucedido. No veo por un lado. Se me mete la hierba en la cara. La acera. Debajo de mí huele muy mal, y entonces noto otra vez el pecho hinchado. Me arde la garganta, algo chapotea en ella. Markus está lejos, vuelve caminando a casa.

Markus, intento llamarlo otra vez, pero todo se contrae de nuevo. Se contrae, y noto la boca ardiendo. El zumo de piña caliente en el vómito; un goteo en la nariz.

Me alejo a gatas del estropicio que he montado. Pero el estropicio me sigue porque el estropicio soy yo. Me incorporo, me venzo hacia delante, me vuelvo a incorporar. Me caigo de cara sobre la hierba. Me vuelvo a incorporar.

Estoy vacía y fría. Todo lo caliente que había dentro de mí ha salido. Ese ruido, me doy cuenta

ahora, son mis dientes. El castañeteo. No es justo que Mae me haya dejado aquí tirada. ¿Por qué es tan escurridiza? Y Markus igual. No quiere saber nada de mí. No me mira como antes. A lo mejor está enfadado porque le he hablado de Charlie. Quería ponerlo celoso. En un minuto me levanto. Le pediré perdón a Markus. Mi madre se me va quitando ya de la cabeza, aunque no me atrevo a cerrar los ojos por si acaso. Los dejo abiertos. Ni parpadeo. Mae y yo jugábamos a eso, había que mirarse fijo a los ojos hasta que nos corrían las lágrimas por las mejillas. Mae ganaba siempre. Como diga que no parpadea, no parpadea hasta que no se le sequen y se le caigan los ojos.

¿Es que Mae lo sabía? ¿Sabía Mae que tendría que ver lo que vi? ¿Por eso no quería venir?

No tengo conciencia de estar mirando una furgoneta hasta que no bajan la ventanilla.

—Eddie.

Charlie baja y me ayuda a ponerme de pie. Aguanto de pie mejor de lo que pensaba, pero estoy cansada y me da mucha vergüenza.

Perdóname, le digo, tan bajo que no me oye. Me está secando con una toalla. Levanto los brazos y me quita la camiseta llena de vómito por la cabeza. No llevo sujetador. Me quito los pantalones y los tiro a la caja de la furgoneta. Estoy desnuda en plena calle. Charlie me tapa con una toalla, pero se me cae y no la recojo. Es el único que me trata bien. ¿Por qué he querido apartarlo de mí?

Perdóname. Perdóname, por favor, digo. Y entonces veo una sombra, veo que algo se mueve dentro de la furgoneta.

Capítulo 8

Charlie

Iba preparado, por lo que pudiera pasar. Estaba dispuesto a maniatar a un guardia de seguridad y atarlo al hueco de la escalera si hacía falta, pero no hubo necesidad. Era una clínica, no una cárcel. Adelanté a las enfermeras, a los celadores y a los médicos sin mayor problema. Soy explorador urbano, y se me da muy bien entrar en sitios que me son ajenos. Lo que hay que hacer es caminar confiado, relajar las facciones de la cara y no mirar a nadie a los ojos. Esto último es crucial en mi caso, ya que, como tartamudeo, es imposible pasar desapercibido si hay que hablar con la gente.

Cogí el ascensor hasta la última planta y fui bajando. Las habitaciones no tenían puerta; o, si la tenían, estaban todas abiertas. No me costó mucho dar con Marianne. Estaba sentada en el borde de la cama. La reconocí por la descripción que había hecho Edie: reconocí el pañuelo de seda que llevaba al cuello y el corte de pelo que tanto había disgustado a su hija. No me detuve en la puerta porque eso es lo que llama la atención. Lo que hice fue entrar y tenderle la mano; ella me la tomó. Me siguió sin preguntar nada y sin dudarle. La compañera de habitación nos llamó, pero en voz baja. Me pareció que Marianne se movía como en sueños. No sé si era consciente del todo de quién era o dónde estaba.

Subió a la furgoneta, ocupó el asiento toda digna. Daba la sensación de que la tenían drogada. Empecé a presentarme, pero se me agolpaban las palabras en la boca. Ni se volvió para mirarme, sino que dio una palmada en el salpicadero, como si dijera: «¡Arranca!». Y eso hice.

En mis primeras fantasías eróticas siempre estaba el personaje de Casandra; y diría más: ella le dio un marco definitivo a mi deseo sexual. El romance de Gregor y Casandra quedará ahí para la posteridad, incluso el de los últimos libros, incluso si estaba claro que todos iban a acabar mal. No era un amor expansivo, sino condensado hasta lo inaudito, vuelto hacia dentro: un círculo, luego una espiral, luego un punto, como un torniquete que lo apretaba todo cada vez más, hasta que saltaba el muelle y Marianne salía disparada por medio universo.

¿Cómo fue conocer a la mujer que había alimentado todas mis fantasías eróticas? No lo sé. Jamás la conocí. Casandra había existido solo unos instantes en las páginas de los libros de Dennis: había ardido rápido, había tenido una llama muy brillante. La mujer que llevaba en la furgoneta era el montón de ceniza que había quedado de ella.

Mae

Al besarnos, tuve la sensación de que me iba a romper en mil pedazos. Papá me metió la lengua en una parte que ya estaba agrietada y la abrió del todo.

Comprendo por qué, en los cuentos de hadas, un beso tiene el poder de transformar a una rana en persona, de devolver a la vida al comatoso. Yo me habría quedado allí besándolo para siempre, hasta la muerte, hasta no ser nada más que una nube de átomos. El que se separó fue él. Me acuerdo de su cara. Los ojos, salientes; los labios, con un rictus, mojados de saliva. Para él fue pasarse de la raya. Yo no era la persona que él quería que fuese. Nunca lo había sido. Era parte del decorado, igual que los prismáticos dorados o la pequeña maleta. El beso debió de recordarle precisamente eso.

—Ve a quitarte esa ropa mojada —dijo. No había expresión en su cara. Un poco triste. Cuando le tendí las manos dio un paso atrás. Había sido mío un instante, ahora ya no lo era.

Todavía me vibraba el cuerpo cuando se metió en su cuarto y cerró la puerta. No podía moverme. Empezó a escribir a máquina, muy fuerte, a toda velocidad. Sonaba como un pelotón de fusilamiento y cada letra se alojaba dentro de mí igual que una bala. No estoy muy segura de lo que pasó después.

Cuando besé a mi padre, perdí la cabeza.

Edith (1997)

Mamá y yo estamos acostadas en la primera habitación de la casa, en un lecho que he improvisado con mi ropa sucia y un par de mantas. Está todo a oscuras, solo entra luz por las persianas rotas de la ventana que da a la calle. En la penumbra, mamá sí que parece ella otra vez. Tiene los ojos cerrados y no se le ven saltones; ni la cara parece fofa o amarilla. Solo un poco hinchada, ya se le bajará. No sé qué pastillas le habrán dado para ponerla así, con esos ojos tan llorosos; pero su cuerpo las eliminará bien pronto. Estoy tan contenta. No sé cómo la sacó Charlie, cómo la convenció para que saliera de allí. Me da igual. Aunque hubiera apuñalado a todos los celadores y médicos de ese hospital, aun así le seguiría estando agradecida. Fuera lo que fuera lo que hizo, funcionó. Mamá se acurruca contra mí, con mi mano pegada a su boca. Tiene los labios cuarteados. Llevo cacao en el bolso, pero me da miedo moverme, no vaya a despertarla y algo cambie. ¿Y si se despierta y resulta que es la misma del psiquiátrico? Así que me quedo quieta. Abro los ojos todo lo que puedo, porque si los cierro el cuarto empieza a dar vueltas. Sigo borracha, supongo, aunque no me siento así.

Charlie sonríe desde la puerta de la cocina, al final del pasillo. Hay tres habitaciones entremedias, una detrás de otra, pero llega el olor de las salchichas ahumadas que está friendo. Las compramos en una gasolinera. ¿Qué piensa mamá de Charlie? Si se fue con él, será porque le cayó bien. No era ese el caso de Markus. Nunca dijo nada, pero se le notaba por cómo decía a veces su nombre. Mmmmarkus. Como un latigazo. Dios, menudo capullo. Cada vez que intentaba hablar con él daba un paso atrás, como si fuera a contagiarle algo. Ojalá tuviera alguna enfermedad, solo para pegársela. Si es posible, algo con pústulas. ¿Cómo es que recurrí a él cuando tenía a Charlie? Me es incomprendible. Mi Charlie. Veo que se aparta del fuego y vuelca el contenido de la sartén.

Cuando están listas, me trae un plato de salchichas. Se me sienta al lado en la pila de mantas. Un picnic a cubierto. Tengo náuseas todavía, pero hambre también. Me siento con cuidado, para no despertar a mamá. Fuera ha empezado a llover. Charlie ha puesto un cubo de metal debajo de una gotera en la cocina. Oímos el goteo suave, como el de una cántara de leche. La casa es de alguien que Charlie conoce en Nueva York. Nos podemos quedar aquí, en el barrio de Marigny, hasta que se venda, pero hay que dejarlo todo limpio cada mañana para que el agente inmobiliario la enseñe.

—¿Sabes? —dice Charlie mientras pincha una rodaja de salchicha del plato—, a estas casas las llaman de escopeta porque, al ser como un tubo, si disparas una escopeta desde la puerta de entrada, la bala atraviesa toda la casa y sale por la puerta de atrás.

—No me lo creo —digo yo—. ¿Es que no has disparado nunca con una escopeta? El tiro se dispersa —me tapo con la mano para eructar.

Me sonríe con toda la intención.

¿Cómo lo hizo? Quiero saberlo. ¿Cómo la sacó de allí?

Me limpia con el pulgar algo que tengo en la barbilla y dice, antes siquiera de que yo formule la

pregunta:

—No hice más que entrar y sacarla.

—¿Así de sencillo?

—Más o menos.

—Pero ¿cómo te las apañaste con los médicos, las enfermeras y todo eso?

Encoge los hombros, mira a mi madre, echada en mi regazo. Se le mueven los ojos debajo de los párpados, como si estuviera leyendo.

—Estaban todos ocupados.

—¿Y se fue contigo, así sin más?

Dice que sí con la cabeza.

Le doy un último bocado a la salchicha.

—Ya está un poco mejor —ojalá sea verdad. Haré que sea verdad. Charlie acerca mi cabeza a la suya, nuestras frentes se tocan. Mi forajido.

Deja de masticar y traga. Me besa en la nariz. Fuera llueve cada vez más, el agua golpea con fuerza la ventana y el goteo se intensifica en el cubo. Estamos secos y calentitos aquí dentro. Charlie y yo somos como los padres, y mamá es nuestra hija pequeña. Y entre los dos le devolveremos la salud a base de cuidados.

Mae

Papá fue un irresponsable por animarme, pero él qué sabía, cómo iba a saber hasta dónde llegaría esto. Se me fundió la mente. De lo que medió entre el beso y el incendio solo tengo extraños recuerdos como esquirlas. Fragmentos entremezclados. Estuve algunos días con unos grados de fiebre. Ni comía ni dormía. No estaba bien. Mi madre se hizo con casi todo el espacio que había en mi pecho y lo que quedó de mí acabó despachurrado en los rincones que ella no ocupaba. Fue como estar todo el rato en una habitación con el techo muy bajo. En un ataúd.

Recuerdo que estaba tumbada en el suelo, con la mejilla apoyada en la madera fresca; los ojos, fijos en los del gato, mientras Amanda revoloteaba a mi alrededor. ¿Tienen los animales un sexto sentido para detectar la locura? ¿Les asusta? Cuando quise sacar a Crono de debajo del tocador, me llenó los brazos de arañazos, porque ni siquiera él quería saber nada de mí.

Cuando Rose vino a cenar, Amanda intentó esconderme para que no me viera, enterrarme debajo de las mantas en la litera de abajo, pero me arrastré hasta la mesa para estar con ellos. El mero acto de comer era para mí algo incomprensible. Yo veía lo que hacían los otros y los imitaba. Era como masticar puñados de tierra. La comida me sentó mal. Papá no paraba de hablar. Yo ya ni seguía el hilo de lo que estaba diciendo. Lo tenía enfrente, en la otra punta de la mesa, pero cada vez se alejaba más de mí. Me acuerdo del rebuzno que dio Amanda por algo que él dijo. Rose también se rio. Me di cuenta de que lo estaba perdiendo, y se me atragantó la comida. «Ya no volverá nunca más conmigo, qué lejos está.» Amanda me dio en la espalda, y de la boca me salió una risa, una risa prieta y macilenta.

Después de cenar, Amanda tocó el piano. Se remangó con un alarde. Ay, no había quien la aguantara. Intenté subirme al regazo de papá en el sofá, pero él me lo impidió. Me apartó de un empujón, sin mirarme siquiera, y le pidió a Amanda que tocara otra pieza.

El recital no tenía fin. Nadie más que yo se daba cuenta del baile que se traían sus omóplatos debajo de la tela de la camisa. Muñones de alas. No se dio la vuelta, pero, si lo hubiera hecho, sé que habría visto su verdadero rostro.

Rose y papá aplaudían entre canción y canción. Como si yo no existiera. Empezaba a dudarle yo misma, pensaba que a lo mejor solo era un personaje de algún libro de papá; pero entonces descubrí el brillo del botón de mi blusa amarilla, debajo de la banqueta del piano. Todavía la llevaba puesta, tantos días después. Amanda había intentado quitármela, pero la había mordido. Y ver el botón en el suelo fue para mí como una prueba. Porque, si había perdido un botón, entonces es que tenía que existir.

Edith (1997)

Despierto y parece que me va a estallar la cabeza. Mamá no está. ¿Adónde ha ido? Ya se ha levantado. Charlie y ella están en el patio de atrás, sentados en sendas cajas de leche, a la sombra del plátano, pasándose un cigarrillo. Los veo desde la ventana de la cocina cuando voy a enjuagarme la boca al fregadero. Salgo afuera, y mamá deja de hablar y me mira como si los hubiera interrumpido. La luz del sol a esa hora de la mañana es demasiado para mí. Noto un pinchazo en el lagrimal. Lo froto con una mano y la frente con la otra.

—Buenos días —dice mamá.

Hundo la cabeza en el hueco de su cuello, como hacía de pequeña. Se pone tensa un instante; luego me acaricia el pelo.

—Hueles a destilería —dice—. Si prendiera un fósforo, echarías a arder —le noto la voz rara, como si pusiera demasiado énfasis en pronunciar cada palabra.

—Es que bebí de más —digo yo. Empiezo a contarle un sueño que he tenido, en el que un médico me clavaba con saña un punzón en el ojo. ¿A qué se debía esa tortura? Me estaba haciendo una lobotomía. Lo dejo ahí cuando me acuerdo de ese detalle.

Mamá no para de acariciarme el pelo, de manera mecánica. No me está escuchando; o al menos no parece que reconozca nada de lo que estoy diciendo.

—Le estaba hablando a Charlie de tu abuelo. De cuando veníamos a la ciudad a ver la inauguración del carnaval de la Krewe du Vieux. Él ayudaba a montar las carrozas.

Para mí, ir a ese desfile con mamá era el momento estelar del Mardi Gras, el mejor día del año. Debí haber tomado como un indicio de lo mal que estaba el que ella no hubiera hecho nada ese año, que ni siquiera hubiera ido a ver el desfile.

Charlie se levanta para acuclillarse a mis pies.

—¿T-t-te encuentras bien? —me pregunta.

Reúno fuerzas para sentarme.

—Pues claro —hago pantalla con la mano para que no me dé el sol—. ¿Damos un paseo?

Charlie va a la furgoneta a por unas gafas de sol.

Cuando no la oye, mamá dice:

—Conijeto, qué poco te cuidas.

Paso por alto la ironía de la frase.

—Estoy bien.

—Cuando yo falte, necesito saber que estarás bien. Que no irás por ahí haciendo el tonto.

—Pero ahora no faltas. O sea que puedo hacer el tonto todo lo que me dé la gana —le pongo las manos en los hombros y la miro a los ojos. Jugábamos a eso cuando Mae y yo éramos pequeñas. Mamá aparta la vista. La fija en Charlie y en la furgoneta. Pero como yo sigo mirándola, al final me devuelve la mirada.

He aquí el juego: leerse una a otra el pensamiento. A Mae se le daba muy bien, pero no le gustaba nada jugar.

—Vale —dice mamá—. Venga.

—Empiezo yo... —me concentro en sus ojos con todas mis fuerzas, intento ver qué hay en ellos—. Quieres un café —empiezo diciendo.

Sonríe, porque ella siempre quiere café.

—Estás feliz porque has salido del hospital y estás conmigo. Crees que te encuentras mucho mejor y que puede que nos venga bien un viaje —se le iluminan los ojos cuando oye esa palabra, «viaje»—. Y seguramente piensas en Mae, porque siempre estás pensando en Mae.

Mamá entorna los ojos.

—Ya eres muy mayor para tener celos de tu hermana. Pues claro que pienso en ella. Porque no es como tú. Ella es más...

—Lo que tú digas —la interrumpo. No quiero hablar de Mae—. Te toca.

Me mira a los ojos, y es como si me metiera sus largos dedos dentro del cerebro, exprimiera lo que pienso, palpara mis ideas para ver si están maduras. Me zumban los oídos, así que trato de pensar a todo volumen para que oiga lo que pienso por encima del estruendo que tengo en la cabeza.

—Estás pensando que te lo estás pasando muy bien con tu novio. Te duele la cabeza. Estás pensando que no tenías que haber bebido tanto anoche. ¡No tenías que haberlo probado siquiera! Solo tienes dieciséis años.

No se esfuerza. Menuda decepción.

—Hazlo en serio —le digo—. Como hacías antes.

Métete en mi cabeza. La sujeto más fuerte de los hombros y la miro con mayor fijeza. Casi se me salen los ojos del esfuerzo.

—Oye —le dice a Charlie para deshacerse de mí—. ¿Estás listo para ir de paseo?

Sin dejar de mirarla, digo:

—Charlie, ¿te importa esperar un minuto? —por el rabillo del ojo, veo que Charlie da un paso atrás.

—Mamá, ¿en qué estoy pensando? —repito. ¿Cómo no lo va a oír?

Estoy pensando: gracias a Dios que has vuelto. Estoy pensando: no te vuelvas a marchar. Estoy pensando: quédate como estás ahora, así estás bien, quédate así. Estoy pensando: quiéreme tal como eres, con lo que tengas que sufrir. Quiéreme sin barreras.

—No —dice—. El juego ha terminado —se vuelve para mirar a Charlie y le sonrío como un pajarito, le pide la pulsera elástica que lleva en una muñeca. Se ata el pelo con ella, como hacía en verano, dejando libre el cuello; pero lo tiene demasiado corto, y se le suelta en algunos puntos, los más insospechados. Y es que su aspecto ya no es el de antes. Es la flacidez de la cara, como si se la hubieran estirado y luego la hubieran dejado caer.

Dios, qué egoísta he sido. Lo del juego la ha superado. Sigue muy frágil. No debería haberla presionado. Ahora se separará todavía más de mí.

Me acaricia el brazo y dice:

—Vamos a dar un paseo. Una aventurita —y tal como lo dice no tiene nada de malo, pero me desespero porque la verdadera mamá ha vuelto a su madriguera, alejándose de mí. Esto es solo un caparazón. Hago lo posible para que no se me note que estoy desilusionada. Hay que seguirle la corriente, y puede que entonces vuelva a mí.

Mae (2002)

Una vez, iba con mamá en el coche por los pantanos que había cerca de su antigua casa. Yo estaba muy cansada. Todo parecía irreal. Llevábamos bajadas las ventanillas, y nos rodeaba la noche húmeda. Se diría que éramos dos fantasmas, los camisones blancos inflados por la brisa. De repente, paró el coche. Y allí, a la luz de los faros, vimos un mapache muerto, en medio de la carretera. Nos quedamos mirando cómo tres aves de presa caían sobre el cadáver y lo destripaban. El ruido que hacían con las alas era ensordecedor: un batir y un aleteo que se me metió en los oídos y tardó días en desaparecer.

Es el mismo ruido que oía mientras veía a Amanda y a papá sentados en el sofá, con las rodillas juntas. No llegaba a entender lo que decían. Tenía a Rose encima de la cara y no me dejaba verlos bien. Movía los labios, me estaba diciendo algo.

—¿Te encuentras bien? —oí, por fin, que dijo. Es lo que te pregunta la gente cuando ve que no lo estás.

—Sí, sí —alcancé a decir, pero no sonó convincente.

Papá se acercó y me puso la mano en la frente. Cuánto agradecí sentir su tacto.

—Sigue con mucha fiebre —dijo.

Se pusieron a hablar los tres de mí como si no estuviera presente. Rose quería llevarme a que me viera un médico. Yo sabía que, si salía de allí con ella para ir al hospital, no volvería nunca. Al final, papá se soltó de mis férreas manos y dijo que era mejor esperar.

Rose me trajo una pastilla que parecía tiza y un vaso de agua. Tuvo que inclinarlo sobre mi boca para que bebiera.

—Debería estar acostada —dijo.

Papá me llevó a la cama, Amanda se volvió, y entonces lo vi: el pico afilado, los ojos redondos, clavados en mí, y las aceitosas plumas. Al parecer, nadie más la veía tal como era. Quise decírselo a papá, pero no me salían las palabras. Remetió las mantas a los pies de la cama y cerró la puerta.

Estaba inmovilizada en la litera de abajo, la de Edie; me subía la fiebre, y oí que se cerraba la puerta de la calle cuando se iba Rose, y luego el ruido que hacía Amanda, su pesado vuelo en el interior de aquel piso tan pequeño. Soltó un graznido al caer sobre mi padre. Advertí el sonido de las garras cuando desgarró la tripa de papá, y el chapoteo que hacía al sacar con el pico las ristras húmedas de sus intestinos. Lo oía a él quejarse, en la habitación contigua. Me tuve que emplear a fondo para levantarme de la cama e ir gateando hasta donde se encontraban ellos. Estaba dispuesta a ofrecerme yo para que lo soltara a él, pero habían cerrado la puerta por dentro. Me sentía tan débil. Sé que en algún momento de la noche tuvo que llevarme de vuelta a mi habitación, porque desperté otra vez en la litera y él me enjugaba la sudorosa frente y me daba otra tiza para que me bajara la fiebre.

A Amanda nunca la quiso. Incluso después, una vez casados, nunca fue para él más que pura conveniencia.

Edith (1997)

Los bares tienen todos la puerta abierta para airear los efluvios de la noche anterior. Huele a humo rancio; el vómito y el alcohol derramados se funden en una leve vaharada que sale a nuestro paso. ¿O soy yo la que despide ese olor?

Nos detenemos en la puerta del R Bar. Me parece que he estado antes, en Mardi Gras. Charlie entra a por una copa, y mamá y yo nos apoyamos en la fachada y miramos a un chico que pasa por delante en bicicleta una y otra vez, con una chica subida al manillar. Hago que los miro, pero, con el rabillo del ojo, no pierdo de vista a mamá. Tararea algo, muy bajito, sin apartar la mirada de los chicos. Charlie le ha prestado ropa suya: pantalones de hombre, que le están muy grandes, y una camisa que debió de pertenecer a un empleado de gasolinera llamado «Maury». Con eso puesto, parece una completa desconocida. No me gusta verla así. Cuando yo era pequeña, dejaba que la vistiera. Bueno, no es que me dejara, es que me veía obligada a hacerlo, creo. Pero a mí no me importaba. Era como mi muñeca grande. Yo quería que Mae me ayudara a escoger la ropa que le ponía, pero Mae no quería ni oír hablar de ello. A Mae le daba miedo mamá cuando no se encontraba bien. Era así de egoísta. Podemos pasar por el Barrio Francés y comprarle algo. Aunque no, quizá sea mejor dejarlo estar. Si los del hospital la están buscando, puede que pase desapercibida con la ropa de Charlie. La verdad es que parece otra, así vestida. Un personaje de *Reality Bites*, o algo parecido.

Vuelve Charlie, con el *bloody mary* en vasos de plástico.

—Para la resaca, lo mejor es tomar la misma medicina —dice tendiéndome el vaso, pero mamá se lo quita de la mano.

—La misma medicina y una mierda —dice, y yo me echo a reír y Charlie sonrío como un buen chico. No discuto, porque me alegro de verla de buen humor; y, además, con solo oler el alcohol ya me dan náuseas.

Mamá le da un sorbito a mi vaso, luego al de Charlie y luego deja el mío junto a la cabeza de un hombre que duerme la mona en la acera.

—Buenos días —le dice, y lo zarandea para que despierte.

—Eres un ángel —exclama el hombre a nuestras espaldas. Y hasta parece que ella flota. Es porque los pantalones le van largos y camina a paso ligero. Mae tendría algo que decir al respecto. Casi puedo oírla en mi cabeza: demasiado ligero, dice. Bueno, ¿y qué? ¿Quién es ella para opinar? Le robo la ramita de apio del *bloody mary* a Charlie y la voy masticando. Le doy de comer a él también.

Cruzamos la calle, y entonces me doy cuenta de que mamá no viene con nosotros. Está parada en la esquina de Jackson Square, delante de un hombre que toca el acordeón. La observo desde la acera de enfrente: se mece al ritmo de la música, con los ojos cerrados. El hombre acaba la canción y ella sigue con el bamboleo, como si no supiera que ha cesado la música.

—¿Está...? —dice Charlie, pero no acaba la frase.

El acordeonista ataca otra pieza. Se detiene una familia a escucharlo, miran a mamá, luego

siguen camino. ¿Debería cruzar y traerla con nosotros? Por fin, a mitad de la canción, deja de balancearse y abre los ojos. Se lleva una sorpresa al ver que la estamos mirando, como si no acabara de saber quiénes somos.

En cuanto cruza la calle, le agarro la mano.

—¿Vamos hasta el río? —digo rápidamente, para cambiar de tema y correr un tupido velo, porque no quiero que se sienta avergonzada.

En el malecón, buscamos un sitio en la hierba y nos descalzamos para sentarnos en el borde y meter los pies en el agua. Pasa una barcaza llena de contenedores de color naranja. Aquí nos traía mamá de pequeñas, cerca de la curva, justo antes del embarcadero. Hoy está muy alto el nivel del agua; imagino que debido al deshielo en el norte. La última vez que estuvimos aquí se encontraba mucho más bajo. Habían salido a la superficie las rocas del fondo.

—He echado de menos la música —dice mamá, y arruga la cara para dar más énfasis a sus palabras—. Ay, «la música lo recuerda mejor».

—¿El qué recuerda? —pregunto, pero se vuelve y le da la mano a Charlie.

—Gracias —le dice.

Él se pone un poco rojo e intenta vocalizar las palabras «de nada», pero ceja en su empeño. Ella le está mirando la boca y retuerce la suya al mismo tiempo, como si lo imitase, en silencio. Por unos instantes, le veo a mamá la cara tal como es, sin reservas por su parte, y es algo que le muestra a él y no a mí. Como es lógico, eso me pone celosa. Algo absurdo, pero así es. Mamá debe de darse cuenta, porque le suelta la mano y se vuelve hacia mí.

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunta.

Y digo:

—Pues claro —porque la verdad es que sí, que me lo estoy pasando bien. Qué estupidez, ponerme celosa. Estoy feliz de volver a estar con ella. Y entonces digo—: Pero bien de verdad —para que sepa que lo digo en serio.

—Podemos ir a algún c-c-concierto esta noche —apunta Charlie.

Ella asiente con la cabeza, pero ya está en otra parte. Se le cierran los ojos. Le duele algo. A lo mejor la resaca es contagiosa. Le doy un masaje en las sienes. Sonríe como si me estuviera dando permiso para tocarla.

—Está bien —dice—. Se me pasará.

Charlie me aparta las manos y se pone a hacer movimientos muy extraños con los dedos, los ahueca formando un cuenco y se los pasa por la cara sin tocarla.

—¿Esto t-t-te ayuda? —dice. Se nota que no, pero ella dice que sí con la cabeza.

—Es la medicación que me han puesto, si te saltas una dosis da dolor de cabeza.

Me dan ganas de llorar, solo de pensar en el veneno que le han metido en el cuerpo. Pues claro que se ha estado comportando de forma un tanto extraña: a ver quién no lo habría hecho en su lugar.

Charlie y yo nos la quedamos mirando. Ella abre los ojos y nos pone una mano a cada uno en el hombro.

—Que estoy bien —dice—; estoy bien —y nos besa en la frente con esos labios secos y cuarteados que tiene. Luego se tumba en nuestro regazo: a mí me toca la cabeza y a Charlie, las piernas. Es verdad que es nuestro bebé. Le acaricio la cara y dejo la vista perdida en los barcos que van río abajo. Un pesquero, un ferri, un barco de vapor que lleva gente.

—¿Q-q-queréis que vayamos a nadar? —pregunta Charlie.

Digo que no con la cabeza.

—Aquí no se puede —arranco un puñado de hierba y lo tiro al agua. No parece muy convencido.

Añadiría más razones, pero en ese momento empieza a sonar el organillo en el barco de vapor. Dios. Esa música. La viva imagen de la alegría.

—¿Q-q-qué es eso? —pregunta Charlie, y aguza la vista en dirección al barco.

—Eso —digo yo— es el baile fantasma. ¿Te acuerdas del baile fantasma? —le pregunto a mamá, y le clavo un dedo en el hombro. Me dedica una sonrisa apenas perceptible, pero sigue con los ojos cerrados.

Eso nos contaba a Mae y a mí cuando éramos pequeñas. «¿No veis a todos esos hombres y mujeres tan bien vestidos bailando en el río? —decía—. Mirad cómo bailan el vals», y entonces dejaba vagar la vista por el agua, como si los estuviera viendo de verdad. Y por un instante yo también los veía. Piratas y forajidos, y damas con grandes pelucas empolvadas.

Charlie

Si he de ser sincero, la madre de Edie me daba un poco de grima, pero a la vez había algo hipnótico en ella. Marianne conversaba de un modo extraño, me soltaba la charla y dejaba claro que bien poco importaba yo como interlocutor; pero entonces había como un cambio en el aire, que se cargaba de electricidad, y se producía esa conexión entre nosotros. No sabría ni cómo describirlo. Debía de ser un síntoma más de la enfermedad mental, que hacía que se borrasen los contornos de la gente y de las cosas y los convertía por un momento en una especie de ilusión óptica. Si yo me hubiera dedicado al arte, con toda seguridad me habría parecido una mujer irresistible.

Pero no era el caso, y a duras penas soportaba estar cerca de ella. Siempre se me estaba insinuando. Una noche, acabé durmiendo en la furgoneta porque no paraba de tocarse y de toquetearme a mí, mientras Edie dormía en la otra punta de la habitación. No le contaba a Edie que su madre hacía esas cosas porque le habría hecho daño, y me habría echado a mí la culpa. Según ella, su madre no hacía nunca nada malo.

Lo que sí hacía era sufrir horrores: como si el sufrimiento habitara en ella, la abarcara por completo y hubiera que alimentarlo y cuidarlo a todas horas. No sé qué habría sido de mí si me hubiera criado una madre como esa. Mis padres se controlaban siempre y en todo momento. Ver a Edie con su madre hacía que todavía la quisiera más; que fuera aún más protector y tierno.

Mae

Papá acabó el libro, y a mí se me pasó la fiebre, aunque no mejoré. Aun así, me llevó a Coney Island para celebrarlo. Vaya sitio más raro para llevar a alguien que está atravesando un brote psicótico; aunque, claro, él no sabía que eso era lo que me estaba pasando, no quería saberlo.

Recuerdo que estábamos los dos montados en la noria. Se acababa de poner el sol, y a ras de suelo brillaban las luces del recinto ferial. Amanda iba en la cabina de detrás de la nuestra. Siempre estaba cerca. La olía incluso a esa distancia: un olor saturado a carne podrida.

La noria se paró cuando llegamos a lo más alto. Amanda nos saludó con la mano, y papá le devolvió el saludo. Se veía que se esforzaba por poner buena cara. Yo me levanté y me asomé al vacío. El mar, allá abajo, parecía hecho de alquitrán. Caía la noche como un enjambre de insectos. ¿Cómo había acabado inmersa en semejante pesadilla?

—Nos podríamos tirar al mar y llegar a nado hasta el último confín de la tierra. Nadie nos conocería allí —dije. Puede que fuera mi voz; puede que la de mamá. Ya no las distinguía—. Podríamos escaparnos los dos juntos.

Papá tiró del faldón de mi camisa para que volviera a sentarme, con tanta fuerza que toda la cabina se tambaleó con nuestro peso.

—Ya vale, Mae —dijo. Ahora me llamaba a todas horas por mi nombre, como si quisiera recordarme quién era.

—Yo quiero estar contigo —dije, y me eché a llorar.

Me acercó a su pecho y me abrazó.

—Pobre Mae —dijo—. ¿No ves que ya estás conmigo?

—No —gemí, en son de protesta—. No lo estoy. No como yo quiero estar —sabía que ya no me amaba. Había acabado el libro y había acabado conmigo.

—Estoy aquí, a tu lado —dijo para consolarme.

—No —exclamé—. Sabes que no me refiero a eso. Yo quiero estar contigo —le mordí el pecho, atravesando la tela de la camisa—. Quiero ser tu mujer. Haría lo que tú quisieras.

Yo era una fiera salvaje, y él estaba allí, atrapado conmigo, a treinta metros de altura. Al final me tuvo que sujetar con las rodillas. Debió de ser horrible para él haberme creado y perder después el control del relato de aquella manera.

Amanda

Dennis me dijo que aquel libro era lo mejor que había escrito hasta la fecha, y no lo dudo. Vi con cuánta intensidad sentía mientras lo escribía, aunque no llegué a leer el manuscrito. Fue todo un honor estar en la misma habitación cuando lo terminó. Le acababa de llevar la comida, y llegué a ver cómo mecanografiaba la última palabra y sacaba la hoja de la máquina. Se quedó perplejo. Soltó un grito de alegría: «¡Lo acabé!». Con una mano, hizo que diera una pirueta y luego me sentó en su regazo.

¡Ay, cómo lo celebramos! Y poseerlo al fin, sentir su energía vital dentro de mí... Fue algo maravilloso. Yo creo que fue mi devoción por él, que me fuera dada la posibilidad de mostrar la hondura de ese sentimiento, lo que le dio pleno sentido a la relación física que teníamos. La escritura de esa novela purgó alguna sombra que albergaba dentro de él, y de repente lo tenía disponible, a mi alcance, como nunca lo había estado antes.

Me desbordó por entero la felicidad recién hallada que nos embargó a ambos, y temo no haber visto venir la crisis de su hija. Me anduve con cautela, por lo que había pasado la vez anterior, cuando él me echó. Yo iba con mucho cuidado y por eso no supe qué hacer con ella. Mae estaba dispuesta a conquistar la atención de su padre a toda costa. ¡Qué histrionismo! ¡Menudo dramón en la noria! Estaba celosa porque su padre se encontraba al fin feliz con una mujer que lo amaba. A mí me ponía de los nervios, pero parecían cosas de niña adolescente. Tranquilicé a Dennis, diciéndole que sería algo pasajero, y eso quisimos creer los dos.

Edith (1997)

Estamos los tres en el Spotted Cat, en la calle Frenchman. Ocupan el escenario un hombre volcado encima de su contrabajo blanco, una chica al violín, otra a la tabla de lavar, el acordeonista de antes, que ahora luce un bigote pintado, y un hombre gordo con pechos a la trompeta. Cada vez que ataca una nota, al trompetista se le pone la cara roja y le tiembla el pecho. Mamá tira de Charlie y de mí y nos lleva a la pista de baile. A él le da corte al principio, pero mamá le hace dar vueltas, y luego él me hace dar vueltas a mí, con el cigarrillo prendido en la comisura de la boca.

Sí, sí, sí, sí, sí.

Estoy rodeada de gente, pero forman todos una única masa borrosa y compacta. Entonces, Charlie hace girar a mamá. Cuando levanta los brazos, se le ven debajo las manchas oscuras de sudor, cada vez más grandes, y a mamá se le ha soltado ya la pequeña coleta. Ella lo sujeta por los hombros y lo zarandea, una y otra vez, llenándole la cara de su propio sudor. No me acuerdo de cuándo fue la última vez que la vi bailar así. A lo mejor en la cocina, cuando Mae y yo éramos pequeñas; y puede que en casa de Doreen. Se le intensifican los rasgos de la cara. Como si estuviera más viva que el resto de los presentes.

«¿A que te alegras —me apetece gritarle por encima de la música—, a que te alegras de estar viva?».

Pues claro que se alegra. Me coge de la cintura y me sube en vilo. Yo soy más alta, y casi nos caemos las dos al suelo, pero Charlie me sostiene, y luego me da vueltas como a una peonza. Choco contra un hombre de traje y chaleco, que baila con un paraguas. Lo abre y me mete debajo con él, aunque estamos a cubierto.

—Qué bien, qué bien —grita por encima de la música. Baila un poco a mi alrededor, cambiando el paso. Estamos en medio de un círculo de gente que se va formando.

—Dale, tío Lionel, tú dale —grita la gente. Es muy viejo pero sabe bailar. Yo intento seguirle el paso, pero me equivoco a veces. Pone cara de viejo verde cuando me mira, y luego se echa a reír. A lo mejor tiene cien años. La gente aplaude. Una mujer más o menos de su misma edad rompe el círculo: se agarran los dos al paraguas y bailan en torno a él. ¿Lo está viendo mamá? ¿Dónde se ha metido? La busco con la vista y contengo la respiración. Qué calor hace aquí.

Una mujer alta se encorva para que le dé fuego un tipo bajito y puedo ver a Charlie por encima de su hombro: le está pidiendo algo al camarero, inclinado sobre la barra. Y allí está mamá, abrazada a Charlie, rodeándole el pecho con los brazos. ¿Se encuentra bien? ¿Qué le pasa? Hunde la cara en la espalda de Charlie, que habla con el camarero como si ella no estuviera allí. La veo soplarle en la nuca. ¿Qué le ha hecho a mi madre? Intento abrirme paso hasta la barra, pero un borracho con el pelo engominado se agarra a mí para no caerse.

—Suélteme —trato de zafarme, pero se me echa encima.

—¿Cómo te llamas? —balbucea, a gritos, para contrarrestar la música. Me echa el aliento a la cara, y me dan ganas de vomitar.

Lo empujo y choca contra otra persona. Los adelanto, comprimo el cuerpo entre dos gordas que están bailando y no me doy por poco contra uno que lleva perilla y está encaramado en un taburete, desde donde saca fotos cenitales de todo el mundo. Cuando quiero llegar a la barra, solo está Charlie. Mamá ha desaparecido.

—¿Q-q-quieres tomar algo? —me pregunta Charlie al verme. Se creará que soy tonta.

—No, no q-q-quiero nada —le respondo—. ¿Dónde está mi madre?

Se lo ve dolido por mi tartamudeo, pero más le habría dolido si no se lo tuviera bien merecido.

—Edie, ¿q-q-qué pasa? —me pone la mano en la barbilla.

—¡Pero qué haces! —esto es irreal. Aparto la cabeza de golpe y le tiro encima la bebida. Le lleno la camisa de hielo y vodka, y cae hasta en la barra—. ¿Dónde está mi madre? —repito. ¿Se cree que puede aprovecharse de mi madre? ¿Que yo lo iba a consentir? ¿Se piensa que se lo iba a permitir? No soporto esa cara temblorosa y estúpida. Veo borrosos los contornos de las cosas, la ira me nubla la vista.

—¡Oye! ¡Oye! —el camarero está a este lado de la barra, tira de mí para llevarme a la salida—. No hace falta que me enseñes el carné, sé que eres menor de edad —Charlie nos sigue. Me suelto y vuelvo corriendo al baño: una puerta negra con la foto de una chica que parece sacada de un calendario.

—¡Mamá! ¡Mamá! —grito.

Sale una mujer del retrete, pero no es mi madre. La puerta se abre de golpe, y el camarero me agarra del brazo y me lleva otra vez hacia la salida.

—No me toques —me dejo caer con todo el peso muerto, pero me levanta del suelo. Voy dando patadas a todo bicho viviente—. Estoy buscando a mi madre —le grito, pero le da igual. Me deposita en la acera, al lado del portero.

—No sé cómo ha entrado —dice el camarero—. Es trabajo tuyo evitarlo.

Intento entrar otra vez, pero el portero ya me ha cogido del brazo.

—No puede pasar, señorita —dice.

—Estoy buscando a alguien —digo yo. Hace como que no me oye. Comprueba los carnés de un grupo de viejas que ríen como tontas mientras los van enseñando. Tengo a Charlie al lado todo el rato, aunque no le hago ni caso. ¿Y si mi madre me está buscando ahí dentro? Pego la cara al cristal de la ventana, pero está lleno de vaho y hay demasiada gente.

—Edie —dice Charlie—. Edie, d-d-dime algo. N-no ha pasado nada.

¿Se cree que es eso lo que me importa? Pues no, no me importa. Si ella lo quiere, todo suyo. Si prefiere irse con él antes que conmigo, por mí encantada.

—¿Dónde está mi madre? —digo por fin—. ¿Adónde ha ido?

—N-n-no sé —dice él—. Yo creía que había ido a b-buscarte.

¿Ah, sí? ¿Está ahí dentro, buscándome? A veces se olvidaba de Mae y de mí. Había que estar siempre pendiente de ella en el centro comercial. No. No sé. No sé. Siento que algo... Que algo va mal. Sé que algo va mal. Es lo mismo que sentí cuando abrí la puerta de casa, antes incluso de verla colgando de la viga del techo. Me llevo las manos a las rodillas y doblo el tronco. Intento tomar aire. Fue un error sacarla del hospital.

—No t-t-tienes motivos para estar celosa. Yo n-n-no he hecho nada.

Aparto la mano de Charlie de un manotazo.

—Me da igual —digo—. Vuelve ahí dentro y búscala.

Desaparece en el local. Yo espero. El portero enciende un cigarrillo y ve cómo me paseo delante de la puerta, de un lado para otro.

—¿Estás bien? —acaba preguntándome.

Encojo los hombros. Cómo voy a estar bien. Soy una imbécil. La cara de mi madre en la pista de baile, esa intensidad, eso no era felicidad; era otra cosa. Qué imbécil soy. Igual que cuando la madre de Doreen se incorporó de repente en la cama y empezó a hablarnos, y yo pensé que eso era señal de que se estaba poniendo mejor, pero qué va: murió a los pocos minutos.

Al final, Charlie sale por la puerta.

—N-n-no la encuentro —dice. Me echo a llorar.

—Sigue buscando —digo yo, aunque sé que no está dentro—. No me toques —me pongo derecha.

—P-puede que haya vuelto a la casa —dice—. Te juro por Dios, Edie, que no ha p-p-pasado nada.

—¡Pues claro que ha pasado! —le grito a la cara—. Ha pasado que se ha ido.

Candice Vance

Sí, me acuerdo de ellos. Una mujer, un hombre y una chica que ocuparon la casa de al lado, a finales de mayo. Esa casa llevaba tiempo vacía, y me alegré de tenerlos allí de vecinos. Así tenía algo que hacer, algo por lo que sentir curiosidad. Como nos falte la curiosidad, ya nos pueden dar por muertos, eso le decía yo siempre a mi difunto marido. Él no era curioso. No salgo mucho a causa de la diabetes. Me cuesta, por las piernas. Los domingos, después de misa, vienen a verme las chicas; pero, si no, miro por la ventana o llamo a la radio y así sigo conectada con el mundo.

Veía a los vecinos nuevos y pensaba si no habrían montado allí un nidito de amor. ¿Serían ladrones de bancos? Era como si escondieran algo. Tampoco sé si ocupaban la casa de manera legal o no, porque el cartel de «Se vende» no llegaron a quitarlo, y jamás vi ningún camión de mudanzas. No pasó mucho tiempo antes de que una noche, bastante tarde, llamaran a la puerta. Entonces ya era mayor, y ahora soy más mayor todavía, pero me acuerdo de todo perfectamente. Era la chica. Yo solía saludarla desde la ventana, y ella me devolvía el saludo, pero esa fue la primera vez que hablamos. No eran horas de venir a presentarse, y tenía pinta de haber estado llorando. Me preguntó si había visto a su madre. Le dije que no. Había estado toda la tarde sentada al lado de la ventana esperando ver a alguien, así que me habría dado cuenta.

Le pregunté si pasaba algo. Me dijo que si podía llamar por teléfono desde mi casa. Dejé que se instalara en la cocina y le di una guía telefónica. Como no tenía contratado el servicio de conferencias, insistí en marcar yo misma los números. El primero al que me hizo llamar era un manicomio de Metairie. En el manicomio no estaba. A mí no me había parecido que la mujer estuviera loca, pero quién sabe. Mi tía Ginny también parecía normal, hasta que se lio a cuchilladas con todo el mundo en la sombrerería en la que trabajaba, con unas tijeras de costura. La chica me tuvo al teléfono un rato largo, haciéndome llamar a cualquier sitio donde pudiera estar. A todos los hospitales y hoteles.

Yo le dije: por qué no esperas a ver. A lo mejor tu madre está dando un paseo, nada más. Hace buena noche. Tenía la ventana abierta y se veía que hacía muy buena noche. Le dije que a lo mejor su madre quería estar sola. ¿A santo de qué preocuparse? ¿Por qué verlo todo tan negro? Me dijo que tenía que llamar a la policía. Entonces le quise quitar el teléfono. Le dije: mira, ¿a qué viene implicar a la policía?, ¿qué van a hacer ellos?, ¿arrestar a una mujer que ha salido a dar un paseo? A las madres también les hace falta espacio a veces. Es una mujer adulta. Ahí fue cuando la chica se puso bruta. Dijo que le traían sin cuidado mis consejos. Me quitó el teléfono de las manos y llamó a la policía, así, a las bravas. ¿Y qué hizo la policía? Pues lo que yo le había dicho. Le dijeron que ellos no podían hacer nada hasta que la mujer no llevara tres días desaparecida.

Pero, claro, al final tuvieron que implicarse. Vino un agente joven, casi un colegial. Dijo que tenía familia en la parroquia de Plaquemines, que es donde nació mi difunto marido. Me hizo unas preguntas. Ojalá pudiera haber sido yo de más ayuda. A la mujer no volví a verla. A la chica y al hombre sí los vi más veces, desde la ventana, pero no me devolvían el saludo, y luego desaparecieron, poco después de que comprara la casa una pareja muy maja. El señor y la señora

Pérez. Él tiene ascendencia española. Gente encantadora.

Mae

Una tarde, después de aquella salida a Coney Island, papá y Amanda me dejaron sola en el apartamento. No sé dónde fueron. Puede que no tardaran mucho en volver.

Después de lo de Coney Island, papá no se quedaba nunca a solas conmigo, ni se acercaba a mí; ya se encargaba Amanda de ello. Me parecía imposible que alguien quisiera algo con tantas ganas y se le negara; pero eso era lo que estaba pasando. No paraba quieta en el apartamento, preguntándome, en mi deambular de un lado para otro, qué mal había hecho yo.

No veía bien y me daba contra todo. Cuando abrí un libro para que se me pasaran los nervios, hallé las páginas incomprensibles. En vez de palabras y letras, lo que había eran marcas de arañazos, de las garras de Amanda. Todo el apartamento estaba impregnado de su hedor. Me daban arcadas. Yo sabía que me iban a mandar muy pronto a alguna parte, lejos de allí. Papá y Amanda podían estar preparándolo todo en ese preciso instante. Antes prefería morirme.

Fue una etapa de mi vida que solo cobra sentido si la paso por el tamiz del arte. Utilizo muñecos y monto escenarios y contrato a actores para que hagan la voz en *off*. Algunas de mis películas se ajustan más a la verdad que otras, pero en todas hay una emoción sincera. Con cada película, intento recrear mi experiencia subjetiva, compartir lo que era para mí vivir consumida por el amor a mi padre.

El Whitney compró mi obra *Conflagración* en 2008. Era parte de un tríptico, con otras dos películas: una en la que recreo la experiencia de asistir a una carrera de caballos con mi padre, haciéndome pasar por mi madre; la otra es una fantasía en la que mi padre y yo consumamos por fin nuestra relación en el refugio de aves de Central Park. Como consecuencia, soy concebida, igual que en uno de esos giros imposibles de Escher. *Conflagración* recrea el fuego tal y como yo lo recuerdo:

En la primera toma, soy una muñeca que está sola en el apartamento de la casa de muñecas. Reina la calma. Llevo una camisa amarilla y sucia. La luz que entra por las ventanas de la cocina es amarilla también.

Paso las manos por la mesa de formica y digo: «Adiós».

Los libros se amontonan debajo: «Adiós».

Las sillas: «Adiós».

La caja de té labrada: «Adiós».

La tetera: «Adiós».

Con mi mano de muñeca dibujo en la encimera un paralelogramo de luz: «Adiós».

Paso al salón.

Toco el sofá: «Adiós».

La mesa de café: «Adiós».

El gato, hecho de pelo auténtico de gato: «Adiós».

El piano: «Adiós».

Arrastro la banqueta del piano, para subirme y llegar a todas las baldas de la estantería: «Adiós, adiós, adiós, adiós».

Tengo las puntas de mis dedos de muñeca manchadas de polvo. Crono meneo despacio la cola y no me quita ojo.

Abro el armario del pasillo y paso la mano por los abrigos, las bufandas, los sombreros, todo tejido especialmente para la película: «Adiós».

Me agacho y toco los zapatos: «Adiós, zapatos».

Voy al cuarto de baño.

Toco el cepillo de dientes de papá. Toco el peine de papá. «Adiós. Adiós.»

Intento abrir la puerta del dormitorio, que está cerrada con llave. Pruebo otra vez. Nada. Me quedo ahí un instante, con la mano en el pomo. Muevo los labios de muñeca. «Adiós», dicen, sin hacer ningún ruido. Tengo la cara mojada y pálida. Se me ha pegado un mechón de pelo a la frente. Tomo carrerilla y me estampo contra la puerta. Y otra vez. Y otra. Y otra. Al final, hay un crujido. La puerta se abre de par en par.

La cámara me sigue en mi traspié hasta una cama vacía: allí me siento un rato largo, recobrando el aliento. La ventana está abierta. Una brisa leve sacude la persiana. Qué pálida estoy. ¿Dónde está mi papá? ¿Por qué me ha dejado sola en semejante estado?

En el exterior, la luz se va desvaneciendo. Se vuelve de un azul grisáceo. Mi cara de muñeca está casi toda sumida en la sombra.

Paso las manos por su almohada, por la mesilla y la botella de whisky vacía. Todas estas cosas se han reproducido a escala, con un detalle minucioso. En su escritorio, al lado de la máquina de escribir, hay un vaso vacío con una minúscula rodaja de lima seca. Meto la mano debajo del cojín de la silla y saco la llave. Abro los cajones y toco el contenido de todos ellos.

«Adiós», les digo a los prismáticos chapados en oro.

«Adiós», a sus páginas manuscritas.

«Adiós», a las fotos, de mamá o mías.

Coloco todo con sumo cuidado, formando un círculo sobre la camita. La habitación ya está a oscuras. Apenas se distingue mi silueta cuando alcanzo una caja de cerillas diminuta del alféizar. Cerillas de madera. De las que prenden en cualquier superficie. Papá las encendía frotándolas contra mi cremallera, como un truco de magia.

Subida a su cama, en ese nido que he hecho, enciendo una cerilla en la superficie del cabecero. Suelta chispas, y una llama pequeñísima de color amarillo. Voy trazando un círculo con la mano, despacio, y prenden las páginas.

No es que haga eso porque esté enfadada. En absoluto. ¿Sabéis lo que es el papel de Joss chino? Una de las primeras veces que salimos de paseo, papá nos enseñó a Edie y a mí una tienda en Chinatown que vendía objetos de papel. Coches de papel, trajes de papel, joyas de papel, gatos y perros de papel... Es para los funerales. La gente quema esas cosas a modo de ofrendas, para que los muertos las tengan en la otra vida.

Por eso quemo el libro de papá. No es rencor. No, tan solo quiero compañía en el más allá. Lo quiero a él conmigo.

Me tumbo de espaldas, con los brazos cruzados sobre el pecho. Oigo el chisporroteo del papel, a medida que va ardiendo a mi alrededor. La brisa que entra por la ventana abierta hace que oscilen las llamas. Me brilla la cara, como si mi lecho fuera una tarta de cumpleaños. Sale humo del edredón. Las páginas se retuercen, pasan a ser ceniza, flotan por

el aire y se me meten en la boca de muñeca. Saben al beso que nos dimos. El colchón suelta un chirrido cuando coge temperatura. Saltan chispas del pelo, que se me va arrugando. Prende la camisa, como una cortina. La cara. Miradla. Está roja, es suave y se derrite.

Cómo suena el crepitar del fuego. Y la voz de mamá, que oigo de fondo. Chis, chis, duérmete, dice, y me mete la larga trenza de pelo por la garganta hasta que me ahogo.

Edith (1997)

Me paso toda la noche pateando el Barrio Francés: desando nuestros pasos, busco a mamá como el que busca algo que se le ha caído. Pero siento todo el rato el impulso de acercarme al río, hasta que al final me dejo caer por allí.

¿Por qué me resisto tanto? Ha venido aquí. Puedo sentirlo. Me tropezaré con ella dormida en la orilla. El pelo extendido encima de una roca, como si fuera una almohada.

A lo lejos, alguien canta. Estoy en la zona industrial, donde el río es un canal. El sol está empezando a salir y una niebla densa pende sobre el agua. Apenas veo a unos pasos por delante de mí. El aire va mudando despacio el color, pasa del morado al gris.

Me suena esa canción.

Porque yo, yo tengo el corazón a prueba de balas.

Tengo el corazón a prueba de balas.

—¿Mamá? —grito, aunque sé que no es su voz. Suena a mujer negra. ¿En qué lado del río está? No sé si cerca o lejos. ¿No estará dentro del río? Oigo el ruido que hace el agua contra la orilla —. ¿Mamá, eres tú? —vuelvo a gritar.

Dejan de cantar. Estoy al borde mismo del agua.

—Pues no, me parece que no —la voz es femenina, pero creo que pertenece a un hombre. Oigo el chapoteo de un remo en el agua. Emerge de la niebla la proa de una barca, a apenas un metro. El barquero lleva vestido y una peluca torcida; pero también tiene la nuez pronunciada y vello en el pecho.

—Usted perdone —digo—. Es que pensé que era mi madre.

—Interesante —dice el hombre de la peluca, con voz más grave ahora—. Eso no me lo habían dicho nunca.

—¿Ha visto a una mujer por aquí? —me la imagino subida a la barca, con él. La lleva a alguna parte. La conduce en su bote de remos hasta... el más allá. Qué tonta soy—. Es morena de pelo.

El hombre niega con la cabeza.

—Pues creo que no, hija —algo en su forma de decirlo hace que dude. Empieza a remar para alejarse río adentro, pero me agacho y sujeto la proa de la barca.

—¿Está seguro de que no la ha visto? —digo.

—Seguro, estoy seguro —puede que sean imaginaciones mías. Luce ahora una expresión totalmente neutra en la cara. Tiene el maquillaje corrido en el lado sobre el que ha debido de dormirse. Suelto la barca—. Buena suerte —dice, y lo engulle la niebla.

Doreen

En cuanto oí la voz de Edith al teléfono, supe que había problemas. «¿Qué mosca le habrá picado ahora?», pensé. Acababa de llegar a casa, había hecho doble turno en el hospital. Tenía los pies tan hinchados que me costó quitarme los zapatos. Edith me preguntó si Marianne estaba en mi casa.

—¿Cómo dices? —no sabía de qué estaba hablando. Marianne estaba ingresada. A ver si es que a Edith se le estaba yendo la pinza también. Primero sale de la nada, luego desaparece sin decir esta boca es mía, se va corriendo y no me dice ni adiós.

—Hemos encontrado su ropa —dijo—; en un montón, a la orilla del río.

Pero la ropa que describió no era de Marianne. Yo no estaba entendiendo nada de lo que me decía hasta que al final me explicó toda la historia: la historia de ese amigo suyo albino tan tonto, que quiso hacerse el héroe y luego se habían puesto los tres a jugar a las casitas.

—¿Qué te creías que iba a pasar? —no hacía más que preguntarle yo. Ella había sido la que cortó la cuerda y bajó a su madre del techo. ¿Qué se creía, que no iba a volver a pasar una segunda vez?

Le dije que deberían arrestar a su novio por lo que había hecho. Pero entonces lo pensé mejor. ¿De qué serviría? Marianne había conseguido lo que quería. Y el Misisipi tampoco es mal sitio para acabar una sus días. A quien había que arrestar era a los del hospital, que ni siquiera me habían avisado. A saber cuánto tiempo pensaban callarlo.

Edith me dijo que ella no creía que su madre se hubiera ahogado.

—A lo mejor solo se dio un baño —dijo, como si estuviéramos hablando de ahogarse en un charco y no del Misisipi. En el Misisipi no te das un chapuzón, al menos no por aquí abajo ni en junio ni con esas corrientes. Y Marianne lo sabía, como lo sabe todo el mundo. La gente se ahogaba en ese río a montones, y bien rapidito. Entonces Edith se puso a hablarme de un travesti que iba en barca y de que Marianne no se había quitado los zapatos. Y ahí ya sí que me acabó de rematar.

—¿Qué pasa, que crees que se desnudó y se puso a hacer autoestop en barca con las playeras puestas?

—A lo mejor se fue a dar un paseo —dijo Edith—; y a estas alturas podría estar en Alabama.

—Tú vuélvete a Nueva York —dije yo, y colgué el teléfono. No tenía nada más que decir. Debía de saber, de sobra, igual que lo sabía yo, que su mamá estaba muerta. Yo vivía con la certeza de que me llamarían un día para comunicármelo, tarde o temprano, y estaba preparada para recibir la noticia. En fin, todo lo preparada que puede estar una para algo así.

Marianne me contó una historia cuando éramos pequeñas, acerca de una noche en que volvía andando de mi casa a la suya a través del pastizal. Ahora eso es el barrio de Lakeview, pero entonces era todo campo. Y dijo que oyó a alguien al lado, su respiración.

Sería un caballo, dije yo. A veces los dejaban pastando por la noche.

No, dijo ella. No era un caballo.

Y entonces, ¿qué era? Pensaba que diría que era un chico de su clase, o el borracho del pueblo. Alguien un poco peligroso que había querido meterse con ella.

No era alguien, dijo. Era algo. La muerte.

¿La muerte? Vale, ¿y por qué no estás muerta?

Bueno, contestó, solo quería que yo supiera que me había marcado.

Todos estamos marcados, dije yo. Cada uno de nosotros.

Dios, a veces pensaba que era tonta perdida. Qué típico de ella creer que morir es especial. Morirse no es nada especial. A todo el mundo le pasa.

Solo que ¿por qué siempre llega como una sorpresa, por mucha marca que haya y por muy marcada que una esté, por mucho que todo el mundo lo espere?

Por lo menos, ya descansa en paz.

Pensé hacerle un cortejo fúnebre, con músicos. A mi madre le habría encantado, y también a Marianne, yo creo. Pero es que al poco se murió mi hermano, y no tenía yo el cuerpo para ponerme a organizarlo todo. Además, había algo que complicaba mucho las cosas, y era que nunca hallaron el cuerpo. Se lo llevó la corriente, mar adentro, hasta el golfo de México.

Capítulo 9

Mae

Estuve mucho tiempo ingresada. Tuvieron que hacerme ocho injertos de piel. Las enfermeras me cambiaban las vendas y me bañaban en una bañera especial, de acero, para limpiarme las heridas. Era un proceso horripilante, y un médico residente hasta se desmayó al verme sin las gasas. Las quemaduras eran considerables, me cubrían prácticamente toda la cara, los brazos y el pecho, pero eran casi todas de primer y segundo grado; y me habían drogado lo bastante para que me estuviera quieta y lo pudiera aguantar. Lo que más me costó fueron los picores, a medida que iba sanando la piel. Pero, aun así: no me arrepiento de lo que hice. No tenía cara ni pelo, pero sentía que era yo misma como nunca antes lo había sentido. Después del fuego fui otra persona. Me había hecho a mí misma un exorcismo, y mamá había desaparecido.

Cuando papá vino a visitarme, me sorprendió que fuera más pequeño de lo que yo recordaba. Ya no era un gigante. Parecía mayor. Vino con la tía Rose y se echó a llorar, mientras Amanda le frotaba los hombros. Las lágrimas le bajaban por las mejillas y se perdían entre la barba. Me entró ternura de verlo así, pero la verdad era que ya no me importaba.

—No llores —le dije—. No hay motivo para el llanto.

Rose no paraba quieta por toda la habitación, haciendo como que nos dejaba a solas; pero, cuando él me cogió la mano vendada y se la llevó a los labios, Rose cayó en el acto sobre nosotros y se la apartó de la boca con cuidado. Fue el único indicio que tuve de que ella sabía lo que había habido entre papá y yo. Amanda no dijo una sola palabra, y yo hice lo posible por no mirarla.

Yo sabía que aquel idilio había acabado porque papá había traído mis cosas del apartamento, hasta la Leica del abuelo. Tenía ya los dedos relativamente curados y podía sujetarla entre las manos, así que la sostuve entre él y yo. Ni siquiera comprobé si había un carrito dentro: fue solo una forma de mantenerlo a raya. Nuestro pasado y mi locura eran ahora un objeto sellado: daba miedo, pero también era algo hermoso. Yo quería tenerlo entre las manos y mirarlo cuantas veces hiciera falta, pero no tenía nada que ver conmigo en el presente.

Después de aquella visita, la cámara y yo nos hicimos inseparables. Cuando por fin me dieron el alta, me fui a vivir con Rose a Long Island. Recuerdo a papá diciéndonos adiós con la mano en la acera de enfrente, justo al borde de la calzada, unos pasos por delante de Amanda, mientras la enfermera me ayudaba a subir a la ranchera; y a Rose y su marido cargando mi equipaje y la jaula de Crono. Pensé que papá sentiría alivio al verme ir, pero cuando imprimí las fotos de esa tarde vi que no salía precisamente aliviado en ellas. El alivio era mío: me tumbé en el asiento de atrás y fui todo el camino sacando fotos del cielo por la ventanilla, con la mente en blanco, vacía, sin el gran peso que me había quitado de encima.

Amanda

Mae sufría delirios. Todavía los sufre. Todo eso que decía que su padre la obligaba a hacer: mentira y nada más que mentira. ¡Y que haya hecho carrera de ello..., de la humillación a la que nos ha sometido! Fue tan cobarde que esperó a que él ya no pudiera defenderse por sí mismo. Vale, pues yo lo defenderé: ¡porque yo estaba allí! Y no fue para nada como ella lo cuenta. La gente que pinta emplea modelos vivos a todas horas, y nadie va por ahí acusándolos de ser unos depravados. El proceso creativo es muy delicado, y a los genios se les permiten sus excentricidades.

No quisiera parecer desalmada, pero para mí la verdadera tragedia fue que se quemara su obra maestra, y no lo que esa chica se hizo a sí misma en la cara. Dennis decía que la culpa del fuego la tenía él, pero eso no es justo. Dejé de escribir. Yo me ofrecí a hacer de amanuense, a ayudarlo a reconstruir lo que había perdido, pero él no tenía el más mínimo interés. Durante muchas semanas, después del incendio, se despertaba por la noche tosiendo, convencido de que olía a humo. Si a eso le sumamos la noticia de la muerte de su exmujer, se comprende bien que ya no fuera el mismo. Fue muy oportuna la oferta de Bard, que le propuso un puesto de profesor al norte del estado.

Me alegré de salir de la ciudad y alejarme de sus hijas, y hasta de Rose. Le estoy muy agradecida de que me devolviera a Dennis, pero después de eso se comportó de manera extraña. Fue un acto noble por su parte acoger a las chicas en su casa, pero era como si le echase la culpa a Dennis de lo que le había pasado a Mae. Todo muy raro. El pobre había vivido una tragedia devastadora y su hermana no le mostraba apoyo alguno. Cuando se lo mencioné a Dennis, no tardó ni un segundo en cortarme en seco, así que no volví sobre el asunto. La relación que tengan entre ellos es cosa suya y, en cierto sentido, cuanto menos gente hubiera de la que él dependiera mejor para mí, pues me permitía construir con él una intimidad recién hallada. Nos ayudó a empezar de cero.

Me decía a mí misma que, al final, volvería a escribir; y si no era el libro que se había perdido, pues otra cosa, pero después del derrame cerebral ya no parece posible. Qué rabia pensar en las maravillosas novelas que su hija le ha arrebatado al mundo.

Edith (1997)

—¡BILLETES!

Un hombre vestido como un figurante de época de la guerra de Secesión, con un traje de lana azul y gorra a juego, bascula sobre mi asiento.

—¡BILLETES, POR FAVOR! —ladra, y luego se chupa el bigote manchado de nicotina mientras espera a que me quite la manga del abrigo de mamá de la boca y rebusque en todos mis bolsillos. El billete lo tengo en los pantalones cortos. Se lo paso y lo pica; luego lo engancha en el portaequipajes, por encima de mi cabeza.

—¡Billetes! —sigue, pasillo adelante, y se pierde en el siguiente vagón—. ¡Hagan el favor, los billetes!

En este compartimento solo vamos una mujer que lee el *US Weekly* y yo. Me pregunto si mamá va también en un tren en este preciso instante. Desnuda, con el pelo mojado, leyendo un libro. Ella no lee revistas de mala muerte. ¿Habré sido demasiado dura con Dennis? Porque mamá puede ser una persona difícil a veces. Hasta ella misma lo reconocería. ¿Por qué si no iba a huir de su propia vida?

Y sí, es cierto que huyó. Me importa una mierda lo que diga Doreen. ¿Qué sabrá Doreen? ¿Cuándo ha acertado en algo en la vida? Tan lista no será cuando su marido la odia. Si tan lista es y lo sabe todo, ¿por qué encerró a mi madre en esa pocilga? Eso para empezar. No hacía más que hablarme de los preparativos del funeral. Tenía tantas ganas de librarse por fin de mamá que no le importaba que estuviese viva ni que el cadáver no hubiera aparecido. De haber tenido una pala a mano, Doreen habría enterrado a mi madre viva. Tan ricamente.

«Si ve usted un paquete sospechoso, por favor, notifíquelo al personal ferroviario. Gracias por utilizar el servicio de trenes de Long Island.»

Doreen y Charlie. Mis dos Judas. Pienso en Charlie cuando me decía, con sus torpes labios de pez, que yo le olía a «p-pp-p-peras». Puaj, qué romántico. ¡Si pudiera meterle los dedos en las branquias y tirar bien fuerte hasta que se le salieran los ojos!

¡Pero s-s-si n-n-no fff-fue culpa suya!

¡Vaya si lo fue! Algo hizo, algo dijo. Él la asustó. ¿Qué había visto yo en él? Si no paraba de patearse la orilla del río, de arriba abajo, haciendo como que estaba buscándola, solo para poder seguir follándome cada noche. Así es como me ayudó, ya veis.

—P-pp-ppp-pppperas —digo, y suelto un escupitajo en el suelo del tren. Luego lo limpio con el dedo gordo del pie. Me apoyo en el respaldo y noto algún nudo de pelo enredado que me molesta al contacto con el reposacabezas. No me traje cepillo para el pelo. No me traje nada. Me monté en el autobús con el abrigo de mamá y nada más. Me peino con los dedos, pero el nudo rebelde tira del cuero cabelludo. Lo dejo estar. Cuando llegue a casa de la tía Rose, me lo cortaré con unas tijeras.

De pequeñas, a mamá a veces se le pasaba de repente la depresión, abría de golpe la puerta de su cuarto y allí estaba, como si fuera un brazo roto al que le acabaran de quitar la escayola.

Pasmada, no paraba de pestañear, en un intento por volver a poner todo en orden en su cabeza: la casa, y a nosotras mismas. Se pasaba el día limpiando, bañándonos a Mae y a mí. El pelo de Mae sí que lograba cepillarlo, pero el mío era más fino, o sea que tenía que cortar los enredos con unas tijeras. Me dejaba que conservara las bolas de pelo, y yo las ponía en fila en el alféizar, como si fuesen muñecas. Por muy larga y tenebrosa que fuera la depresión, ella siempre salía a flote, y a lo mejor no era la misma de antes, pero se le parecía. ¿Por qué no iba a ser igual ahora?

«Amagansett. Gracias por utilizar el servicio de trenes de Long Island.»

Huy, yo me tengo que bajar aquí. Me miro el dorso de la mano, donde lo llevo escrito. Amagansett, eso es.

Pensaba que Mae vendría a buscarme, pero no hay nadie en el andén. Noto el aire pesado y húmedo: se huele el océano. Entonces, al final del andén, veo que Rose me saluda con la mano. Calza esos pies tan grandes y planos que tiene en zapatos sin tacón, y lleva una falda larga de flores que agita el viento.

—¿Dónde está Mae? —le pregunto cuando llego a su altura y puede oírme por encima del rugido del viento.

—Está en casa —me da un abrazo—. No sé si estás al tanto de... su estado.

—¿A qué te refieres con «su estado»? —la novia de Dennis no me ha dicho nada por teléfono, y llevo semanas sin hablar con Mae (¿semanas o meses?).

A Rose se le contraen las facciones.

—Bueno —dice, y echa a andar en dirección al coche, para no tener que mirarme a la cara—, ya está mucho mejor. Le dieron el alta hospitalaria el miércoles.

Siento una punzada de pánico. Nos detenemos delante del viejo Saab de Rose.

—¿Dónde tienes tus cosas? —me pregunta.

Encojo los hombros al oír esa pregunta tan tonta. Qué más da dónde estén mis cosas. ¿Qué le ha pasado a Mae? Me hace señas para que monte, pero me quedo fuera.

—¿Ha pasado algo? ¿Ha sufrido algún daño?

Rose asiente, me rehúye la mirada.

—Pero ¿está bien?

—No —dice Rose, y da unos golpecitos al coche con la llave—. Bien no está. Se prendió fuego. Pero está viva. De milagro.

Vamos en el coche por la calle principal, las dos calladas. Siento que despierto de una pesadilla para caer en otra. Si me vuelvo a dormir, ¿me voy a hundir en algo todavía peor? ¿Salvará eso a Mae? ¿Me traerá de vuelta a mamá? ¿De qué estoy hablando?

—Tengo que parar a comprar pan para la cena —dice Rose, y aparca delante de una panadería con un toldo a rayas verdes y blancas. Mae casi se quema viva, y nosotras compramos el pan en una panadería muy mona. Nada tiene sentido.

Noto la lengua seca, no me cabe en la boca. Se ha metido una mosca por la ventanilla de Rose y zumba dentro del coche. Rose ha dejado las llaves puestas. La veo al otro lado del escaparate, hablando con la panadera. ¿Qué pasaría si arrancara el coche y saliera huyendo? Pero ¿adónde? ¿Y qué cambiaría eso?

Charlie

Se fue todo a pique cuando su madre desapareció. Me echó a mí la culpa de lo que había ocurrido. Aunque puede que no hubiéramos durado mucho juntos, independientemente de lo que hubiera hecho yo. Edie habría cumplido la mayoría de edad, se habría ido a estudiar a la universidad y se habría convertido en una persona diferente. Y aun así, incluso ahora, cuando pienso en ella tengo una erección; no solo por ella, también por la juventud, la libertad y el amor.

Imagino cómo habrían sido las cosas de haber seguido camino en la furgoneta, atravesando el país, hasta cruzar las Badlands, el desierto, el Gran Cañón, bajar a México y Sudamérica, y subir luego a Alaska. Podríamos haber dormido a la luz de las estrellas, en la caja de la furgoneta, en Texas; o vivido en una granja en el noroeste, frente al Pacífico, o en una barcaza en los Cayos de Florida. A lo mejor nos habríamos encontrado un perro abandonado por el camino, un *pitbull* tal vez. Habríamos construido una casa con nuestras propias manos. Yo le habría preparado lo que se le antojara de comer, al amor de una hoguera. La habría llevado donde ella hubiera querido. Podríamos haber tenido un hijo. Seguro que Edie estaba preciosa embarazada, redonda y suave. Al niño, lo habría traído yo mismo al mundo, sin salir de casa. Lo habríamos llevado con nosotros a todas partes, mientras recorríamos la tierra y navegábamos por el mar. Me la habría follado hasta la vejez, y jamás me habría cansado de hacerlo.

Edith (1997)

Por un camino de gravilla que traza un semicírculo, llegamos a una casa de estilo victoriano. El marido de Rose nos espera, sentado en el porche, con una jarra de té helado. Le da un piquito a Rose en los labios.

—Edith —dice, y me tiende la mano—. Bienvenida. Bienvenida a los terrenos de la Academia Montauk. Soy tu tío Stewart. Me alegro de conocerte por fin —tiene una mano suave que no le pega—. ¿Qué tal el viaje? —pregunta, y me sirve un vaso—. Largo, imagino. Rose me dijo que venías en autobús y luego en tren.

Me bebo el té de golpe, vertiendo un poco en la camisa. Me da una servilleta, pero yo me pongo otro vaso. Bebo de la misma manera: sin parar a tomar aire.

—Gracias —digo, casi sin aliento, y dejo el vaso vacío en la mesa de mimbre.

—¿Quieres más? —me ofrece, pero digo que no con la cabeza.

—Estábamos preocupados —dice Stewart—. Es horrible lo que ha pasado.

—Ajá —digo. Veo que tiene un trocito de papel higiénico pegado a la mejilla, con una mancha diminuta de color rojo en el centro. Debe de haberse cortado afeitándose. Debería dejarse barba, le taparía la piel picada de viruelas. No sé por qué Rose no se ha molestado nunca en decírselo.

—¿Le diste a Mae las pastillas que dejé preparadas? —le pregunta Rose.

—Lo hice, sí.

—¿Está despierta?

—Hace diez minutos lo estaba.

—¿Quieres ir a verla ahora? —me pregunta Rose—. Tienes que subir las escaleras, es la segunda puerta a la izquierda.

Tardo un rato en acostumbrarme a la penumbra de la entrada. Menos mal que Rose se ha quedado fuera. La casa está en silencio, como si contuviera el aliento. Crujen mis pasos.

—¡Mae! —la llamo desde el pie de la escalera—. ¡Ya estoy aquí!

No obtengo respuesta.

A lo largo de la barandilla hay fotos enmarcadas en la pared. Rose vestida de blanco, posando al lado de un Stewart con la cara picada de viruelas. Un chico rubio en traje de marinero que tiene que ser Dennis. Huy, qué raro: hay una de Mae y de mí, de cuando éramos pequeñas. Mae es un bebé y yo la tengo en brazos. Se ven también las piernas de mamá y las de Dennis. Mamá está descalza. Qué pies tan bonitos tiene. ¿Por qué tendrá Rose esta foto colgada en su casa? ¿Hay más gente por ahí que tiene fotos mías colgadas de las paredes?

—Mae —digo cuando estoy delante de su cuarto. Huele a algo extraño, lo noto incluso de este lado de la puerta—. Mae —digo otra vez—. Soy Edie.

—Edie —oigo, por fin, que repite.

Al abrir la puerta, el olor me apabulla. Huele a grasa y medicamentos. Se me llenan los ojos de agüilla. Me cuesta encontrar a Mae allí dentro, hasta que la veo, echada en la cama, recostada sobre almohadones, envuelta en gasas. Tiene una pistola en la mano. No, claro que no. ¿Cómo se

me ocurre pensar eso? Es el objetivo de la cámara.

Clic. Clic. Me saca una foto. Me tapo la cara con las manos.

—Ay, Dios —digo—. Déjame por lo menos que me duche —hago como que me tapo la cara por la cámara, y no por verla a ella. No quiero que salga en la foto la expresión de pánico que se me puso antes de que me diera tiempo a esconderla—. Pareces una momia —le digo cuando por fin baja la cámara. Hago lo que puedo para quitarle hierro a mi voz. No desvía la vista, ni pestañea, así que yo hago lo propio. Le veo las pupilas negras, enormes.

—¿Me puedo sentar?

Asiente con un movimiento casi imperceptible de cabeza.

Me siento al borde de la cama. Respiro por la boca para no tener que oler la pomada.

—¿Te duele? —pregunto.

Encoge también de manera imperceptible los hombros vendados.

Le veo la piel por el hueco de los ojos y la boca: rosada, reluciente y en carne viva.

—Debe de dolerte.

—No me importa. No sé.

Cojo una tira de gasa que se le ha soltado de la muñeca y la froto entre los dedos.

—¿A quién se le ocurre hacer algo así? —le pregunto, sin apartar la vista de la gasa que tengo en la mano.

—Tenía que hacerlo —dice Mae, como si hablara en sueños. Su voz suena diferente y rara. Aguzo la vista y le miro los labios. No sabría decir qué aspecto tienen, entre tantas ampollas. Casi no mueve la boca al hablar.

—Pero fue un accidente —digo yo. Aunque sé que no lo fue. Por toda respuesta, me mira con esos ojos grandes que no pestañean. ¿Será que ya no puede pestañear? ¿Conserva todavía los párpados?

Me paso el dorso de la mano por la nariz, y veo que vuelve a coger la cámara. La enfoca a un punto en el espacio. No entiendo, al principio, qué es lo que está mirando, pero al fin lo veo: una mota de polvo suspendida en el haz de luz. La sigue, en su lento caer por el aire, hasta que se posa en una esquina de la alfombra bordada que hay en el suelo. Nos quedamos un rato calladas.

—¿Qué haces con ese abrigo puesto? —pregunta por fin.

—Me lo quedé. ¿No te han contado lo de mamá? —pregunto.

Yo diría que no me ha oído. Se queda mirando la cámara, juguetea con uno de los botones. No debe de resultarle nada fácil con esos dedos.

—Ha desaparecido —digo—. Pero ya aparecerá. Ya sabes cómo es.

Llaman a la puerta, aunque está abierta. Es Rose. Mae la enfoca con la cámara. Rose estira los labios, enseña los dientes y hace una mueca. ¿Será una sonrisa?

—¿Por qué no me ayudas con la comida? —dice, sin abandonar la extraña mueca—. Así dejamos que Mae descanse un poco —no he visto nunca a nadie que lo pase tan mal delante de una cámara.

Cuando me pongo de pie, la cama cruje. Voy a abrazar a Mae, pero la noto tensa. Tiene todo el cuerpo en carne viva. Rose me hace señas desde el vano de la puerta.

—Bueno, pues nada —digo, y bajo las manos hasta dejarlas a ambos lados de las caderas—. Te veo en un rato.

Y luego, cuando la puerta ya casi se ha cerrado del todo, oigo que Mae dice, bajito:

—Esta vez se ha ido para siempre. Lo noto. Está muerta.

Me sube un calor a la cara. Pongo la palma de la mano en la puerta y hago fuerza para abrirla.

—¡No, señor, no se ha muerto! No tienes ni idea de lo que estás diciendo. Ni siquiera estabas allí.

Rose me aparta de la puerta.

—Edie, ¿por qué le gritas? ¿Qué narices te pasa? Está hasta arriba de morfina.

—Mi mamá no está muerta —le digo a Rose. Parezco el patito de un cuento para niños: ¡me siento tan tonta! Me odio a mí misma por echarme a llorar.

—Sí, vale, ya te he oído —dice Rose. Abre la puerta de otra habitación. La mía. Se pone detrás de mí, con las manos en mis hombros, y yo le doy la espalda, porque sigo sin querer que me vea llorando. Las flores del papel pintado se vuelven borrosas y pierden el contorno.

—No me importa que no me creas —le digo.

—No es que no te crea, Edith. Solo te digo que tu madre no está aquí. Muerta o no, aquí no está.

Eso hace que me dé un ataque más fuerte de llanto. Porque sé que es cierto, que mamá no quiere que la encuentren; que no me quiere a mí. Y si yo hubiera estado cuidando de mi hermana, como le dije que haría...

Rose me echa en la cama de forja, me enjuga las mejillas y el cuello con la punta de la manta de ganchillo hasta que cesa el llanto. Tengo hipo. Me baja de golpe todo el cansancio de estos últimos meses. Veo el océano gris al otro lado de la ventana. Los dedos frescos de Rose todavía en la cara. Está tarareando una nana.

—¿Por qué hizo eso Mae? —le pregunto.

—No lo sé —niega con la cabeza.

—¿Dónde está Dennis? —le pregunto—. ¿Por qué no la está cuidando él?

Noto un relampagueo en su mirada que enseguida se esfuerza en ocultar.

—Porque a mí se me da mejor cuidar de la gente, imagino.

—¿Hizo algo?

—¿Qué iba a hacer? No hizo nada.

Sé que no se lo cree ni ella. La empujo y se cae de la cama, planta en el suelo las manos y las rodillas, como un perro. Me doy la vuelta, de cara a la pared, llena de flores y volutas rojas.

Mae

Antes del incendio, yo tenía asumido que mamá y yo seríamos siempre un todo indivisible. Éramos como una galería de espejos: ella me creaba a mí, que a la vez la creaba a ella, y así continuamente. ¿Cuál de las dos era real? ¿Cuál era el reflejo? Pero después, con el incendio, eso acabó. Cuando me quemé la cara, quemé la suya también, la maté dentro de mí. Y por eso me cuadraba que la hubiera matado también fuera de mí. Cuando Edie me quiso convencer de que mamá todavía estaba viva, yo sabía que estaba mintiendo. Mamá había muerto.

Me echaba a mí misma la culpa de su muerte. Imagino que aún lo hago. Y para superar eso y todo lo demás me refugié en mi cámara. El mundo, visto a través del objetivo, tenía unos límites y era abarcable. La Leica se convirtió en una extensión de mi nuevo cuerpo. Dormía con ella pegada a la tripa, para que estuviera siempre caliente.

Cuando el tío Stewart vio que me interesaba la fotografía, montó un cuarto oscuro en uno de los muchos cuartos de baño libres y, en cuanto estuve mejor, empecé a pasar allí muchas horas al día. Aparte de eso, el tío Stewart y yo casi ni nos cruzábamos. Me cuidaron muy bien, mis tíos. Rose se pidió una excedencia en el trabajo para dedicarse en cuerpo y alma a mi recuperación. No sé qué sentía verdaderamente por mí, pero el caso es que cumplía con creces su cometido y era consecuente: me limpiaba las heridas, me administraba las medicinas y me llevaba en coche a un sinfín de citas médicas. Al parecer, no pedía nada a cambio desde el punto de vista emocional, lo cual le agradecí.

Todo lo contrario que la pobre Edie, que nunca tenía bastante. Veía su sombra debajo de la puerta, allí parada, y, en vez de portarme bien con ella y decirle que entrara, me hacía la dormida. Ella lo intentaba con todas sus fuerzas. Decoró mi habitación con recortes de la *National Geographic* cuando a mí aún no me dejaban salir de casa. Eran imágenes icónicas de montañas y glaciares, para recordarme el ancho mundo de fuera. Un recordatorio que posiblemente le hiciera más falta a ella que a mí. Ahora es fácil decir que me habría gustado portarme mejor con mi hermana, pero por aquel entonces no creo que hubiera sido capaz. Nuestro padre me acababa de romper el corazón, nuestra madre se acababa de quitar la vida y yo acababa de prenderme fuego a mí misma. Era mucho pedir que fuera generosa.

Rose

Stewart y yo quisimos tener hijos nada más casarnos, pero no lograba quedarme embarazada. En la época en que las chicas se vinieron a vivir con nosotros, cuando estábamos en la cama, antes de dormirnos, le preguntaba:

—Stewart, ¿tú te arrepientes de no haber tenido hijos?

—Rose, ¿cómo se va uno a arrepentir de algo que no ha podido tener?

—Pero podíamos haberlos adoptado —decía yo—. Todavía podemos —me imaginaba a mis hijos: una pequeña rusa, una china y una etíope. Una por cada habitación vacía que teníamos en aquella casa tan grande. Y Stewart, a quien no le gustaba nada discutir conmigo, asentía, conforme, y seguía leyendo lo que fuera que estuviera leyendo. Pero no llegamos a adoptar.

Edie fue lo más parecido a eso que tuvimos. A veces, hacía como que era mía. Iba caminando al pueblo con ella y me la llevaba a hacer recados para lucirla bien; aunque Montauk es pequeño y los vecinos sabían que no teníamos hijos. Me era fácil verme en Edie, no solo físicamente, sino también en las cualidades que tenía como persona: era leal hasta decir basta, e independiente, pero también vulnerable. Claro, era la típica adolescente, o sea que estaba siempre un poco de morros y no canalizaba demasiado bien la ira que sentía por dentro. Hubo momentos difíciles, pero acabó convirtiéndose en toda una mujer. Más que eso. Estoy muy orgullosa de ella. Y feliz de traspasarle algo de mí misma, aunque solo sean las recetas y tradiciones de la familia. Feliz de no sentirme, por fin, la rama rota de nuestro árbol familiar.

Jamás experimenté esos sentimientos maternales en el caso de su hermana. Mae era rara, y ya está. Stewart lee muchas biografías, y dice que todos los grandes artistas tienen algo feo o vacío en el interior y que tiran de ahí para alimentar su obra: Dalí y Picasso y Emily Dickinson. No sé si estoy del todo de acuerdo. Denny nunca fue así, pero supongo que eso sí se aplicaba a Mae. Era intensa e inaccesible, y te dejaba bien clarito que no tenías que acercarte mucho a ella.

Marianne le hizo mucho daño a esa chica. He visto las películas de Mae, pero no creo que Dennis fuera capaz de hacerle esas cosas. Claro que no. Sería ella, que tergiversaría el cariño que sin duda él le daba. Aunque Mae era una niña enferma y sensible y él debería haber tenido más cuidado con ella. Se crio con esa loca, cómo no se le iba a pegar esa visión del mundo al revés. Es muy triste.

Me encaré con ella cuando las películas ya estaban en el Whitney, y le supliqué que las retirara de la exposición. Le dije: «Con lo que he hecho por ti: te he pagado la Academia Montauk y luego Bellas Artes. He cuidado de ti. Jamás te he pedido nada. Pero esto que estás haciendo no está bien. No es solo que le hagas daño a Denny, es que se lo estás haciendo a su familia».

Le supliqué. Pero le dio igual. Siempre hubo en ella algo que era impenetrable. Y eso no cambió. No fue jamás persona con la que se pudiera razonar. Entiendo perfectamente que Amanda la llevara a los tribunales por difamación, aunque me opuse radicalmente. Sabía que lo único que conseguiría sería darle más publicidad a la obra de Mae. Y eso fue lo que pasó. Al final, prohibieron los libros de Denny en las bibliotecas de los colegios de Indiana, y si ibas a la

peluquería te encontrabas media docena de revistas con Mae en la portada: el rostro cubierto con un pasamontañas y esa mirada en los ojos que te taladraba y que debería haberme sacado de quicio, pero que en realidad me inspiraba más pena que otra cosa.

Edith (1997)

Esta mañana le cogí una pastilla a Mae. Era azul, como el huevo de un petirrojo. Espero que sea morfina y no un antibiótico. Había tantas que ¿quién se va a dar cuenta de que falta una?

Estoy viendo a Rose, que corta en trozos una zanahoria con destreza de arquitecto. Mae lleva una dieta especial, alta en calorías, para las quemaduras: mucha carne. La carne regenera la carne. Cuando está en la cocina, a Rose se le quita el empalago, la torpeza y las tontunas. Se mueve con seguridad y presteza. De un solo barrido del cuchillo en la tabla, echa las zanahorias a la cacerola.

La ingravidez se apodera de mí de golpe: es como si flotara sobre los baldosines blancos y negros del suelo de la cocina. A ver si me voy a dar contra las sartenes que cuelgan. ¡Vaya estruendo! ¡Menudo traqueteo de cacharros! ¡No te caigas al caldero! ¡La carne, encarna la carne!

—¿De qué te ríes? —dice Rose con una sonrisa, dispuesta a compartir y reírme la gracia. Me encojo de hombros, digo que no con la cabeza, luego que sí. Como no doy pie con bola, me agacho para atarme y desatarme los cordones de las zapatillas, concentrada en la tarea como una apopléjica. Cuando me incorporo, se desvanece un tanto esa sensación de estar flotando. Rose no para de hablar. Acaba de preguntarme algo.

—Claro que sí —digo. Me echo a la boca un trozo de zanahoria que ha quedado huérfano, me empleo a fondo para mastcarlo. Si dejo que siga hablando, al final me enteraré de a qué he dicho que sí.

—Habrá que comprar la ropa para el colegio...

Seguro que lleva tiempo haciéndose ilusiones con eso: ¡con que vayamos las dos de compras, como dos chiquillas! ¡Con la ropa conjuntada! Pobrecilla.

—¿Quieres que pele unos ajos? —acepta mi ofrecimiento, me pasa tres dientes y ve lo mal que lo paso para desprender la piel.

—Es más fácil si lo haces así —los aplasta con una botella, luego me los da otra vez.

Yo aprendí a moverme en la cocina por necesidad, desde pequeña, o sea que nadie me enseñó esos trucos. La piel, que parece papel de fumar de lo fina que es, se desprende como por arte de magia. Y sale a la luz el ajo, pulido y reluciente. Asoma un pequeño brote verde por la punta. Noto el suave ronroneo de la pastilla en el estómago.

—Pícalo bien... —me está diciendo Rose.

No acaba la frase. ¿Está mirándome las pupilas? ¿Me están delatando? No. No es eso. Le sigo la mirada.

Mae está detrás de mí, en el umbral. Ya no tiene que apoyarse, va derecha y erguida. Parece una criatura de la mitología griega: tiene las piernas desnudas de un ser humano; pero de cintura para arriba está toda cubierta de gasa. Y siempre con la cámara.

—¿Cómo te encuentras? —le dice Rose—. La comida estará lista en media hora. El doctor Stern me ha devuelto la llamada: dice que nos puede buscar un hueco mañana. Es el padre de uno de los chicos de la academia, gracias a eso he conseguido la cita. Es el mejor cirujano estético de

Nueva York, el mejor del mundo quizá. Hemos tenido mucha suerte.

Mae asiente con la cabeza.

Rose se detiene en su tarea, cuchillo en mano.

—He visto que falta una de tus pastillas de morfina. No es cosa de andar jugando con ellas, Mae. Son muy adictivas. No puedes echar mano de ellas cuando te apetezca.

Me concentro en el ajo que estoy picando. Noto que Mae no me quita ojo de encima. Como levante la vista y me tope con su cara de desencanto, se me va a pasar del todo el poco efecto que me está haciendo esta pastilla azul.

—Es que me dolía mucho —suelta Mae como si tal cosa—. No volverá a ocurrir —nos saca una foto a las dos para ponerles broche a sus palabras.

Cualquier otro, el tío Stewart, por ejemplo, nos seguiría sondeando. Pero Rose no quiere. Pertenece a esa clase de personas que se forma una idea de la gente y luego acomoda lo que va averiguando a la imagen que ya se ha hecho de ella. Admiro esa cualidad. Le costaría mucho llegar a odiarme.

Suena el teléfono. Es mamá, que está en una cabina y aprieta el auricular contra la oreja húmeda.

Stewart tapa el aparato apoyándolo contra el pecho, embutido en un chaleco. Lo que dice no acaba de cuadrar con el movimiento de sus labios.

—Es para ti: Charlie —las palabras llegan con retraso. Fijo la vista en el ajo y sigo picando. Algo se contrae dentro de mí: la náusea. Con el rabillo del ojo, veo que me acerca el teléfono, pero no lo cojo.

—Ay, Dios, Stewart —dice Rose por fin—. Dile que no está en casa.

—Díselo tú —Stewart no se anda con juegos. Tiene que dirigir un imperio. Ha de volver a su despacho y poner los soldaditos de plomo en formación para la batalla de Austerlitz. Este hombre es un demente: una vez los tiré por el suelo y al día siguiente estaban todos otra vez en el mismo sitio de antes.

—... no quiere hablar contigo —está diciendo Rose por teléfono.

Salgo y vomito encima de las azaleas.

Dios mío, pienso, sueño como un caballo. Y luego, Dios mío. Y luego ya solo, Dios. ¿Me estás viendo hacer todo esto?

No, pero Mae sí: por el objetivo de la cámara. Ninguna de nosotras dos reconoce que ha mentido para sacarme de apuros.

—Tú saca una foto, que durará más —digo al fin, y me limpio la mano en el césped impoluto.

Mae

Rose quitó el espejo del botiquín de mi cuarto de baño para que no tuviera que mirarme. Como es lógico, no podía protegerme de todas las superficies reflectantes. Por las tardes, con las luces de la habitación encendidas, solía mirarme la cara vendada en el vidrio artesanal de las ventanas, o en las sartenes de cobre que colgaban, relucientes, encima de la isla de la cocina. Solo por curiosidad, le pedí a Rose que me dejara ver qué aspecto tenía cuando me cambiaba el vendaje. Ella no quería, pero al final me alcanzó su polvera. Y, claro, era horripilante. Fue antes de que me reconstruyeran el cartílago de la nariz, y lo tenía todo lleno de ampollas, rojo y empañado de una espesa capa de pomada. A pesar de eso, creo que no me paré mucho a pensar en lo que vi. Ha habido veces, después de aquel verano, en las que verme la cara me ha llenado de desesperación; pero entonces sentí que era un pequeño peaje que tenía que pagar para ser libre. Por muy desfigurada que estuviera, mi cara por fin era mía.

Y me gustaba que mantuviese a la gente a cierta distancia; era lo mismo que me gustaba de la cámara. Si miraba por el objetivo, no volvería a ser succionada por las emociones, como había ocurrido con mi padre. El mundo se había nivelado ahora, había quedado delimitado. Las únicas ocasiones en que sentía bullir algo por dentro era cuando miraba el mar. Le sacaba fotos constantemente, con la esperanza de que en algún momento perdiera su poderío, pero también de que no lo perdiera. Rose me llevaba a dar paseos por la playa a primera hora de la mañana. Abría una sombrilla y la sostenía mientras yo le sacaba fotos a la curva que trazaba el mar en el horizonte. No pensaba en aquel primer viaje a la playa con papá y con Edie. No pensaba en el cuerpo de mamá, hundido en el fondo del Golfo. No pensaba en ninguna de las circunstancias que me rodeaban, ni en que pasaría mucho tiempo antes de que se me curara la piel y pudiera nadar en el agua salada, por ejemplo. No: solo era consciente de que el océano era enorme y yo muy pequeña.

Fueron esas fotos del océano lo que imprimí sobre todo ese verano. Los carretes sin revelar los guardaba en un sombrero de paja viejo que reconocí en una foto que Rose tenía en la habitación dedicada a papá. En la imagen, papá aparece sentado a la orilla de un río, y el sombrero de paja le deja en sombra la mitad de la cara. Tiene un cigarrillo en la comisura de los labios, y una voluta de humo sube al encuentro de la cámara. Yo creo que fue mamá la que sacó la foto. Verlo en esa versión más joven no me produjo el mismo deseo que había sentido antes por él. El sombrero era un sombrero y nada más.

Estuve un tiempo sacando fotos de manera compulsiva, pero no era arte. Cuando me estaba preparando para solicitar plaza en las facultades de Bellas Artes, fui a Nueva York y me vi con Rivka, que había sido novia de mi padre. Pasó revista a los montones de fotos que le enseñé — cosas muy genéricas—: fotografías borrosas del océano, el gato, mis pies. Fue un detalle por su parte que quedara conmigo y me tomara en serio.

Miró mi trabajo, luego me miró a mí y al final dijo:

EL ARTE NO ES UN ESCUDO.

ES UN CUCHILLO.

¡HAY QUE SANGRAR!

Claro, tenía razón. No estaba poniendo nada de mí en esas fotos. No expresaba nada. Era solo una forma de hacer que el mundo fuera más habitable. Para sangrar, todavía no estaba lista. Eso vendría después.

Rivka

Vi una videoinstalación en la bienal del Whitney que me tuvo semanas encandilada. Una pesadilla en una casa de muñecas, como algo del Bosco en pleno siglo XX, filmado en Super-8 con grano. Nada más verlo, sentí que me traía un recuerdo que parecía mío aunque no lo era.

Todo el mundo hablaba de esa instalación. Alguien la reseñó en un artículo bastante estúpido que publicó *Art in America*. El crítico lo interpretó como una metáfora de la concepción junguiana de la infancia. Qué poca sangre por su parte, y menuda forma de reducir el alcance total de la obra. Porque la película no era una metáfora, era algo personal; y eso que yo no supe hasta qué punto lo era hasta que no visité a la artista en su estudio.

Hacía mucho calor ese día, y ella no llevaba el pasamontañas que se había convertido en su seña de identidad. Tenía la piel carnosa y llena de bultitos, pero había tal claridad y falta de afectación en sus ojos grises que el resto de la cara parecía una máscara. Recuerdo que llegué a preguntarme si no sería parte de alguna *performance* muy elaborada. Y recuerdo también que tenía una oreja perfectamente formada, suave, intacta; libre de las quemaduras que le habían afectado al rostro.

Me recibió con un «Rivka, no has cambiado nada, sigues siendo igual de fea que siempre». No me resultó ofensivo, no viniendo de una cara como la suya. Estuvimos un rato poniéndonos al día. Me dio las gracias por algo que le había dicho años atrás y le había servido de inspiración; yo no lo recordaba, si siquiera se parecía a las cosas que suelo decir.

Estaba preparando una exposición en el Museo de Arte Contemporáneo de Los Ángeles y se ofreció a enseñarme su obra. Ya no empleaba muñecas ni decorados como en las películas anteriores. Ahora se dedicaba a las «series del Sombrero», y utilizaba fotos viejas, dañadas a veces, que había sacado de niña, cuando se recuperaba de las quemaduras. Transmitían toda la carga de lo que tuvo que ser una época muy dura para ella.

Lo más sorprendente era un *collage* de una habitación ocupada por su hermana, más delgada y triste de lo que yo la recordaba. La hermana salía multiplicada: sentada a los pies de la cama, echada en el suelo, caminando hacia la puerta, mirando al mar por la ventana. Un fantasma en abrigo de pieles que envolvía al espectador.

—Muy evocador —dije.

—Sí —dijo ella—; imagino que sí.

—¿Tienes fotos de tu padre? —pregunté, porque me entraron ganas de repente de verlo tal y como había sido y recordar aquella etapa de mi vida.

—No —dijo—, no tengo.

Ni siquiera con la cara quemada se me había pasado por la cabeza que las películas fueran autobiográficas; que el encantador Dennis Lomack fuera el monstruoso objeto de su amor. Eso fue antes de que televisaran el juicio, y viera entrar a un Dennis mudo y babeante en la silla de ruedas empujada por ese horror de mujer con la que se casó.

Edith (1997)

Llamo a la puerta del cuarto oscuro y digo:

—Yuyu, ¿puedo entrar?

—Espera —la oigo cacharrear, luego el clic del cerrojo.

Tira de mí para que entre aprisa al cuarto y cierra enseguida la puerta. Me cuesta un rato acostumbrar la vista a la tenue luz de la bombilla roja que pende sobre nosotras. Hay bandejas de líquidos en la bañera, y una ampliadora en una mesilla auxiliar. Crono se ha apoderado del lavabo, tiene las patas extendidas y no nos quita ojo. Le gusta notar la porcelana fría en la barriga. Le froto detrás de las orejas.

—Dennis y Amanda esperan abajo. Ya están todos casi listos para ir a la playa —digo.

Mae no me oye, al parecer. Aprieta un botón en la ampliadora, y aparece un rectángulo de luz que dura unos segundos y luego se apaga con un pitido. Saca de la máquina una hoja en blanco y la mete en la primera bandeja que hay en la bañera.

Me siento en la taza del váter. Crono y yo vemos cómo trabaja. Es como si estuviera en trance: mece la bandeja adelante y atrás, adelante y atrás. Los productos químicos huelen a vinagre y a pies. De repente, sobre el papel, un ojo sale de la nada; luego un pico: una gaviota.

—¡Es magia! —dice Mae. Cada vez que se revela una foto, se queda fascinada, como una niña pequeña. Me preocupa que el incendio le haya afectado al cerebro.

—Qué guay —digo yo.

Mae coge la foto del ave con unas pinzas y deja que gotee un momento en la bandeja; luego la sumerge en la siguiente.

—Siempre aparecen primero los ojos. Quién sabe por qué.

—Dennis tiene una pinta muy rara —digo, cambiando de tema—. Está demacrado, como si hubiera perdido un montón de peso.

No me hace ni caso. Solo quiere hablar del proceso fotográfico. Deja la gaviota en el medio y saca otra hoja de la última bandeja.

—Esto es fijador —dice—. Cuando la foto lleva aquí sumergida un rato, se puede exponer a la luz sin que sufra daño. Pero es tóxico, o sea que tengo que tener cuidado de que no caiga nada por el desagüe.

—Guay —asiento, y pongo cara de que me interesa. Porque al menos es mejor que cuando no me dirige la palabra, y así me ha tratado hasta hace poco. Saca la hoja de papel goteante del fijador y la lava debajo del chorro; luego la cuelga en la cuerda de la ropa, al lado de la ventana ciega. Miro la foto por encima de su hombro: un rectángulo gris.

—¿Eso qué es? —le pregunto.

—El océano.

Miro con más detalle y veo unas crestas blancas. Son olas. Las otras fotografías colgadas tienen idéntico aspecto. No lo acabo de pillar: por qué le interesan tanto estas fotos, por qué no hace más que sacar fotos del mar.

Se rasca el brazo con la parte de atrás de las pinzas. Me parece que pone cara de dolor, aunque es difícil saberlo con esa máscara de gasa que lleva puesta.

—¿Te pica? ¿Le digo a Rose que te ponga más crema?

—¿Por qué no os vais a la playa sin mí? —dice. La pone nerviosa que merodee a su alrededor. Creo que aquí dentro se olvida de su cuerpo unos instantes, y no le gusta que yo se lo recuerde. Además, no me va a contar lo que yo quiero saber—. Espera, voy a tapar el papel para no cargarme la foto —cubre las bandejas de los líquidos y mete el papel en una bolsa de plástico especial—. Ya está, puedes salir —dice.

—¿Quieres que le diga algo a Dennis? —le pregunto, en un último intento, pero ella me empuja despacio para que salga de su cuarto oscuro y cierra por dentro. Aguardo respuesta detrás de la puerta, pero solo oigo el ruido que hago al respirar y un eco de voces en la planta de abajo—. Vale, hasta luego —digo.

Casi me cruzo en la escalera con Dennis, que va derecho a ver a mi hermana, pero me escabullo, fuera de su vista.

—¿Mae? Mae, cariño —oigo que dice cuando llega arriba—. ¿No podemos hablar? ¿Me dejas entrar, por favor? Quería contarte una cosa.

Subo los escalones sin hacer ruido y alcanzo a verlo, con la frente apoyada en la puerta. Cuando me ve, se endereza.

—¿Lista para ir a la playa? —me pregunta. Yo asiento con la cabeza. ¿Qué querría contarle? A mí nadie me cuenta nada—. Entonces, hasta luego —dice para que ella lo oiga al otro lado de la puerta y me sigue de camino a la cocina, donde el tío Stewart y Amanda están hablando de becas y excelencia académica, mientras Rose termina de llenar con mimo la cesta del picnic.

Salimos en fila por la puerta de atrás, cruzamos el césped y nos dirigimos a la playa privada del club. El viento bajo, cargado de arena, nos azota las piernas. Los hombres que dejamos atrás en el camino se me quedan mirando, aunque la parte de arriba del bikini casi no me abulta sobre el pecho: eso es algo que se ha ofrecido a enmendar más de uno de estos ricachones quemados por el sol, hasta el culo de alcohol, en la fiesta del 4 de julio. Cuando se dan cuenta de que voy con un grupo de gente de mediana edad, dejan de follarme con los ojos y saludan con la mano al tío Stewart. «¡Feliz Día del Trabajo!», gritan. Él les devuelve el saludo pero sigue caminando. Intenta seguirle el ritmo a Amanda, que hunde los pies en la arena como una vaca de ideas fijas. Menuda pareja hacen los dos, con esos sombreros de paja tan tontos que llevan. ¿Es que no les da vergüenza? Ella tiene la espalda blancuzca llena de lunares. Da asco. No comprendo por qué la ha traído Dennis. A él no le veo los ojos tras las gafas de espejo. ¿Por qué está con una mujer tan repugnante? Seguro que, de alguna manera, ella tiene la culpa de que mi hermana se hiciera lo que se hizo.

Aminoró la marcha cuando llegamos al chiringuito instalado en la arena. El camarero está preparando una bebida a base de cubitos de hielo y cerezas que huele a laca. Me imagino a mí misma dándole sorbos a ese cóctel, el calorcito que sentiría en el pecho, lo mucho más soportable que me haría esta excursión.

—¿Una gaseosa? —me pregunta en cambio. Lleva pajarita y chaleco, aunque haga calor y estemos en la playa.

Rose se ha dado la vuelta para mirarme: me indica por señas que siga andando. Le digo que no con la cabeza al camarero, pero a Rose no me esfuerzo en alcanzarla. Ahora no necesito beber nada, estoy bien. Ya me tomaré algo más tarde. Le daré unos sorbitos al vino para guisar que tiene Rose. El tío Stewart cambió la cerradura de la bodega.

Seguimos caminando, más allá de la gente, hasta la zona de la playa que está desierta, cerca del faro: a la luz del sol, sus paredes son de un blanco cegador, como esos huesos en el desierto de los cuadros de Georgia O'Keeffe que le gustan a mamá. ¿Es allí adonde ha ido? ¿A las grandes llanuras del Oeste? Aguzo la vista y la fijo en la arena, sin hacer caso del mar por un instante: el desierto debe de ser así. Me imagino la cabeza de mamá saliendo de la arena. ¿Y si por poco la piso? Tengo que parpadear unas cuantas veces para borrar la imagen de su cabeza bajo mi pie. Puaj. Puaj. Puaj.

—¿Me ayudas? —Dennis no consigue abrir la sombrilla con el viento que hace. La sostengo por la punta, y él clava la base.

Veo la poca maña que se da Stewart en extenderles la crema solar a Amanda y a Rose, a pegotes. ¿Es que no puede hacerlo como es debido? No soporto ver cómo embadurna la espalda de Rose. Cuando Dennis ya ha terminado con la sombrilla, me acerco a mi tía y le extiendo bien los grumos blancos. Se asusta un poco cuando la toco, pero luego se deja hacer como con demasiadas ganas. Anoche me dio una pulsera que heredó de su madre. Me llevó a un lado y me dijo, con la voz llorosa, que yo era lo más parecido a una hija que había tenido nunca. La pulsera es bonita: de cadenitas de plata unidas por un broche de madreperla; pero no me parece justo por Mae, y eso que a ella no le importa.

—Puede que el agua esté muy fría para bañarse —Rose me mira ansiosa a la espera de que le devuelva la sonrisa. Y se la devuelvo, pero ojalá no estuviera siempre tendiéndome un cuchillo con el que rajarla. Un día de estos no voy a poder aguantarme.

Stewart me ofrece el protector solar, pero digo que no con la cabeza.

—Yo ya me he echado crema en casa. ¿Por qué no le pones un poco más a Amanda?

Rose abre la cesta, saca el pan de molde y una tartera de plástico con la mantequilla.

—No hace falta —dice Amanda, y levanta una mano como de casualidad, para que vea el anillo de diamantes. ¿Están casados? ¿Dennis y ella? ¿Y esa coqueta gilipollas se cree que se lo voy a preguntar? Pues antes muerta.

—¿Ya te has puesto? —digo—. Pues yo creo que no te vendría mal un poco más. A lo mejor no te lo han dicho nunca, pero tienes la espalda llena de unos lunares que dan asco. Me ponen enferma. A ver si vas a que te vea un dermatólogo.

Amanda suelta el aire por la nariz y saca una revista de la bolsa de playa que ha traído consigo.

—¿Qué cosas dices! —tercia el tío Stewart, que mira luego a Dennis, a la espera de que me regañe. Claro está, a Dennis ni se le ocurre hacerlo.

—¿Alguien quiere arenques? —pregunta la tía Rose para cambiar de tema.

—Edith, eso no se dice —me increpa el tío Stewart, espaciando mucho las sílabas, como si yo fuera imbécil. No le presta atención al tarro de arenques que Rose le planta encima—. Eso no se dice y lo sabes.

¿Lo sé? Vale, será que hablar de pieles es un tema que escuece (!). Amanda pasa una página de la revista, haciendo como que lee, y su absurdo anillo reluce a la luz del sol. Detrás de ella, tres gaviotas se posan y despedazan un bocadillo dejado a la buena de Dios. Una de las aves logra enganchar lo que queda con el pico y emprende el vuelo. Las otras se quedan ahí, soltando graznidos, como estúpidas.

—Ya hemos hablado de esto —le está diciendo Stewart a Rose—: Hay que ponerle límites, le hace falta disciplina.

Me levanto, y la arena que tengo en el regazo se desparrama sobre sus caras.

—Yo lo decía por su bien —les suelto, con toda ternura, mientras escupen y parpadean. Luego

voy hasta el agua. Que jueguen a las casitas sin mí. Así empiezan de cero.

Rompe una ola, y la espuma fría, presurosa, me cubre los pies, luego succiona la arena debajo de mí. Hay un momento de vértigo, hasta que una mano en mi hombro restaura el equilibrio. Dennis.

—¿Quieres dar un paseo? —dice.

Encojo los hombros, aunque ya estamos andando.

—¿Cómo te va? —me pregunta.

—Fenomenal, Dennis. Me va fenomenal —¿qué se ha creído?

—¿Ah, sí? —dice, y me tira del brazo para que tenga que volverme y mirarlo a la cara.

—Mae me lo contó todo —miento.

—Todo —repite él.

—Sí. O sea que lo sé.

Asiente con la cabeza.

—¿Qué sabes?

—Lo que hiciste.

—Vale, ¿y qué hice?

Debió de ser algo horrible.

—Ya sabes —digo.

Asiente.

—¿Es verdad?

—Posiblemente lo sea. ¿Por qué te iba a mentir tu hermana? —se agacha y recoge una concha; luego la sostiene en alto. Se trasluce al contraluz, con perladas capas de distinto espesor.

—No mentiría.

Tira la concha, que cae de nuevo al agua. Nos damos la vuelta. Piso un montón de algas, y las fibras tiernas se despachurrean bajo mis pies. No sé lo que hizo Dennis o lo que dejó de hacer, pero, cuando me fui, Mae estaba perfectamente. Si no me hubiese ido, seguiría bien.

Miro a Amanda, sentada a cubierto del sol, debajo de la sombrilla.

—Está embarazada, ¿a que sí? —le pregunto, y en cuanto lo digo suena a obviedad.

—Lo está —dice Dennis.

—Vaya —digo yo. Por eso se casa con ella—. O sea, ¿que estás esperando un hijo?

—Eso esperamos, sí —sonríe, pero yo no le devuelvo la sonrisa. Ese hijo será su borrón y cuenta nueva, una segunda oportunidad. Mae y yo somos la chusma, la escoria que se tira a la basura.

Dennis se quita la camisa y las gafas y las deja caer en la arena.

—¿Quieres darte un chapuzón? —pregunta. Entrecierra los ojos. Tiene gris el pelo del pecho. Antes no lo tenía así.

Lo sigo al agua, un poco aturdida todavía. Huy, qué fría está, qué fría. Meto tripa para que no me dé frío cuando el agua me llegue a la cintura.

—OO-OOO-OO, ayyy-ayyyy-ayyyy —dice Dennis cuando nota el frío.

Doy otro paso, y de repente el agua tira de mí. Hace un momento era una superficie lisa, pero ahora se está poniendo vertical de verdad. Una ola va formándose a lo lejos. Una bien gorda. Dudo y reculo en dirección a la arena, pero el agua bloquea mis rodillas.

—Tírate de cabeza para esquivarla —grita Dennis. La ola se yergue sobre nosotros—. ¡Tírate! —grita otra vez, y se lo traga la ola, mientras yo me quedo petrificada. Se me viene encima una pared de agua. Me da en el pecho, me tumba, succiona mi cuerpo hacia abajo.

Me arrastra por el fondo del mar, siento los arañazos de la arena en las piernas y la espalda. Me está enterrando en el agua. Hago un esfuerzo para abrir los ojos y veo una nube de arena, y pelo. El pelo de mi madre.

Y entonces noto que hago pie otra vez, que el agua me llega a la cintura y no paro de toser. La parte superior del bikini se me ha levantado, tengo el culo lleno de arena, las cavidades nasales ardiendo. Un ovillo de algas se mece en la superficie.

Dennis está a apenas unos metros.

—¿Te encuentras bien? —se acerca flotando hacia mí. Veo que detrás de él se está formando otra ola, y esta vez no espero a que impacte: me doy la vuelta y echo a correr, o al menos lo intento, usando las manos a modo de remos. Oigo la ola que rompe a mi espalda, pero no hace que pierda pie, sino que me empuja hacia delante, llevándome a la playa, donde la tía Rose me está esperando, toalla en ristre.

—¿Estás bien? —dice, y arropa mis hombros con la toalla. Los mocos me llegan a la boca, estoy tiritando. Quiere llevarme de vuelta a la manta que tendimos en la playa, pero me echo allí mismo, en la arena caliente. Se pone de los nervios, parece una pera larga y pesada, un ganso sin brazos. De rodillas, a mi lado, cloquea como una gallina y me da un bocadillo. Me lo como, tumbada boca arriba, con los ojos cerrados. Cada pocos bocados, un grano de arena chirría entre mis dientes.

TERCERA PARTE

Marianne

dicen los físicos que hay partículas que existen solo cuando se las mira. un electrón, cuando no está saltando de una órbita a otra igual que una pulga, o no está siendo estimulado por un científico, deja de existir. me parece que eso fue lo que me pasó a mí, que dejé de existir.

y luego un día volví a aparecer, en la mirada de ruth day. era una monja sin convento. dios le dijo que se saliera de la orden y pusiera una granja. me vio caminando por el arcén de la carretera y paró el coche.

—te encontré —dijo, y me sentí orgullosa.

del agujero del que salí a rastras no tengo mayor noticia. ni sé cuánto tiempo pasó. perdí la facultad de hablar. repetía las palabras de la gente pero no podía formar las mías. las palabras solo eran trucos para ejercitar la lengua, nada más. había un nombre bonito para esta dolencia, este repetir las cosas sin sentido. ecolalia. ¿a que suena como una nana o un tipo de pájaro?

éramos doce: los apóstoles de ruth day. vivíamos en una granja y subsistíamos mayormente a base de lo que plantábamos. teníamos meditación matutina y plegarias por la tarde, y meditación vespertina y ritos nocturnos. entremedias, nos ocupábamos del mantenimiento de la granja. cultivábamos acelgas, espinacas, col rizada, coliflor y repollo. teníamos un manzanal y criábamos ovejas y abejas. vendíamos leche de oveja sin pasteurizar, y miel y hamacas y campanillas de viento en el mercado del pueblo.

la tierra era de un matemático. vivía con nosotros y atendía las colmenas. dibujaba mapas complicados en las hojas muertas, que le regalábamos a la gente si nos compraba una hamaca o un carillón en el mercado.

cada día, la gente de la granja ponía sobre mí sus manos y rezaba. notaba un calor en el hígado, en el bazo, en las tripas entre uno y otro órgano. era la gracia que se desplazaba dentro de mí.

al final, los significados se fueron pegando solos a las palabras. me sentía como adán.

me quedaba mirando el rebaño de ovejas y pensaba: ¡ovejas!

me quedaba mirando el enjambre de abejas y pensaba: ¡abejas!

iba a la cuadra a mirar a los tigres y pensaba: tigres... pobres tigres.

le compramos dos tigres a un hombre en un motel. él no podía hacerse cargo de ellos. eran tigres que habían pasado por un infierno: tenían sarna y hepatitis, estaban desnutridos. en la cuadra eran felices. cazaban ratones: carnecitas de latidos rápidos de corazón. les llevábamos ciervos heridos de flecha. les gustaba la comida herida pero viva. el olor del miedo los ayudaba a salivar y fomentaba la digestión. los mirábamos correr en círculos durante la meditación vespertina. sus rayas se movían como el paisaje por la ventanilla de un tren. un encantamiento sin palabras. uno atrapaba al otro: se acercaba, se acercaba, y saltaba sobre él. luego soltaban los dos un bostezo, estiraban las lenguas sonrosadas, espinosas.

una vez, uno se escapó y rajó de arriba abajo a mis ovejas y se comió los corderos que llevaban dentro. fue en primavera. estuvo días eructando lana y defecando amorosos huesos de cordero. cómo lo odiaba yo después de aquello. evitaba aquella parte de la granja.

pobre felino, pobre felino. yo he hecho cosas, en mi desesperación, que eran más feas que eso...
procuro no regodearme en esas cosas. mi vida se divide en antes de conocer a ruth day —
oscuridad, sufrimiento— y después —entrega y luz—. cuando era marianne hice daño y fallé a
muchacha gente. quería morir a toda costa y eso hice.

y volví a nacer.

tenía problemas a la hora de medir las cosas. trabajando con las abejas me di cuenta de que la
colmena tenía alma, aunque no la tuvieran las abejas individualmente. no había nacido para ser
una persona moderna. siempre fui un fragmento que buscaba la plenitud en el todo. en la granja,
me entregué. nos entregamos todos, hasta ser una puntada en el gran manto de Dios, un pelo de su
cabeza.

por la tarde rezamos junto a las colmenas. las abejas forman una nube y se nos posan en la cara,
en las manos y en los pies. ojo con ojo, y son tantos... nos raspan la piel con sus patitas. cuando
pican, nos devuelven al presente. «ay, ay, ay, estamos aquí», cantamos. «estamos aquí.»
tarareamos himnos que se suman a su zumbido. rugen más alto que un tigre. rugen y el rugido se
nos mete dentro y nos purifica. cuando estamos limpios, ruth day nos da miel para merendar, como
un sacramento.

comeos su luz, no os comáis su cuerpo, dice ruth.

y nos colma la luz de dios.

CUARTA PARTE
Los Ángeles, 2012

Edith

Le doy un beso a Hugh mientras se limpia las manos con un paño de cocina. Están delante todos los invitados, en esta fiesta para celebrar mi maternidad, pero no me importa. Me metería toda dentro de su boca. Lo estrujo contra mí, aunque he de hacerlo de lado, por la tripa. Se aparta con un gesto cariñoso.

—Hola —le dice a alguien que tengo detrás. Me doy la vuelta y es Mae.

—¡Sorpresa! —dice ella—. Huy, pues ha funcionado, porque sí que tienes cara de sorpresa.

¡Mae!

—¡Y tanto que me ha sorprendido!

Estoy tan contenta de verla. Tiene buen aspecto. Lleva un caftán de seda azul y un velo. Luce al descubierto sus bonitos ojos, que ha delineado con kohl y parpadean como botones grises. Lleva las cejas pintadas. Dos arcos perfectos.

—Pensaba que no vendrías hasta la semana que viene, para la exposición.

—Te mentí —dice. Lleva mojada la parte del velo que le tapa la boca, de un azul más oscuro—. Hugh y yo nos conchabamos —da un paso atrás—. Dios, estás embarazadísima. Déjame que te haga una foto, por favor...

Paul, su ayudante, le da la cámara, y ella fotografía mi gigantesca tripa.

—Me siento como si llevara adosada una olla de estofado —digo yo.

Una de las amigas de Hugh, una mujer que se llama Agnes, da golpecitos con una cucharilla en un vaso: va a anunciar los juegos que ha organizado para la fiesta de mi maternidad.

—Cada tarro tiene una papilla de frutas distinta —está diciendo—. Probadla, escribid en la cartita adjunta lo que creéis que es, firmadlo con vuestras iniciales y pasadlo.

Es lo que menos me apetece del mundo.

—Le voy a enseñar el cuarto del niño a Mae —digo, mientras todos toman asiento. Tiro de Mae, la llevo a lo que era antes el cuarto de invitados y cierro la puerta.

—Anda, quítatelo, por favor —digo, y señalo el velo—. Hace mucho calor, y echo de menos tu cara.

Hugh ha pintado las paredes de gris pálido hace poco y perdura el olor. Abro una hoja de la ventana. Apoyada contra la puerta del armario, la cuna está todavía sin montar, tal como la dejó Rose cuando nos la trajo. Es que no hemos tenido tiempo.

Mae se sienta en el borde de la cama y mete las manos debajo del velo para desatarlo por dentro.

—La habitación es muy bonita —se levanta el velo y lo deja caer por detrás de la cabeza. Y ahí está, esa cara tímida. Roja y desfigurada, pero su cara al fin y al cabo. No puedo contenerme: me la como a besos y le borro la raya del ojo. Intento arreglarlo frotándoselo con el pulgar.

—¿Te acuerdas de cuando mamá se enfadaba si la besábamos mucho?

—No —dice Mae entre risas—. De hecho, no me acuerdo de querer besarla.

—Decía: «Ya te beso yo. No hace falta que me devuelvas el beso» —le cojo la mano y me la

pongo en la tripa—. Dios, me parece mentira que estés aquí. Estoy tan contenta de verte.

Nos quedamos así, sentadas, un minuto, sin decir nada. Se oyen las risas de la gente detrás de la puerta.

—¿Qué hace ahí una geoda? —pregunta, y señala el cristal de roca en la mesilla.

—Hugh la compró en un mercadillo. Justo acababa de asistir a un taller sobre energía —digo yo—. Tócala.

Sé que no cree en esas cosas, pero pone encima la mano libre, al lado de la mía.

—Es como tocar una roca —dice.

—Eso es... —digo yo—. ¡Porque es una roca!

Las dos soltamos una risita nerviosa.

—Pero sí, creo que me gusta —dice.

Le doy unos golpecitos en la mejilla, llena de bultos. Hasta ese mismo momento no decido si voy a enseñárselo o no.

—Quiero que veas una cosa —le digo.

—Vale.

Voy hasta la estantería y busco en la balda de abajo.

—El hermano de Hugh parece que ya está borracho —dice Mae, y se levanta para mirar por la ventana.

—¿Jack? Seguro; es un borracho —el hermano de Hugh es un tema en el que prefiero no entrar.

—¿Eso son loros? —pregunta, con la vista fija en un limonero.

Palpo detrás del ejemplar de *Buenas noches, luna*, pero no lo encuentro. Juraría que lo escondí detrás de esa balda.

—Puede. Hay una bandada de cotorras que sobrevuela la zona.

Ay, ya lo encontré. *The Iowa Review*, primavera de 2010.

—¿Te puedo leer un poema? —le pregunto.

Deja caer las láminas de la persiana veneciana, que vuelven a su alineación natural con un tintineo. Luego entrecierra los ojos, sin apartarlos de la revista literaria que tengo entre las manos. Se ha dado cuenta de que está muy manoseada por las hendiduras en el lomo, seguro.

—¿Desde cuándo lees poesía? —sé lo que me está preguntando en realidad: que por qué no he pasado página ya.

—Desde hace nada; ¿te lo puedo leer?

Asiente con la cabeza.

—Claro —vuelve a sentarse en la cama y pone la mano en la geoda. Deslizo el trasero por el suelo, buscando la pared con la espalda, y carraspeo.

en mi vida de antes, tenía

la cara contra la pared, los ojos en el yeso,

no sabía que podía volver la cabeza

y todavía habría sitio, luz, aire. cuando me desposé

con la pared, vestida de blanco y todo, no sabía

que había una habitación detrás de mí: con alfombras y una ventana,

techos altos, mesas, sillas, una puerta.

Termino de leerlo con un gesto triunfal: por fin digo esas palabras en alto.

—No me digas que no parece de ella —exclamo. Pero cuando miro a Mae, veo que pone cara

de póquer. Cree que estoy loca.

—Es demasiado vago para saberlo —dice, midiendo las palabras, mientras acaricia la geoda como si fuera un gato—. ¿Pone quién lo ha escrito?

—Ruth Day. Pero yo creo que es un pseudónimo. Y no da detalles de su persona ni de su obra —paso con el dedo las páginas para enseñarle el espacio en blanco al final.

—¿Qué te hace pensar que es ella? A mí me suena a la voz de cualquier ama de casa angustiada. Lo es y ya está, es ella.

—No usa mayúsculas.

—Poca evidencia es esa... —saca el teléfono y escribe algo, luego me enseña las imágenes que han salido en Google tras escribir las palabras «Ruth Day». Un montón de mujeres de mejillas sonrosadas. No se irá a creer que no he hecho ya esa búsqueda—. Podría ser cualquiera de estas Ruths —dice.

—Espera, porque hay más —digo yo—. Eso era solo el principio. Luego el poema habla de la vida en una granja, y de unos tigres, de apicultura y todo ese rollo. Es igual, tú escucha esto, así acaba:

*antes no había día,
solo noche.
iba de un lado para otro en coche y caminando. luz insomne:
un oído goteaba pus.*

*el oído de una nadadora:
a la mayor de mis hijas le pasaba dos veces al año.
¿sabía nadar siquiera?
no estoy segura.
a mi hija pequeña le daba miedo el agua.
a mi hija pequeña le daba miedo yo.
y le di muchos motivos.
¿pienso en mis hijas ahora?
raramente.*

*también evito las frambuesas.
me recuerdan demasiado (a vosotras dos)
brazos rasgados de espinas, cestos de camisas, bocanadas
de rubís.*

Tiene los ojos cerrados. Los abre y se me queda mirando.

—No sé, Edie —¡pues claro que lo sabe!—. Todos los niños tienen infecciones de oído y comen frambuesas.

Me lleva la contraria solo porque ese es su papel.

—Escribí a la revista para que me pusieran en contacto con ella, pero eso no me ha llevado a ninguna parte.

—Cariño, ¿estás lista para la sorpresa? Estamos todos esperando... —Hugh asoma medio cuerpo por el vano de la puerta. Escondo la revista, y Mae vuelve a cubrirse la cara—. Huy... — parece azorado al ver a Mae sin velo.

—¿Nos das un minuto? —le pregunto.

—Pues claro —duda un instante, vuelve la cabeza pero no se va.

No le he contado a Hugh lo de los poemas. Hasta que no tenga alguna certeza, no quiero saber su opinión. No es que no me fuera a apoyar, sé que lo haría. De manera incondicional, y compadeciéndome. Pero no me gusta exponer a mi madre a los juicios de la gente, incluso aunque estos no vayan descaminados.

—Entonces, ¿tú crees que es ella? —le pregunto a Mae. Se pone de pie, estira las faldas del vestido, se ajusta el velo.

—Yo también creo verla a veces por ahí. Es normal: paseando por la calle, o en un coche que pasa. Hasta había pensado hacer un vídeo de eso...

No es de eso de lo que estoy hablando.

—¿Te ayuda pensar que es ella? —me pregunta.

—Sí —digo enseguida—, sí que me ayuda.

Hugh asoma otra vez por la puerta.

—No quiero desvelar demasiados detalles —dice—, pero es que esta sorpresa es un poquito urgente.

—Vale —le sonrío, y él me ayuda a levantarme.

Fuera, en la terraza, Seagull Carl, nuestro vecino *hippy*, está tocando un órgano minúsculo. Hay un objeto de tamaño grande, a modo de centro de mesa, cubierto con una sábana. Aunque hubiese un montón de zapatos viejos ahí debajo, yo estaría feliz. Pero no será eso. Conociendo a Hugh, será algo alucinante.

—¡Tachán! —dice Hugh, y con un gesto ampuloso de la mano y un giro rápido de la muñeca saca a la luz..., ¿qué exactamente?

¿Una joya? No, mejor. Un bloque de hielo que ha esculpido hasta darle mi forma: soy yo con un bebé en brazos. Posamos como la Virgen y el niño. Dentro del hielo hay algo rosa y amarillo. Flores congeladas. Claveles rosas y narcisos amarillos.

—Alucinante —me agacho, y mi figura de hielo roza la nariz con la mía de carne y hueso. Detrás de la otra nariz, mi cabeza está llena de flores suspendidas. Le doy un beso en la mejilla al bebé de hielo. Veo a todo el mundo distorsionado cuando miro por el prisma de la escultura, mientras lanzan exclamaciones de admiración.

Mae se levanta y hace una foto. Paul le alcanza un objetivo de otro tamaño.

—Hielo —dice Jack entre dientes—. Qué medio tan apropiado para nuestra querida Edith —y como no halla respuesta, lo repite, un poco más alto pero con idéntica entonación y desenfado fingido.

Hugh hace caso omiso de su hermano. En vez de eso, cuenta la historia de cómo, justo después de conocernos, viajó a la India para conocer al Swami Ishwarananda. No sabía lo que era estar sin alcohol y el futuro se le antojaba inabarcable. El Swami le dijo que bajara al río Ganges y rezara.

—Ese río encarna el *shakti* —dice Hugh—, la energía cósmica primordial, porque es a la vez sagrada y destructiva. La gente se baña en él y da a luz en él y esparce en él las cenizas de sus muertos. Me senté al borde del agua y medité tres días seguidos, vi a la gente rezar y hacer ofrendas, casi siempre en forma de flores, y al final ya sabía lo que quería. En cuanto volví a Los Ángeles llame a Edie y la invité a salir. Y, bueno, lo demás es historia —hace años que dejó de beber, pero no ha perdido el hábito de brindar. Todo el mundo lo vitorea. Voy hasta donde está él y me siento en su regazo; la tripa queda encajada en el borde de la mesa. Me acuerdo de aquella

cita: me llevó a caballito por toda la casa, los dos desnudos; follamos, nadamos en el mar; seguimos follando, comimos tacos. Duró dos días, y acabó solo porque tenía que irse a una de sus reuniones.

Vuelvo con Mae y me siento a su lado. Tillie, la dulce Tillie, nos pasa unas magdalenas que Maria y ella han horneado para el postre.

—¿Esa es Tillie Holloway? —susurra uno de los amigos de Hugh.

—¿¿Tillie Holloway es tu madre?? —me pregunta Agnes.

—No —digo yo. Hizo de ella en una película, pero no me apetece explicarle eso—. Es mi jefa. Colaboro con ella en su fundación.

—Es como el roscón de Reyes —les está contando Tillie, haciéndose oír por encima de los susurros—. Hay una magdalena de la suerte que tiene un bebé de plástico dentro.

A Mae, con la respiración, el velo le tiembla sobre la boca. Tapa con él la magdalena y se la come en varios bocados ansiosos.

—Y tú también sabías nadar, sí que sabías —dice, sin venir a cuento, con la boca llena de migas.

O sea que le ha estado dando vueltas al poema.

—Sí, sabía nadar.

—¿Qué madre no iba a saber eso de un hijo suyo? —Mae le pregunta ahora a Agnes—: ¿Tú te imaginas que pudiera olvidársete si tu hija sabe nadar o no?

—Todavía no hemos empezado con las clases de natación —dice Agnes, a la defensiva—. Ya sé que hay gente que dice que cuanto antes mejor, pero el cloro de la piscina es malo para la piel cuando son tan pequeñitos.

—Tú estás a punto de dar a luz —Mae me clava un dedo en la tripa—. A ver, dime, ¿te imaginas a ti misma haciendo lo que mamá nos hizo a nosotras?

Me miro la protuberancia.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A cualquiera de las cosas que nos hizo. A todas.

Todo el mundo en la mesa mira a Mae.

—Pues claro que no —digo—. Pero eso no quiere decir que no acabe haciéndolo.

—No lo harás —dice Mae, desautorizándose, y coge otra magdalena.

Ojalá pudiera estar tan segura. Miro los rascacielos en la distancia. Los perfila la fina película de la contaminación. O a lo mejor solo es niebla. Noto que el bebé quiere nadar dentro de mí, pero se ha quedado sin espacio. Pienso en lo que tiene que ser mover los brazos y las piernas en el agua y ver cómo te obstaculizan los órganos de otra persona. Han cambiado de tema de conversación: ya no hablan de nosotras, ahora están con los coyotes. Tillie ha divisado uno en la falda de la montaña, que no nos pierde de vista desde aquella distancia.

—¿Cómo sabe que no es un perro? —pregunta el ayudante de Mae.

—Por las orejas puntiagudas.

Hugh está contando lo que nos pasó la semana anterior: había un coyote mirándome al otro lado de la puerta de cristal, y tuvo que rociarlo con el extintor para que se fuera.

—Es por la sequía, supongo —dice Tillie—. Pasan hambre y no tienen nada que perder.

Una cohibida Maria cuenta que un día vio a uno llevando un gato en la boca.

—Qué imagen más triste —dice.

Jack tose, tose, y por fin se escupe algo en la mano y lo levanta para admiración de todo el mundo: es el bebé de plástico del roscón, con las huellas de sus dientes.

—Ay, querida —dice Tillie. Maria y ella se acercan, arrastrando los pies—. Ya tenemos que irnos.

—Os veo mañana en el juicio —digo yo. Maria tiene que testificar contra su chulo. La tiró por un balcón, y ahora se le ha quedado una pierna más corta que otra.

—Nunca harás mal si haces lo que debes —dice Tillie. Eso lo decía en la película, pero ahora lo emplea en la vida real. Es un pensamiento muy bonito. A saber si se cumplirá siempre.

—Nunca harás mal si haces lo que debes —le digo, haciéndome eco.

Mae

Hay como un receso en la conversación. Algunos ya se han ido. Y entonces... Qué extraño. Es como si pasara el metro con un traqueteo, bajo tierra, solo que aquí no hay metro. Cae un limón del cuenco que hay encima de la mesa y viene, trazando un arco, hasta mis pies. Ladran los perros del vecindario. Uno gime tan parecido al llanto de un bebé que a Edie se le sale la leche. Se pone de pie y se echa a reír, seca el vestido con papel de cocina y justo en ese momento la tierra tiembla debajo de nosotros. Y luego, igual de súbito, para.

Un terremoto.

—Trae buena suerte, como la lluvia en día de boda —le dice Edie al buen mozo de su marido, y le da un beso con lengua.

Paul se ha puesto pálido.

—¿Eso ha sido un terremoto? —pregunta.

—No te preocupes —le dice Edie—. Era de escala 2 como mucho. Eso no es nada. ¡Divertido, más bien!

Me río porque lo que le hace gracia a ella no le hace ni pizca a él.

—¿Y qué pasa con la réplica? —me pregunta Paul, nervioso. No está convencido de dejar Nueva York y venirse a vivir aquí. Esto viene a confirmar sus sospechas.

—Eso, ¿con la réplica qué pasa? Anda, mira, se ha ido la luz —dice Edie.

Es cierto. La lámpara del porche está apagada, pero como estamos fuera no me había dado cuenta. El cielo va perdiendo claridad. ¿Cómo se dice? Crepúsculo.

Edie se asoma a la barandilla de la terraza y grita para que la oigan, valle abajo:

—¡Yuju! ¡Apagón general! ¡Vengan a por velas! ¡Tenemos de sobra! Estamos en el número 474 de Glen Albyn Place —luego se da la vuelta, nos mira, encantada, y dice—: Qué emocionante.

—Qué emocionante —la imita el borracho en voz baja.

El resto de invitados se dispersa, diciendo adiós.

Detrás de ellos, Hugh intenta abrir la caja de los fusibles mientras sostiene la linterna entre los dientes. Me ofrezco a sujetársela.

—Gracias —dice. Limpia el mango con el faldón de la camisa antes de pasármela.

Inclino la linterna a uno y otro lado para ver cómo le caen las sombras en el rostro. Tiene un perfil muy bonito.

Pone la mano encima de la mía para enfocar el interruptor de seguridad.

—Perdona —digo—, estaba mirando el potencial escultórico que tiene tu cara.

Me sonrío y dice:

—Ja, todo es posible en la vida —no sé qué quiere decir con eso, pero me gusta cómo lo dice.

Levanta los interruptores uno por uno.

—¡Hágase la luz! —anuncia, con un efecto muy escénico, antes de levantar el último interruptor.

Me oigo a mí misma reír. Es una risa que se me ha escapado antes de que me diese tiempo a agarrarla de la cola y volver a meterla dentro.

—¡Jopé! —dice—. Pues no va a ser eso. Debe de haberse ido la luz en todo el vecindario — tiene una sonrisa limpia y pura: una sonrisa claramente destinada a la hermana de su mujer. Es un perro bien enseñado de pies a cabeza.

¿Cómo sería, me pregunto, eso de tener un marido como este, y una caja de fusibles y un limonero? Y de remate, un bebé. Siempre pensé que sería agobiante, como estar de cara a la pared o comoquiera que lo dijera mamá. Pero a lo mejor no tiene por qué ser así. Puede que sea algo que yo misma he interiorizado sin darle demasiadas vueltas. Una esquirla de ella que se me quedó clavada y podría arrancarme.

Cuando Hugh no lo ve, porque se ha ido a llevarle velas a una vecina mayor, el borracho alarga la mano y le arranca a la escultura de hielo la oreja de Edie. Se la echa en el vaso y lo remueve con el dedo.

—¿Qué? —le dice a toda la mesa, orgulloso de su desvergüenza—. ¡Si se va a derretir de todas formas!

Como si eso les diera el pie, a los invitados que quedaban se los lleva el viento.

Jack se chupa el dedo y me dice:

—Tu hermana y yo estábamos enamorados antes de que conociera a mi hermano.

La tierra se estremece otra vez, pero apenas es perceptible; lo suficiente, eso sí, para volver a soliviantar a los perros. Miro a Edie, al otro lado de la mesa.

—Es verdad —dice ella, y se encoge de hombros.

—¿Te acuerdas de cuando robamos los caballos?

Intenta acariciar la mano de Edie, pero ella lo esquiva con una maniobra y se pone a recoger los platos de la mesa.

—Sí —dice—, me acuerdo.

Esa historia no me la sé.

—¿Qué pasó? —le pregunto a él.

—Una noche saltamos la verja de Griffith Park y robamos dos caballos. Fuimos cabalgando cuesta arriba, hasta el observatorio.

—Yo me caí del caballo. Tuve suerte de no romperme el cuello —dice Edie.

—Es más fácil si estás borracho —el borracho lo dice como si lo creyera a pie juntillas—. Os lo juro. Tienes el cuerpo más suelto. No opones resistencia.

—Me parece que eso solo se aplica a los accidentes de coche —no sé por qué me pongo a discutirlo—. Para evitar el traumatismo cervical.

—No le des conversación —dice Edie—, que luego no hay quien lo pare.

A él le brillan los ojos.

—Estabas tan guapa después de la caída, a la luz de la luna. Tenía que haberte aplastado la cabeza con una piedra, allí mismo, en ese momento.

—¡Oye! —digo, sorprendida. Me doy cuenta de que está llorando.

—Joder —dice Edie—. Vámonos a dar un paseo.

—Vale —le digo a Paul—. Volvemos enseguida. ¿Estarás bien?

Paul parpadea, mira a Jack, que no deja de llorar, y asiente con la cabeza.

Subimos la colina a pie. Edie lleva las manos en las lumbares, como si se estuviera propulsando para dar cada paso. Miro desde arriba: entre las casas se ve la ciudad, allá abajo, sumida cada vez más en sombra. Las únicas luces son las de los coches y los camiones de bomberos. El aire está como cargado. Oigo que los loros levantan el vuelo del limonero, trazan un círculo en el cielo y vuelven a posarse, con un cacareo que denota lo alterados que están.

—Hugh quiere que nos vayamos a vivir a la India por un tiempo.

—¿Para apartarte de Jack?

—No —se echa a reír—. No creo que sea por eso. Es porque quiere vivir en el extranjero, nada más. Tener una vida aventurera.

—¿Tú quieres ir?

—No puedo.

—¿Por qué no? —le pregunto, aunque me sé la respuesta.

Eddie me mira y miente.

—Huy, pues ya sabes, por la contaminación. Hay cada vez más casos de asma y cáncer infantil.

No la presiono. Nos tratamos con delicadeza. ¿Cuánto tiempo llevaba dándole vueltas al poema ese antes de enseñármelo? La mera existencia de ese texto la tiene tan emocionada que yo creo que no ha asimilado lo que pone en él.

«¡Raramente!» Eddie. Aunque fuera ella, piensa en nosotras ¡ra-ra-men-te!

—Al principio de vivir aquí —dice Eddie—, daba paseos interminables cuando no podía dormir.

Me acuerdo de cuando íbamos de paseo con papá.

—Casi todas las noches pasaba por la tienda de animales que hay en Sunset Boulevard, y veía a un hombre sentado dentro, a oscuras, con los pájaros posados en los hombros y las piernas.

—¿Qué aspecto tenía?

—No lo sé. Solo le veía la silueta. Creo que estaba calvo. Y que no era muy alto. Yo estaba tan sola. Ese hombre era como el tótem de mi soledad.

Nos detenemos en el mirador, a contemplar la ciudad allá abajo, a la luz de la luna. Eddie arranca un higo del árbol que nos cobija y se lo mete en la boca.

—«La soledad me atraviesa, como un silbido en una casa vacía» —digo.

—Sí, justo eso —dice ella, y tira el rabillo a la hierba—. ¿De dónde es?

—De un libro de papá.

Se da la vuelta para mirarme a la cara.

—¿Lo has visto después del juicio?

—De hecho, fui a visitarlo una vez, pero estaba ella allí y no me dejó verlo.

—Siempre está con él, la trastornada esa, hija de la gran puta. ¿Sabes que cuando me presenté en su casa después de que naciera Thomas me echó a patadas? Dijo que le iba a hacer daño al niño. Ni que yo fuera... Y claro, Dennis le siguió el rollo.

—Supongo que hizo lo que tenía que hacer —me sale en tono áspero, pero ¿acaso no es cierto? Empezó de cero, como él quería. Por lo menos, unos años. Enfoco la Luna con el objetivo de la cámara. Parece que brilla más y se le aprecia mejor el contorno, porque no hay contaminación lumínica. Le veo los cráteres.

—¿Lo que tenía que hacer?... —dice Eddie, y me quita la cámara de la cara. Me quiere llevar por donde no tengo ningún interés en ir.

—Ya sé que quieres que me sienta ofendida —digo.

—No quiero que te sientas nada —dice, aunque no es sincera—. Quiero que seas franca. A la revista *Marie Claire* sí le hablas de eso, pero a mí no.

Me encojo de hombros con indiferencia. Sé que le duele, pero es que no puedo hablar de eso con ella. Quiere que vea mi relación con papá igual que ella la ve, desprovista de toda magia. Quiere que me vea como su víctima, porque piensa que admitirlo me liberaría. De nada sirve ponerse a discutir, lo único que lograría sería que se enfadase.

—Vale —dice, y levanta las manos. Por ahora lo va a dejar estar. Le echo un brazo sobre los hombros. La beso en la sien. Seguimos subiendo en silencio la colina.

Las dos oímos a la vez el pesado golpeteo de unos pasos. Sale una figura de la nada, pasa por nuestro lado y echa a correr, colina abajo.

—¡Oiga! —exclama Edie, pero la persona no se detiene. Le saco una foto, siguiendo un impulso. El *flash* ilumina el trecho, y por un instante alcanzo a vislumbrar a un adulto con una mochila de niño. ¿Será que lo persigue alguien, algún coyote? Pero me ha dejado ciega.

Parpadeo, camino, parpadeo, camino y me doy contra un coche que está aparcado.

—Mierda.

Espero hasta que dejo de ver estrellas.

—¡Oiga! —grita Edie a quien sea que baja corriendo. No hay respuesta—. Qué raro —dice, y me coge de la mano.

Volvemos a casa, un poco aturdidas. Hugh está en el salón, arrodillado delante de la chimenea, haciendo acopio de leña. El borracho toca el piano, y la verdad es que no lo hace mal. Hugh enciende una cerilla contra la rejilla de la chimenea, y la siento en la misma médula. Retrocedo rápidamente, me doy en las piernas con el caballito balancín que les he regalado. Chirría y se mece, adelante y atrás.

—¿Estás bien? —me pregunta Paul desde el rincón.

—Claro —me siento a su lado, en la silla que está más alejada del fuego. El salón se baña de un resplandor anaranjado. Edie está en el suelo, al lado de Hugh, y estira las manos para calentárselas.

El borracho empieza otra canción. Una de *jazz*, en ritmo sincopado. Van rápidos los dedos. Tiene que ser músico profesional. En las notas altas se pone ambicioso, inclina tanto el cuerpo que casi se cae de la banqueta, y tiene que enderezarse despacio para seguir tocando.

—Mae, cántanos algo —insiste Edie—. Es muy buena —le dice a Hugh.

—¿Ah, sí? —se vuelve para mirarme.

—No puedo —digo, y me concentro en enfocar la alfombra con la cámara—. El humo me dañó los pulmones.

—Y una mierda —dice Edie.

—¿Por qué os iba a mentir?

—Porque no quieres cantar.

—Vale, pues eso.

—Estupendo —dice Edie—. Cantaré yo —es una amenaza. De pequeña, era tan dura de oído que no la dejaban cantar en el coche.

Se pone de pie y canta la musiquilla de aquel anuncio del bufete de abogados que publicitaba en la tele su seguro de accidente laboral —el mismo que imitábamos de pequeñas— sobre el fondo de la pieza de *ragtime* que el borracho toca al piano.

—Es que me he accidentado en el trabajo —dice, arrastrando las sílabas—. ¿Cómo encuentro ahora un abogado que me consiga la indemnización que me corresponde?

La miro.

—Insisto —dice, y viene bailando hasta mí—: ¿Cómo encuentro a un abogado para que me den mi indemnización?

—¡Muy fácil, basta con descolgar el teléfono! —digo yo por fin. Me levanta de la silla y bailamos al son del piano.

Cuando acaba la canción, me río y doy palmas. Me adapto con facilidad. Tomo asiento. Noto

que Paul me está mirando.

El borracho ataca otra canción, luego se levanta de repente y sale dando tumbos. Edie sigue bailando sola, sin parar de reír.

—Edie —dice Hugh, y la sienta con cuidado en su regazo—. Edie, cálmate —se besan. Cierro otra vez los ojos y me quedo escuchando el ruido que hacen los leños, y a mi hermana, que besa a su marido, y a mi ayudante, que respira por la boca. Y entonces lo oigo. Un golpe. Un golpe en la puerta de entrada.

Abro los ojos. ¿Me lo habré imaginado?

—Me parece que ya me voy encontrando mejor —nos anuncia Paul.

Otro golpe. Esta vez suena más nítido. Edie también lo oye.

—Ya abro yo —dice, levantándose y alisándose la falda.

—Si viene gente a buscar velas, hay más en el armario del pasillo —le grita Hugh mientras ella se dirige a la puerta.

Pero creo que no le oye. La veo de perfil desde donde estoy sentada. Se detiene, con la mano en el pomo, y por un instante parece otra vez una chica de dieciséis años, con aquella expresión franca y esperanzada en la cara. Y en ese punto, dentro de mí, se agita ese miedo ancestral que ya creía apagado hace tiempo.

Agradecimientos

Gracias a Eric y Eliza por publicar este libro. Gracias a Bill Clegg, que lo mejoró con su agudo tino de editor.

Gracias al máster en Humanidades de la Universidad de Washington y a la beca Olin, y especialmente a Kathryn Davis, que apoyó mi escritura y leyó las primeras versiones de este libro.

Gracias a la Fundación Elizabeth George por su generosa subvención y por su apoyo, que me permitieron dedicarme a escribir un año entero y pagar el cuidado de mi hija.

Gracias a la Fundación Ucross, donde empecé a escribir el libro, al Virginia Center for Creative Arts, donde empecé a reescribirlo, y a Playa, donde lo acabé.

Gracias también a Jen y Jordan Monroe, que me dieron una pequeña residencia en Isla Santa Catalina, y a Seth Archer y Amber Caron por nuestro retiro en Utah.

Gracias al Archivo de Wisconsin: la labor de investigación que llevé a cabo allí sobre el movimiento por los derechos civiles me ayudó a documentarme para el libro, en especial en el caso del personaje de Ann Carter.

Gracias a todos mis amigos que leyeron el libro y me ayudaron a publicarlo: Michael Almercyda, Colin Bassett, Amber Caron, Anton DiSclafani, Randi Ewing, Sara Finnerty, Matt Grice, Anne-Marie Kinney, Zach Lazar, Mimi Lipson, Lisa Locascio, Betsy Medvedovsky, Emily McLaughlin, Emily Robbins, Maura Roosevelt, Randi Shapiro, J. Ryan Stradal y Andrew Wonder. Y gracias, en especial, a Lia Silver, Jordan Jacks y Miriam Simun, que se han leído este libro un millón de veces cada uno.

Gracias a Diana Bartlett y a Jesse Hutchison por su asesoramiento médico.

Gracias a mis padres, que no se parecen en nada a Marianne y a Dennis; a mi hermano, Matthew Shifrin, un editor de mesa extraordinario donde menos lo esperaba, y a mi hija, Fais.

Y, sobre todo, gracias a David, que me ha apoyado a lo largo de todo este proceso, tan arduo como emocionante. Te quiero mucho, mucho.

¿Cuántas veces te ha hundido tu familia?

«Ambiciosa [...]. Una novela sólida y penetrante.»

Publishers Weekly

«Una de las voces más formidables de la narrativa.»

BuzzFeed



Edie tiene dieciséis años cuando descubre a su madre agonizando tras un intento de suicidio. Al mismo tiempo, Mae, su hermana, es presa de uno de esos trances que responden a los oscuros estados de ánimo de su madre. Después del suceso, ambas deberán irse a vivir con su padre, con quien habían perdido todo contacto. La melancolía y la nostalgia de las dos niñas y sus contradictorios sentimientos hacia el padre hacen que comiencen a seguir caminos opuestos, irreconciliables y destructivos, incapaces de dar forma y sentido al dolor que ha ido sedimentando en las profundidades.

Las múltiples voces que componen este libro, sus personajes inolvidables, la disección inaudita de nuestros secretos; todo ello hace que esta novela mezcle como ninguna el estilo más refinado con las emociones y miedos más desgarrados que todos albergamos: los que proceden de las aguas más profundas de nuestras historias familiares.

La crítica ha dicho...

«Este impresionante debut parece una gran novela rusa impuesta sobre una familia americana.»

Michael Silverblatt, *Bookworm*

«Cuanto más profunda es el agua, más feo es el pez está brillantemente estructurada y tiene varios personajes narrando los hechos de la novela. Se trata de una técnica inusitada que Apekina utiliza con un efecto sorprendente y con el que crea una especie de tensión narrativa que hace que la novela avance [...]. La estructura, sus personajes y su trama son originales y refrescantes y su estilo es precioso. Es un libro impresionantemente logrado y Apekina no tiene ningún miedo a llevar de la mano a sus lectores a lugares muy oscuros y hermosos.»

Michael Schaub, *NPR*

«Solo pasó un minuto entre el momento en que me senté a leer una novela nueva y el momento en que vi que me tenía boquiabierto, que me había zambullido en ella, que me había embrujado [...]. Me la leí en una noche, despierta hasta tarde junto a la luz de la mesilla de noche para disfrutar de sus últimas páginas [...]. Narrada por un conjunto de cartas y narradores, Cuanto más profunda es el agua, más feo es el pez va descubriendo de un modo delicado varias capas de trauma familiar e injusticias profundamente arraigadas.»

Claire Fallon, *HuffPost*

«Un tapiz oscuro y brillante [...]. Un debut sorprendente y fervientemente, destinado a enviar a los lectores de los libros facilones a una espiral de resaca literaria.»

Lauren Dostal, *Split Lip Magazine*

«Afiladísima [...]. Apekina emplea de manera muy hábil los diferentes puntos de vista de una amplia gama de personajes para así exponer unas dinámicas complejas que hacen que, con un agudo sentido de urgencia, esta novela avance sin pausa.»

Lauren Dostal, *Split Lip Magazine*

«La creatividad de Apekina con la estructura y las frases deja su señal en cada página del libro y el resultado es una observación enérgica y electrizante sobre cómo la familia (y el arte) pueden destrozarse a las personas y luego volver a recomponerla. Un debut oscuro e inolvidable.»

Kirkus

«La novela de debut de Apekina juega con engañosas relaciones familiares y con el hecho de que realidad y fantasía, fidelidad y obsesión, puedan ser tan difíciles de discernir.»

The Millions

Katya Apekina es una joven escritora estadounidense que ha publicado relatos en diversos medios y también ha trabajado como traductora y guionista. Actualmente vive en Los Ángeles y *Cuanto más profunda es el agua, más feo es el pez* es su primera novela, que este año se publicará también en francés, catalán y alemán.

Título original: *The Deeper the Water the Uglier the Fish*

Edición en formato digital: marzo de 2020

© 2018, Katya Apekina

Publicada originalmente por Two Dollar Radio.

Acuerdo de traducción gracias a MB Agencia Literaria, S. L. y The Clegg Agency, Inc., Estados Unidos.

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Carlos Jiménez Arribas, por la traducción

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: © Boris Austin/Millennium Images, UK

Composición digital: Arca Edinet S. L.

ISBN: 978-84-204-3878-8

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Cuanto más profunda es el agua, más feo es el pez](#)

[Primera parte: Nueva York](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Tercera parte](#)

[Cuarta parte: Los Ángeles, 2012](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)